

CARLOS RÍOS LLAMAS

**CIUDADES OBESOGÉNICAS
Y MUJERES VULNERABLES:
SALUD URBANA Y EXCLUSIÓN
SOCIOESPACIAL EN SOUTH BRONX,
LA COURNEUVE Y LOMAS DEL SUR**



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

60
años

DOCTORADO EN ESTUDIOS
CIENTÍFICO-SOCIALES

VESTI
COLECCIÓN **GIUM** TESIS DE PROGRAMAS
DE POSGRADO

CIUDADES OBESOGÉNICAS Y MUJERES VULNERABLES:

**SALUD URBANA Y EXCLUSIÓN
SOCIOESPACIAL EN SOUTH BRONX,
LA COURNEUVE Y LOMAS DEL SUR**

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE
Biblioteca Dr. Jorge Villalobos Padilla, SJ

Ríos Llamas, Carlos (autor)

Ciudades obesogénicas y mujeres vulnerables : salud urbana y exclusión socioespacial en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur / C. Ríos Llamas. – Guadalajara, México: ITESO, 2018.

337 p. (Vestigium. Doctorado en Estudios Científico-Sociales)

ISBN 978-607-8616-28-2 (Ebook PDF)

ISBN de la colección 978-607-8616-27-5 (Ebook PDF)

1. Mujeres – Nueva York, EUA (Ciudad) – Condiciones Sociales y Culturales. 2. Mujeres – París, Francia – Condiciones Sociales y Culturales. 3. Mujeres – Guadalajara, Jalisco – Condiciones Sociales y Culturales. 4. Mujeres – Condiciones Sociales y Culturales – Tema Principal. 5. Adultos Maduros – Nueva York, EUA (Ciudad) – Condiciones Sociales y Culturales. 6. Adultos Maduros – París, Francia – Condiciones Sociales y Culturales. 7. Adultos Maduros – Guadalajara, Jalisco – Condiciones Sociales y Culturales. 8. Hábitos Alimenticios. 9. Ejercicio Físico. 10. Obesidad – Tema Principal. 11. Pobreza. 12. Vulnerabilidad Social – Tema Principal. 13. Marginación. 14. Política de Género. 15. Política y Salud Pública – Tema Principal. 16. Política Urbana – Tema Principal. 17. Sociología de la Cultura. 18. Sociología Urbana. I. t.

[LC] 378. 72352 [Dewey]

Diseño de portada y diagramación: Estudio Tangente

Corrección: Luis Alberto Pérez Amezcua

La presentación y disposición de *Ciudades obesogénicas y mujeres vulnerables: salud urbana y exclusión socioespacial en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur*, son propiedad del editor. Aparte de los usos legales relacionados con la investigación, el estudio privado, la crítica o la reseña, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en español o cualquier otro idioma, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, inventado o por inventar, sin el permiso expreso, previo y por escrito del editor.

1a. edición, Guadalajara, 2018.

DR © Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)
Periférico Sur Manuel Gómez Morín 8585, Col. ITESO,
Tlaquepaque, Jalisco, México, CP 45604.
www.publicaciones.iteso.mx

ISBN 978-607-8616-28-2 (Ebook PDF)

ISBN de la colección 978-607-8616-27-5 (Ebook PDF)

Impreso y hecho en México.

Printed and made in Mexico.

C

CARLOS RÍOS LLAMAS

CIUDADES OBESOGÉNICAS Y MUJERES VULNERABLES:

**SALUD URBANA Y EXCLUSIÓN
SOCIOESPACIAL EN SOUTH BRONX,
LA COURNEUVE Y LOMAS DEL SUR**



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

60
años

**DOCTORADO EN ESTUDIOS
CIENTÍFICO-SOCIALES**

VESTI
COLECCIÓN — **GIUM** TESIS DE PROGRAMAS
DE POSGRADO

V

A mi padre, que me enseñó a seguir los rastros...
a mi mamá y hermanos, que aprendieron a cuidarme en la distancia.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a las instituciones que hicieron posible esta investigación: el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS). Agradezco la confianza depositada y el soporte económico y científico.

De manera muy especial agradezco a mi director de tesis, el doctor Enrique Valencia Lomelí, por su generoso acompañamiento y vigilancia en estos cuatro años, al doctor Alain Musset, co-director del estudio en Francia, y a los co-tutores, la doctora Rossana Reguillo Cruz y al doctor Raúl Díaz Padilla, por su consejo y precisiones constantes. A todos, gracias por sostener esta tesis y creer en su autor.

Extiendo un cordial reconocimiento al Secours Populaire Français de La Courneuve, a la organización Every Day Is A Miracle de South Bronx y al Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) Tlajomulco por respaldarme en la construcción del cuerpo empírico, pero sobre todo por las relaciones de afecto que hemos construido.

A mis amigos en Francia y México, cuyos nombres no puedo listar en tan poco espacio, pero que siempre pasan por alto mis descuidos y perseveran en su cariño. Eduardo e Irma que me siguen de cerca. Natalia, mi madre, y mis hermanos Andrés, Susy, Maira, Memo, Geno, Rosa, Tino, Chuy y Mony: gracias a todos por quererme tanto y esforzarse en comprender mis vagabundeos.

ÍNDICE

11 Resumen

INTRODUCCIÓN

13 **LA OBESIDAD COMO UN PROBLEMA
DE LO URBANO**

ENFOQUES Y MÉTODOS

23 **MEDIR LA TALLA DE AQUELL(A)S A QUIENES SE PERSIGUE**

23 Una crónica del trabajo de campo

47 Antropología política de la salud urbana

69 Etnografía comparativa y teoría crítica

ANÁLISIS SOCIOHISTÓRICO

85 **GENEALOGÍA DE LO URBANO OBESOGÉNICO
Y VULNERABILIDAD DE LA MUJER**

85 *Ghetto, banlieue, fraccionamiento popular.*

121 *Equality, mixité, accesibilidad.*

143 *Welfare mother, femme émancipée, jefa de familia.*

162 *Color, pays d'origine, estatus social.*

INTERVENCIÓN SOCIOANTROPOLÓGICA

185 **LO URBANO OBESOGÉNICO Y LA VULNERABILIDAD DE LA MUJER**

185 *Bodega, épicerie, tiendita.*

215 *Miedo, moral, milagros.*

242 *Dandie, flâneuse, caballera.*

266 *Diet, contrôle, silueta.*

289	EPÍLOGO
	<i>Biolegitimité, biocitizenship y biolegalidad.</i>
303	RESULTADOS COMPLEMENTARIOS
309	CONCLUSIONES
317	PERSPECTIVAS DE INVESTIGACIÓN
321	Bibliografía
336	Apéndice

*Le travail d'une bonne prose
comporte trois niveaux:
un niveau musical, dans lequel
elle est composée ; un niveau
architectonique, dans lequel elle est
construite ; enfin un niveau textile,
dans lequel elle est tissée.*

El trabajo de una buena prosa comporta
tres niveles: un nivel musical, en el que
se compone; un nivel arquitectónico en
el que se construye; y al final un nivel
textil en el que se teje.

WALTER BENJAMIN,
2015[1928]:38

RESUMEN

La obesidad, a partir de la década de 1980, ha evolucionado hasta convertirse en una de las enfermedades que causan mayor preocupación a nivel mundial. Su incremento constante en las sociedades occidentales afecta principalmente a las mujeres adultas de medio socioeconómico precario. En algunas zonas urbanas degradadas de Nueva York, París y Guadalajara, las políticas antiobesidad se entretajan con políticas de planificación urbana para impulsar una *war on obesity* que pretende disminuir los riesgos de salud respecto a la alimentación y actividad física. Esta tesis tiene por objetivo realizar un abordaje espacial de la obesidad en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur y revisar las relaciones que se construyen entre las formas de alimentarse y de habitar. Incluye un análisis de las trayectorias urbanas y de las experiencias vividas por las mujeres adultas desde la relación específica que establecen con la alimentación y la actividad física y desde las tensiones entre los modos de habitar y las políticas regulatorias de la salud corporal. La investigación se apoya en un conjunto de observaciones etnográficas y entrevistas realizadas a mujeres adultas y actores implicados en la alimentación y actividad física de los tres escenarios. Las mujeres adultas con sobrepeso y obesidad, en la heterogeneidad de las situaciones revisadas, se enfrentan con diferentes limitaciones impuestas por las dinámicas urbanas que contradicen las políticas antiobesidad. Aunque mantienen capacidad de decisión y de acción, la experiencia socioespacial de la alimentación y la actividad física es atravesada por el riesgo instrumentalizado en diferentes niveles que van desde lo sanitario hasta lo policial. Las tensiones que se manifiestan entre la conciencia de habitar en territorios de precariedad y la legitimidad para beneficiarse de la acción pública conducen a la descalificación social que experimentan las mujeres a partir de fronteras culturales como el género y la raza y de las políticas sanitarias que pretenden normalizar los cuerpos a partir de un modelo hegemónico de cuerpo saludable. En el esclarecimiento de las trayectorias se

analiza la instrumentación de los riesgos de salud como una forma de control y de gobierno que no ha sido suficientemente clarificada. Este trabajo cuestiona, en filigrana, las políticas urbanas y sanitarias que se imponen en la urgencia y que por su focalización en la reparación de los problemas desde los márgenes en los que se atacan sus manifestaciones más extremas, cuestionan y atentan contra formas de vida que se construyen en la precariedad y en las que las mujeres aparecen como el grupo más vulnerable.

LA OBESIDAD COMO UN PROBLEMA DE LO URBANO

*Murphy, all life is figure and ground.
But a wandering to find home
—said Murphy.*

Murphy, toda vida es un asunto de
forma y fondo. Pero también es
perderse para encontrar el hogar
—dijo Murphy.

SAMUEL BECKET

Desde la aparición formal de la salud pública en el siglo XIX, la atención sobre las problemáticas del cuidado de la vida y su vinculación con el territorio donde se habita aparece como un reto en términos de intervención urbana, inversión económica y regulación de los comportamientos sociales. En el caso de la obesidad como un nuevo problema de lo urbano, que amenaza la salud pública a nivel mundial, se suele pensar que el espacio edificado es una estructura capaz de modificar las dinámicas sociales en cualquier escala, pasando desde el ámbito doméstico de las prácticas familiares, luego a las actividades y regulaciones colectivas del vecindario y llegando hasta las áreas urbanas de mayor extensión.

Aunque los organismos oficiales de salud pública han clasificado la obesidad como una enfermedad y algunos inclusive la catalogaron como “epidemia mundial”, sería miope aceptar que exista un punto de vista absoluto y desconocer que la obesidad, como problema, es el resultado de una constante transformación de perspectivas sobre el cuerpo y la salud que sólo pueden esclarecerse entre las disonancias y coincidencias disciplinares. Conviene observar que, al mismo tiempo que los reportes estadísticos han posicionado la obesidad como un asunto de primera relevancia para la salud pública, existen pocas revisiones críticas sobre los métodos de construcción de los datos y me-

nos todavía sobre la perspectiva teórica que utilizan como respaldo. Por ende, la reflexión teórico-filosófica con que se construye la problemática de la obesidad debe contemplar la constatación de los riesgos, la proximidad del problema y la urgencia de intervenciones, pero sin perder de vista los modos como se legitiman las intervenciones en materia de salud pública. Entre las implicaciones de la obesidad sobre el urbanismo, se puede observar cómo, en los últimos años, las políticas de acción pública en materia de infraestructura y planificación han multiplicado las reflexiones y proyectos desde los estudios ambientales que refuerzan la salud. Este enfoque, al que se suele considerar "socioecológico", recupera gran parte de las lógicas del movimiento higienista del siglo XIX, que pretendía la sanitización y neutralización del espacio urbano como recurso para garantizar la salud de la población. En efecto, con una comprensión de la obesidad desde los ambientes donde se reproduce, la salud pública reaparece como objeto de lo urbano, aun cuando las acciones políticas suelen dirigirse más hacia la regulación socioespacial de las ciudades que a reflexiones más profundas en términos de la producción social y urbana de la salud y de cómo se configuran los modos de habitar y alimentarse.

Tampoco puede decirse con simpleza que la obesidad sea un problema del urbanismo, como si la transformación del espacio edificado, por sí misma, fuera un factor determinante de los índices mundiales de obesidad. Es cierto que las críticas a la ciudad moderna y la motorización de los desplazamientos ayudan a entender las transformaciones ocurridas en los estilos de vida a lo largo del siglo XX, pero tanto el sedentarismo como los cambios en la dieta a partir de las dinámicas de consumo en masa no son sino manifestaciones próximas de otras transformaciones más profundas que trastocaron al mismo tiempo la salud, el cuerpo, la alimentación y el espacio edificado. De aquí que esta investigación prefiera alejarse de una visión heroica de la medicina y del urbanismo para arriesgarse a una lectura alterna de las estadísticas de obesidad, desde los modos como se establecen los parámetros de comportamiento social que se pretenden validar en la salud pública. En seguimiento a la antropología de la salud de Didier Fassin y su propuesta de abordaje, desde el constructo de ciudad obesogénica, se tratará de mostrar "cómo surgen las ideas, se forjan los instrumentos, y se movilizan los actores, para dar existencia y reconocimiento a realidades que son tanto creadas como descubiertas, y a las que llamamos problemas de salud pública" (2005:7). Del mismo modo, esta relectura de la *war on obesity* en términos espaciales abre

la puerta para una intervención investigativa desde la antropología política, para develar los principales factores que han hecho de la obesidad un problema que se acentúa cuando se trata de mujeres adultas que habitan en espacios urbanos de precariedad. La comparación de escenarios como South Bronx en Nueva York, La Courneuve en París y Lomas del Sur en Guadalajara permiten escalar y contextualizar el problema de “lo urbano obesogénico” desde la cotidianidad de las mujeres y su mayor vulnerabilidad frente a la salud alimentaria y la actividad física en las ciudades.

Según el reporte oficial de la Organización Mundial de la Salud (OMS), el índice mundial de obesidad se ha duplicado en el periodo que va de 1980 a 2015. Hasta 2014, el número de adultos con sobrepeso había rebasado los 1,900 millones, correspondientes al 39% de la población mundial. En el mismo año, la cantidad de obesos rebasó los 600 millones, correspondientes al 13% de la humanidad. Esto explica cómo en algunos países como Estados Unidos se hayan tomado medidas drásticas como la clasificación de la obesidad en el rango de las enfermedades¹, colocando de inmediato a más del 30% de la población estadounidense en la clasificación de “enfermo” por su rango de sobrepeso corporal. Otros países como Canadá, donde los índices de obesidad oscilan alrededor del 30% de la población, han calculado los costos del padecimiento y declaran inaceptable que el 5% de gastos del sistema de salud esté dirigido específicamente a la atención de sedentarismo y obesidad². Además, las vinculaciones establecidas por los profesionales de la medicina entre la obesidad y otras enfermedades como diabetes, hipertensión, hiperlipidemia o inclusive algunos tipos de cáncer han llevado a que se le considere como un riesgo de salud pública que afecta la calidad de vida y los índices de mortalidad. En consecuencia, las regulaciones para atacar la obesidad se han multiplicado en los últimos años a nivel mundial, pero sobre todo en la mayoría de países occidentales donde los índices de obesidad se han duplicado en sólo tres décadas.

Lejos de desconocer la preocupación por la obesidad y su aumento constante, conviene reflexionar de manera más integrada sobre los

1 La American Medical Association (AMA), en su reunión del 28 de junio de 2013, votó a favor de la clasificación de la obesidad como una enfermedad, suscitando debates nacionales e internacionales que continúan hoy en día.

2 En el artículo “The Economic Costs Associated With Physical Inactivity and Obesity in Canada: An Update”, escrito por Katzmarzyk y Janssen, y publicado en 2004 en el número 29 de la revista *Canadian Journal of Applied Physiology*, los autores explican que el costo de la inactividad física y de la obesidad representa respectivamente el 2.6% y el 2.2% del gasto nacional en el sistema de salud.

cambios sociales que la han situado en el centro de los debates mundiales en materia de salud, política y economía. A menudo la voluntad de actuar contra la obesidad mediante políticas públicas que se generen desde la urgencia olvida los antecedentes desde los cuales la obesidad surgió y fue ganando espacio tanto en la medicina como en la tecnología, la política y, aunque en menor medida, en los estudios de carácter económico y social. Por eso, en lugar de presentar de forma inmediata los índices mundiales de obesidad y su evolución histórica, como suele hacerse en aproximaciones epidemiológicas, en este estudio se prefiere establecer con más claridad los procesos sociales en los que la obesidad llegó a convertirse en una epidemia mundial. El desapego de los abordajes epistemológicos clásicos de la salud pública consiste en que se suele explicar la obesidad a partir del desequilibrio entre la energía obtenida por el consumo alimentario y la energía gastada por actividad física. El reduccionismo de explicaciones basadas en el equilibrio de calorías olvida con frecuencia que la evolución de la obesidad tiene un entramado mucho más complejo y multidimensional, y que no se resuelve en el simple cálculo de la ingesta alimentaria.

Introducir una mirada político antropológica y urbana, y desde la especificidad de las mujeres como uno de los grupos sociales más vulnerables desde las estadísticas oficiales, permite replantear el problema desde otras condiciones como el género, la raza, el nivel socioeconómico y el lugar donde habitan. Al mismo tiempo, motiva una serie de reflexiones que van más allá de lo político-económico y lo político-sanitario para tocar las fibras más profundas de lo urbano desde sus elementos históricos, sociales y culturales. La principal pretensión no es otra que la búsqueda de elementos que pudieran abonar a las intervenciones ya existentes desde la salud pública y las políticas urbanas para el tratamiento de la obesidad, siempre con la idea de que la vida, más que orgánica, es un elemento social y político, y que el cuerpo humano es su más clara evidencia.

Retomando la preocupación global, la Organización Mundial de la Salud (OMS) explica que, en el caso específico de las transformaciones de las dietas, la evolución histórica de la obesidad se entreteje con una serie de factores y de interacciones como los ingresos, los precios, las preferencias individuales, pero también de las creencias, las tradiciones culturales y otros determinantes geográficos, ambientales, sociales y económicos (2003:24). Eso evidencia la conciencia de la OMS de la complejidad en el tejido de elementos, con diferentes rangos de acción, y que intervienen en la configuración de los cuerpos, las

prácticas del consumo alimentario y la actividad física en cada uno de los territorios y épocas históricas. Por eso los análisis de las maneras de alimentarse y ejercitarse en las ciudades, en una mirada más integral, requieren de un abordaje que tome en cuenta las dinámicas urbanas en torno a la cultura y los determinantes históricos, económicos y geográficos, pero también de los cambios sucesivos que ha experimentado el cuerpo humano y sus diferentes relaciones con el entorno *biocultural*³ en el que habita.

Además, se sabe que la obesidad no afecta de la misma manera a todos los espacios sociales, y de ahí la necesidad de un análisis de las desigualdades corporales en relación con las desigualdades socioespaciales en territorios concretos, para luego comprender los mecanismos y procesos que materializan estas mismas desigualdades en la escala global. Para ilustrar la pertinencia con un ejemplo, en el estudio cuantitativo de Thibaut de Saint Pol donde analiza las percepciones sociales de la corpulencia en diferentes países, el sociólogo insiste en que las desigualdades de salud están entrelazadas con desigualdades sociales, en particular económicas y culturales, pero sobre todo con desigualdades de género (2010:5). De hecho, uno de los principales hallazgos del estudio es que la obesidad del continente europeo es más intolerable cuando se observa en las mujeres, mientras que la noción de “robustez” ayuda a suavizar las valoraciones de corpulencia masculina porque se piensa como proyección de la fuerza y el carácter. El mismo estudio indica que las condiciones económicas donde la obesidad se reproduce son más difíciles para las mujeres que para los varones, y sobre todo en el ámbito rural. De aquí que no sorprenda encontrar en la mayoría de los estudios de corte epidemiológico que la obesidad femenina guarda una relación estrecha con la pobreza y con otras problemáticas de integración social.

Aunque la pobreza vinculada con la obesidad y con la condición particular de las mujeres es un problema que afecta a todas las naciones del mundo contemporáneo, en cada territorio se presenta de una manera distinta. Robert Castel, en una comparación sobre las causas de la pobreza en Europa y Estados Unidos, insistía en que mientras para el viejo mundo la pobreza es un “mal social” que se arraiga sobre la injusticia e irracionalidad de las estructuras, en otros países como Estados Unidos la pobreza corresponde más bien a un “mal moral”

3 Ante la ausencia de un término que rebase la dicotomía natural-social se considera pertinente hablar de “lo biocultural” como una propuesta para clarificar la inseparabilidad con que se conciben naturaleza y cultura en esta investigación.

porque muy a pesar del discurso de una sociedad de la abundancia, los pobres siguen existiendo como portadores de su propia desgracia (1978:49). Por la misma década, los franceses Chamboredon y Lamai-re en su artículo "Proximité spatiale et distance sociale" revelaban la dimensión territorial de la pobreza demostrando cómo la desigualdad social tiene una relación directa con las trayectorias históricas de los diferentes grupos y la significación del espacio en el que habitan (1970:12). Lo interesante de ambas referencias, donde se critica la pobreza respecto a un mundo de abundancia y de gran desarrollo urbano, es que en esta misma década en que se acentuaban las desigualdades sociales los problemas de salud pública como la obesidad se hicieron cada vez más evidentes en los países que habían incorporado los modelos económicos, políticos y urbanos de Europa y Estados Unidos. Pero este vínculo entre modernidad urbana y obesidad, que aquí apenas aparece como una sospecha fundada sobre los cambios en las estructuras de poder y los sistemas de actuación, supone que al mismo tiempo que evolucionaron los sistemas político-económicos y las políticas urbanas cambiaron también los estilos de vida, las maneras de habitar, de comer y de cuidar el cuerpo. El periodo comprendido entre 1980 y 2010 se antoja entonces como un momento particularmente importante para entender cómo la obesidad llegó a convertirse en un problema de escala mundial y cómo llegó a afectar en mayor medida a las mujeres que habitan en territorios de precariedad.

Entre las principales explicaciones de la obesidad, una de las más comúnmente aceptadas es que se debe a la falta de disciplina. Tanto en los discursos ordinarios como en los trabajos científicos se suele dar mayor importancia a los factores ligados al comportamiento individual que a las condiciones políticas y socioeconómicas o los factores ambientales. El problema es que, si se aceptara que la epidemia de obesidad no tiene enemigos circunstanciales, la guerra emprendida para combatirla habría de dirigirse hacia el individuo que la porta, con el riesgo de confundir el objetivo de una lucha por desaparecer no a la obesidad sino a los obesos. En efecto, es importante rebasar lo concreto de la obesidad y pensarla desde la corporalidad (o *embodiment*) de los sujetos obesos para analizar cómo una cierta configuración corporal les constituye como individuos y miembros de un colectivo. Así, la corpulencia empieza poco a poco a entrelazarse con otras categorizaciones sociales como la raza, el género, el nivel socioeconómico y el medio urbano en que se habita. Lo biocultural de la corpulencia se nutre entonces de sentido, porque se observa y se analiza tanto al indi-

viduo o grupo que la porta como al ambiente en que se cristalizan las prácticas sociales. Así, no se puede decir que se es obeso a secas, sino que alguien es obeso hombre, mujer, europeo, asiático, africano, latino, inmigrante, ciudadano, ilegal, pobre, rico, urbano, rural, de zona residencial o de barriada; y es precisamente aquí donde la obesidad puede aparecer como un tema de lo urbano, y que puede comprenderse, explicarse y atenderse desde la transformación de la ciudad.

En la lucha contra la obesidad, los avances de la biología y la tecnología en el campo médico tienden a magnificar el progreso tecnológico y ocultar los peligros presentes en las políticas sanitarias y urbanas, así como la dimensión política del cuidado del cuerpo. Sin embargo, las "realidades triviales que se pueden agrupar en el vocablo salud [permiten definirla] como una relación entre la existencia física y psíquica por una parte, y el mundo social y político por la otra" (Fassin, 2000:96). Por lo tanto, puede decirse que si se reduce la enfermedad a una antítesis de la salud y se justifican las operaciones sanitarias desde las instituciones como una responsabilidad obligada por garantizar la salud, se omite la reflexión fundamental sobre la manera como se conceptualizan tanto la vida como la salud. La idea de controlar los comportamientos sociales para conservar la salud refiere a un orden preexistente de normalidad desde el que se categorizan los niveles de bienestar o malestar corporal, pero se pasa por alto que este tipo de normatividad es una construcción sociohistórica particular. Además, la oposición de perspectivas y las contradicciones sobre lo que es un problema de salud se basan tanto en los saberes ordinarios como en los discursos institucionales, y por eso se hace necesario abordar lo urbano obesogénico de forma política y desde las dinámicas ordinarias de la vida cotidiana en los espacios domésticos y públicos.

A partir de estos planteamientos problemáticos sobre el compuesto obesidad-ciudad, la pregunta fundamental que guía la tesis es ¿de qué manera la obesidad es un problema de lo urbano y por qué las mujeres en territorios de precariedad aparecen como el grupo más vulnerable?

La hipótesis es que en los territorios urbanos de precariedad las mujeres aparecen como el grupo más vulnerable ante los índices de obesidad por un tejido complejo de tres dimensiones: 1) el espacio urbano edificado y sus implicaciones en la alimentación y la actividad física, 2) los factores bioculturales asociados con los modos de procurarse la salud, y 3) los factores de integración socioespacial que definen las formas de alimentarse, de ejercitarse y de habitar. Como puede ob-

servarse, esta hipótesis es tanto constructivista como contextualista, porque se parte de obesidad no como concepto absoluto sino como una noción que se construye a partir de la variabilidad de los contextos políticos, económicos, culturales y espaciales. Por eso lo urbano obesogénico no tiene los mismos referentes en Estados Unidos, Francia y México⁴, y un trabajo comparativo muestra cómo “ser obeso” no es una idea acabada si se omiten los detalles socioespaciales y socio-temporales. Además, la incorporación de métodos comparados en los estudios sociales permite ubicar la particularidad de cada sociedad en la globalidad, por lo que “se requiere un gran impulso a los estudios comparativos de las políticas-instituciones sociales mexicanas con otras experiencias” (Valencia Lomelí, 2003b:122).

El problema más serio viene después de la hipótesis. Esto es: ¿cómo reconceptualizar la obesidad de forma constructiva y contextual? ¿Qué procedimiento seguir para un ejercicio comparativo de la corpulencia femenina en los países occidentales donde parece manifestarse con mayor intensidad? Y en este llamado a una construcción interdisciplinar, ¿a cuál mirada teórica habría que dejarle la tarea de hilvanar como filigrana todos los elementos que unen la precariedad urbana con la obesidad femenina? Con estos planteamientos, la elección del marco teórico-analítico aparece como un elemento fundamental para la lógica e integración de todo el estudio. De aquí que, respetando la fuerte argumentación sobre la disciplina corporal y las lógicas de consumo como los factores explicativos clásicos de la obesidad, se abre un campo privilegiado para reflexiones alternas desde la antropología política y la salud urbana. Como precisión necesaria, se considera que poner a la salud urbana⁵ bajo la lupa de la antropología permite la construcción de una teoría crítica sobre las prácticas alimentarias, la actividad física y el cuidado de la salud en las ciudades. De esta manera, se puede pensar en una antropología política de la salud urbana como el marco teórico-analítico más pertinente para estudiar lo urbano obesogénico.

Entre los objetivos del estudio se pueden enunciar tres: el primero es interrogar la construcción social de la corpulencia y más concre-

4 La justificación del trabajo comparativo entre Estados Unidos, Francia y México ha sido una de las apuestas fundamentales de esta tesis desde su concepción. Aunque en la metodología aparece una fundamentación más detallada, conviene adelantar que tanto el acceso a una determinada plataforma bibliográfica como a la observación directa de casos ejemplares de obesidad en la precariedad fueron decisivos para la concreción de los territorios comparados.

5 La OMS entiende la salud urbana como una urgencia del siglo XXI y la define como el resultado de factores como la gobernanza urbana, las características demográficas, el entorno natural y el entorno construido, el desarrollo social y económico, los servicios de salud y la seguridad alimentaria.

tamente de la epidemia de obesidad y de la guerra para combatirla; el segundo es develar el papel del espacio edificado en la afirmación de dinámicas sociales que se traducen en desigualdades e injusticias en términos de salud pública; y el tercero es desenmascarar algunas codificaciones corporales biomédicas y sociales que se convierten en constructos regulatorios y configuraciones del poder y la política contemporáneos a partir de una manera concreta de disciplinar el cuerpo humano.

Se reconoce, entre los principales problemas epistemológicos del estudio, el constante peligro del posicionamiento del investigador. Como respuesta se incluye un ejercicio autoetnográfico como parte de la metodología, en la que se expone de manera detallada la reflexión constante para mediar entre el trabajo etnográfico y el campo de estudio y la manera como esto influyó en la construcción crítica de los datos desde la corporalidad del investigador. En esta línea conviene declarar la deuda con organismos y asociaciones como DIF Tlajomulco, *Every Day Is A Miracle* y *Secours Populaire Français*, no sólo por el enorme valor de la información que de allí se ha obtenido, sino por la oportunidad de una confrontación constante entre el contexto y los valores del etnógrafo. También es importante reconocer que la formación profesional del investigador como filósofo, músico, arquitecto y traductor literario ha sido un ejercicio de fronteras constantemente rebasadas, pero también una “caja de herramientas” para cuestionar desde distintos saberes la construcción de la obesidad y la ciudad en términos de belleza, espacio y discurso, para luego poner estos saberes en perspectiva sociohistórica y multicultural. Es cierto que por primera vez hubo que acercarse a los ámbitos de la migración y la sexualidad para descifrar su coherencia científica en relación con la obesidad y la ciudad, y en estos campos la plataforma analítica se antojará muy limitada, pero este ejercicio de humildad no permite el menoscabo de una gran capacidad de asombro frente a los trabajos sobre género y migración, sino que aclara la búsqueda de ideas alternativas igualmente fecundas.

El documento se organiza en cuatro apartados. El capítulo 1 es una reconceptualización de la obesidad desde la crítica teórica a las bases documentales y la introducción del concepto de ciudad obesogénica como una forma pertinente para interrogar a la obesidad desde lo urbano. En el capítulo 2 se exponen los conceptos y procedimientos más adecuados para el estudio de la ciudad obesogénica desde la antropología política de la salud urbana, y se detallan tanto los ejes

de análisis como las estrategias de investigación. Los capítulos 3 y 4 constituyen el cuerpo central del estudio: en el capítulo 3 se hace una genealogía de la ciudad obesogénica en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur desde un ejercicio sociohistórico de contextualización. El capítulo 4 es un esfuerzo de análisis socioantropológico desde la inmersión en el campo y el rescate de formas más concretas de alimentarse, ejercitarse y habitar. El capítulo 5 es conclusivo; en él se sintetizan y escalan los elementos esenciales del estudio en un ejercicio de reintegración de los hallazgos teóricos y metodológicos a un contexto teórico y geográfico de mayor amplitud.

MEDIR LA TALLA DE AQUELL(A)S A QUIENES SE PERSIGUE

fragments allude to a particular way of inhabiting the world, say, in a gesture of mourning. I have in mind a picture of destruction [...] What is it to pick up the pieces and to live in this very place of devastation? This is what animates the descriptions of lives and the texts in this book.

los fragmentos aluden a una manera particular de habitar el mundo, en el sentido de un gesto de luto. Se me ocurre la imagen de una destrucción [...] ¿Cómo recuperar los pedazos y vivir en este lugar de franca devastación? Es esto precisamente lo que anima la descripción de las vidas y los textos de esta obra.

VEENA DAS,
2007:5-6

UNA CRÓNICA DEL TRABAJO DE CAMPO

Además de la documentación en archivos y bases estadísticas, y de la gran riqueza de los datos cualitativos obtenidos en las entrevistas y observaciones, la trayectoria inscrita a partir del proyecto de investigación desde la corporalidad del investigador se ha convertido en un recurso central para entender y explicitar las figuras y discursos de lo urbano obesogénico. De aquí que el marco teórico-metodológico comience con un primer ejercicio de autoetnografía, para luego precisar los referentes teóricos y los conceptos principales del análisis, y en un tercer apartado detallar los instrumentos metodológicos y la manera como se construye la investigación en los siguientes capítulos.

Este primer apartado es un recuento detallado del trabajo de campo, redactado en primera persona y desde una óptica autoetnográfica que recupera la experiencia directa de las dinámicas urbanas y el

descubrimiento paulatino de las lógicas socioespaciales instituidas y las formas de corporalidad que constituyen el complejo de la ciudad obesogénica.

En las últimas décadas, la reflexividad del etnólogo ha sido muy reconocida e impulsada en el espacio académico anglosajón y, al contrario, criticada constantemente por los académicos franceses que la consideran como un recurso demasiado egocentrista. Contra esta crítica, y con la intención de rebasar los límites identificados desde la óptica francesa, Didier Fassin y Alban Bensa consideran que la reflexividad es muy valiosa, pero que “únicamente tiene sentido en la medida en que aclara al mismo tiempo sobre los individuos y sobre el etnólogo” (2008:54). En el mismo documento los autores diluyen la frontera entre sociología y antropología y apoyan los trabajos empíricos que, rebasando las fronteras entre ambas disciplinas, permiten avanzar la reflexión y la cooperación constante del trabajo etnográfico en diversos escenarios.

Por su parte, François Bouvier considera que el trabajo socioantropológico implica al mismo tiempo una fuerte atención en las variables fuertes y en lo lábil del investigador. Propone bajo la noción de *autoscopie* (autoscopia) la práctica de “percibir y expresar la manera como los individuos se dicen a sí mismos y de forma directa” (2011:67), donde “el diario de campo es una de las facetas principales porque allí [el autor] se dirige a sí mismo por sí mismo y lo dice brutalmente, radicalmente, de raíz”. Para Bouvier lo importante de los registros del diario de campo es que llevan a la reflexión y las significaciones desde aquel que las enuncia, de tal forma que el registro se convierte en un ejercicio de autoanálisis. En el trabajo de etnografía realizado en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur la experiencia directa del investigador fue activando de forma intermitente contradicciones epistémicas a partir de la reflexión constante sobre los datos relatados, vividos y teorizados. Este es, probablemente, el núcleo procedimental más importante de la investigación, donde se conjugan al mismo tiempo lo íntimo de las meditaciones y la objetividad de los datos oficiales.

Varios investigadores, como Anne Raulin y Susan Carol Rogers (2012), y después Louis Dupont (2014), observan que las reflexiones sobre la trayectoria del investigador en la producción de conocimiento se hacen a partir de un constante regreso al campo de estudio en tanto fuente de información, de experiencia y de prácticas. En este sentido, la reflexividad se convierte en una articulación muy útil para aclarar al mismo tiempo el campo de estudio y el posicionamiento del inves-

tigador. La autoetnografía, entendida entre los métodos cualitativos como “una forma de escritura y presentación de resultados” (Blanco, 2012:49), evita la tendencia positivista presente en algunos trabajos etnográficos que, en su búsqueda por lo objetivo, válido y verificable tienden a estudiar al “otro” como algo extraño y extranjero (id:52).

Con el objetivo de conjugar la trayectoria autoetnográfica y las discusiones contemporáneas acerca de la obesidad, en este apartado se entrelazan los descubrimientos de autores y posturas frente al urbanismo y la obesidad desde lo fortuito de las vivencias del investigador y en una lógica espaciotemporal que entreteje la experiencia y la reflexión constantes. Lejos de ser un mero aditamento literario, se trata de una manera alterna para introducir las teorías del urbanismo y la obesidad desde la vida cotidiana y la cercanía con los lugares y las personas, donde se eviten los exotismos del escenario de estudio y el riesgo de desaparecer la corporalidad del investigador. Así, primero se introduce el trabajo de campo en Lomas del Sur, en un momento en el que se privilegiaban las explicaciones acerca de la ciudad obesogénica desde argumentos sobre la producción y el abasto de alimentos, y donde se ponía el acento en la cultura de consumo y las carencias de infraestructura urbana. En una segunda etapa, y desde South Bronx, se pone en perspectiva el enfoque socioeconómico y sociourbano de Lomas del Sur para confrontarlos en ejercicio dialéctico entre la economía política y los estudios culturales y desde la recuperación de los procesos sociohistóricos y el contraste biológico/cultural de la obesidad. En la mirada biocultural de lo urbano obesogénico de South Bronx aparecen otras nociones como la talla, el género y la raza. Finalmente, desde el trabajo de campo en La Courneuve y a partir de la confrontación con activistas de Weight Stigma y Health At Every Size las reflexiones sobre la obesidad y el espacio urbano se amplifican a la transversalidad de la discriminación de ciertos grupos culturales introduciendo la importancia de los procesos migratorios en la configuración de la estética y la salud, al tiempo que se revelan las fortalezas culturales de la alimentación y de las prácticas de cuidado del cuerpo desde diferentes latitudes.

La lógica de la narrativa autoetnográfica se basa en una secuencia de reflexiones en torno a la siguiente pregunta: ¿cómo la corpulencia y la gordura aparecen como un problema de lo urbano? Tres respuestas posibles se siguen a la pregunta, sintetizada en la noción de ciudad obesogénica y desplegada en el recuento del trabajo de campo en Lomas del Sur, South Bronx y La Courneuve.

Lomas del Sur. La obesidad femenina es un problema urbano y político-económico

En el otoño de 2013 regresé⁶ de París a Guadalajara para iniciar el Doctorado en Estudios Científico-Sociales (DECS) en el ITESO. Para alguien que se ha formado en el campo de las artes, pasar de la filosofía a la música, de la música a la arquitectura y de la arquitectura a las ciencias sociales generó desde el principio una serie de desajustes importantes sobre la perspectiva teórico-metodológica que podría seguir la tesis y sobre mis propios alcances para fundamentar un estudio de tanta relevancia.

La planeación urbana actúa de forma indirecta sobre los índices de obesidad. Esta “intuición” que me había valido la aceptación al programa de doctorado se sustentaba en mis reflexiones sobre la arquitectura oblicua en contra de los modelos cartesianos vertical-horizontales que minimizan la actividad física y extinguen la experiencia estética del espacio construido. Los franceses Claude Parent y Paul Virilio habían experimentado sobre la potencialidad de la función oblicua como desafío al cuerpo humano en términos de equilibrio, movimiento continuo, percepción y vértigo. Yo veía, además, una excelente oportunidad para profundizar sobre las relaciones entre la arquitectura y la salud y continuar con una serie de reflexiones iniciadas en 2008, cuando participé en un proyecto sobre *healing design environments* que dirige Suzanne Siepl-Coates en Kansas State University.

La limitación para explicar la obesidad desde el diseño urbano-arquitectónico llevó a la necesidad de una mayor comprensión del fenómeno antes de proponer soluciones y controles desde el espacio edificado. Además, la perspectiva interdisciplinar con que se construyen las reflexiones del DECS y una primera inmersión en las dinámicas socioeconómicas revelaron la importancia de la política económica y las políticas urbanas para entender cómo las ciudades se convierten en espacios discontinuos que privilegian la movilidad mecánica, el hábitat privatizado y los estilos de vida sedentarios. Desde una perspectiva neomarxista, y a partir de los trabajos de Henri Lefebvre y David Harvey, se podía comprender el papel obesogénico del urbanismo tanto

6 La decisión de redactar este apartado en primera persona obedece por un lado a una cuestión de estilo, y por otro a la mayor claridad con respecto al posicionamiento del autor. Tejer los conceptos y métodos con las circunstancias que se atravesaron en la construcción de los datos, ayudará para entender las decisiones sobre la perspectiva teórico-metodológica y la construcción de un marco analítico a partir de constantes crisis y rupturas epistemológicas.

en el rol de las políticas urbanas sobre las lógicas de privatización del espacio urbano como en el privilegio de las dinámicas de consumo sobre la promoción de la actividad física. Al mismo tiempo, los estudios biomédicos de la obesidad indicaban que el padecimiento se debía al desequilibrio entre la energía percibida por la ingesta de alimentos y la energía gastada en actividad física; un desequilibrio que podía también entenderse desde los procesos globales de la economía y los sistemas de producción, y en el cruce con la comercialización de alimentos altos en calorías, bajos en nutrientes y poco saludables, que además son muy accesibles, baratos y rentables.

Establecer una relación entre las dinámicas urbanas y las dinámicas de consumo de alimentos o la falta de actividad física no es un problema nuevo, y el enfoque desde la noción de “ambientes obesogénicos”, cada vez más difundido, me ayudó a construir un primer marco teórico analítico que enfocaba la obesidad como un problema de ambientes tóxicos presentes en la ciudad. Las investigaciones desde la salud pública y la mayoría de los estudios de carácter estadístico de los últimos años han puesto de relieve dos elementos explicativos de los ambientes obesogénicos: la calidad de la infraestructura urbana para la actividad física y la accesibilidad alimentaria en términos espaciales. Los argumentos que parten de esta idea se fundan en la afirmación poco cuestionada de que el principio causal del incremento en los índices de obesidad es el alza en la disponibilidad y accesibilidad de alimentos con alto contenido calórico, unido con las carencias de infraestructura para la movilidad no motorizada. La plataforma teórico-metodológica que se despliega desde la noción de ambientes obesogénicos privilegia las encuestas de opinión y los reportes estadísticos, el mapeo de establecimientos comerciales y áreas de deporte y el análisis de los datos desde una perspectiva llamada socioecológica que permite el cruce de la salud pública con las dinámicas urbanas. Los trabajos de Julio Frenk y Enrique Cifuentes⁷ han sido de gran relevancia en esta lógica que entiende la enfermedad como un desequilibrio ambiental y social.

En el otoño de 2014 realicé el primer trabajo exploratorio a partir de una encuesta breve de apenas diez preguntas sobre la percepción del espacio construido en términos de accesibilidad alimentaria y de

7 Julio Frenk, en “La salud de la población” (1993), explica las dimensiones biológica y social de la salud pública; Enrique Cifuentes, profesor de Harvard T.H. Chan, ha trabajado por muchos años sobre la salud ambiental y la comprensión de la enfermedad en términos de desequilibrio socioecológico.

actividad física. Este estudio se repartió en seis colonias de Guadalajara y en dos momentos⁸. El estudio puso de relieve la importancia de las condiciones socioeconómicas y territoriales como una variable explicativa de los índices de obesidad. Por otro lado, esta primera aproximación reveló los vínculos entre la pobreza y la obesidad, y la mayor vulnerabilidad de las mujeres frente a la salud, en términos de alimentación y de actividad física, y de acuerdo con los enfoques socioecológicos de la salud pública.

La exploración estadística de la salud y un par de entrevistas con funcionarios públicos, primero en la Secretaría de Salud Pública de Jalisco y luego en la Cruz Verde de Tlajomulco, corroboraban la importancia de los factores de infraestructura urbana para entender el aumento de la obesidad en territorios urbanos de precariedad. Aunque los registros sobre obesidad son muy recientes en Jalisco y no permiten elaborar un recuento más allá de una década, el corolario principal de las investigaciones es que la alimentación poco saludable y de alto contenido calórico ha sido más subsidiada y mediatizada que la alimentación saludable y de pocas calorías. Las primeras observaciones secundaban los trabajos de Marion Nestle en *Food Politics* (2002), donde explica que muchas de las estrategias de subsidio en *commodities* (como maíz, soya, azúcar, trigo) constituyen los ingredientes clave para alimentos de mayor durabilidad, procesados sobremedida y de alto contenido en grasas que se puede observar en la repostería y frituras que abundan en las zonas urbanas populares. Al mismo tiempo, el estudio de Nestle mostraba cómo las frutas y verduras reciben menos subsidios directos y por lo mismo son más costosas y menos accesibles en las colonias populares. En este sentido, el binomio de la abundancia de alimentos y su costo relativo, revisados desde la accesibilidad en términos urbanos, permitió una primera explicación de la obesidad desde los contrastes entre grupos sociales de diferentes medios socioeconómicos y zonas urbanas de Guadalajara. Con esta perspectiva arrancó el trabajo de campo en Lomas del Sur, uno de los fraccionamientos populares de Tlajomulco.

8 En el primer intento de comparar modelos de ciudad se seleccionaron las colonias Santa Teresita, Chapalita y Santa Fe con el supuesto de que la modernidad urbana sería un elemento explicativo. Luego de los primeros resultados se hizo una segunda aplicación sobre territorios desfavorecidos en términos socioeconómicos, porque mostraban mayor susceptibilidad a las dinámicas obesogénicas. Se hizo un contraste entre las colonias Santa Fe, Los Tulipanes y Francisco Silva Romero en la periferia de Guadalajara. Los resultados pusieron en evidencia los factores de distancia, precio y percepción de la infraestructura como los más importantes para entender las decisiones de consumo y de actividad física.

El 26 de febrero de 2015 organizamos un recorrido por varios fraccionamientos de Tlajomulco, Enrique Valencia (director de la tesis), Alain Musset (co-director de la tesis en Francia), César Barrios (doctorante de la EHESS con una tesis sobre Guadalajara) y yo. La visita concluyó con la primera exploración de Lomas del Sur y la conversación con varios habitantes que, una semana después, se convertirían en mis vecinos. Desde el 1 de marzo de 2015 comenzó un periodo de tres meses de trabajo socioetnográfico de las dinámicas de compra y consumo de alimentos, y de otros procesos más complejos como las interacciones en torno a la comida y la actividad física, la presencia de *fast-food*, el impacto de las dinámicas laborales y económicas, y la participación femenina en la reproducción de la economía local. El registro de observaciones y ulteriores entrevistas con mujeres adultas de Lomas del Sur se construyó, entre otros, por el vínculo creado con la unidad local del DIF y a partir de tres ejes principales: las formas de percibir y habitar el espacio construido, la accesibilidad alimentaria y el acceso a la actividad física. Las notas de campo, organizadas en cuatro apartados (observaciones, entrevistas, reflexiones personales y nociones teóricas), pronto pusieron en evidencia los huecos que se dejan en el estudio de la obesidad y el urbanismo cuando se da preferencia a la dimensión económica en detrimento de los factores socioculturales.

Por otro lado, la reflexión constante con el comité de tesis exigía una mirada más integrada de las diferentes dimensiones del problema. El urbanista Raúl Díaz puso el acento en la importancia de la morfología urbana y las dinámicas sociales y urbanas que configuran las ciudades. La antropóloga Rossana Reguillo insistió desde el principio en los factores socioculturales que intervienen en las decisiones alimentarias y en la configuración de los cuerpos. Ambas recomendaciones se suscitaron luego de un primer reporte del trabajo empírico en Lomas del Sur. En este documento preliminar había retomado la plataforma teórica de Ulrich Beck sobre la sociedad del riesgo para cruzarla con nociones socioecológicas de la salud y el urbanismo. Desde la construcción de un primer marco analítico basado en “paisajes de riesgo” creí haber encontrado una manera eficiente para integrar lo complejo y multidimensional de la obesidad con la precariedad de los territorios urbanos. Y es que pensar desde los *etnoscares* a la manera de Arjun Appadurai abría la puerta a un análisis más integrado, que tomara en consideración el dinamismo e interacciones entre el espacio físico, las políticas económicas y la percepción de los habitantes.

La observación privilegió los espacios de comercio como tianguis, tienditas y supermercados, así como el espacio urbano de actividad física como calles, áreas de juego, parques y unidades deportivas. La construcción de la figura femenina se reveló desde el principio como una de las lecturas más complejas para entender las dinámicas alimentarias y el cuidado de la salud, al poner el acento del trabajo reflexivo sobre la mujer incorporada en el empleo formal e informal y la economía política del espacio alimentario. El primer documento integrado del trabajo empírico explicaba el fenómeno obesidad/ciudad desde el aumento de presencia femenina en el trabajo remunerado. También insistía en el aumento de la oferta de *fast food*, más accesible, de fácil consumo y de alta rentabilidad. La dimensión urbana de la obesidad podía leerse, entonces, desde la variedad y accesibilidad de alimentos y la dificultad de actividad física en razón de distancia, tiempo y precio.

Aunque el problema de las ciudades obesogénicas se ha resistido siempre a las simplificaciones, pensar en los factores económico-políticos como el fundamento principal favorecía la construcción de una plataforma teórica y analítica más o menos sólida, pero limitada, para entender el peso sociocultural del problema. Al mismo tiempo, vivir en Lomas del Sur por tres meses y seguir el ritmo de la vida cotidiana de los habitantes constituyó desde el principio un resquebrajamiento de supuestos y un reto biocultural y emocional. Para llegar a trabajar

a las 7:00 am en el ITESO, había que esperar desde las 4:30 el autobús urbano con la ruta 619 con cerca de 50 personas más, a media luz frente al OXXO de Boulevard Lomas del Sur. Después de media hora o poco más, era posible colarse en alguna unidad que circulaba con la puerta abierta. Así hacía la mayoría de los vecinos, siempre atentos y vigilantes, que me apoyaron cuando nos quedamos sin agua por casi tres semanas y había que llenar cubetas de las pipas enviadas por el ayuntamiento, o cuando me cortaron la luz y me advirtieron no sólo de la irregularidad de mi instalación sino de la ilegalidad de la vivienda que, según yo, había rentado de un particular respetando las formas oficiales. Por otro lado, aunque la sensación de inseguridad disminuyó en la medida en que conocía más gente, los relatos de incidentes y mis recurrentes charlas con “el malo”, vecino joven y exconvicto que cría perros de pelea en un par viviendas invadidas, acentuaron la sensación de inseguridad. Por otro lado, las limitaciones de la oferta alimentaria en cereales, frutas y verduras me condujeron constantemente al consumo de alimentos preparados o a la alternativa rápida de minisúpers como el Oxxo de la esquina. No hubo tiempo para actividad física. Si se toman en cuenta las jornadas diarias de tres horas de transporte entre el hacinamiento, la informalidad, los empujones y el mal olor, y que hay que caminar desde la parada del camión hasta la casa bajo el sol, y entre la polvareda y la basura, la actividad física aparecía como un gran sacrificio.

Ya visto en perspectiva, el abordaje político-económico de la ciudad obesogénica en Lomas del Sur evidenció cuatro problemas principales: el primero es de escala, porque las explicaciones etnográficas tendían a lo concreto de dinámicas localizadas; el segundo problema es la lógica de dominación de los mecanismos de consumo que parecía dejar a los individuos hasta el final de los procesos de decisión; en tercer lugar, había un problema de ocultamiento respecto a los proyectos políticos frente a los proyectos de cuerpo, visto sobre todo en la estética femenina; y finalmente, el enfoque político-económico se quedaba muy limitado para integrar una perspectiva de género que rebasara los estudios estadísticos concentrados en el espacio doméstico y el empleo formal.

El primer problema de este abordaje tiene que ver con la escala y la importancia de rebasar el espacio urbano inmediato para entender las dinámicas alimentarias. En Lomas del Sur como ciudad obesogénica las lógicas económico-políticas orientaban el estudio hacia una explicación de la obesidad desde el mercado local de alimentos poco

nutritivos, obviando la fuerza que tienen las ambiciones y competitividad de algunos capitales agroalimentarios en diferentes ámbitos y espacios de la producción y la distribución. Cuando se pone el acento en el espacio inmediato de los consumidores y no se teje en medio de procesos entre las dinámicas político-económicas más amplias, se pierde de vista la manera como se calcula, y a veces se fija, la obesidad, entre otras tendencias de crisis del capitalismo. Por otro lado, la intencionalidad de los enfoques de salud ambiental hacia la articulación de políticas públicas dirige la atención hacia la regulación de abastecimiento y de etiquetado de los alimentos, además de la penalización con impuestos para ejercer presión en la decisión de consumo. En cuanto a la actividad física, el acento se pone en el cálculo de calorías y de desgaste por tipo de actividad, así como en las métricas de control de las dimensiones corporales. En este sentido, la comprensión de la ciudad obesogénica se jugaría en las contradicciones del neoliberalismo cuyas políticas económica y urbana están "corporalizadas" en una especie de creación neoliberal de las subjetividades. Si el estudio se concentra en las particularidades del ámbito local y el enfoque político económico existe el riesgo de querer explicar la obesidad como un resultado del proyecto neoliberal, y al mismo tiempo habría que admitir que es el neoliberalismo el que construye la obesidad como problema para nulificar los debates. El contraste de esta perspectiva con las reflexiones de Kajsa Ekholm Friedman y Jonathan Friedman (2007) y Michel Agier (2013) desde la antropología y el estudio de los procesos globales ayudará a clarificar la importancia de la escala en el estudio de la obesidad y la pertinencia de un trabajo comparativo entre varias latitudes.

La segunda dificultad del abordaje de la ciudad obesogénica en términos de política económica y a partir de las reflexiones etnográficas de Lomas del Sur es que se tiende a explicar el fenómeno desde las dualidades opresor/oprimido y mercado/consumidor y se deja muy poco margen de acción al individuo respecto a su decisión de consumo y de actividad física, a riesgo de caer en determinismos. En efecto, cuando se pone el acento en el consumidor y sus acciones en términos de demanda, su capacidad de intervención aparece solamente en la última etapa de los procesos de producción y de mercado, que es la compra final. Los enfoques desde *behavioral economics*, por ejemplo, suelen conducir a estudios sobre los comportamientos individuales de consumo, sin tomar en cuenta las dinámicas colectivas ni las contradicciones desde cuestiones como el gusto y el antojo, que ponen al des-

cubierto la capacidad de acción y modificación del mercado a partir de mecanismos socioculturales. Lomas del Sur, entonces, ofrecía al mismo tiempo una lectura de la ciudad obesogénica desde la opresión de los mercados y evidenció dinámicas de rebeldía contra las estrategias del comercio. Las reflexiones a la luz de Michel de Certeau (1990) sobre las tácticas y las estrategias permitieron aclarar los procesos sociales que se generan en las tensiones entre las estrategias de las instituciones y las tácticas sociales presentes en la vida ordinaria. Al mismo tiempo, en obras como *Les héritiers* o *La misère du monde* de Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron se abría el trabajo de estudio hacia lo complejo de la injusticia social desde la desigualdad de oportunidades y se privilegiaba el abordaje metodológico a partir de entrevistas en diferentes espacios urbanos, pero siempre dirigidas a desentrañar los problemas del Estado. De Pierre Rosanvallon, en *La société des égaux* (2011), se recuperó un estudio que teje la historia, la política y la sociología para reconstruir la noción de “igualdad” en la época moderna; en esta reconstrucción del concepto, Rosanvallon explica que en las últimas décadas hay un cambio no solamente respecto a la representación antropológica y biológica del ser humano, sino también la emergencia del individuo al que se refiere la nueva idea de igualdad (37) y que conduce a una sociedad de iguales desde principios como la similitud social, la independencia económica y la ciudadanía política.

El tercer problema descubierto en Lomas del Sur como ciudad obesogénica tenía que ver con la percepción y regulación del cuerpo, lo que Michel Foucault conceptualizó como “biopolítica”. En el enfoque político-económico de la obesidad, esta perspectiva se podría integrar en un proyecto neoliberal del cuerpo, y los ambientes obesogénicos proporcionarían la materia prima para el despliegue de políticas económicas y urbanas de regulación de los modos de habitar y de alimentarse. Algunas cuestiones como la sensación de miedo y el cuidado de la apariencia de los habitantes de Lomas del Sur manifestaban la existencia de mecanismos de control socioespacial como una manera de modelar los comportamientos. El límite del abordaje de los ambientes obesogénicos pronto se vio rebasado en su imposibilidad para explicar estas problemáticas, que sólo en la comparación con South Bronx y La Courneuve se harían más claras, gracias a la introducción de las teorías de Giorgio Agamben y Didier Fassin. En efecto, la biopolítica de Agamben se preocupa tanto por los mecanismos de poder como por los análisis de regulación de la vida, y los estudios antropológicos de Fassin ponen de relieve la biolegitimidad como una

sustitución progresiva de la justicia social por el humanitarismo con que se piensan los territorios de precariedad.

El cuarto problema que se hacía evidente en el abordaje económico-político de la obesidad es la simplificación de las nociones de género en el análisis cuantitativo y cualitativo de la presencia femenina en el campo laboral y legal. Las dinámicas alimentarias y de actividad física observadas en Lomas del Sur exigían una mayor profundización de la condición femenina, que fuera más allá de los procesos de dominación o de los estudios sobre la violencia doméstica. El descubrimiento de investigadoras como Mercedes González de la Rocha (1989), Orlandina de Oliveira y Marina Ariza (1999), que privilegian los estudios desde el espacio doméstico, sirvió como primer escalón para luego abordar el problema desde perspectivas más amplias como la vulnerabilidad femenina propuesta por Caroline Moser (1996) o el mito de la vida privada de las mujeres de Soledad Murillo (1996).

El trabajo de campo en Lomas del Sur permitió descubrir cómo la ciudad obesogénica es un problema urbano, político y económico. Al mismo tiempo evidenció los límites de comprensión desde el abordaje socioestadístico de los ambientes obesogénicos. No obstante, este primer ejercicio permitió la afinación de las estrategias de construcción de los datos a partir de las reflexiones y elementos novedosos que se revelaron en el proceso. La posibilidad de verificación a partir del ejercicio comparativo con otros territorios en los que el fenómeno ciudad/obesidad fuese significativo y tuviera una referencia directa a la muestra de las mujeres adultas llevó a un primer ejercicio de prueba en South Bronx. La pretensión inicial era la posibilidad de aplicación de las mismas estrategias de investigación y el cotejo entre los resultados obtenidos en ambos territorios.

South Bronx. La obesidad femenina es un problema biológico-cultural de la demanda

El 4 de junio de 2015, en South Bronx, inició una segunda etapa del trabajo de investigación y la construcción de datos sobre la ciudad obesogénica en su confrontación con la vulnerabilidad femenina. Entre los principales fundamentos de selección de South Bronx se pueden contar tres principales: primero el documento *NYC Active Design*

*Guidelines*⁹ (2010), que había sido una pista importante desde el inicio de la investigación; en segundo lugar, las estadísticas de los organismos oficiales reportaban South Bronx como uno de los territorios con mayor precariedad en Estados Unidos, al mismo tiempo que reconocían el mayor nivel de obesidad en esta zona de Nueva York; en tercer lugar, los procesos de urbanización de Nueva York en las últimas décadas constituyen un modelo importante que ha sido imitado por muchas ciudades norteamericanas y latinoamericanas, reforzando la pertinencia para el análisis.

La cadena de amistad con una familia de migrantes de Honduras me permitió conseguir alojamiento, por las primeras dos semanas, en Pleasantville, uno de los suburbios más opulentos de la zona noroeste de Nueva York. Por la mañana, antes de tomar el tren para ir a trabajar, me incorporé a la rutina local de pasar por un café del Starbucks. Los miércoles y sábados a la rutina del café seguía un breve recorrido por el Farm-Market que se monta frente a la cafetería, y cuyos productos orgánicos aparecían, para mis hospederos hondureños, tan inaccesibles como la mayoría de artículos que se encuentran en los comercios de los suburbios. Muchos empleados que trabajan en restaurantes, jardinería o limpieza de los suburbios de Westchester provienen de Guatemala, Honduras, El Salvador o Ecuador. La línea férrea Metro-North conecta casi todos los suburbios con la estación neoyorkina de Grand Central en un tiempo promedio de 45 minutos. Pero los trabajadores migrantes no conocen la ciudad. Lo supe por las conversaciones sostenidas con mis hospederos todas las noches después de mis recorridos por South Bronx, que les significaban siempre una sorpresa. Les extrañaba la facilidad con que un recién llegado pudiera desplazarse en la ciudad de Nueva York “sin perderse”, a ellos que solían pagar taxi cuando había necesidad de trasladarse al aeropuerto, al consulado o a la central de autobuses. Un par de visitas guiadas a Central Park y la Estatua de la Libertad me permitieron experimentar el asombro genuino de mis hospederos, y al mismo tiempo descubrir las fronteras simbólicas entre los territorios neoyorkinos a partir de diferencias bioculturales.

9 Las NYC *Active Design Guidelines* (2010) integran una serie de lineamientos para influir sobre la reducción de la obesidad desde el diseño urbano. Es el resultado de un trabajo colaborativo entre New York City Department of Design and Construction (DDC), New York City Department of Health and Mental Hygiene (DOHMH), New York City Department of Transportation (DOT), New York City Department of City Planning (DCP) y New York City Office of Management and Budget (OMB).

Descubrir en los suburbios neoyorkinos una materialización del proyecto de “ciudad jardín” propugnada por Ebenezer Howard, hizo más fácil la comprensión de las lógicas urbanizadoras de Nueva York que, durante las primeras décadas del siglo xx, impulsó la salida de las clases medias y altas hacia los suburbios con el consecuente abandono de territorios degradados como South Bronx. La revisión documental, primero en la biblioteca de Pace University en Pleasantville, luego en la Fordham Library de South Bronx y un permiso extraordinario de tres días en el acervo de The City University of New York (CUNY) permitieron una comprensión más clara de los procesos socioterritoriales que configuraron South Bronx y lo convirtieron en un escenario pertinente para estudiar la ciudad obesogénica por las particularidades urbanísticas y la distribución de circulaciones y áreas verdes (figura 2). Los tres ejes de análisis (el paisaje edificado, la accesibilidad alimentaria y la actividad física) mostraban importantes similitudes respecto a Lomas del Sur. No obstante, el acento de las dinámicas sociales de South Bronx no se dirigía con la misma fuerza a las deficiencias de las políticas urbanas o a las políticas alimentarias, sino a las formas culturales del consumo alimentario, del cuidado del cuerpo y de las formas de relacionarse en torno a la comida y del deporte.

Figura 2. South Bronx, áreas verdes y separación de Manhattan



Créditos: Google Maps/2018.

La mayoría de los estudios sobre la obesidad desde los abordajes anglosajones de tipo socioestadístico concluyen que la raza¹⁰ es una de las principales variantes explicativas para entender la vulnerabilidad de algunas mujeres frente a los problemas de peso y talla. Los estudios a partir de este tipo de categorizaciones han conducido a la aceptación implícita de una serie de predisposiciones biológicas en la población, que permitirían entender las formas de alimentarse de acuerdo con el hambre y el gusto, y la obesidad como un letargo en los procesos evolutivos de adecuación del cuerpo humano frente a las innovaciones en el sistema alimentario.

Desde esta lógica, y a partir de los recorridos, entrevistas y vivencias en South Bronx durante el periodo junio-septiembre de 2015, la explicación de la ciudad obesogénica desde las políticas económicas y urbanas se quedaba bastante corta. Fue necesario replantear el marco teórico para introducir de forma más intensa las cuestiones culturales como la migración, la raza y la percepción biomédica y estética de los cuerpos. Es cierto que las dinámicas alimentarias de South Bronx están fuertemente marcadas por la presencia de bodegas y negocios de *fast food*, pero también salta a la vista la abundancia de salones de belleza para mujeres y hombres y se escucha con frecuencia conversaciones sobre recetas caseras o recomendaciones médicas y religiosas para mantener un cuerpo sano.

Abrir la puerta a reflexiones desde las diferencias bioculturales permitía entender cómo los habitantes de South Bronx —cuyas prácticas estaban enraizadas en las tradiciones afroamericanas, caribeñas o latinoamericanas— entienden la alimentación y la salud desde diversas concepciones del gusto, la convivialidad y las interacciones espaciales ligadas con la comida, el deporte y el cuidado del cuerpo. En este sentido, había que cuestionar la mirada mecanicista de la obesidad desde el desequilibrio energético y el control de nutrientes. Más aún, las concepciones de gusto o placer en torno al acto alimentario y la actividad física de los habitantes de South Bronx exigieron otro tipo de racionalidad en la que se presentara a un tiempo y de forma inseparable la dimensión biológica y la dimensión cultural de la corporalidad y la salud. Los estudios de Pierre Bourdieu como *La distinction* (1979) y

10 La raza y el racismo se conciben para este estudio como construcciones sociales para establecer diferencias entre grupos humanos afirmados en sus territorios. Aunque algunos prefieren hablar de diferencias étnicas, el fondo de esta noción implicaría la aceptación de categorizaciones de tipo biológico, que se rechazan en esta investigación. No obstante, también es cierto en un sentido amplio, implican la existencia de un supuesto atributo biológico “objetivo”.

de Jean-Pierre Poulain como *Sociologie de l'obésité* (2009) revelaban una racionalidad distinta a la lógico-matemática respecto a la definición del gusto y del deseo. En South Bronx se hacía evidente que más allá del pragmatismo económico y las métricas dispuestas por las regulaciones de salud pública o los lineamientos de nutrición, existe una racionalidad basada en valores no cuantificables y bien fundamentados en las percepciones y creencias con que se validan las decisiones de consumo en la vida ordinaria. Además, era evidente que en las sensaciones como el gusto intervienen no solamente los sentidos, sino el conjunto integrado de los mecanismos cognitivos con que el acto alimentario se vuelve una experiencia de gusto o desagrado. A esto se refieren los teóricos cuando afirman que en el gusto se pasa de la práctica biológica a una vivencia en términos de estética.

Sobre la actividad física como contraste, desde la óptica de la salud pública fundada sobre la idea del equilibrio corporal, habría que admitir la transformación de los estilos de vida y la no correspondencia entre la evolución de la alimentación por un lado, y las prácticas deportivas que regulan el metabolismo por el otro. El argumento de la insuficiente adaptación del metabolismo a las nuevas dinámicas alimentarias podía afirmarse como explicación suficiente para entender la gordura en territorios como South Bronx donde las prácticas de actividad física han perdido espacio al tiempo que se multiplica la presencia de alimentos de alto contenido energético. Como respaldo de este argumento basado en las diferencias culturales y raciales, Rober Pool en su estudio *Fat: Fighting the Obesity Epidemic* (2001) esclareció cómo algunos grupos culturales son más proclives a ganar peso que otros, basándose en el caso de las comunidades amerindias pima, en el sur de Arizona, que desarrollaron una suerte de gen para acumular grasa corporal en tiempos de carestía, y que se volvieron demasiado gordos al exponerse a las dietas modernas de la cultura estadounidense, más industrializada.

En South Bronx se podía observar cómo, a partir de la afirmación de la obesidad como consecuencia de las condiciones bioculturales de los grupos sociales, se pone en marcha un ejército de médicos bioclínicos y nutriólogos que buscan corregir la problemática a partir de la regulación y medicalización del cuerpo obeso. Desde la sociología y antropología, y aun la psicología, también se podía entender que los habitantes de South Bronx prefieren un cierto tipo de alimentos y estructuran el comercio a partir de la demanda, de forma que las políticas económicas no influyen de forma significativa cuando las diná-

micas culturales rigen la presencia de ciertos productos y de un cierto tipo de plataformas urbanas para la actividad física.

Además de las observaciones y el registro de establecimientos que ofrecen productos alimentarios, realicé una serie de entrevistas a mujeres adultas que asisten de forma semanal a la entrega de alimentos del programa *Every Day Is A Miracle* en el que fui voluntario entre junio y septiembre de 2015. La directora del programa, María Estrada, me abrió las puertas para realizar observaciones y entrevistas, y me vinculó con bases de datos de corte estadístico. El contacto constante con los demás voluntarios, en su mayoría mujeres migrantes de Puerto Rico y República Dominicana, constituyó una oportunidad excepcional para discutir mis observaciones y descubrir nuevos elementos. Fue de este modo como la estética del cuerpo y la percepción de la obesidad se impuso sobre las métricas del índice de masa corporal¹¹ (IMC) a partir de las valoraciones individuales que emitieron la mayoría de entrevistadas. La oficialidad de la talla corporal como garantía de un cuerpo saludable no coincidía con la percepción de las mujeres y la aceptación de una figura corporal sana. Además, el arreglo personal se imponía sobre los estándares de salud y las medidas estandarizadas del cuerpo saludable, de manera que el parámetro de salud del cuerpo no era el IMC, sino la autoconciencia de un cuerpo en buen funcionamiento y estéticamente arreglado para mostrarse en público. Esto hizo comprensible el mercado de ropa y artículos de belleza, como en Lomas del Sur donde la venta de ropa y accesorios en el tianguis era de mayor importancia que la venta de alimentos, en una proporción de 2/3 de establecimientos de ropa, calzado y accesorios, contra 1/3 de productos alimentarios y artículos para el hogar. En conclusión, la belleza corporal de las mujeres adultas aparecía, desde Lomas del Sur y South Bronx, como algo independiente de la talla y mayormente vinculado con el arreglo estético del cuerpo.

En cuanto a la actividad física, el miedo reapareció en South Bronx como el factor más importante para definir los límites espaciales y la presencia/ausencia femenina. Desde el primer momento y hasta el último día del trabajo de campo la sensación de inseguridad fue una constante. Para instalarme en South Bronx había conseguido, por medio de un ami-

11 El índice de masa corporal (IMC) es una relación matemática que asocia la masa y la talla, propuesta por el belga Adolphe Quetelet. Se calcula según la operación $IMC = \text{masa}/\text{estatura}^2$ donde la masa se expresa en kilogramos y el cuadrado de la estatura en metros al cuadrado, siendo la unidad de medida del IMC, en el Sistema Internacional de Unidades: $\text{kg} \cdot \text{m}^{-2} = \text{kg}/\text{m}^2$. De acuerdo con este índice se clasifica a los individuos en Bajo peso ($IMC < 18,5$), Rango normal ($IMC = 18,5-24,99$), Sobrepeso ($IMC = 25-29,99$) y Obesidad ($IMC \geq 30$).

go del voluntariado, una habitación con una familia mexicana que renta una parte de su casa. Seguido de una recomendación directa y el pago anticipado en efectivo, renté una habitación en el cruce de Jennings y Southern Boulevard. La casa era de tres niveles: en el primero un negocio de abarrotes con restaurante de comida rápida, en el segundo vivía la propietaria con su esposo, y en el tercer nivel había cinco habitaciones de renta con una cocina y baño compartidos. La sensación de inestabilidad experimentada en South Bronx comenzaba desde esta casa donde casi todas las noches se instauraba la violencia, ya fuera porque una mujer golpeaba a su marido alcohólico mientras él suplicaba perdón, el acoso al joven puertorriqueño de la recámara contigua por arreglos de vandalismo y malos entendidos sobre dinero desaparecido o el llanto del bebé de una pareja de latinos. Recorrer las calles tampoco era un alivio. Aunque algunos espacios de South Bronx dan la imagen de mayor seguridad, el vecindario está lleno de rincones donde se respira la droga, la humedad y la basura. Empezando por *The Hub*, corazón de South Bronx, es fácil identificar un par de negocios donde se concentran los drogadictos, a veces más de 10, y en ocasiones quedan rendidos sobre la banquetta. A lo largo de la Tercera Avenida y hasta la Calle 174, los talleres mecánicos, las agrupaciones de hombres y lo discontinuo de los edificios aumentan la sensación de que en cualquier momento se puede ser interpelado por algún desconocido. Es cierto que Lomas del Sur ofrecía sus propios miedos, pero las barreras culturales con poblaciones afroamericanas y algunos caribeños de South Bronx acentúa la sensación de inseguridad, quizá porque en un país extranjero se piensa que no se cuenta con ningún respaldo político ni social, y porque todo se siente ajeno: no eran ni mi país, ni mi gente, ni mi ciudad ni mis instituciones. La frontera era multidimensional, y desde mi experiencia pude entender la adición de constantes límites a la que hacían referencia muchas de las mujeres entrevistadas.

En *Every Day Is A Miracle* y en el trato cotidiano con los demás voluntarios conocí también otra cara de South Bronx: la del trato familiar en las calles, de la cordialidad y redes de amistad y vecinazgo, y de arreglos de compras en las bodegas (tiendas de abarrotes y comida). La bodega constituye un lugar de encuentro, de socialización y de fortificación de las redes sociales en South Bronx. El bodeguero se convierte en el núcleo de muchos lazos y en el referente y vocero de la seguridad de cada vecindario, sobre todo si la bodega funciona las 24 horas. Allí todos se encuentran, se enteran de novedades y discuten sobre cosas triviales o acontecimientos relevantes. De aquí la difícil-

tad cuando después había que analizar las dinámicas alimentarias y los establecimientos a partir de la oferta alimentaria: sucede que las bodegas aparecen como el centro de organización de la vida cotidiana en South Bronx, pero los estudios de obesidad insisten en su presencia como el principal detonador de los ambientes obesogénicos.

El abordaje del trabajo de campo en South Bronx había seguido los mismos tres ejes que en Lomas del Sur, el paisaje edificado, paisaje alimentario y paisaje de actividad física, pero en South Bronx los elementos multiculturales se imponían a cualquier interpretación. Al mismo tiempo, aceptar que la obesidad pudiera explicarse desde diferencias bioculturales llevaba implícito el riesgo de estigmatización y responsabilización de los habitantes y justificaba la intervención médica como la mejor alternativa para corregir los problemas derivados de la no correspondencia de las minorías con un modelo universal del cuidado de la salud. Por otro lado, había que clarificar los límites entre el metabolismo y la oferta alimentaria, porque poniendo en perspectiva a Estados Unidos frente a la cultura francesa, algunos autores como Enrique Jacoby (2013), Claude Fischler (1987) o Paul Campos (2004) habían explicado la paradoja de la comida francesa por su mayor concentración energética pero menores cantidades para satisfacer, aunque también exponían las múltiples regulaciones culturales de la alimentación francesa en términos de horarios, tipo de alimentos y cantidades. Desde estos estudios, la revisión de textos y análisis del mundo francoparlante fue fundamental para entender los aspectos culturales que se ponen en juego cuando se aborda la alimentación como un acto sociocultural y sociourbano.

A partir de la experiencia de construcción de datos en South Bronx, desde una óptica menos económico-política, se percibieron dos límites para el abordaje biocultural de la obesidad. El primero es que la configuración del gusto en el ser humano sería difícil de precisar en términos biológicos y culturales si no se considera desde un contexto político y económico bien concreto. De hecho, autores como Augustin Berque (2010), Claude Fischler (2001) y Jean-Pierre Poulain (2002) ayudarán a clarificar la imposibilidad de separar naturaleza y cultura cuando se trata de la corporalidad humana. El segundo problema a que conduce el enfoque biocultural es que, si se admite que algunos individuos tienen una predisposición a ser gordos, habría que aceptar también que estos individuos no tienen alternativa a la subjetividad fuera de su gordura, es decir, que habrán de subjetivarse en cuanto gordos u obesos, mientras que otros por su propio metabolismo tendrían mayor posibilidad

de elección, lo que deriva en el determinismo y responsabilización de la obesidad en los grupos bioculturales que más la reflejan. Si se mantiene esta perspectiva, y aun cuando se explicara el riesgo de la ciudad obesogénica desde la existencia de ambientes tóxicos, la consecuencia lógica sería no sólo en las políticas económicas y urbanas, sino la intervención en términos de regulación y de autocontrol, insistiendo en la centralidad de las decisiones individuales sobre la talla corporal.

El estudio de la ciudad obesogénica, luego de comparar Lomas del Sur y South Bronx, se hacía cada vez más complejo y se alejó cada vez más de los estudios de corte estadístico. La comparación con South Bronx me dejó claro que debía extender las explicaciones político-económicas y político-urbanas para adentrarme en las implicaciones socioculturales que definen la ciudad edificada, la alimentación y la actividad física. Además, en la búsqueda de reflexiones sobre los aspectos socioculturales de la alimentación, la perspectiva francesa había aparecido como la más interesante para contrastar. Desde aquí la pertinencia de construir una tercera muestra desde el contexto francés y las reflexiones en torno al problema conjunto de obesidad/ciudad, que habrían de clarificar los dos escenarios anteriores y enriquecer la construcción de un marco teórico-analítico para la tesis.

La Courneuve. La obesidad femenina es un problema de política cultural e integración social

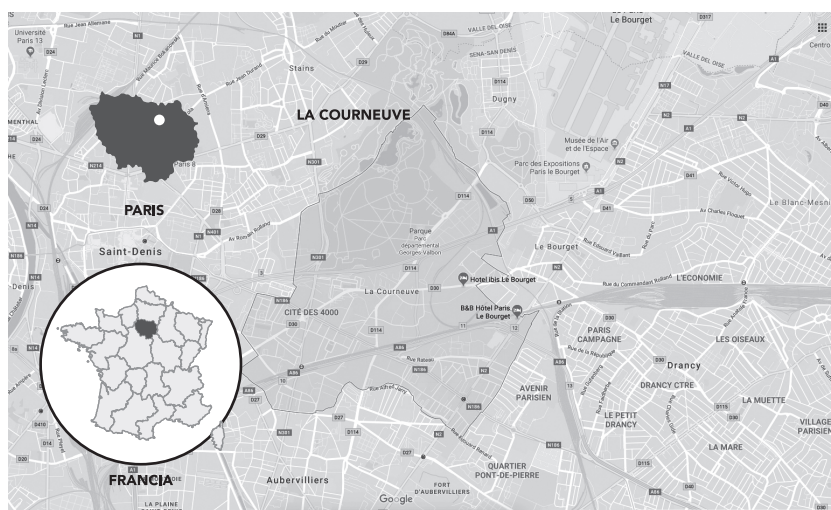
El 2 de septiembre de 2015 llegué de Nueva York a París para continuar el trabajo de investigación bajo la dirección del geógrafo y sociohistoriador del urbanismo Alain Musset. Una primera interpelación sobre el rumbo que había tomado la tesis fue el descubrimiento de los estudios de precariedad urbana en Francia, de carácter menos económico-político y más centrados sobre los aspectos de integración social y espacial. En cuanto a la obesidad, luego de participar en la 3rd International Weight Stigma Conference en Reikiavik, Islandia (18-19 de septiembre de 2015), el fundamento de la obesidad como un problema de salud pública se había visto fuertemente cuestionado. En efecto, el activismo en contra de la estigmatización de los gordos y obesos, tema central del congreso, introducía una perspectiva de los *fat studies* donde el interés no se centra en las causas de la obesidad sino en las formas como se han construido la problematización y la lucha contra la gordura. Uno de los principales descubrimientos fue el

consenso sobre la mayor vulnerabilidad femenina frente a la obesidad y la imposibilidad de aplicar el IMC como referente por antonomasia para medir los cuerpos saludables.

El trabajo de investigación en París implicó una pausa para reflexionar y replantear el problema. Primero porque la precariedad en términos de territorio y de género debía replantearse de forma más amplia a como se venía haciendo, para implicar en las limitaciones de infraestructura y de organización político-económica, las más amplias limitaciones impuestas por mecanismos socioculturales como las migraciones, el racismo y el género. La ciudad obesogénica debía pensarse en una mayor escala, debía hacerse sensible a las perspectivas feministas y los estudios culturales, y sobre todo anular la simplificación de la obesidad como el problema principal para poner el acento en la construcción social de una epidemia, en la que se tejen cuestiones de raza, género, medio socioeconómico y espacio urbano.

A finales de octubre se concretó la decisión de La Courneuve como un territorio adecuado para hacer la comparación con South Bronx y Lomas del Sur en el marco de la ciudad obesogénica. Tanto las estadísticas oficiales como los trabajos teóricos apuntaban a La Courneuve como un caso particular de la historia del urbanismo francés, por su relación de proximidad en distancia con París (figura 3) y lo escandaloso de los contrastes en estatus socioeconómico.

Figura 3. Ubicación de La Courneuve



Créditos: Google Maps/2018.

En cuanto a las estadísticas de obesidad, mucho menos numerosas y detalladas en Francia que en México o Estados Unidos por la menor magnitud que se atribuye al problema, Thibaut de Saint Pol (2010) había realizado un trabajo extraordinario para evidenciar la mayor vulnerabilidad de las mujeres frente a la obesidad y las percepciones de la apariencia corporal como detonadoras de estigmatización y rechazo en los espacios económicos y políticos de la sociedad francesa. Por otro lado, el sociólogo Loïc Wacquant había realizado un excelente trabajo de análisis del proyecto de Los 4000 de la Courneuve para compararlo con el South Side de Chicago desde las nociones de *ghetto* versus *banlieue* (2006), lo que constituía un primer andamiaje y una referencia importante para recomponer la problemática en el presente y desde la perspectiva de la ciudad obesogénica.

La construcción de los datos en La Courneuve siguió los mismos ejes que en los territorios precedentes (paisaje edificado, accesibilidad alimentaria y accesibilidad de actividad física). El acercamiento a organizaciones no gubernamentales (ONG) como el Secours Populaire Français y Droit de Femmes abrió la posibilidad para las entrevistas, pero pronto rebasó la sola formalidad del trabajo de campo para convertirse en una red de amistad. Es cierto que tanto en Lomas del Sur como en South Bronx se construyeron relaciones afectivas que han perdurado sobre el trabajo de campo, pero en La Courneuve esta relación fue muy particular: los conflictos a nivel de autorreflexión para entender y precisar tanto la construcción de la obesidad como la afirmación de la precariedad en un ambiente más complejo y multicultural impusieron un ejercicio constante de búsqueda de explicaciones transversales y de observación e interpretación de dinámicas urbanas que no se presentaban en México ni en Estados Unidos.

Por otra parte, la gran accesibilidad a trabajos documentales a partir de la Biblioteca Nacional de Francia y el intercambio en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) para participar en seminarios como los de Thomas Piketty (*Economie des inégalités*), Georges Vigarello (*Histoire du corps*), Michel Agier (*Frontières et mouvements de la ville*), Augustin Berque (*Mésologiques*), Philippe Bataille (*Philosophie du sujet vulnérable*) y Didier Fassin (*La santé: un objet pour les sciences sociales*) constituyó una plataforma de confrontación constante entre el avance de la tesis, los descubrimientos a partir de los estudios de *weight stigma* y las reflexiones actualizadas de los investigadores de la EHESS.

Una alternativa para integrar las perspectivas anteriores, sin desconocer que la obesidad es una epidemia producida de forma social, era reconstruir la problemática desde la historia del cuerpo en la ciudad. Señalar la corpulencia como uno de los instrumentos de segregación y de control de ciertos grupos de la población urbana permitía una reflexión menos medicalista y economicista. Además, el análisis de las construcciones sociales tanto del IMC como de las normas culturales de la esbeltez abría la posibilidad a un estudio comparativo de carácter temporal y espacial en el que se evidenciara las peculiaridades de diferentes periodos históricos y diferentes contextos culturales. Si a esto se agregaba la especificidad del cuerpo femenino, se podía entender cómo la corporalidad es una constitución donde la salud ocupa un papel secundario sobre los ideales estéticos y morales de belleza, bondad y feminidad. Un abordaje en este sentido derivaría en el resquebrajamiento de la dualidad esbeltez/salud y facilitaría la comprensión de las mujeres de South Bronx y Lomas del Sur que se percibían como atractivas y saludables a pesar de su evidente gordura corporal.

Abordar la ciudad obesogénica desde la precariedad y la gordura como estigmas sociales abría la puerta, en La Courneuve, para entender cómo se despliegan las estrategias de discriminación institucional y la humillación social a partir de perfiles bioculturales y la organización socioespacial. No obstante, un enfoque en esta línea supone la perversidad de que los procesos de subjetivación de las personas gordas que habitan en territorios precarios se construye desde los límites de su no correspondencia con la disciplina imperante y que sus alternativas para construirse como sujetos están definidas a la vez por su gordura y su precariedad. Esto permitiría pensar el proyecto de cuerpo esbelto como resultado de autocontrol y disciplina y negar la plena subjetividad a quienes, por faltas a la responsabilidad propia, no corresponden con el modelo dispuesto de urbanidad y salud corporal. Lo interesante de este argumento es observar cómo la aleación del miedo a la gordura y al espacio urbano se convierten en una forma de disciplina, y cómo el reconocimiento de las normas de esbeltez y urbanidad son particularmente opresoras para las mujeres. Por otro lado, si se tenía cuidado en el tratamiento de los distintos contextos históricos y culturales, se hacía posible una revisión paralela de los procesos de medicalización, urbanización diferenciada y dinámicas alimentarias y de actividad física, desde lo

peculiar de la migración y condiciones de género presentes en La Courneuve, South Bronx y Lomas del Sur¹².

Un detalle importante desde el abordaje de la obesidad femenina como problema de política cultural e integración social es que manifiesta las diferencias respecto a los modelos de cuerpo, salud y belleza. Tanto los migrantes de la zona de Maghreb en el norte de África como los procedentes de África subsahariana y en particular de África occidental valoran la corpulencia femenina de manera distinta a los cánones europeos; una constante con las comunidades afroamericanas, caribeñas y latinas de South Bronx y aun con las percepciones de las mujeres de Lomas del Sur. En su seminario de la EHESS, descubrí cómo Georges Vigarello, en sus reflexiones históricas sobre el cuerpo en el mundo occidental, pone en evidencia las distintas valoraciones de la salud, la higiene y el cuidado de la apariencia. Otros investigadores como Marvalene Hughes en *Soul, Black Women and Food* (1997) y Emily Massara en *¡Qué gordita! A Study of Weight Among Women in a Puerto Rican Community* (1997) habían explicado cómo la gordura femenina tiene diversas valoraciones entre los grupos afroamericanos y latinos, que no se corresponden con el modelo imperante del mundo occidental. Hughes explicaba que la comida de estos grupos culturales podría leerse como un escape a las restricciones socioeconómicas, mientras Tamara Beauboeuf-Lafontant, en *Strong And Large Black Women?* (2003), expuso cómo la talla corporal es un problema exclusivo de las percepciones de poblaciones femeninas de blancos de clase media. Lo que está de fondo, y que se hizo manifiesto en el trabajo de investigación en La Courneuve, es que existe un modelo impuesto de cuerpo bello y saludable, y que este modelo constituye una estrategia de regulación social por medio de la diferenciación de raza, de género y del espacio urbano.

En un ejercicio de cierre de este relato autoetnográfico, es necesario precisar dos limitaciones de este tipo de abordaje que considera la obesidad y la precariedad como parte de las formas de opresión y de eugenesia social. La primera es el riesgo de caer en una especie de "determinismo redentor" que absuelve de responsabilidad a las personas gordas bajo el argumento de la inaccesibilidad

12 En el caso de Lomas del Sur los desplazamientos se suceden en su mayoría desde el núcleo de la ciudad hacia los fraccionamientos de la periferia. En este caso, la migración se entiende como una transformación causada por las condiciones geográficas, económicas y políticas que irrumpe sobre la vida ordinaria de los nuevos habitantes.

alimentaria y de actividad física, o de los límites bioculturales que no pueden regular por su condición de excluidos. En este sentido, la conclusión de la ciudad obesogénica y las mujeres vulnerables se limitaría a la construcción de explicaciones sobre cómo algunas mujeres simplemente no pueden entrar en los marcos disciplinarios de la salud instituida. La segunda limitación de este enfoque es concluir rápidamente que la subjetividad de las mujeres gordas que habitan en territorios de precariedad habría de constituirse por su oposición a las formas de control, es decir, que si no se puede responsabilizar a las personas de su gordura, su construcción como sujetos debe pasar por su capacidad de resistencia frente a las valoraciones de la imagen corporal y su relación con una cierta idea de disciplina que arrastra hacia la negación de derechos. El conocimiento de estas limitaciones, así como la identificación de las diferentes perspectivas y detalles contextuales, me permitió un replanteamiento final del marco teórico y la metodología de análisis que se detallan en los siguientes dos apartados.

ANTROPOLOGÍA POLÍTICA DE LA SALUD URBANA

Sin pasar por alto la existencia de marcos bien contruidos para estudiar el ensamble de la ciudad y la salud, como la sociología urbana que rescata los postulados de la Escuela de Chicago, o la antropología médica que se adentra en los vínculos entre la ciencia y las prácticas sociales, el proceso de esta investigación y el posicionamiento frente a la obesidad como un problema de lo urbano privilegian la dimensión política de la problemática. La concreción a una antropología política de la salud urbana tiene como objetivo el estudio de la obesidad desde el *ethos* de la acción política y desde sus relaciones con la sociedad y el urbanismo contemporáneos.

La antropología, con todo y su larga tradición de trabajos paralelos a la historia y a la escala local, ha demostrado en los últimos años la capacidad analítica de sus marcos para dialogar con otras disciplinas en la coproducción de la investigación. Frente a objetos complejos como la precariedad, la exclusión, la vulnerabilidad y la obesidad, cuya multidimensionalidad exige una gran apertura conceptual y analítica, la antropología política y las estrategias etnográficas de comparación multisituada aparecen como una oportunidad para revelar las dinámicas locales y globales referentes a la

organización del territorio, el cuidado del cuerpo y las prácticas de la alimentación. Cuillerai y Abélès consideran que el abordaje "*multi-sites*" de la antropología política es la primera evidencia de lo contestatario de la disciplina contra los confinamientos y la restricción a un escenario (2012:11-12) y observan, además, que la emergencia contemporánea de "grupos desterritorializados" constituye nuevas formas translocales de solidaridad y de construcción identitaria que rebasan los marcos nacionales y que se oponen a las políticas migratorias (id:18-19).

En una entrevista, el médico y socioantropólogo Didier Fassin explica su llegada a la antropología política de la salud en los siguientes términos: "Por una parte, las preguntas que yo me planteaba me orientaban hacia las ciencias sociales que se inscriben en el campo de la salud pública, y por otra parte, las respuestas que me parecían necesarias provenían de una lectura política y de la aprehensión de las desigualdades para analizar las acciones" (Carricaburu y Cohen, 2002:9). En el caso de la obesidad femenina en territorios de precariedad se repite la misma problemática y se introduce la problemática del trabajo comparativo multisituado. El interés radica en la importancia de mostrar la orientación biopolítica de los flujos internacionales al tiempo que se problematizan las desigualdades socioespaciales.

El pretexto para la reflexión antropológica es que la vida biológica no es únicamente un asunto médico que se ha de tratar en el campo de las ciencias experimentales, sino más bien un asunto eminentemente político. Los trabajos de Foucault y de Agamben sobre el biopoder revelan la insistencia de los filósofos contemporáneos sobre los sistemas de regulación de la vida como formas de soberanía. Los individuos, en este sentido, son tratados "por las normas biopolíticas como especímenes de una población de la que se deben regular los movimientos internos y externos: disminución, crecimiento, desplazamiento" (Cuillerai y Abélès, 2002:23). Desde "el poder de la vida", la antropología política de la salud hace inteligible la traducción de los problemas sociales en el lenguaje sanitario y violenta las certezas de la salud depositadas en los especialistas y la forma como sus intervenciones se vuelven legítimas a partir de un discurso unidireccional de "proteger" la vida. Fassin va más allá de la categorización biomédica del cuerpo saludable cuando afirma que el cuerpo es un "lugar de evidencias", y se pregunta: "si el poder deja marcas en los cuerpos, ¿cuál

es el tipo de verdad que el Estado, y en general la sociedad, extrae de ellos?" (2011:284).

En cuanto a la salud urbana como un campo novedoso dentro de los estudios de la salud pública, las principales fundamentaciones para la creación de un marco propio se sostienen en conocimiento estadístico y de base cuantitativa, donde se revisan los procesos de concentración urbana frente a las tendencias en el campo institucionalizado de la salud. En su sección *santé urbaine*, la OMS afirma que "la salud urbana está influenciada por factores como la gobernanza urbana, las características de la población, el medio natural y el medio edificado, el desarrollo económico y social, los servicios de gestión de urgencias sanitarias y la seguridad alimentaria". Cuando frente a la salud urbana se observan las desigualdades sociales, las interrogaciones desde la antropología política sobre la vida y el cuidado del cuerpo exigen una reflexión cuidadosa sobre la producción social de las enfermedades y la construcción social de la salud. El marco teórico de referencia para pensar un fenómeno más concreto como el de la ciudad obesogénica exigirá, en este sentido, atender primero la construcción de la salud urbana como un objeto antropológico político, luego especificar las construcciones de sentido que se le dan tanto al cuerpo obeso, como a la salud alimentaria y la actividad física, y finalmente especificar la vulnerabilidad femenina como evidencia de que la obesidad, en la mirada imperante, se deposita sobre los seres humanos más frágiles y se intensifica en los territorios de precariedad.

Obesidad y salud urbana

En primer lugar, hay que tener claro que el término obesidad no es ni ahistórico ni universal, sino que se ha ido construyendo de forma contextualizada. Para inscribir el estudio en las circunstancias actuales se utiliza el término "obesidad" como padecimiento y como una epidemia de alcance mundial, noción propuesta por organismos internacionales como la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). La concepción de obesidad como padecimiento se sigue a la perspectiva de la salud pública y de los problemas que se le han asociado a la copulencia y la gordura tanto en el campo de la salud como en las problemáticas sociales. Desde la salud urbana, entendida como una

actualización geográfica de las problemáticas de la salud pública, la reciente noción de “ambiente obesogénico”¹³ ha multiplicado los estudios centrados en el análisis de ambientes que promueven la obesidad ya sea a partir del aumento de la ingesta de alimentos de alto contenido calórico o de la disminución del gasto energético medida en calorías. En el abordaje socioecológico de los ambientes obesogénicos (Egger y Swinburn, 1997) se manifiesta una importante relación con los territorios urbanos donde la precariedad se intensifica, lo que permite pensar que las desigualdades de salud tienen una dimensión territorial y que se modifican a partir de los procesos urbanos.

Desde las políticas económicas y las políticas urbanas, en una lectura pragmática, la ciudad obesogénica se podría leer desde la insuficiencia de estrategias de escala individual y colectiva para adecuar las dietas y la cantidad de actividad física a partir de los parámetros de referencia que propone la salud pública. Los límites de un análisis en esta línea están en su posicionamiento en las interrelaciones de los factores de carácter individual y socioambiental, donde se tiende a la atención de la problemática desde las acciones enfocadas a la regulación de los comportamientos individuales y se admite de entrada la comprensión de la obesidad como un desequilibrio entre la dieta y la actividad física sin cuestionar los referentes conceptuales sobre los que se construyen los modelos de salud y de urbanidad.

La obesidad considerada como epidemia en los últimos años atrajo la atención de todas las disciplinas en diferentes niveles de implicación. Tanto los estudios políticos como la economía y el urbanismo se sumaron a los trabajos de la salud pública para actuar desde el Estado, el mercado y el territorio, y a partir de diversas regulaciones. El ambiente obesogénico y las dinámicas urbanas se han convertido desde entonces en un marco privilegiado para estudiar los comportamientos individuales y colectivos en torno a los alimentos y la actividad física. Con la mira puesta en la configuración de ambientes más saludables se piensa que el marco de la salud urbana podría constituir una plataforma útil para incentivar mejores decisiones en la línea del combate y prevención de la obesidad. En concreto, la atención de la salud urbana sobre la obesidad se dirige a la comprensión de las interacciones que se establecen entre

13 Del inglés “*obesogenic environment*”, que se define como “la suma de influencias del entorno respecto de las oportunidades y condiciones de vida que promueven la obesidad entre los individuos y las poblaciones” (Swinburn y Egger, 2002:229). Todas las traducciones de libros publicados en inglés y francés son propias; esto porque se privilegia la consulta de las obras desde el contexto y momento en que se escriben, y no desde las traducciones al español que suelen aparecer una década más tarde, cuando las circunstancias de origen han cambiado.

los habitantes de los diferentes grupos sociales y su entorno edificado, en términos de accesibilidad alimentaria y de actividad física.

Entre las ventajas de abordar la obesidad desde la salud urbana está la de rebasar los enfoques de investigación y de intervención tecnocientíficos y bioclínicos como los estudios de genética que han propuesto la existencia de un gen “ob”, o como las intervenciones quirúrgicas para transformar los tejidos y el aparato digestivo, las fórmulas bioclínicas de regulación del apetito a partir del consumo de medicamentos e inclusive las intervenciones de tipo psicológico para corregir conductas alimentarias. Aunque todos tienen como referente la explicación de la obesidad a partir de un desequilibrio energético, las propuestas socioambientales de la medicina que rebasan el nivel individual son menos visibles, y la explicación de las interrelaciones con el entorno suele dejarse al ámbito de la psicología social. En cuanto a la metodología de estudio, la complejidad del fenómeno de obesidad lleva a abordajes cuantitativos que construyen explicaciones a partir de información medible que a la vez debe permitir la elaboración de estrategias de combate, pero uno de los principales problemas de los abordajes de corte estadístico y bioclínico es que tienden a la consideración del cuerpo como una mera fuente de información.

Salud alimentaria y actividad física

En el campo específico de los riesgos urbano-alimentarios como causantes de enfermedades, la producción de alimentos ha visto en los últimos años un aumento de discursos sobre la inocuidad como condicionante de lo saludable o lo nocivo. Este tipo de argumentos ha impactado en las “modas” alimentarias y los productores de materias primas como garantes de la pureza de cada producto. De este modo, los cocineros que temían su desaparición con la entrada de la industria alimentaria de masa se han convertido en los principales legitimadores de la alimentación desde la primera década del siglo XXI. Además, la insistencia y multiplicación de los discursos desde la ecología ha detonado no solamente la multiplicación de marcas que se pavonean de su calidad “bio”, “all-natural” u “orgánica” sino que, por otro lado, se traslada la legitimidad de la salud alimentaria a los productores de materias primas que en la última década han aumentado su presencia en la publicidad, las etiquetas, y que suelen aparecer junto con el historial de los productos que se distribuyen.

A esta doble tarea de medicalización y de publicidad, urge también un análisis en términos de “sanitarización de lo social” (Fassin, 1998) que no implica de inmediato la absorción total de lo social por lo sanitario, sino la puesta en evidencia de procesos por los que se va naturalizando el discurso de la salud pública y que poco a poco se inscribe en los cuerpos como una representación de la salud o de la enfermedad. En lo que toca a la inocuidad de los alimentos y la figura del cuerpo sano, en los últimos años se han multiplicado los estudios hiperespecializados sobre la relación del IMC con la ingesta de lactosa y gluten, o con la predeterminación desde la microbiota. En esta mirada de la obesidad se aceptaría que en los alimentos existe un conjunto de fuerzas determinantes que alteran, de una vez y para siempre, la composición del organismo humano que los consume. A esto se refiere la máxima “*once in contact, always in contact*” con que se explica la incorporación de un alimento en el cuerpo y sus efectos irreversibles de absorción. La paradoja de esta sanitización social desde lo alimentario radica en que muchos de los productos considerados como obesogénicos tienen una larga historia como parte de la canasta básica de diferentes poblaciones, y que bajo un enfoque llamado socioecológico o socioambiental, se insiste en la responsabilidad del individuo como agente principal de su condición de obeso y como foco de observación y de intervención para las políticas antiobesidad, donde parece atacarse, más que a la obesidad, al individuo obeso.

La mayoría de las investigaciones que relacionan la obesidad con las prácticas alimentarias y la falta de actividad física concentran su atención en la medición de las variables que se refieren a los comportamientos individuales. Marion Nestle, en *Politics of Food* (2002), critica los enfoques que parten de la idea de que la solución a los problemas de sobrepeso y obesidad está en convencer a los individuos de corregir sus comportamientos alimentarios y de hacer más ejercicio. La autora insiste en que hablar de las prácticas alimentarias y de actividad física es un asunto complejo que rebasa la escala individual. Cuando se observa el poco éxito de las políticas antiobesidad para corregir comportamientos alimentarios y al mismo tiempo se ve aumentar la desigualdad respecto de la salud alimentaria, los abordajes pragmáticos y reportes estadísticos revelan sus límites para esclarecer los determinantes de la obesidad. Al mismo tiempo, los aspectos culturales y las significaciones colectivas que reposan sobre la alimentación y la actividad física adquieren importancia como un campo menos

explorado pero indispensable para introducir la multidimensionalidad del fenómeno.

En la búsqueda de abordajes complejos de los problemas de salud pública, los psicólogos sociales han desplazado la comprensión sobre las decisiones alimentarias hacia el ambiente que influencia la racionalidad de los individuos. Desde esta lógica, el análisis se sustenta en la selección de factores correlacionados que pueden venir de diferentes campos disciplinares y cuyo nexo es su relación con los comportamientos alimentarios desde la psicología individual. Los trabajos que abordan el problema del ambiente obesogénico, por ejemplo, entienden la obesidad como resultado de un entorno desfavorable que determina las decisiones personales. No obstante, esta perspectiva se limita a la racionalidad lógica de los individuos, conceptualizada por Poulain como "*rationalité de finalité*", y minimiza la "*rationalité de valeur*" que según este autor es la que determina en última instancia el consumo de uno u otro alimento a partir de consideraciones no necesariamente lógicas, sino de gusto, tradición o creencia (2009). Además, se debe tomar en cuenta el peso que tiene la pertenencia de cada individuo a un colectivo social o a una estructura institucional, al tiempo que se considera la imbricación del cuerpo con los alimentos y con el contexto social desde otras cuestiones como el género y el medio socioeconómico (Warin et al., 2008:102-106).

Frente a los límites observados en los estudios epidemiológicos que privilegian los procedimientos cuantitativos, les toca a las ciencias humanas la comprensión de los procesos en que los problemas sociales se traducen en los cuerpos y detonan desigualdades definidas por la salud. El hecho de que los territorios de precariedad manifiesten mayores problemáticas de salud conlleva el riesgo de interpretaciones clasificatorias y culturalistas que explican las disparidades a partir de la segmentación social y encapsulamiento de grupos poblacionales. El peligro de análisis que se construyen únicamente sobre las culturas alimentarias es la "estigmatización de poblaciones que parecerían condenadas a la violencia y el terrorismo étnico porque son culturalmente incapaces de acceder a la modernidad" (Cuillera y Abélès, 2002:14). Esta tendencia de los estudios culturales conlleva el riesgo de "fijar las identidades y subrayar las fronteras como consecuencia del tratamiento simultáneo de conceptos de la cultura y del territorio" (id:15). En definitiva, se debe tener cuidado tanto de los abordajes epidemiológicos por su restricción al individuo como fuente de información, así como de los excesos del enfoque cultural

que exalta la localidad y las particularidades y distinciones entre los grupos sociales. Por el contrario, conviene pensar desde las imbricaciones que se manifiestan en las prácticas alimentarias y de actividad física desde el tejido de individuos y de colectividades en un contexto socioespacial que los pone en interrelación con el medio social y natural en el que cohabitan.

En lo que toca a la precariedad y sus relaciones con la salud alimentaria y la actividad física, sobra decir que se requiere una gran sensibilidad y vigilancia epistemológica para evitar determinismos. Varios estudios sugieren que en los territorios de precariedad las dinámicas alimentarias siguen lógicas muy particulares y diferentes de otros contextos. La irregularidad del empleo, por ejemplo, inscribe reajustes constantes tanto en la despensa como en los horarios y la organización familiar de las comidas. Si a esto se suman los desajustes en la organización del hogar por el cuidado de los hijos y las problemáticas conyugales que se agudizan, se puede entender cómo la precariedad es generadora de modelos alimentarios que trastocan las normas y las prácticas alimentarias de la población (Poulain y Ti-bère, 2008).

Vulnerabilidad femenina. La talla corporal frente al género, la raza y el estatus económico

Vulnerabilidad, fragilidad y precariedad son términos que suelen emplearse de forma equívoca para evocar lo inestable de la existencia humana. En el ámbito de la salud se emplea con mayor frecuencia la noción de fragilidad, que puede ser constitutiva, es decir, que se define de acuerdo con el estado de salud, de eficiencia física o mental (Terret, 2013:7). La vulnerabilidad va más allá de la fragilidad porque supone una amenaza. En este sentido, se considera que una persona es vulnerable por su poca capacidad de resistencia frente a las amenazas que atentan de forma puntual o sostenida contra su dignidad, su autonomía y su bienestar físico y mental. La precariedad, por su parte, implica un estado temporal de incertidumbre que se refiere a la falta de estabilidad y de seguridad en corto plazo, pero que se puede prolongar. La escuela de socioantropología francesa prefiere hablar de los procesos sociales y se permite modular los conceptos en *vulnérabilisation*, *fragilisation* y *précarisation* para explicar los mecanismos más que los conceptos, y para extender el alcance de las etimologías; algo

imposible en las restricciones de la lengua inglesa y poco frecuente en la lengua española¹⁴.

La sexualidad se ha convertido en uno de los campos de batalla privilegiados para estudiar las contradicciones del mundo contemporáneo en términos de igualdad y de integración social. Desde el supuesto de que el género implica la desnaturalización del sexo, y de que es una construcción social igual que la raza y la clase social, se puede también agregar la talla y la pertenencia territorial a este conjunto de categorizaciones sociales para componer un marco de análisis de la ciudad obesogénica y la vulnerabilidad femenina desde una perspectiva antropológico-política que rebase los determinismos biológicos y se concentre en los mecanismos y procesos sociales.

En lo que se refiere a la talla, la métrica corporal se ha posicionado en el mundo contemporáneo como criterio fundamental del diagnóstico médico. El combate contra la obesidad y la producción de conocimiento en torno a la salud y la talla corporal han derivado en jerarquizaciones basadas en métricas canónicas como el IMC que carecen de una reflexión más seria sobre significaciones ocultas en la noción de talla. Además, si se observa la talla como manifiesto de un soporte cultural en medio de otros principios aceptables de la urbanidad se puede observar la aparición de modos de ser y de parecer en el espacio urbano a partir de una cierta corporalidad canónica. El discurso dominante de los países occidentales sobre la figura del cuerpo socialmente aceptable ha incorporado un modelo de “belleza corporal” que se confunde constantemente con el modelo de “salud corporal”. Si se observan las tendencias discursivas de la estética y la medicina se puede observar la gran correspondencia del cuerpo esbelto como referente de ambas disciplinas y el respaldo del discurso liberal de la salud donde la corpulencia y la gordura constituyen un fracaso frente al ideal en los modos de ser y de habitar del siglo XXI.

El principal problema de la talla como referente de salud, difundida en el campo biomédico, es que oculta la dimensión social de las construcciones del cuerpo en sus diferentes categorías y jerarquizaciones. Se puede observar que los ideales de belleza se trazan en una historia eminentemente patriarcal donde la dimensión de género

14 A diferencia del proceso de *précarisation* utilizado ampliamente en la cultura francesa, en inglés para explicar los tres procesos de vulneración, fragilización y precarización se utiliza el mismo término, *vulnerability*. En español se ha escrito mucho sobre la vulnerabilidad y poco a poco se ha introducido también los términos de “fragilización” y “vulnerabilización”, aunque la noción de precarización aparece de forma regular en los estudios latinoamericanos de la pobreza.

profundiza las desigualdades que se establecen a partir de la corpulencia y la gordura. En *Unbearable Weight* (1995), Susan Bordo cuestiona los prototipos occidentales de feminidad heterosexual de cuerpos blancos que han construido una serie de cánones alimentarios y de actividad física que se volvieron referencia. No obstante, las voces biomédicas, un tanto autoritarias, se mantienen en la máxima de que la talla corporal se determina por el (des)equilibrio energético entre la alimentación y la actividad física. Alimentarse y ejercitarse de una manera “adecuada” son dos tareas que se fundamentan en la responsabilidad individual y que abren la puerta a juzgar a los “obesos” como incapaces de responsabilizarse de la correspondencia corporal con las normas de belleza y salud sintetizadas en la esbeltez. Y más aún, una persona obesa no solamente se valora como un riesgo para sí mismo (por la vinculación que se establece entre la obesidad y la diabetes o problemas cardíacos, por ejemplo), sino que se incluye en una escala más amplia del riesgo social, el incremento de los costos en salud y la urgencia de políticas regulatorias (Evans et al., 2004).

Aunque los discursos sobre la salud y su relación con la talla corporal afectan tanto a hombres como a mujeres, la postura del feminismo defiende que el miedo a la gordura está intrínsecamente conectado con el patriarcalismo y que, por lo mismo, la obesidad está estrechamente vinculada con el género. A través del trabajo comparativo de Thibaut de Saint Pol en *Le corps désirable* (2010) se observa cómo la talla del cuerpo tiene un impacto mucho mayor cuando se trata de una mujer, porque las mujeres están sujetas a una mayor presión y escrutinio que los hombres respecto a la apariencia corporal. Sucede que la principal preocupación de los varones respecto a la talla del cuerpo y las vinculaciones con la masculinidad integra la corpulencia como una representación de fuerza y jerarquía. Además, cuando se trata de la construcción de identidad y del posicionamiento en el espacio urbano, la talla corporal impacta de distinta manera a un varón y a una mujer, porque las normativas que se construyen en torno al cuerpo y los modos de habitar la ciudad implican diferenciales que se sustentan en el género. Para ejemplificar con un caso excepcional, Bear Bergman (2009) analiza la gordura de una persona transgénero y explica que la gente valora de forma distinta la corpulencia si lo ven como hombre o como mujer, es decir, que si se le observa como varón se piensa en un hombre fornido, pero en cuanto mujer es criticada como inaceptablemente gorda.

Además del género, las construcciones sociales de raza o etnicidad se convierten en un eje importante para entender la talla corporal y la reproducción de las desigualdades sociales vinculadas con la gordura (Van Amsterdam, 2013:160). La mayoría de indicadores con que se miden las jerarquías sociales conceptualizadas como clases o estatus socioeconómicos se basan en datos mesurables como el ingreso, la educación o la profesión. La limitación de este tipo de construcciones es que no aclaran sobre diversos mecanismos que constituyen las estratificaciones como el acceso a la salud, la alimentación y la cultura. En consecuencia, los trabajos que intentan vincular la obesidad con los determinantes socioeconómicos no aportan sino datos imperfectos que conducen con frecuencia a la adopción de políticas unidireccionales y poco contextualizadas. No obstante, se deben rescatar los estudios estadísticos longitudinales que miden los procesos, cuando por ejemplo se puede seguir una muestra a lo largo del tiempo. En el caso de los estudios de la alimentación y de la actividad física, como alternativa a los reportes estadísticos de la obesidad, conviene multiplicar este tipo de estudios para construir plataformas cuantitativas que permitan reconstruir los procesos que hicieron del peso corporal un problema de la salud pública.

Los discursos de clase y de raza oscurecen la comprensión de la opresión en la guerra contra la obesidad y enfatizan la responsabilidad individual. El principal problema radica en que promueven y privilegian un conjunto de valores que se identifican principalmente con el modelo anglosajón de una clase media blanca y una familia tradicional de parejas heterosexuales. A partir de esta perspectiva dominante, la movilización para reducir la obesidad en términos de urbanismo pretende que la modificación del entorno construido puede derivar en la transformación en las conductas individuales de consumo alimentario y de actividad física con base en el modelo dominante; no obstante, la dimensión oculta de estos discursos antiobesidad, basados en el supuesto de una sociedad homogénea, sirve como refuerzo para la subordinación de ciertas categorías de la población frente a las élites dominantes (Evans et al., 2008:119-120).

Poniendo énfasis en los controles de talla corporal, y con la constatación de la mayor prevalencia de obesidad en las mujeres de condición económica modesta, no sorprende pensar en un gobierno de las minorías y las mujeres a partir del cuerpo obeso que se manifiesta en la multiplicación de normas morales basadas en el cuidado del cuer-

po cuando se presenta en el espacio urbano. De hecho, el argumento central de la guerra contra la obesidad constituye también un eje regulador de las conductas de las minorías sociales (los no blancos, las minorías raciales y los pobres) que se salen de las lógicas dictadas sobre un modelo ideal de comer, de habitar y de cuidar la salud. Por ejemplo, un estudio reciente muestra cómo algunos programas de la televisión estadounidense como *Honey, We're Killing the Kids* y *Jamie's Ministry of Food* patologizan a los grupos sociales populares. En su análisis, Rich afirma que los discursos presentes en los programas de televisión no solamente posicionan al individuo de las minorías como culpable, sino que moralizan y descontextualizan las desigualdades de salud pasando por encima de las circunstancias en las que se producen (2011:16). Por tanto, se puede decir que las regulaciones y las estratificaciones de nivel socioeconómico y de talla corporal son co-producidas.

La obesidad también puede ser una forma oculta de racismo. La atención mediática a la obesidad en Estados Unidos, por ejemplo, ha construido un pánico moral de la obesidad a semejanza del miedo sobre el racismo. De acuerdo con algunos estudios, el discurso de la obesidad proyecta la ansiedad social sobre un grupo estigmatizado constituido por las personas gordas. Este mismo pánico sobre la obesidad refleja la profundidad de las ansiedades sobre la inmigración y la integración racial, y al mismo tiempo este discurso de una "pandemia de obesidad" sirve para reforzar los límites morales contra las minorías y contra los pobres (Campos et al., 2005:58). De hecho, cuando se observan las diferencias en la talla corporal desde los discursos de la belleza y la salud de culturas no occidentales, de inmediato sobresalen los desajustes de tipo racial o étnico. Como evidencia, algunos autores hacen hincapié en la valoración positiva que se da a la gordura en ciertas culturas africanas y afrocaribeñas, que asocian los cuerpos de tallas grandes con una mayor salud, riqueza y fertilidad (Popense, 2004; Sobo, 1997). Otros, como Hughes (1997), explican que entre las mujeres adultas afroamericanas que habitan en Estados Unidos se prefiere la corpulencia sobre la esbeltez como una forma de escape al sufrimiento y la opresión de la sociedad estadounidense a partir de las tradiciones alimentarias de *Soul Food*. En estos casos, la "celebración" de la corpulencia y la gordura puede entenderse como una forma de resistencia contra los cánones hegemónicos de talla corporal.

Algunos argumentan que la dispersión de los grupos étnicos no occidentales hacia los países del occidente por motivos de esclavitud o de migración trajo también nuevas normatividades respecto a la talla corporal. Otros explican que no es la estética corporal, sino la ética corporal lo que distingue a las mujeres afroamericanas y latinas que viven en Estados Unidos. Explican, por ejemplo, que las afroamericanas y latinas resisten a las ideologías estadounidenses enfocándose en la estilización del cuerpo, ideas alternativas de la salud y la gordura y otros conceptos religiosos y espirituales con relación al cuerpo (Rubin *et al.* 2003). En consecuencia, se puede pensar en un conjunto de identidades subversivas que se producen en la intersección de la talla corporal con la raza y con el género. El problema es que la correspondencia de problemáticas de salud con las diferencias de raza suele utilizarse como argumento de justificación, llegando a extremos como en el caso estadounidense donde las coincidencias en las actitudes anti-negros y anti-obesos conllevan la creencia de que ambos, los afroamericanos y los gordos, merecen lo que les sucede y que su estatus socioeconómico es resultado de circunstancias que ellos podrían y deberían controlar (LeBesco, 2004:59).

El discurso neoliberal de la salud pública pone el acento en la responsabilidad de los individuos, aun cuando se acepte la influencia de factores ambientales. Cuando se observan las disposiciones desde un modelo cultural imperante se actualiza el "movimiento eugenésico de los siglos XVIII y XIX que definió las diferenciaciones entre los individuos y los grupos de acuerdo a sus características físicas, raza, frenología y linaje genético" (Halse, 2009:56). La focalización en el control y la responsabilidad en relación con la talla corporal y sus categorizaciones magnifica la estigmatización y discriminación de las personas gordas y oculta otras dimensiones como la estigmatización de su pertenencia a una comunidad social determinada.

Existen también una discriminación a partir de las categorías raciales y una discriminación basada en la categorización de tallas corporales que deja entrever las diferentes formas de expresiones y sentimiento anti-gordura en el espacio público (LeBesco, 2004:59). Guthman y DuPuis (2006) afirman que las políticas neoliberales son paradójicas y producen gente gorda porque ejercen presión sobre el crecimiento económico (para el que se requiere el consumo tanto de alimentos como de productos dietéticos) y combinan este crecimiento con el énfasis en la responsabilidad, la disciplina y el autocontrol. En este

sentido, aunque el consumo en exceso ayuda a mantener una economía “saludable”, aquellos que logran controlar sus cuerpos desde el modelo de esbeltez son considerados como ciudadanos virtuosos. En definitiva, las ideas que ponen en relación los orígenes biológicos con las variaciones en la talla corporal y el autocontrol ponen de relieve la responsabilidad y la culpa individual de la gordura, al tiempo que la justifican y naturalizan desde las desigualdades sociales (Van Amsterdam, 2013:164).

Obesidad femenina e integración urbana por a-clusión

A partir de la década de 1980, las sociedades occidentales experimentan una transformación radical respecto a los modos de habitar, de alimentarse y de cuidar la salud. Por un lado, el derrumbe de las sociedades industriales, la especialización del mundo laboral y los reajustes económico-políticos detonaron las desigualdades socioespaciales en las ciudades y ratificaron formas de exclusión como el *ghetto* estadounidense, la *banlieue* francesa o el barrio popular mexicano. Por otro lado, y como consecuencia de los avances tecnocientíficos en el campo médico, las relaciones entre cuerpo, género y medicina detonaron transformaciones importantes en el campo de la cultura, la política y la economía que pronto llevarían a la generación de políticas públicas regulatorias, estudios de mercadeo y planeación territorial. Además, se transformaron también el mundo de la moda, de la cocina, del arte, y se “teatralizaron” muchas actividades que hasta finales del siglo XX habían permanecido en el espacio doméstico.

Desde los estudios sociales, el periodo posterior a 1980 se hizo abundante en estudios sobre la exclusión y las desigualdades sociales en términos urbanos. El concepto de exclusión, cuya utilidad analítica reposa en las mismas limitaciones que ofrece por su lectura dualista de la realidad (excluidos/incluidos), ha sido ampliamente utilizado desde este periodo para calificar el mundo social. Autores como Alain Touraine que explica la exclusión como resultado de una sociedad post-industrial y los desajustes socioeconómicos, han sido criticados por otros como Robert Castel, que insistió en lo peligroso de una explicación dicotómica para entender el campo social y la profundización de las desigualdades. Como alternativa, el novedoso concepto de a-clusión propuesto desde la antropología política designa la situación de los hombres y mujeres que viven en condiciones aleatorias, entre

la reinserción puntual en el circuito del empleo, o la continuidad por un periodo largo, fuera de los contextos de producción-consumo. Reenvía, en antropología, a la noción de aculturación, que designa las transacciones entre dos sociedades que entran en contacto, donde las adaptaciones pueden tener lugar y contribuir a mantener parcialmente el orden anterior de las prácticas y sus valores (Bouvier, 2011:45).

Desde una perspectiva histórica más amplia que retoma el periodo conocido como *l'après-guerre*, que va desde 1945 hasta 1973, el debate sobre las desigualdades se había centrado en las luchas por la repartición de los beneficios obtenidos del crecimiento económico y no en la pobreza en cuanto tal. Castel (1995) explica que la pobreza se pensaba como un “mínimo social” que podría aumentar en función del aumento de la riqueza global. Por ejemplo, aunque ya en la década de 1950 se hacía eco de la falta de vivienda para los pobres urbanos, todavía no se revisaba suficientemente el vínculo de la exclusión urbana con el crecimiento económico.

Varios autores coinciden con que las fracturas sociales se fueron agravando a partir de la década de 1980. Pierre Rosanvallon observa que se trataba de formas de pobreza de una naturaleza distinta a las anteriores, porque cuestionaban los principios de solidaridad sobre los que se finca el Estado providente¹⁵. El socioeconomista dice que los fenómenos de exclusión que caracterizan a este periodo ya no corresponden con las antiguas categorías de explotación; considera también que existe el riesgo de reducir lo social a la exclusión porque las organizaciones caritativas modelan un imaginario colectivo que teatraliza las diferencias entre dos mundos y que las dinámicas sociales no podrían sintetizarse en la oposición entre los “de adentro” y los “de afuera” (1998:87-88). Para Rosanvallon la problemática se ubica más bien en las relaciones recíprocas entre el Estado y el ciudadano, porque los excluidos no pueden ser representados sino por sus carencias, esto es, que no constituyen un orden social sino una falla del tejido social (id:203-204).

Posteriormente, en su libro *Le lien social* (2008), Serge Paugam, que desde principios de la década de 1990 se había interesado por la pobreza y la exclusión, propone la “cohesión social” y no la pobreza

15 Aunque Jean-Claude Barbier y Bruno Théret (2004:3) explican que se debería evitar la utilización de Estado providente por el riesgo de homologarlo con el Welfare State, o Estado de Bienestar del entorno anglosajón, en *La crise de l'État-providence* (1981), Pierre Rosanvallon lo recuperaba de forma peyorativa para cuestionar las legislación y legitimidad de los sistemas de protección social. Es precisamente en este sentido como se recupera en este estudio.

para pensar en los problemas sociales del siglo XXI. En esta lógica, Paugam considera que el principio de solidaridad se fue deteriorando a partir del endurecimiento de las condiciones de vida que se produjo a partir de 1980, y que se vincula con el desempleo y la precariedad salarial. Explica también que en la década de 1990 las explicaciones desde la injusticia social fueron desapareciendo en los países europeos, y al mismo tiempo ganó fuerza la explicación desde la relación entre pereza y pobreza. Los pobres, entonces, son además estigmatizados y responsabilizados de las circunstancias en que viven, al tiempo que la responsabilización invisibiliza su posición de desventaja respecto al sistema social. Paugam manifiesta que los menos cualificados son al mismo tiempo los menos protegidos, los de menor estabilidad profesional y los que tienen menos oportunidades de mejora. Entre ellos, las mujeres que desempeñan un papel fundamental en el cuidado de la familia y la ayuda humanitaria confirman que la solidaridad no está solamente en el Estado providente sino en las redes de ayuda y la multiplicidad de vínculos sociales.

Didier Fassin retoma los estudios de Paugam sobre la pobreza y explica que la falta de recursos es un factor fundamental para entender la inadaptación social de que se juzga a los pobres. Explica que la exclusión aparece en todas las categorías de la sociedad pero toca particularmente a los espacios más desfavorecidos. Para Fassin, no es azaroso que los procesos de expansión y de crecimiento económico afecten a los más pobres, sino que más bien es una consecuencia lógica porque el progreso “deja en el camino” a los menos aptos para seguirlo, y por eso las leyes del mercado afectan precisamente a los más débiles. El autor cuestiona las formas de regulación desde el poder público como alternativa para luchar contra las desigualdades, y dice que el principal problema es que existe un Estado providente en medio de un sistema liberal. No se trata, entonces de eliminar la pobreza sino de luchar contra las desigualdades, y en el plano de lo simbólico la exclusión nunca habría entrado realmente en los sistemas de representación del espacio social (1996:42), de manera que los pobres no lo son por ser excluidos, sino por estar incluidos de una manera distintiva y desigual (Bayón, 2015).

De esta manera, el marco de referencia desde la exclusión socioespacial, con referencia en Fassin y sin olvidar las precisiones actualizadas de Castel, Rosanvallon y Paugam, se antoja como la plataforma crítica más adecuada para retomar los procesos de transformación ocurridos a partir de la década de 1980 en las sociedades occidentales. Ade-

más, se puede constatar que las formas de solidaridad y los diferentes vínculos sociales mantienen referencias más o menos claras respecto a las fronteras físicas y los límites simbólicos, de manera que un abordaje socioespacial puede ofrecer mayor claridad sobre el tejido de lo urbano obesogénico desde lo concreto de una problemática de salud pública que se despliega en territorios de precariedad.

La pertinencia de un abordaje socioespacial de la salud pública a partir de los grupos sociales más vulnerables reconoce que los procesos de exclusión operan a partir de una doble asignación que agrega a las identidades socioculturales la especificidad de un territorio socialmente delimitado. Es decir, que a un individuo o grupo de personas se asigna un conjunto de representaciones sociales y al mismo tiempo un conjunto de representaciones espaciales con el que puedan ser identificados desde la referencia geográfica donde se les confina, o a la inversa, desde los espacios a los que se les niega el acceso (Hancock, 2008:116-117). Si bien es cierto que la construcción de identidades socioculturales y las fronteras físicas que acompañan el proceso no son algo nuevo a principios del siglo XXI, la tendencia occidental hacia la especialización científica y un entorno cada vez más globalizado ponen en entredicho las nociones cosmopolitas de un “ciudadano del mundo” con el que se pretende caracterizar tanto la comprensión occidental de la financiarización como las redes mercantiles y los flujos culturales de principios de siglo (Friedman, 2007; Agier, 2013).

Por otro lado, el cosmopolitismo occidental que caracteriza las dinámicas socioculturales de principios del siglo XXI pertenece a una élite dominante que se establece como modelo. En este sentido, se hace indispensable especificar quiénes pertenecen a este grupo y bajo qué condiciones. El cosmopolita es un individuo global, un ciudadano del mundo que no reconoce fronteras físicas sino una red global interconectada y que le permite desplazarse y habitar de una manera multiespacial. En contra del ciudadano cosmopolita aparece el “otro”, que no es cosmopolita pero cuya presencia exige ser nombrada porque, se quiera o no, ese “otro” ocupa un espacio sociocultural. La identidad se asigna, entonces, para reconocer su no pertenencia en muchas escalas: se le distingue por su origen, su ascendencia, sus costumbres, su sexo; luego se justifica su precariedad con base en sus maneras de habitar, de alimentarse, su expresión oral y musical, e inclusive su rudeza y no correspondencia con los modelos de educación imperantes.

La moralidad es otro aspecto importante de la exclusión. Una moralidad que se asocia con formas específicas de los cuerpos. Si se

observa las minorías, se hace evidente que los excluidos son identificados y deben estar confinados espacialmente porque representan el desborde de la sexualidad, de la intimidad, de la esfera pública. Sobre todo cuando las consideraciones se originan en una mayoría masculinizada, blanca y heterosexual. Cuando los excluidos son identificados a partir de la mirada y de las características físicas de un modelo imperante de sociedad occidentalizada, los cuerpos aparecen como objetos sexuados y poderosos, contrapuestos a lo espiritual de las ideologías clásicas y cristianas, y donde el mayor escándalo es una piel distinta o una morfología femenina que desde sus singularidades se vuelve contestataria de la norma. Las lógicas de exclusión entienden, entonces, al cuerpo femenino emancipado como un manifiesto del peligro y de lo incontrolable: el cuerpo de la mujer es un cuerpo que necesita regularse por sobre todos los cuerpos.

La obesidad, en consecuencia, cuando manifiesta su mayor prevalencia entre las mujeres pobres de territorios de precariedad, debe empezar preguntándose sobre los vínculos entre el género y la geografía. Además, la manera como la salud pública introdujo lo sanitario como una interpretación canónica del mundo social y en servicio de los discursos políticos condujo a un abordaje eminentemente regulatorio de los padecimientos como la obesidad. En un contexto de la urgencia por tomar decisiones en contra de la obesidad, la salud pública se presenta como el dominio de la *expertise*, y el especialista en salud pública, como el economista respecto de las crisis, se considera como “el sabio que ilumina al político” y por ende se exalta su capacidad para producir los análisis y políticas que se requieren. Por otra parte, la salud pública se ve confrontada por disciplinas que hasta hoy le parecen extranjeras, y este extranjerismo se magnifica cuando se trata de poblaciones que viven en lugares distintos y que mantienen modos de ser originarios. Por eso sobresale el caso de los inmigrados en que las distancias entre las normas sanitarias prescritas y las conductas sociales observadas parecen más extensas a los ojos de los promotores de salud pública, y sobre todo cuando se trata de entender las representaciones y modificar las prácticas en materia de higiene, de sexualidad y de cuidado de la salud (Dozon y Fassin, 2001:9). Así, mientras el cosmopolitismo y la globalización exaltan una cierta dilución de fronteras, el desplazamiento de los individuos que se exalta en la mirada de las élites cosmopolitas no incluye a las minorías de migrantes cuyo desplazamiento es más bien peligroso y contradictorio a las medidas sanitarias. La distancia cultural y la geográfica se funden entonces en

un problema de desigualdades sociales y a partir de un modelo de cuerpo sano y un modelo de territorio sano. Esto detona también una lucha contra la diferencia, contra lo distinto a lo que se teme y sobre lo que se depositan las explicaciones de catástrofes y crisis sociales.

Tratándose de las prácticas sociales de alimentación y actividad física como dos dimensiones esenciales del cuidado del cuerpo, el problema de comprensión desde el urbanismo se vuelve aún más complejo. De entrada, las diferencias de comportamientos que se asignan en relación con el género, la raza, la clase social o la pertenencia territorial no pueden considerarse *a priori* como desigualdades, porque los modos de comer y de habitar tienen un fundamento más complejo. Según el Institut National de la Santé et de la Recherche Médicale (INSERM), estos comportamientos pueden ser resultado de una elección libre y arbitraria, pero cuando son contrarios a la salud, la responsabilidad individual se vuelve “esencial” porque, si se admite que el comportamiento individual implica determinantes culturales, sociales y económicos, la dimensión colectiva y las políticas públicas también “entran en juego” (2014:xiv).

El urbanismo y el biopoder

El doble problema de la producción social de la ciudad obesogénica y de la construcción de la vulnerabilidad femenina orienta a preguntas netamente antropológicas y políticas sobre el sentido de la salud y la enfermedad, las valoraciones de la talla corporal, de los determinantes bioculturales y de los modos de comer y habitar. En el fondo se teje un problema que Didier Fassin entiende como “biolegitimidad” en un esfuerzo por continuar con las reflexiones de Foucault sobre el biopoder, es decir, que no se trata únicamente de un poder “sobre la vida”, sino de un poder sobre la vida a partir de su reconocimiento (Carricaburu y Cohen, 2002), o sea, que una vida se vuelve valiosa a partir de la legitimación de la misma y, en definitiva, la vida se valora desde la salud pública como una legitimación para actuar.

En la mirada de la salud pública la obesidad constituye un riesgo social. El fundamento es que ciertas formas de corpulencia aparecen como un problema de salud por la manera como se perciben, construyen y regulan los cuerpos, y por una serie de prácticas corporales, individuales y colectivas que se organizan “entre” un territorio más o menos bien articulado y respecto a la alimentación y la actividad física.

La obesidad, entonces, se inscribe en la lógica de una sociedad del riesgo, que desde los trabajos de Beck, Giddens, Baumann y Castel permite la articulación de diferentes dinámicas culturales, económicas y políticas para entender la producción del riesgo en la modernidad y el paso del siglo XX al XXI. Entendida como riesgo, la obesidad es un principio legitimador de las estrategias que se despliegan para “corregir los cuerpos” desde las políticas de salud y las políticas urbanas.

El concepto de biopoder introducido por Foucault, retomado por Agamben (1998) y Fassin (2001), actualiza el papel del individuo y su cuerpo como una modalidad del poder, pero también como una forma de posicionamiento y de ejercicio frente al poder político. Tomando en cuenta que, desde el principio, el poder político ha tenido entre sus objetivos el gobierno de la vida y las regulaciones del cuerpo como condición, el biopoder desde un punto de vista médico no es sino una forma de normalización que se le confía a un grupo de “expertos”. El problema desde esta perspectiva es que desaparecen los procesos de individuación y subjetivación y el Estado designa un biopoder médico que tiene la facultad de controlar los cuerpos en favor del control de los individuos. Se pasa, así, desde un poder disciplinario y pastoralista como el que entienden Foucault, Agamben y Sloterdijk a un poder más específico de autocontrol donde el individuo es acompañado por el Estado y vigilado por el médico, como lo entiende Fassin. De este modo, en el caso de la salud pública, es precisamente en el individuo y su constitución en cuanto tal donde reposa la gestión de su propia salud a partir del control de su propio cuerpo. El Estado pasa a un papel de administrador de las necesidades vitales y se entiende que cada uno es capaz de anticipar el riesgo y salvaguardar su cuerpo.

En *Surveiller et punir* (1975) Michel Foucault reconstruye la historia de las prisiones desde el siglo XVII y revela los mecanismos por los que el poder político se apropia de los cuerpos individuales y regula la distribución espacial para controlarlos. Desde la antropología política y en una actualización del pensamiento foucaultiano se observa cómo en el siglo XX se politizaron no solamente las condiciones mentales y criminales de los individuos sino la salud física en su totalidad. Cuillerai y Abélès observan que a partir de la aceleración del capitalismo y su tecnociencia disciplinar correspondiente aumentaron los “procedimientos de concentración del poder sobre los hombres en cuanto seres vivientes [donde] la población como entidad indivisible de vivientes es el nuevo sujeto de la soberanía biopolítica” (2002:22). En este sentido, el individuo no solamente queda sujeto a sus propias

decisiones y obligado a dar cuenta de su comportamiento, sino que rinde cuentas como parte de una colectividad y frente a una sociedad determinada. Desde aquí, precisamente, se despliegan los mecanismos de regulación sustentados en la salud pública y en pro de un proyecto de sociedad dispuesto por los modelos hegemónicos.

En los procesos sociales en que se inscribe el biopoder, las perspectivas de Foucault (1975) y Elias (1991) construyen un marco referencial para entender la modelación de los cuerpos. Mientras que Foucault entiende el biopoder como una administración pública del ser-cuerpo a partir de las instituciones y bajo la tutela del Estado y su poder policial, Norbert Elias considera que los procesos civilizatorios implican mecanismos de individuación a partir de las limitaciones externas de los individuos y del refuerzo de un autocontrol interno que permita la identificación de un “yo controlado” con el proyecto de autorregulación de la colectividad. Las diferencias más importantes entre los autores estriban en la posición que ocupa el cuerpo: mientras que en la sociedad disciplinaria de Foucault el cuerpo es el objeto de castigo del soberano, que garantiza la seguridad y la vida de la colectividad, en la individuación disciplinar propuesta por Elias hay una conformación a los modelos de vida colectiva a partir de la autogestión individual y la limitación del cuerpo.

En definitiva, el punto común de los autores es que el despliegue de estrategias para regular los cuerpos permite el control de la vida individual, y que el gobierno es un gobierno de las conductas a partir de la normalización de los cuerpos. Cuando se observa desde el fenómeno de exclusión, se manifiesta con mayor claridad la orquestación de una serie de pautas que significan para cada individuo la pertenencia a un grupo, o su desafiliación. El biopoder se establece como un elemento poderoso capaz de moldear y controlar el cuerpo en orden a lograr la correspondencia con los modelos impuestos a partir de un ideal político.

Privilegiando la perspectiva de la antropología política de la salud sobre la noción de biopoder, conviene distinguir entre las técnicas disciplinarias a las que se refieren Foucault y Elias que se concentran sobre todo en la individualidad corporal del ser humano de un abordaje biopolítico que ponga atención sobre la colectividad humana frente a las técnicas de regulación de la salud pública dispuesta por un modelo determinado de sociedad. Mientras que en la escala individual las condiciones de salud podrían aparecer como aleatorias frente a diferentes factores bioculturales, cuando se apela a la organización socioespa-

cial y la escala territorial de las colectividades locales y globales se hacen evidentes los determinantes de carácter económico y político que modelan las acciones de los individuos. De acuerdo con Cuillerai y Abélès, tanto el poder policial como la salud pública sentaron sus fundamentos en “la vida biológica” como parte de las tareas de “gestión, cálculo y previsión del Estado, aunque no sea la conformidad con un estilo de vida y de costumbres lo que preocupa al Estado, sino su origen e inscripción en los registros políticos de la nacionalidad y de la demografía de su vida política” (2002:22). De esta manera, tanto la producción como la gestión de los problemas de salud pública se convierten en un objeto propio de las políticas estatales y el cuerpo aparece a un tiempo como evidencia y como materia prima para la construcción de ciudadanos mediante un proyecto político que se despliega.

Ya en el horizonte de la segunda década del siglo XXI, y específicamente en las sociedades occidentales de Estados Unidos, Francia y México, la metropolización y la seguridad ocupan un lugar privilegiado para instrumentar las diferentes formas de biopoder. Se requiere un trabajo profundo de reflexión sobre los sistemas policiales, la seguridad social y las estrategias de acción en momentos considerados “de urgencia”. Si esta urgencia, donde se inscriben el terror y la inseguridad pero también las epidemias y la degradación ambiental, lleva a la conformación de un Estado excepcional que puede actuar por fuera de las normas, cabe la pregunta de si las nuevas manifestaciones del biopoder y los procesos de individuación deben analizarse desde las oportunidades que existen para los diferentes grupos sociales de vivir en circunstancias “excepcionales”. Aunque este estudio no se concentra específicamente en un análisis del biopoder en sus formas más actuales sí cuestiona de forma indirecta las diferentes maneras en que se manifiesta desde la regulación del cuerpo en territorios vulnerables y desde las circunstancias actuales de la triada Estados Unidos, Francia y México. Así, mientras en la sociedad estadounidense se apuesta por un abandono de la vida en manos del individuo —donde una persona puede ser condenada a muerte pero nunca a la pérdida de su nacionalidad—, en Francia la urgencia impuesta luego de los atentados terroristas de 2015 ratifica el posicionamiento del Estado como poseedor de la vida de los individuos y en México se tejen las redes estatales con las del narcotráfico para dejar la vida de los individuos en el mercado de las aseguradoras, que poco o nada pueden contra la creciente descalificación de los principios de justicia, autonomía y soberanía individuales.

ETNOGRAFÍA COMPARATIVA Y TEORÍA CRÍTICA

El procedimiento empleado en esta investigación podría sintetizarse como constructivista y contextualista. En cuanto a las estrategias de etnografía comparativa y teoría crítica, la difusión de escalas permite integrar las tres estrategias de etnografiar, comparar y teorizar. A pesar de la aparente contradicción entre lo local de la etnografía, lo multi-situado de la comparación y la búsqueda de generalidad de la teoría crítica, la construcción y contextualización constantes permiten una reflexión más integrada donde la comparación marca las pautas. En este sentido, la etnografía se hace desde la comparación y la crítica teórica, bajo el supuesto de que comparar ayuda a entender las dinámicas translocalizadas desde las reglas generales de organización y funcionamiento de las sociedades. Las políticas urbanas y de salud pública se ponen en marcha desde las contradicciones con que se producen y construyen los significantes de obesidad y urbanidad en contextos específicos. En este apartado se precisan y detallan las tres estrategias de investigación y construcción del cuerpo empírico y las cinco claves de interpretación para el análisis.

Contextualizar, observar y medir, comparar

Contra el riesgo de una lectura pobre, anclada en la mera descripción de situaciones singulares y circunstancias bien concretas que arrastrarían a un trabajo monográfico, la comparación y teorización constantes permiten una contextualización y reapropiación más coherente de los datos empíricos. De forma general, la construcción del estudio reúne tres momentos que hacen posible la etnografía, la comparación y la teoría crítica: la contextualización como ejercicio integrador de la problemática en un proceso sociohistórico, las observaciones y mediciones propias en contraste con las bases estadísticas y los contrastes a partir de la etnografía comparativa de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur.

Contextualizar. Genealogía de la ciudad obesogénica y la vulnerabilidad femenina

Para hacer legible la complejidad de la ciudad obesogénica se ha vuelto necesaria la multiplicación de perspectivas y la confrontación de

técnicas investigativas. En un primer momento la pregunta rectora se dirigió a los factores socioespaciales de la salud pública. Poco a poco la problemática condujo a las disparidades geográficas y políticas de los diversos territorios y la importancia de intervalos temporales. La aparición de poderes simbólicos y construcciones culturales de la salud y del espacio urbano, así como las jerarquizaciones sociales, apuntaron a la población femenina como la categoría más esclarecedora. Finalmente, la etnografía multisituada y la comparación trazaron el trabajo de campo de varios meses en tres territorios y desde el contacto directo con los interlocutores.

El trabajo etnográfico o socioantropológico del proceso de contextualización implica cuatro estrategias principales: observación participante, entrevista, diario de notas y compendio de fuentes escritas. Esto implicó la inserción prolongada en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur, la interacción constante con los habitantes de los territorios, el registro sistemático de observaciones, croquis e imágenes y la consulta periódica de publicaciones.

En el procedimiento constructivo y contextual de investigación, la genealogía del problema se apoya no sólo en bases documentales de carácter histórico sino en el diálogo constante con la observación y el contacto con los interlocutores de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur. Gracias a la puesta en perspectiva histórica y el seguimiento de los principales reajustes a lo largo de varios meses, se ha podido verificar información oficial y confrontar con otras fuentes de conocimiento como los fundamentos culturales y religiosos que nutren las dinámicas urbanas. Por otra parte, la continuada labor reflexiva y descubrimiento de ideas y autores nuevos fue un recurso esencial para identificar elementos y detalles que se habían naturalizado y para cuestionar los fundamentos epistemológicos y metodológicos.

La contextualización como primer procedimiento metodológico dista de ser una mera documentación histórica de la obesidad y de la desintegración urbana o la vulnerabilidad de las mujeres. El contexto se ha construido de una forma más dinámica en la que juegan al mismo tiempo los archivos, las observaciones y las entrevistas. Como resultado, la contextualización ha sido definitoria de continuas precisiones en cuanto al redireccionamiento del problema y las fuentes probables de respuesta. Además, el ejercicio de crítica teórica ha estado en conexión profunda con los diferentes contextos y con los reajustes y posicionamiento del investigador, ya que "la imagen de uno mismo es puesta en juego por la imagen que de nosotros reenvían los demás

en función de su propia historia, de sus prejuicios y de sus intereses. El problema se deposita entonces en los fundamentos sociales de la persona del etnógrafo y sobre la legitimidad de sus convicciones" (Bensa, 2008:325). En este sentido, la genealogía de la ciudad obesogénica y la vulnerabilidad femenina se tejen a partir de un trabajo histórico y un ejercicio antropológico que permite reconstruir las problemáticas sociales y sienta un marco referencial para el análisis del presente en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur.

La primera plataforma de datos oficiales se ha constituido a partir de una revisión cuidadosa de las fuentes bibliográficas y de los reportes estadísticos locales, nacionales y globales. La inclusión de artículos y de monografías selectas en función de su pertinencia con la temática y el abordaje se convierte en una oportunidad para dialogar con los expertos y pulir la cientificidad del documento. Todo esto sin perder de vista que el respaldo documental de la tesis se ha estado actualizando constantemente durante el trabajo de campo, lo que conlleva también la afinación y depuración de teorías y de autores.

En cuanto al trabajo etnográfico como herramienta de contexto, lo más significativo que se revela son las modificaciones que imprime en el investigador mismo. La presencia continuada y la inscripción en las dinámicas espaciotemporales de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur produjo una contextualidad desde lo ordinario. Al mismo tiempo, las condiciones bioculturales de los tres escenarios han marcado una manera particular de encuentro desde la diversidad de expresiones, de tipos de encuentro, de proyecciones corporales y de presencia/ausencia física y emocional. Probablemente los periodos de observación y de registro son cortos para la profundización que se ambiciona, sobre todo reconociendo que "en un primer momento [los encuentros] son efímeros y generan poco sentido, pero luego que el roce es más continuo aparecen las producciones de significados [...] se pasa así a la construcción de una relación con el otro y/o con los otros adosados a una o varias prácticas, que revela las características de las mismas" (Bouvier, 2011:15). Como consecuencia, el constructivismo y constante ajuste de la investigación desde sus fundamentos se convierte en una riqueza metodológica donde los procedimientos se constituyen "en el terreno" y "con la población" que se estudia.

Muchos estudios de sociología urbana que operan a partir de un marco referencial y se nutren de encuestas tienden a la realización de trabajos de carácter descriptivo tanto de las instituciones como de las maneras de habitar el espacio edificado. Sin demeritar el gran esfuerzo

de comprensión que adoptan estas estrategias, y reconociendo la claridad de los métodos y técnicas con que se construyen los datos desde la sociología urbana, la apuesta de una mirada antropológica es menos pragmática y sus direccionamientos se ajustan desde los mundos urbanos que se estudian y desde la gente que los habita. Por tanto, el ejercicio de contextualización implica primero una gran humildad del etnógrafo para reconocer que su trabajo involucra la vida de personas que nunca pidieron su intervención y requiere una gran sensibilidad humana para pasar mucho tiempo en el sitio de estudio y compartir la vida con los habitantes y no limitarse solamente al encuentro impersonal de una entrevista.

No es difícil acercarse a las personas que habitan en territorios llamados “difíciles” por la precariedad que les caracteriza y la apertura que manifiestan a las voces del exterior. La simpatía con grupos populares y con la población femenina que suele abrirse al diálogo y descubrimiento de novedades facilitan el estudio y la triangulación de los datos. De aquí la relevancia de incluir en la contextualización los datos obtenidos en documentos históricos y literarios locales, cuando están disponibles. Bouvier indica que este tipo de fuentes, aunque sean de carácter parcial y efímero, pueden ser útiles para hacer precisiones e identificar los elementos centrales y secundarios. Reconoce que en este tipo de fuentes puede haber “interferencias subjetivas de la parte de los autores y del investigador” pero que esto es al mismo tiempo una manera de entender las representaciones y las prácticas que constituyen los significantes en medio de la “heterotomía” (2011:80), es decir, que las prácticas sociales ocurren en medio de una serie de reglas que se imponen y deben seguirse.

Quizá la manera más frecuente para analizar las configuraciones territoriales y las enfermedades es historiar las recomposiciones sucesivas de conceptos y de disciplinas que han reflexionado sobre el problema. El peligro de un abordaje eminentemente histórico es la influencia que pueden tener los discursos instituidos para el registro de los datos de una manera endógena y unidireccional. Es cierto que los estudios históricos ofrecen un nivel de profundización muy agudo sobre los procesos sociales, pero el componente etnográfico permite ilustrar y matizar los hallazgos de una manera excepcional. De aquí que se privilegie la labor etnográfica como marco discriminador de los datos estadísticos oficiales y como complemento a los análisis históricos, en mayor medida si se trata de un asunto que se refiere a la salud y al cuerpo, porque gran parte de las representaciones y el lenguaje

se codifican en los gestos corporales. Frente al etnógrafo, entonces, el cuerpo del habitante puede ser “intextualizado” y narrativizado gracias a las observaciones y las entrevistas, dejando a la vista un conjunto de códigos que no siempre son percibidos por los archivos históricos y registros oficiales.

Observar y medir. Observación participante y registro cuantitativo

Las circunstancias que dan sentido a un contexto específico de la ciudad obesogénica se manifiestan en diversos factores que tocan al espacio privado, pero también a las instituciones sociales y sus modos de operación. La salud pública privilegia la construcción de estadísticas para entender la prevalencia de enfermedades, la vulnerabilidad de ciertos grupos y las desigualdades sociales. Diversas encuestas nacionales e internacionales construyen indicadores cuantitativos y cualitativos para incluir aspectos subjetivos y objetivos relacionados con la salud y con el urbanismo. No obstante, no se puede desconocer la relevancia de estudios localizados y las especificidades a que únicamente se puede acceder si se hace un trabajo prolongado de observación directa.

Para observar y medir a un tiempo se ha realizado un doble ejercicio: por un lado, documentar a partir de estadísticas existentes y de la construcción de bases numéricas con precisiones observadas en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur; por otro lado los registros cuantificados de infraestructura, equipamiento y establecimientos y el conteo mapeado de actividades, gestos y prácticas sociales que son fundamentales para identificar constantes de acción y de sentido. Sobra decir que los cálculos realizados a partir del conteo directo no tienen ninguna pretensión estadística. Más bien se convierten en un recurso que completa, afina y redirecciona el trabajo etnográfico.

En cuanto a la utilización de reportes existentes se retienen los conceptos utilizados por los organismos oficiales, tanto por su fácil disponibilidad como por el rigor teórico de las claves de interpretación. Así, tanto las estadísticas demográficas y territoriales como las que tocan aspectos socioeconómicos, territoriales, alimentarios y de salud se basan en censos y encuestas oficiales. Para las precisiones sobre los índices de obesidad, por ejemplo, se recurrió a la National Health and Nutrition Examination Survey (NHANES) en Estados Unidos, la Enquête nationale sur l'obésité et le surpoids (Ob-Épi) en Francia, y la Encues-

ta Nacional de Salud y Nutrición (ENSANUT) en México. Otros datos se obtienen a partir de cruces con encuestas económicas y culturales como los de ENIGH y CONEVAL en México, los reportes de New York City Planning en Estados Unidos y la Enquête Nationale sur les Violences Envers les Femmes en France (ENVEFF).

Aunque no se trata de un estudio de corte cuantitativo, el diálogo constante con las estadísticas se revela fundamental para la construcción y contextualización de las observaciones. Por ejemplo, incluir variables como el ingreso, la categoría profesional y el nivel de estudios ayuda a clarificar al mismo tiempo la precariedad territorial, las desigualdades de salud y la vulnerabilidad de las mujeres. Además, si se consideran los indicadores subjetivos y los indicadores compuestos de bases estadísticas que cruzan los datos llamados objetivos con mecanismos sociales de percepción y representación se puede construir indicadores como la percepción subjetiva de la salud, la concepción de las desigualdades y las determinaciones a partir del género. En todo caso, se trata de un ejercicio constante de integración del trabajo estadístico poniéndolo en perspectiva desde la etnografía y la teoría crítica.

Aunque se reconoce la limitación explicativa de los datos cuantitativos, sería miope pasarlos por alto cuando revelan vinculaciones, a prueba de todo método, entre la obesidad, la alimentación y la actividad física. No obstante, se debe tener cuidado en que los métodos de levantamiento de datos impliquen procedimientos objetivos y declarativos a la vez. Por ejemplo, en el caso de la actividad física se suele recurrir a instrumentos mecánicos como el podómetro y el acelerómetro que miden el tiempo y la distancia de desplazamientos, pero su aporte sería muy limitado si no se acompañaran con cuestionarios de actividad y de hábitos deportivos u otro tipo de medidas declarativas.

La etnografía también puede integrar elementos cuantificables. De hecho, tanto en la observación como en las entrevistas se ha incluido una fuerte carga cuantitativa para determinar constantes y tendencias. En lo que se refiere a la alimentación, por ejemplo, un mapeo de establecimientos comerciales permite establecer valoraciones sobre la variedad y accesibilidad de los productos en tiempo y distancia. En las entrevistas, un ejercicio fundamental ha sido el de reconstrucción de 24 horas para listar los productos del consumo alimentario de una jornada. En la observación de los parques se ha cuantificado el tipo de prácticas que realizan las mujeres, los hombres y los niños. Y en los supermercados se ha construido un listado de los productos más obser-

vados en el carrito de compras de los habitantes. Es decir, el ejercicio cuantitativo ha sido fundamental para la integración de observaciones y la fundamentación etnográfica, aun si los datos obtenidos no tienen ningún peso estadístico fuera de este marco investigativo.

Contrastar. Relaciones y tensiones etnográficas

En una entrevista, Didier Fassin explica el doble ejercicio que para él constituye la grandeza de las ciencias sociales: se trata de un trabajo empírico con una postura crítica. Fassin explica que ambos son indispensables porque el trabajo empírico legitima la teoría y la teoría le da sentido al trabajo empírico (Carricaburu y Cohen, 2002). Uno de los problemas de este ejercicio es la precisión de la dimensión espacial y la inscripción del trabajo empírico en los procesos mundiales de urbanización y reorganización de territorios y alteridades. En este caso no se puede pretender la homogeneización de los procesos, razón por la cual el ejercicio de comparación se vuelve fundamental. Los contrastes entre lugares y tendencias con sus particularidades locales, nacionales y globales también son una manera de comprensión del sentido que le dan los habitantes a las actividades y representaciones ordinarias que se modelan en el territorio, es decir, construir un trabajo empírico por comparación constante y bajo la vigilancia de la teoría crítica es en definitiva, la mejor apuesta alternativa para develar los mecanismos urbanos por los que la obesidad se construye como un problema y la vulnerabilidad femenina como su espacio de exhibición.

La metodología etnográfica con presencia continuada en el campo fue revelando poco a poco las funciones sociales de la alimentación y de la actividad física. Primero sobresalen los factores de la estética y de la disciplina sanitaria, pero luego aparecen los aspectos mágico-religiosos que se atribuyen a distintos alimentos o ritos de comida y cuidado del cuerpo. A este tipo de contrastes hay que sumar las condiciones de precariedad y la sensibilidad que esto imprime en el investigador cuando se descubre formando parte del territorio de observación. El acercamiento estratégico a las mujeres a partir del voluntariado en organismos y ONG también implicó una problemática de doble orden: por un lado las entrevistas estaban vinculadas con el contexto de asistencia social en el que se desarrollan y por otro lado la relación desde los programas de asistencia y salud posicionaba al investigador en una situación que facilitaba la apertura y el intercambio de información de carácter íntimo como los aspectos que tocan al cuerpo, la salud y

las valoraciones estéticas y morales. No obstante, se reconoce que el etnógrafo no aparece en estos contextos *tamquam tabula rasa* y que sus ideas previas son también un elemento clave para la construcción de los datos; en este sentido, se insiste en la constante reflexividad y el ejercicio de autoetnografía que ayuda a situar al investigador en el campo de estudio y en sus interacciones con los informantes.

Tanto el ejercicio etnográfico como la comparación constituyen un aprendizaje continuado a lo largo de la investigación. El redireccionamiento del estudio evidencia la riqueza que se obtuvo de la etnografía comparada, primero en Lomas del Sur donde aparecen las emociones ligadas con el territorio y la salud, después en South Bronx donde los aspectos bioculturales se imponen, y finalmente en La Courneuve donde la moral social y la integración urbana exigen un continuo replanteamiento de los marcos teóricos con que se construye y analiza la problemática de ciudad obesogénica y vulnerabilidad femenina. Los ajustes en la mirada y posicionamiento del autor han implicado la reconstrucción, casi total, del documento final. Alban Bensa explica en este sentido que el “trabajo de constante ajuste a la otredad requiere de esfuerzos lingüísticos y relacionales que marcan de forma indeleble la naturaleza de los datos, que son de hecho el producto de nuestra historia en el terreno” (2008:323).

En cuanto a los contextos de precariedad en que se emplaza la etnografía y la comparación, las desigualdades en términos de territorio y de salud son una lectura fundamental. Didier Fassin propone el trazo de historias de vida y el análisis de situaciones como recurso para mostrar los alcances del trabajo cualitativo para enriquecer las encuestas de corte epidemiológico. Considera que si se toma un ámbito específico de la salud pública y se ilumina con la perspectiva etnográfica se puede restituir el sentido político de la salud en una sociedad determinada (Carricaburu y Cohen, 2002). Así, la comparación posible no se trata de un ensayo experimental de causalidad epidemiológica en el que se contrastan dos grupos de individuos de forma aleatoria. Más que una búsqueda de la validez interna de los datos se trata de la validez externa por comparación contextualizada de territorios y poblaciones, en la que se pudiera apreciar la integración, repetición y transferibilidad de mecanismos políticos que definen de forma transversal la talla corporal, el género, la raza, el estatus socioeconómico y el territorio de vecindamiento. En este sentido, la comparación permitirá fortalecer también los datos internos y abrir la puerta a nuevos planteamientos.

Comparar para entender.

Las cinco claves de interpretación etnográfica

A simple vista, el procedimiento etnográfico profundamente localizado parecería oponerse a la comparación de varios terrenos de estudio. El supuesto de la exhaustividad de datos que se espera de un estudio etnográfico podría cuestionar la profundidad alcanzada en cada uno de los escenarios cuando se hace un ejercicio comparativo. Pero, al contrario, el ejercicio comparativo constituye al mismo tiempo una herramienta de profundización cuando se trata de problematizar los contextos múltiples y multisituados y un enriquecimiento de la comparación etnográfica por medio de la contextualización sistemática que evita la atomización y etnicización de los distintos terrenos de estudio. Además, “los enfoques inductivistas pueden caer en simplificaciones que acentúan la particularidad de la política social nacional o regional sin ubicarla en el contexto internacional” (Valencia Lomelí, 2003b:118). Trabajar en diferentes sociedades ayuda a entender que el mundo que conocemos es solamente una de las posibilidades, pero que existen mecanismos que lo interconectan y que le dan un sentido y orden particulares.

Frente al problema de generalización con que se enfrentan los procedimientos etnográficos, Didier Fassin considera que:

La pregunta por la generalización debe ponerse en dos sentidos: La generalización horizontal con la que trabajan las estadísticas a partir de una muestra representativa (lo que ves en algunos sitios puede aplicarse a la totalidad) [y] la generalización vertical [que] trata de identificar los modos de actuar [...] no modos de actuar en todo el mundo, y ni siquiera en el mismo territorio, sino los mecanismos que se pueden encontrar en todas partes [y aunque] no se puede tomar ninguna conclusión general, los mecanismos y los procesos se pueden presentar en otras latitudes. (9 de mayo de 2016)

Norbert Elias, por su parte, confesaba: “Mi experiencia me lleva a pensar [...] que solamente un abordaje centrado sobre los procesos permite el progreso en los estudios de la sociedad humana” (1998:29). La constante en los análisis centrados en los procesos y en los mecanismos como principio fundamental de validez de las ciencias humanas es, en definitiva, la principal puerta de acceso al entendimiento y explicación de fenómenos como lo urbano de la obesidad y la vulnerabi-

lidad de las mujeres y al mismo tiempo se convierte en la garantía de los hallazgos y su validez en la producción de conocimiento.

La experiencia y posicionamiento mismos del etnógrafo y el ejercicio reflexivo constante son tanto constituyentes como explicativos del fenómeno que se estudia. Bouvier, en sus reflexiones sobre la socioantropología y los procedimientos que sigue la disciplina para la investigación, afirma que “para existir en el mundo heurístico, cuando esto sucede, la experiencia precede a la esencia y en todo caso la establece” (Bouvier, 2011:29), es decir, que los procedimientos de trabajo etnográfico se apoyan en la conciencia y la experiencia del mundo antes que en los principios fundamentales y nociones abstractas, y que estos principios son más bien consecuencia de las reflexiones ininterrumpidas del etnógrafo cuando habita el terreno de estudio. Esto sin demeritar la formación previa del investigador y el bagaje con el que se interna en el campo de estudio. Por eso puede decirse que el posicionamiento del investigador, al igual que la interpretación de los territorios estudiados, se sujeta al mismo tiempo al contexto que lo envuelve y a la realidad que construye en un ejercicio constante de comparación y contraste entre diferentes escalas y espacios sociales, que aquí se organizan a partir de cinco ejes de análisis: 1) económico-político; 2) político-urbano; 3) biocultural; 4) de vulnerabilidad femenina; y 5) de integración socioespacial.

1. Eje de análisis económico-político

El enfoque de la corpulencia y la gordura como asuntos propios de la medicina no ha permitido apreciar la construcción histórica, económica y política de la obesidad. Un primer eje pertinente para el análisis tiene que ver con las formas de interrogar la corpulencia y la gordura desde las estructuras económico políticas. Se trata no solamente de analizar los sistemas de producción y de distribución de productos sino de la circulación general de los bienes, incluidas las emociones, creencias y afectos que se vinculan con la dinámica económica.

Desde este eje de análisis, y en un primer nivel micro-local, se observan los modos como los individuos, en el espacio doméstico y de proximidad urbana, se enfrentan con situaciones económicas que les interpelan a actuar de una u otra manera y a tomar decisiones sobre la alimentación, la actividad física y en general sobre el cuidado del cuerpo y la salud. Poniendo el acento en el entorno y la accesibilidad de los recursos básicos para vivir, el proceso de construcción y contex-

tualización de la ciudad obesogénica y la vulnerabilidad de las mujeres implica la desnaturalización de las prácticas ordinarias para recuperar su sentido y reconocer su importancia social. Además, en el análisis económico-político es necesario poner de relieve las tácticas de resistencia y los mecanismos que subyacen a los modos de pensar y de actuar respecto al espacio urbano y las actividades relacionadas con la alimentación, como las percepciones de la talla corporal.

En un segundo nivel del eje económico-político se implican las políticas nacionales y las dinámicas globales, así como la reflexión en torno a los sistemas de producción y de distribución frente a la rentabilidad de los productos. Es evidente que los alimentos que engordan son rentables. En *Food Politics* (2002), Marion Nestle detalla la manera como el éxito de la fructosa del jarabe de maíz permite entender las dificultades de los pequeños productores para sobrevivir al capitalismo industrial. Primero porque el capitalismo industrial en sus procesos de sustitución introduce nuevas formas de producción que se manejan a su antojo desde el producto y hasta la fábrica dejando al agricultor los aspectos más riesgosos y menos rentables de los procesos de producción alimentaria. Los aspectos financieros no son menos importantes: el manejo de impuestos alrededor de ciertos establecimientos y productos juega un papel primordial para entender la configuración de los paisajes urbanos en torno a la alimentación. En Estados Unidos, por ejemplo, con el retiro de los impuestos de propiedad, los *strip-malls* con sus negocios de comida rápida se convirtieron en uno de los polos de ingresos más apetecibles. Mientras que muchos ponen el acento en la prevalencia de bebidas azucaradas en las escuelas como el problema principal, pocos explicitan las conexiones entre las bebidas azucaradas y su popularidad en los vecindarios con presencia escolar, que al mismo tiempo pagan impuestos importantes, que sostienen la educación pública (Guthman y Dupuis, 2006:431). Como éste, otros ejemplos con datos estadísticos y registros etnográficos darán forma a un primer eje donde se analizan los mecanismos económico-políticos que revelen lo urbano de la obesidad y la mayor vulnerabilidad de las mujeres.

2. Eje de análisis político-urbano

La lectura imperante del espacio urbano desde la economía y la financiarización de las ciudades suele conducir a un análisis limitado, centrado en los procesos de dominación y desposesión del espacio físico

o en las políticas urbanas injustas que promueven dinámicas gentrificadoras y proyectos que privilegian a las élites socioeconómicas. Las olas conceptuales que se esfuerzan por teorizar la ciudad van desde la "ciudad global" de Saskia Sassen, "el derecho a la ciudad" al que tanto se refiere Jordi Borja o la "gentrificación" que proponen los abordajes eminentemente marxistas del urbanismo. La antropología política como perspectiva pretende una fuerte incrustación de los aspectos culturales y simbólicos en los enfoques del urbanismo, como respuesta al contexto contemporáneo en que dominan los valores económicos sobresalientes que intentan instaurar un sistema explicativo del urbanismo fuertemente economicista.

El análisis político-urbano, partiendo de la etnografía comparativa como estrategia de investigación, desplaza el centro de atención hacia las formas de habitar la ciudad. Partiendo de las problemáticas relacionadas con la vivienda, y poniendo en perspectiva los desplazamientos de los habitantes, el análisis se centra no en la infraestructura ni en la calidad de vecindamiento de por sí, sino en las formas como estos elementos intervienen u obstaculizan la puesta en escena de los proyectos urbanos de salud y de cuidado del cuerpo. En este sentido, el centro del análisis de las políticas urbanas se hace desde sus vinculaciones con la salud percibida y experimentada, y desde su relación con el entorno edificado como garante de dinámicas alimentarias y de actividad física.

En lo que toca a la precariedad característica de los territorios estudiados, los argumentos relacionados con la justicia y el derecho se vuelven complementarios con los aspectos afectivos que configuran las dinámicas urbanas. Considerar la importancia de emociones como el miedo y la seguridad no sólo introduce una mirada distinta, sino que incluye valoraciones que atraviesan y ponen de relieve las distintas articulaciones entre el cuerpo y la ciudad. La seguridad y la violencia con que se estigmatiza a las zonas urbanas de precariedad implican también lo policial y la securitización como parte del análisis político-urbano, así como la tendencia al confinamiento del espacio público en pro de la efervescencia de la seguridad privada y los sistemas de vigilancia. Finalmente, este eje pretende una lectura corporal de las políticas urbanas, donde las desigualdades espaciales se puedan apreciar desde los cuerpos que habitan el territorio y desde la territorialización de las diferencias de sexo y talla.

3. Eje de análisis biocultural

En los estudios sobre la alimentación, para rebasar las fronteras establecidas entre la naturaleza y la cultura, "hay que intentar seguir un procedimiento interdisciplinar e integrativo, o mejor aún: 'un procedimiento indisciplinar'" (Fischler, 2001:21). El análisis biocultural no solamente se da a la tarea de construir vinculaciones entre los comportamientos alimentarios y su relación con la salud, sino que abre la puerta para los aspectos de fisiología y psicología de las conductas nutricionales y del sedentarismo. La pregunta biocultural sobre la ciudad obesogénica y la vulnerabilidad de las mujeres no se plantea desde la nutrición, sino desde la misma construcción sociohistórica y política del fenómeno alimentario y la talla corporal. En este sentido, lo biocultural atraviesa en primer lugar la configuración de los cuerpos, pero también la construcción de las culturas alimentarias.

Ser obeso(a) implica una forma característica de subjetividad y una manera de construirse como ser humano que no está exenta de condiciones como la talla, el género, la raza, el medio socioeconómico y el territorio de pertenencia. Por tanto, el análisis de la dimensión biocultural toma en consideración las diversas maneras como los individuos personalizan los factores urbanos y desde allí se construyen a sí mismos. La pregunta rectora desde la antropología política de la salud urbana no es, entonces, cómo vivir en South Bronx, La Courneuve o Lomas del Sur, sino cómo se vive ya en estos espacios y "cómo la gente se da cuenta de cómo vivir, cómo entienden 'el vivir' desde su propia vida y cómo (no siempre conscientemente) viven esa realidad" (Lambek, 2015:9).

El análisis de la alimentación desde lo biocultural no es menos importante: "En la cocina hay a la vez exigencias formales, exigencias de las normas sociales y de la moral. La transgresión de las reglas culinarias tiene consecuencias en los tres planos" (Fischler, 2001:37). Por tanto, el constructo "habitar la ciudad" no puede desentenderse del entorno biocultural y las exigencias del cuerpo respecto a la alimentación y las formas en que se resuelve. Para pensar la alimentación desde los límites impuestos por el territorio de precariedad se recurre constantemente, desde la etnografía y la teoría crítica, al análisis de las expectativas y de las maneras como se construyen, es decir, se observan no solamente las prácticas en su limitación de carácter económico-político, sino también en el poder simbólico de lo social, presente en la alimentación, la actividad física y el cuidado del cuerpo.

4. Análisis de la vulnerabilidad de las mujeres

En el análisis de la vulnerabilidad de las mujeres se tratará de aprehender los determinantes corporales, pero también sociológicos, históricos y culturales que ponen en evidencia su mayor fragilidad desde una plataforma material y las disposiciones individuales para hacer frente a la vida en espacios urbanos de precariedad. Desde una perspectiva antropológico política y con la salud como campo de discusión, no se trata de reconocer la vulnerabilidad de las mujeres en cuanto tal, sino de manifestar la mayor exposición que experimentan frente a riesgos política y socialmente contruidos, como la obesidad y la exclusión del espacio urbano.

Partiendo de las desigualdades inscritas en el cuerpo como evidencia física de otras desigualdades instituidas por la sociedad, y que son menos evidentes, se toma en cuenta lo multidimensional de la configuración de la talla corporal y el aspecto físico. En este sentido, las desigualdades que vulnerabilizan a las mujeres tienen una fuerte carga de moralidad, con el cuerpo femenino como depósito y garantía de la rectitud de un grupo social. Aunque esto toca mayormente al campo de lo ético-social y de lo moral-político, poco explorado, el análisis de la vulnerabilidad debe tomar en cuenta que “la socialización de los individuos a través del género [puede convertirse en una] predisposición pasiva a la violencia simbólica o real, y con consecuencias sobre la salud que pueden ser, de acuerdo al contexto, psicológicas y/o físicas” (Terret, 2013:9).

Por otra parte, abordar la problemática de la alimentación y la salud urbana desde las mujeres que habitan en territorios de precariedad introduce la complejidad de los abordajes feministas, pero ante todo revela que el conocimiento sobre el cuerpo, hasta hoy eminentemente médico-científico, no tiene nada de objetivo y de neutro, sino que más bien “se trata de un conocimiento y de una comprensión situados, que siempre dependen del punto de vista desde el que se observan y delimitan” (Paquerot, 2010:11-13). Al tiempo que una mirada de género permite contextualizar la problemática, también hará visible lo parcial de la producción científica y la mayor fuerza de algunas voces y actores que ocultan o invisibilizan otros puntos de vista, así como el ocultamiento de otras maneras de definir los problemas y proponer soluciones a lo urbano obesogénico.

5. Eje de análisis de integración socioespacial

Desde la perspectiva de los *fat studies*, se debe desplazar y escalar el problema de la obesidad a uno más grande que toca la desintegración social y la exclusión de un grupo importante de individuos en razón de la talla. Estos enfoques abren la puerta a las reflexiones sobre las circunstancias en que la obesidad se convierte en problema y permiten pensar de forma contextual sobre qué significa ser obeso en un espacio y un momento determinados. Se tendrá especial cuidado en las explicaciones de tipo culturalista, que ponen el acento en las diferencias bioculturales como obstáculo para la integración social, es decir, que tienden a exotizar las particularidades de un territorio y de un grupo social para explicar la correspondencia con un tipo de cuerpo y de prácticas. Un abordaje en este sentido no sólo obstaculiza, sino que impide pensar la problemática de lo urbano obesogénico en su transversalidad local-global y desde la permeabilidad cultural de los valores y los usos del cuerpo.

Hay que tomar en cuenta que, a pesar de una inmersión profunda en cada uno de los territorios, el análisis de la ciudad obesogénica y la vulnerabilidad de las mujeres de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur es de carácter exógeno, esto es, que no se basa en los estratos y las jerarquías sociales enunciadas por los habitantes y los entrevistados, sino en los “discursos fundamentalmente escritos en los cuerpos y en las palabras [...] en razón de una asignación y un posicionamiento social y económico preciso” (Bouvier, 2011:103). Estos discursos escritos en los cuerpos pueden entenderse desde la construcción social del territorio y la manera de habitarlo, configuradas por las interacciones sociales. Por lo tanto, las fronteras o límites físicos y culturales que se utilizan para enmarcar una comunidad y un territorio no están necesariamente dados por la cartografía oficial, aunque ha sido un recurso útil, sino que se producen en una interacción constante entre el espacio de lo institucional y los valores culturales compartidos por cada grupo social.

GENEALOGÍA DE LO URBANO OBESOGÉNICO Y VULNERABILIDAD DE LA MUJER

*Une fois, j'ai croisé un type, tu sais
ce qu'il m'a dit ? Une connerie aussi
grosse qu'une montagne: 'Oh, j'aurais
bien aimé, vivre là-dedans !' Mais tu
crois, camarade, que tu choisis où tu
veux vivre?.*

Una vez me encontré con un tipo,
¿y sabes qué me dijo? Una estupidez
tan grande como una montaña: '¡Oh!
¡Me habría gustado vivir allí!
—¿Tú crees, amigo,
que tú escoges dónde vivir?

MANUEL, LA COURNEUVE

GHETTO, BANLIEUE, FRACCIONAMIENTO POPULAR. POLÍTICAS URBANAS Y DESINTEGRACIÓN SOCIAL

Este primer apartado del análisis genealógico de lo urbano obesogénico se construye desde una perspectiva sociohistórica y con fundamento en los conceptos de exclusión socioespacial, territorios de precariedad y desintegración social. La estrategia para el análisis es la contextualización de la precariedad urbana, y los ejes analíticos para la interpretación son el de política económica, el de política urbana y el de integración socioespacial. El ejercicio comparativo de triadas con que se construye el cuerpo principal de la tesis plantea un trinomio de nociones que definen a un tiempo la particularidad de cada territorio y su correspondencia con las lógicas trinacionales.

Luego de varios siglos de historicismo que caracterizan la comprensión social hasta mediados del siglo xx, la idea más reciente de que hay que pensar las sociedades desde nociones espaciales se ha diseminado poco a poco en todas las disciplinas. Al mismo tiempo, el espacio ya no se considera en su mera dimensión física ni como una plataforma

para las actividades humanas, sino que se valora como una fuerza activa que modela los grupos sociales y sus trayectorias. Si se considera que la organización del espacio es una traducción de la organización de la sociedad, una lectura crítica de las formas territoriales de exclusión permite clarificar las nociones de desigualdad y de injusticia. En segundo lugar, el análisis comparativo de figuras como *ghetto*,¹⁶ *banlieue*¹⁷ y fraccionamiento popular anuncia que la problemática de las políticas urbanas debe pensarse desde un momento y un lugar socialmente dados, y que tanto South Bronx, como La Courneuve y Lomas del Sur manifiestan elementos comunes en la intensificación de la crisis social, económica y espacial de las últimas décadas que se evidencian en figuras espaciales de injusticia y desintegración social y que son consecuencia de políticas urbanas que operan por adaptación forzada de modelos hegemónicos.

Las implicaciones del territorio sobre la definición de dinámicas alimentarias y de actividad física son esenciales en la configuración de los modos de construir y cuidar el cuerpo en el medio urbano y rural, y sus contrastes. Poniendo el ejemplo de Abiyán, en Costa de Marfil, y el disparo de urbanización que se presenta entre 1970 y 1980, un estudio antropológico indica que los modos de alimentarse tuvieron que ajustarse a muchos parámetros que determinaban tanto la distancia al lugar de trabajo y de residencia como la infraestructura urbana y el estatus marital y medio socioeconómico de los habitantes; como consecuencia, el imperativo de comer fuera del hogar al menos una vez al día “se convirtió en un comportamiento masivo de necesidad, con base en el precio y las dificultades de transporte” (Vidal y Le Pape, 1986:102) que trastocó todas las dinámicas sociales de la población. En efecto, los grados de accesibilidad que define la infraestructura urbana (vivienda, movilidad, desplazamientos, tiempos y costos) frente a las diferencias entre hombres y mujeres, pobres y ricos, o gordos y flacos se vuelven necesarias para una problematización “de coyuntura” entre las formas territoriales definidas de manera política y cultural y las tácticas de los habitantes para organizar su vida ordinaria.

La pertinencia de abordar la desintegración sociourbana desde una topología social comparada, de acuerdo con Fassin, es

16 Un *ghetto* “se puede caracterizar de manera típica-ideal como una constelación socioespacial delimitada racialmente y/o culturalmente homogénea, que se funda sobre la relegación forzada de una población estigmatizada” (Wacquant, 2006:54).

17 La *banlieue* corresponde con las zonas periurbanas de las ciudades francesas y a la vez con la denotación de un área urbana donde se concentran los problemas sociales.

que permite observar cómo desde la década de 1980 la desigualdad aumenta de forma significativa en las sociedades occidentales dando lugar a lo que algunos llamaron la "*nouvelle pauvreté*"¹⁸ y que se explicaba en gran manera a partir de las transformaciones de las sociedades industriales y del aumento de las desigualdades nunca erradicadas en los procesos modernizadores (1996:37). En su interés por abordar la problemática desde la espacialidad, Fassin recurre a una comparación conceptual entre Francia, Estados Unidos y América Latina a partir de las nociones de *exclusion*, *underclass* y marginalidad. La comparación de estas tres maneras simbólicas de la pobreza, fundadas sobre los pares adentro/afuera, arriba/abajo y centro/periferia encierra diferencias importantes entre las realidades contextuales y las maneras de leerlas. A esto se sigue la importancia de construir tres sistemas de interpretación y tres maneras de representación del espacio social, de las prácticas, del posicionamiento y de la acción política (id:38). La propuesta de tres figuras espaciales de la desigualdad que aquí se concretiza en *ghetto*, *banlieue* y fraccionamiento popular se fundamenta en la pertinencia de etnografía comparativa presente en los estudios de Fassin, se nutre del trabajo comparativo de Loïc Wacquant entre *ghetto* y *banlieue* y de los trabajos etnográficos de Lapeyronnie sobre la *banlieue* francesa, lo que se actualiza a partir del ejercicio de etnografía realizado entre 2015-2016 en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur.

En su artículo *Ghettos et marginalité urbaine* (2009), el sociólogo francés Michel Kokoreff pone a dialogar el abordaje sociológico de Wacquant con el trabajo etnográfico de Lapeyronnie referente a la figura del *ghetto*. Para Kokoreff el *ghetto* contemporáneo que se observa en Francia ha tomado más bien las figuras de enclave o de confín, y debería de analizarse desde tres ejes principales: las dimensiones sociales y urbanas, las construcciones raciales y la dimensión de género. Para un estudio comparativo de áreas urbanas en ciudades como Nueva York, París y Guadalajara es importante establecer desde el principio que los determinantes y las manifestaciones de la desigualdad socioespacial no son los mismos en los tres casos, y que por lo mismo no pueden superponerse. De aquí la importancia de poner

18 El concepto de "nuevos pobres", estudiado de forma importante en Francia y en América Latina, tiene una relación directa con los cambios ocurridos a raíz de la crisis económica de la década de 1980 y la transición de las sociedades industriales hacia las nuevas formas más financiarizadas y desiguales. Autores como Robert Castel, Pierre Rossanvallon y Serge Paugam, así como los documentos de CEPAL y diversos académicos latinoamericanos, dan cuenta de los cambios sociales y sus dimensiones espaciales.

en perspectiva tanto las figuras como las categorías en que se piensan las desigualdades en cada sociedad. Además, es necesario contextualizar cada caso desde sus características temporales, las posiciones individuales y las trayectorias socioespaciales de los diferentes grupos. La pertinencia de un análisis crítico desde las políticas urbanas no sólo pone en perspectiva las figuras simbólicas de la desigualdad socioespacial, sino que establece un marco pertinente para la reflexión en términos de autonomía y de justicia, necesarios para tejer la vulnerabilidad social de las mujeres frente a diversas formas de acción política sustentadas en proyectos de urbanismo.

La secuencia dispuesta en el análisis consecutivo de *ghetto*, *banlieue*, fraccionamiento popular sigue la lógica espaciotemporal de la aparición de estas figuras urbanas de las desigualdades socioespaciales en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur. Se entiende que los procesos ocurridos en Estados Unidos son de alguna manera la anticipación de lo que ocurriría en Francia poco después y de una problemática más reciente en México. El análisis desde políticas de vivienda y la infraestructura urbana tiene varias ventajas: por un lado permite fijar un mecanismo determinante de la pobreza urbana porque el gasto en vivienda es fundamental para la estabilidad económica, psicológica y comunitaria de los grupos sociales; por otro lado, las dinámicas establecidas a partir de las políticas de vivienda y de infraestructura tienen una influencia importante sobre las condiciones de vida de las personas respecto a su salud, educación, empleo y bienestar general.

La idea de que el entorno construido tiene una influencia física y cultural sobre la calidad de vida de los individuos no es nueva. Se puede encontrar esta relación desde los relatos más sencillos sobre el tratamiento de epidemias en las ciudades medievales hasta los estudios más elaborados a partir del siglo XIX desde una mirada sociológica y urbana de la salud. Desde 1890 en *How the Other Half Lives*, Jacob Riis se expresaba diciendo que en Nueva York la pobreza crecía en los *tenements*¹⁹ "de una forma tan natural como la hierba en el jardín", que el crimen encontraba un campo fértil en estos lugares y que los alrededores favorecían las enfermedades físicas más virulentas (Riis, 1890:cap.21). Posteriormente, en 1936, James Ford en *Slums and Housing* introdujo la noción de *slum* para referirse a una zona de viviendas tan deterioradas y por debajo de los estándares que se con-

19 El *tenement* corresponde en arquitectura a los edificios de departamentos, también conocidos como edificios de viviendas multifamiliares, a partir de los documentos oficiales del urbanismo en México.

vertían en una amenaza contra la salud, la seguridad, la moralidad y el bienestar de los ocupantes. Esta noción se recupera y se refuerza en la comparativa mundial de Mike Davis en *Planet of Slums* (2006), donde se aborda la precariedad de las ciudades en un cuestionamiento de los sistemas políticos, económicos y urbanos que han llevado al deterioro de los territorios donde se concentran las personas más vulnerables. De hecho, la conceptualización del compuesto pobreza/ciudad en la noción de “territorios de precariedad” designa el complejo socioespacial en el que se combina la mayor vulnerabilidad social a causa de las condiciones urbanas de un sitio específico y la determinación de formas de vida precaria a partir de las dinámicas económicas, políticas y culturales.

Ante un sistema de economías que le otorga un papel cada vez más importante al campo financiero y la especulación territorial, el problema de exclusión social se ha convertido en uno de los más urgentes, aunque el concepto de exclusión sigue siendo bastante polémico por la dicotomía que implica y por su direccionamiento a una relación espacial de dentro/fuera. Pero quizá esta misma limitación explicativa lo vuelve interesante para entender las diferentes formas como se establecen las categorías epistémicas de integración social en términos sociourbanos. Cristina Bayón, en su reciente estudio sobre la pobreza urbana en México (2015), utiliza la noción de “integración excluyente” para conceptualizar una manera particular de estar incluido, en calidad de “pobre”, pero sin salirse de la unidad socioespacial integrada de la ciudad.

El papel de la desintegración urbana sobre las dinámicas sociales contemporáneas hace que los problemas se acumulen en un recorte geográfico cada vez más estrecho y menos sostenible. Uno de estos problemas, y quizá la raíz de todos, es la vulnerabilidad extrema que se designa como pobreza, marginalidad, fragilidad o exclusión, y que ha sido estudiada ampliamente y en diferentes latitudes. La precariedad a que se refiere la comparación entre *ghetto*, *banlieue* y fraccionamiento popular se manifiesta en contextos sociourbanos donde se intensifican otros problemas como el desempleo o empleo precario e informal, la imposibilidad de acceder a los niveles de vida propuestos por el discurso dominante, las problemáticas en los servicios educativos, las desigualdades en acceso a la salud y la propagación del crimen, la violencia y los altos niveles de estrés. Todos estos elementos son considerados para el análisis comparativo de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur.

Por otra parte, la idea de un mundo de ciudades globales, continuo y comunicado, donde las ciudades interactúan de una forma cada vez más entrelazada y por encima de los esquemas nacionales y las fronteras físicas es tan optimista como miope. Esta idea de una red de ciudades globales, bastante abstracta y generalista, olvida que el espacio urbano es siempre discontinuo y está constituido a partir de fronteras físicas y culturales. Las ciudades contemporáneas que proponen los urbanistas y economistas pragmáticos se construyen a partir de la definición de “marcas”, de lugares sugeridos y de lugares prohibidos, de construcciones para divertirse y recrearse, pero también de lugares para el sufrimiento y el castigo. Quizá se deba a un problema de escala entre el mundo global y los territorios particulares, pero olvidar estas fronteras constantes dentro de la misma ciudad es olvidar que la relación entre el ser humano y el territorio se da en un ejercicio constante de conquista individual y colectiva frente a la materialización de límites físicos y culturales. Al contrario, aceptar la existencia de fronteras internas que constituyen la ciudad, como se hace en este estudio, es explorar el urbanismo desde la lucha constante de los individuos frente a las rupturas espaciales y entender la manera como se configuran las fronteras mentales y físicas en un territorio urbano. Para Alicia Ziccardi, por ejemplo, el abordaje de la cuestión social desde la perspectiva del ámbito local no impide el reconocimiento de los diferentes ámbitos implicados (nacional, regional, provincial o estatal) y permite profundizar en elementos del diseño y acción política de las instituciones de la escala local donde se concretan las políticas sociales urbanas (2001:86).

En cuanto a la obesidad como un riesgo contra la salud, que se presenta con mayor intensidad en los territorios urbanos de precariedad, la relación que se establece entre los estilos de vida considerados como poco saludables con determinantes como la pobreza, el desempleo, el crimen y la exclusión de género exige un análisis cuidadoso de los aspectos sociourbanos de la salud. Además, pensar lo urbano de la obesidad frente a un proyecto de cuerpo saludable y un modelo de ciudadanía abre la puerta para cuestionar el gobierno de la vida a partir de los principios del urbanismo y las políticas implícitas. El supuesto es que la instrumentalización de las enfermedades como la obesidad suele acompañarse, desde la salud pública, con acciones políticas que buscan la regulación socioespacial de la vida, sobre todo en los contextos occidentales. De aquí la pertinencia de una reflexión profunda desde las maneras como se teje la ciudad obesogénica con

la desintegración urbana, que aquí se establece a partir de la comparación sociohistórica y etnográfica de South Bronx desde los procesos de guetificación estadounidense, La Courneuve y las lógicas de periurbanización francesa, y Lomas del Sur con la mercantilización mexicana del territorio periurbano.

En un análisis que sigue la secuencia temporal de las figuras sociourbanas de *ghetto*, *banlieue* y fraccionamiento popular se problematiza cada uno de los contextos donde se fueron construyendo estas formas urbanas como territorios de precariedad con alta vulnerabilidad de las mujeres. Aunque a los ojos de quienes habitan en estos sitios la precariedad parece endémica y se asume desde su primer contacto con el territorio, se considera que la precariedad es un fenómeno cultural, económico y político fundado sobre los procesos históricos y sociales que poco a poco fueron dando a cada territorio sus formas, representaciones y fronteras. En los siguientes tres apartados se reconstruye de forma sintética e intencionada una evolución sociohistórica de la desintegración urbana y la vulnerabilidad de las mujeres en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur que sentará las bases para el análisis contextual sobre la salud alimentaria y la actividad física.

South Bronx. Los límites de un *ghetto* heredado

Existen dos datos principales que ilustran la pertinencia de reflexionar sobre la noción de *ghetto* en South Bronx a partir del contexto contemporáneo: las recientes políticas urbanas de gentrificación y las críticas a los programas de asistencia social. Por un lado, luego de varias décadas en que el deterioro urbano era evidente, en los últimos años la recomposición arquitectónica de South Bronx sigue las pautas de procesos ya vividos en que se sustituye a los pobladores gracias a regulaciones económicas. Por otro lado, las políticas de *welfare* se cuestionan tanto como la teoría de *broken windows*²⁰ que supondría una mejoría en las condiciones de vida gracias a la intervención asistencial del Estado. Las políticas urbanas y su expresión en la figura del *ghetto* permiten asociar los procesos sociohistóricos con la profundización de las desigualdades y las iniciativas político económicas de redistribu-

20 La teoría de *broken windows* (ventanas rotas) indicaba que se podría restaurar el orden y reducir la criminalidad en zonas degradadas a partir de proyectos de mejoras en la imagen urbana. Loïc Wacquant, en *Las cárceles de la miseria* (2000), critica la ineficiencia de este abordaje y lo juzga como un "mito" que deriva en fuertes implicaciones urbanas.

ción de los ingresos respecto a los procesos de crecimiento económico y de transformación urbana. De entrada, conviene dejar claro que tanto los programas sociales como las políticas de vivienda en Estados Unidos aceleraron los procesos de concentración de la riqueza²¹. Además, las regulaciones de vivienda y usos de suelo han manifestado su poder no solamente respecto a las condiciones económicas de habitabilidad, sino también en términos de densidad poblacional, de modos de vida y de desintegración racial.

Los factores de la pobreza severa y persistente en South Bronx están interrelacionados. Primero por los bajos niveles educativos vinculados con el desempleo o empleo precario, luego el problema de los bajos índices de ingreso, la insuficiencia económica de las familias para subsistir sin apoyo del Estado y la dificultad para acceder a comida, salud y educación de buena calidad. Tanto estos como otros factores se tejen en un territorio más o menos bien definido y que lucha contra la persistencia de la forma estadounidense de exclusión dibujada en el *ghetto*. Aunque la noción de *ghetto* es discutida, algunos autores prestigiados observan su pertinencia²², y en el caso particular de South Bronx la noción tiene algunos matices distintos a las racializaciones clásicas del *ghetto* por el aumento de población hispana; la recuperación del concepto de *ghetto* es útil, en el caso estadounidense, para reformular una serie de factores sociohistóricos que contribuyeron a los procesos de desintegración urbana y el incremento de la desigualdad en términos territoriales.

El *ghetto* estadounidense guarda una estrecha vinculación con los procesos históricos de desintegración urbana y la crisis de los centros de las ciudades ocurridos principalmente en las últimas décadas del siglo xx. La paradoja es que al mismo tiempo que surgieron las primeras iniciativas para luchar contra la pobreza se iniciaron también los procesos de deterioro urbano. De hecho, cuando en enero de 1964,

21 Una idea muy común entre los políticos y economistas, y explícita en el texto de Peter Lindert titulado *Growing Public* (2004), es que las políticas sociales están vinculadas de manera directa con el crecimiento económico.

22 Peter Marcuse, en *De-spatialization and Dilution of the Ghetto* (2012), señala que el *ghetto* ha adquirido nuevas formas. Explica que hay tres mecanismos entrelazados que constituyen la noción del *ghetto* contemporáneo: la primera es la des-espacialización de la noción clásica de *ghetto* y el remplazo del carácter espacial por otros mecanismos como las formas de control y las políticas de cooptación y de inclusión. En segundo lugar, existe una dilución del *ghetto* por medio de la sustitución de los usuarios y la asignación de otros usos sobre el territorio; estos procesos van desde la renovación urbana hasta la gentrificación y desconcentración de la población. El tercer mecanismo es la mercantilización de la función social del espacio, y se refiere a las políticas públicas y los intereses privados que refuerzan o segmentan los tejidos sociales (pp. 33-34).

el presidente estadounidense Lyndon B. Johnson anunciaba la lucha para reducir, eliminar y prevenir la pobreza apenas había iniciado la gran crisis manufacturera de las grandes ciudades estadounidenses, pero pronto le seguirían las grandes crisis del sector industrial y el deterioro de los tejidos urbanos. Una consecuencia de estas crisis fue el desplazamiento de la población más favorecida a los suburbios y el consecuente abandono del centro de las ciudades donde se quedaron los grupos sociales de condiciones más precarias.

Estados Unidos, durante todo el siglo xx y en medio de las guerras mundiales se anunciaba como una “nación de la abundancia” con enorme potencial de desarrollo económico y político y un mundo donde la pobreza no tenía cabida. Todavía a principios del siglo xxi, salvo las crisis por el terrorismo en 2001 y luego por las finanzas en 2008, el país se mantiene entre los primeros lugares de riqueza mundial y como uno de los decisores que más impacta en la geopolítica contemporánea. De aquí que, en una sociedad de la abundancia como la estadounidense, afirma Robert Castel (1978), la miseria simplemente no puede existir porque no existe ningún estatuto para ubicarla. Esto no quiere decir que la riqueza gobierne todos los espacios, sino simplemente que el discurso dominante se basa en la justificación de la abundancia. Pero aunque en Estados Unidos no exista la pobreza lo que sí puede existir, según Castel, son los pobres, que se entienden como diversos grupos de individuos que no se adhiere al sistema nacional y que, por lo mismo, se vuelven “portadores de sus propias desgracias”. South Bronx constituye una de esas contradicciones observadas por Castel, donde la miseria se establece de manera carcelaria en medio de una sociedad de la abundancia. De hecho, es impresionante la manera como la evolución de la precariedad en South Bronx asciende de forma paralela con los procesos de industrialización y aumento de riqueza en Estados Unidos a lo largo del siglo xx, sobre todo a partir de 1960.

Para recuperar los procesos sociohistóricos que dieron forma a South Bronx es importante establecer las líneas de evolución de las políticas de vivienda y de infraestructura urbana en una referencia constante con los índices de desempleo y de pobreza, así como el deterioro del medio ambiente, el tráfico de drogas, el alza del crimen, las deficiencias en educación y los problemas de salud. De hecho la historia de South Bronx no es una historia de larga perspectiva, porque hasta 1898 Bronx ni siquiera existía de manera oficial como un

*borough*²³ de la Ciudad de Nueva York. Tratándose de una zona con tan poca urbanización y separada de la mancha urbana de la ciudad por el río Harlem, todos los trámites oficiales de los bronxitas se hacían desde Manhattan como unidad territorial. Fue hasta principios del siglo XX, con el desarrollo de infraestructura ferroviaria y construcción de vivienda de interés social en Bronx, cuando comenzó un desplazamiento importante de la población hacia el nuevo *borough*, que para 1920 perdería su estatuto de rural y pasaría a formar parte de la Ciudad de Nueva York.

En las décadas de 1920-1940 los procesos urbanizadores, impulsados por las políticas públicas de vivienda, aumentaron significativamente el grado de urbanización de South Bronx que resistió a la crisis económica. Con el impulso de nuevos proyectos industriales y de vivienda, y con 45 años de crecimiento ininterrumpido, la crisis de principios de 1930 afectó la dinámica económica del Bronx en menor grado que otros *boroughs* y otras ciudades estadounidenses. Además, la Federal Housing Administration (FHA), creada en Estados Unidos en 1934 a partir de la National Housing Act (Ley Nacional de Vivienda), promovía la compraventa de vivienda y logró mantener el impulso de urbanización hacia el norte de Bronx, pero sobre todo a lo largo de la línea de tren que se extendía rumbo al norte sobre la jurisdicción del condado de Westchester.²⁴

A partir de 1930, el ideal de una vivienda unifamiliar fuera de la ciudad fue popularizado por arquitectos y urbanistas, y apoyado por los programas de la administración del presidente Franklin D. Roosevelt. Tanto el Federal Home Loan Bank System como la Federal Housing Administration impulsaron la construcción de suburbios con el estilo de “ciudad-jardín” que se prolongarían hacia el norte y occidente de Bronx. El problema es que la FHA privilegió desde el principio a ciertos grupos sociales para la compra de viviendas en los nuevos suburbios. Este proceso selectivo no solamente desató la separación de las élites opulentas, sino que modeló los territorios a partir de la composición

23 El *borough* es una forma de división territorial que se emplea en la Ciudad de Nueva York. Cada *borough* tiene independencia con respecto a la elección de sus presidentes, pero guardan vínculos administrativos y económicos definitorios con respecto a la Ciudad de Nueva York como conjunto.

24 Condado es una organización territorial de tipo anglosajón (RAE) que en el caso de Estados Unidos es la principal forma de organización territorial y la primera forma de subdivisión de un estado. El Condado de Westchester es uno de los diez más ricos de Estados Unidos y su urbanización corresponde con el modelo de “ciudad-jardín” que se promovía fuertemente a principios del siglo XX.

racial de los futuros habitantes que poco a poco se reunirían con sus iguales en los suburbios neoyorkinos.

Al mismo tiempo que el norte del *borough* se iba urbanizando, South Bronx comenzó a sufrir un proceso de despoblamiento y sus edificios iniciaron un proceso de deterioro que se prolongaría durante el resto del siglo XX. Hay evidencia de que el 1930 ya se percibía el aumento de pobreza en South Bronx porque la Association for Improving the Condition of the Poor había notado que una gran parte de los pobres que recibían apoyo económico vivían en el radio de un kilómetro alrededor del cruce de las avenidas 149 y Tercera (González, 2004:94-108); este cruce, conocido como *The Hub*, se convertiría más tarde en el corazón urbano de South Bronx. Para los habitantes que vivieron los procesos de despoblamiento y de sustitución de poblaciones la explicación del aumento de precariedad es que “todos los blancos, todos los ricos, los irlandeses, los italianos... se fueron... los judíos... ¡Todos!” —exclama la bronxita de raíces puertorriqueñas que siempre ha vivido en South Bronx, al igual que todos sus hijos (Quincy, comunicación personal, 20 de junio de 2015).²⁵

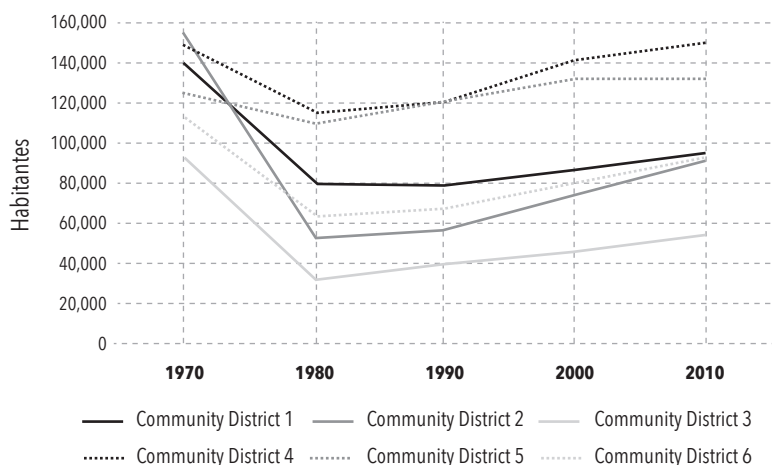
Posteriormente, y como consecuencia del proyecto de Robert Moses, también conocido como “el Bulldozer Moses”, que cambiaría por completo la Ciudad de Nueva York a partir de 1942, el urbanismo se convirtió en un excelente mecanismo para manejar los fondos económicos resultantes de la Segunda Guerra Mundial. David Harvey considera que Moses tomó el modelo haussmanniano de París respecto a la absorción de capital en inversión de infraestructura, pero aumentó la escala, es decir, que mientras Haussmann transformó la capital francesa a partir de la apertura de bulevares y la promoción del automóvil, Moses fue más allá e introdujo una red de autopistas y sistemas ferroviarios que rebasaban los límites de la ciudad y producían una región metropolitana (Harvey, 2008:27). Este nuevo auge del urbanismo neoyorkino se concentró nuevamente en la promoción de los suburbios y el incremento de facilidades para desplazarse hasta el centro de la ciudad, lo que derivó en una nueva oleada de migrantes de South Bronx hacia el norte del *borough* e inclusive más allá de sus límites con suburbios de Westchester.

De acuerdo con el estudio de Evelyn González, en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial se inició también un proceso

²⁵ Entrevistas informativas. No incluidas en la lista de referencias bibliográficas, pero listadas en el Apéndice 1.

importante de recuperación demográfica en South Bronx a partir de la inmigración de afroamericanos y puertorriqueños. Esta dinámica no solamente implicaba el repoblamiento de las viviendas abandonadas, sino que fue desplazando poco a poco al resto de judíos, irlandeses e italianos que habitaban en el sur del *borough*. Como ejemplo, se puede observar que en 1950 de los 160,000 afroamericanos y puertorriqueños que vivían en el Bronx, el 91% habitaba específicamente en South Bronx; y que diez años después, en 1960, la cifra aumentó hasta 350,000 afroamericanos y puertorriqueños para todo el Bronx, con el 76% viviendo en South Bronx (2004:110).

Figura 4. Evolución demográfica por Community Districty*. South Bronx 1970-2010



Elaboración a partir de Department of City Planning, Community Districts, 2010.

* South Bronx está integrado por los Community Districts 1-6 del Bronx.

Por otro lado, es importante considerar que la restitución demográfica ocurrida en el periodo de 1950 a 1970 no implicaba como contraparte la rehabilitación de los edificios. El plan de Moses se concentró en el favorecimiento de las condiciones de infraestructura que el mercado inmobiliario requería para seguir vendiendo casas en los suburbios, lo que derivó en un nuevo auge del negocio de la vivienda iniciado desde la década de 1920. Es cierto que el proyecto de Moses incluyó políticas crediticias e incentivos para la rehabilitación de edificios que eran equivalentes para toda la ciudad, pero los propietarios de edificios de South Bronx no encontraron beneficio para invertir en un vecindario caracterizado por los ingresos bajos de sus habitantes

y con rentas controladas²⁶. González indica que algunos más radicales que Moses, como Sophia Jacobs, presidenta de la Urban League of Greater New York, proponían una renovación urbana que implicara no solamente la “limpieza” del territorio, sino de los habitantes (2004:113).

Probablemente la etapa más difícil de South Bronx fue la década de 1970. El abandono de las viviendas tuvo como contraparte el continuado deterioro económico y la desorganización social. De los 528,331 habitantes de South Bronx en 1970, sólo quedaban 281,497 habitantes en 1980, lo que representa una pérdida del 47% de la población en una sola década (Hamilton, 1981:43). Este decaimiento necesitaría de varias décadas para la recuperación, primero de los habitantes y después la rehabilitación de los edificios, al menos en los casos en que la reparación era posible. Entre los seis Community Districts (CD) que actualmente componen South Bronx, los más afectados por la crisis demográfica del periodo 1970-1980 fueron el 1, 2 y 3, ubicados en el extremo sur y oriente, donde se encuentran los vecindarios de Morrisania, Hunts Point, Melrose y Mott Heaven, mientras que los CD 4 y 5, ubicados en la franja poniente, tuvieron una pérdida menos significativa y una recuperación demográfica más rápida. Como detalle, es interesante observar que la gran mayoría de población judía que permaneció en South Bronx se mudó a la zona de Concourse, Highbridge y University Heights, que corresponde precisamente con los CD 4 y 5, donde las condiciones de precariedad han sido menos severas (figura 4).

Respecto al deterioro de la vivienda en este mismo periodo (1970-1980), Hamilton indica que de las 172,216 unidades habitacionales que había en South Bronx en 1970, para 1975 quedaban 159,291 (92.5%), y para 1980 solamente 145,608 (84.5%), lo que representa la pérdida total de 26,608 unidades habitacionales en el lapso de 10 años. La consecuencia catastrófica fue que, a raíz del decaimiento de los edificios y de las dificultades para elevar el pago de las rentas a causa de la renta controlada, los propietarios se vieron en dificultades para reparar las estructuras y las fachadas de los edificios. Algunos de los dueños llegaron inclusive a tomar alternativas extremas como prenderles fuego a sus propios edificios para poder recuperar algo de sus inversiones a partir del pago de los daños por parte de sus

²⁶ Las rentas controladas fueron instituidas por el gobierno federal durante la guerra, pero el estado y la Ciudad de Nueva York decidieron mantenerlas por razones de la crisis de vivienda.

aseguradoras (Hamilton, 1981:56). Esta es una de las principales explicaciones sobre los recurrentes incendios ocurridos en South Bronx entre 1975 y 1982. Isabela, que antes vivía en República Dominicana, cuenta de cuando llegó al Bronx: "Hace más de 30 años... ¡Todo estaba quemado! Muchas casas vacías, ¡era un desastre!... En ese tiempo daban las casas... ¡una casa por un centavo! Porque todo estaba quemado: ¡el Bronx estaba quemado!" (Isabela, comunicación personal, 19 de junio de 2015).

Varios autores coinciden en que el deterioro de los edificios y el abandono de South Bronx fueron solo el inicio de otros procesos más violentos relacionados con el deterioro de la organización social. Evelyn González considera que el crimen y la pobreza se encrudecieron a partir de 1970 y que el colapso social fue anterior al decaimiento del espacio edificado (2004:122). Hamilton critica que la rehabilitación de la zona de acuerdo con la propuesta de la alcaldía de Nueva York en 1980 contemplaba la recuperación anual de 2,000 viviendas por año, lo que habría tomado 25 años para atender los 2,900 edificios abandonados con un aproximado de 50,000 unidades habitacionales (1980:57). De esta manera, el abandono de muchos vecindarios estadounidenses se había convertido, según Loïc Wacquant, en una "zona de guerra", porque el conjunto de edificios abandonados y destruidos, así como los cascarones de negocios quemados y las calles entrecortadas con baldíos "vaciaron al territorio de toda vida" (2007:168).

Ya desde 1978 Robert Castel criticaba que Estados Unidos, la nación más rica del mundo, fuera la que peor trataba a sus pobres y enfermos (1978:47). El autor se escandalizaba con los reportes oficiales de un 12% de la población que vivía por debajo de la línea de pobreza y con la aparición de conceptos como el de *American underclass* con el que la revista *Times Magazine*, en su publicación de agosto de 1977 se refería a una sub-clase social de jóvenes urbanos, desempleados y condenados a la miseria crónica, a la violencia y a la droga. Por si fuera poco, el presupuesto asignado a South Bronx a partir de la política de *planned shrinkage*, que se inauguró en la década de 1970 como respuesta a la crisis fiscal, otorgaba a los *ghettos* una cantidad desproporcionada en relación con otros proyectos; y los fondos para rehabilitación de edificios fueron disminuyendo al mismo tiempo que el Estado reducía los presupuestos de desarrollo y equipamiento urbano (Wacquant, 2007:168-169).

El conjunto de políticas urbanas aplicadas en Nueva York a lo largo del siglo XX es una de las principales referencias para entender los procesos de constitución de un *ghetto* como South Bronx. El funcionamiento a partir de sistemas intergubernamentales descentralizados, característico de la nación estadounidense, se convirtió en una barrera de obstrucción para la redistribución y aceleró la desintegración social. Por otro lado, los procesos de recuperación emprendidos desde la década de 1980 han sido lentos y violentos respecto a la imposición de nuevas configuraciones urbanas. De manera todavía más reciente, los investigadores del urbanismo insisten en los nuevos procesos de gentrificación que encontraron en South Bronx una oportunidad excepcional para la inversión privada, tanto por su cercanía con Manhattan como por el aprovechamiento de la infraestructura urbana. Y mientras que algunos sostienen que se trata de una de tantas fantasías sobre South Bronx que nunca se han materializado (Bellafante, 2015:1), otros aplauden los nuevos desarrollos en manos de la inversión privada y de subsidios estatales, que se han focalizado en zonas como los alrededores del Yankee Stadium y que constituyen un nuevo “renacimiento” de South Bronx para el siglo XXI (Jones, 2002:439-440).

Para los habitantes de South Bronx el problema está lejos de resolverse. Isabela recuerda que: “en el tiempo que [vino] estaba peor [...] Estaba quemado y abandonado ¡Era un desastre! ¡Eso fue en los años 70! Porque hoy se ha renovado el Bronx. ¡Por completo!”. No obstante, explica que “ahora es más caro [porque] antes con poco dinero se podía vivir muy bien, pero ahora no” (Isabela, 2015). El mismo día, Fabia, también migrante de República Dominicana, contaba que vive en un edificio de renta controlada y que no le han subido la renta en cuatro años, pero que tampoco le hacen reparaciones. Nancy, que siempre ha vivido en South Bronx, explicó que: “en los últimos años todo está subiendo... antes todo estaba más barato, y esto afecta sobre todo a la mayoría de los ‘minority’: los que viven más justamente” (Nancy, comunicación personal, 19 de junio de 2015). Un día después, con frases entre inglés y español, Quincy expresaba su preocupación por los procesos de gentrificación que amenazan a los habitantes de South Bronx, porque considera que: “En cinco años más, que los blancos vienen pa’cá, vamos a mudarnos a otros *buildings*... ¡*They want it back!* ¡Los blancos lo quieren de regreso! [...] ¡Por el tren! ¡Por los autobuses! Porque es costa y en Manhattan se están hundiendo”. Quincy

se preocupa exclamando: “¡Nos quieren sacar de aquí! Y, ¿adónde vamos a irnos?” (Quincy, 2015).

Una serie de problemas desencadenan, además, otros procesos severos de deterioro ambiental en los territorios de precariedad como el *ghetto* estadounidense. Por un lado, en South Bronx se observa la debilidad del tejido social y las limitaciones de las organizaciones colectivas para el cuidado y vigilancia del entorno, aunado con la baja escolaridad y menor conciencia de los habitantes frente a los procesos de dilapidación ambiental. Por otra parte, la presencia de los servicios administrativos en las áreas urbanas marginadas es de menor concentración y calidad, así como los organismos que se encargan del cuidado del medio ambiente. Varios reportes sugieren que la concentración de los desechos de la Ciudad de Nueva York es mayor en las zonas de precariedad como South Bronx, al mismo tiempo que se observan mayores problemas de contaminación del aire, más tráfico y más ruido. Para ilustrar, en 2004, las estaciones para los desechos de la Ciudad de Nueva York, que rebasan las 13,000 toneladas diarias de basura, se ubicaron principalmente en zonas consideradas como manufactureras. Dado que South Bronx conserva muchas áreas con esta clasificación, tiene 15 estaciones de desechos, que significan el 24% del total de la ciudad. Esto quiere decir que, en una relación de basura por habitante, South Bronx recibe el 31% de la basura de la Ciudad de Nueva York, aun cuando sus habitantes representan apenas el 6.5% de la población total (Segal, 2004:264).

La injusticia ambiental es una característica importante de los territorios de precariedad, y en el caso de South Bronx también tiene un sustento histórico. Desde la década de 1960, ante el abandono de las empresas de manufactura por un lado y el aumento de la pobreza y del crimen por el otro, en los espacios vacíos se fueron instalando poco a poco los centros de desechos y de limpieza, estaciones de bomberos y centros de la policía (González, 2004:121). La contaminación en esta zona de la ciudad se incrementó de forma considerable a partir de 1980, al tiempo que se descuidaron las áreas verdes. En 1980, afirma Hamilton, del 21% del área total del *borough* del Bronx que se destinaba a parques y áreas de juego, esta oferta en South Bronx era mucho más escasa, inaccesible y de diseño muy pobre, que en algunos vecindarios se reducía a los patios escolares. Como consecuencia, afirma el autor, el descuido y el poco mobiliario hicieron que la mayoría de la población percibiera estas áreas de recreo como poco atractivas, y que la mayor parte del tiempo estuvieran vacías (1981:40).

En entrevista con Thomas, que trabaja para el Departamento de Parques y Recreación de la Ciudad de Nueva York (NYC Parks por sus siglas en inglés), explica que existen grandes diferencias entre las áreas verdes de Manhattan y las de South Bronx, pero que estas diferencias se deben a las maneras de aprovechar los espacios y a los modos de cuidado o descuido por los mismos usuarios. Thomas considera que es una cuestión cultural porque:

En barrios como Manhattan donde hay gente con pasta, ¡es obvio! Ellos sí que aprovechan el poco espacio que tienen... y se puede ver al típico anglosajón corriendo, y dando vueltas en direcciones donde no debería ser..., o el muy muy europeo corriendo donde sea... [Al contrario, los habitantes de South Bronx] tienen espacio, pero no lo aprovechan, o se quejan... quieren más... y se quejan de limpieza, mayormente, pero ellos mismos son los que ensucian (Thomas, comunicación personal, 24 de agosto de 2015).

No obstante la responsabilización de los individuos sobre el cuidado de los vecindarios se pueden observar las diferencias en el servicio de limpieza para South Bronx y para las áreas de Manhattan. En contra de la idea de que los pobres sean la causa de la contaminación de sus vecindarios, existen otras referencias importantes como la mayor concentración de industrias con altos niveles de toxicidad y el mayor almacenamiento de desechos en los territorios donde habitan los grupos sociales de economía más modesta. En Nueva York, los reportes reflejan que los vecindarios con menores ingresos y donde residen las poblaciones hispánicas y afroamericanas manifiestan niveles mucho más elevados de contaminación que aquellos donde residen los grupos dominantes. Si, como se establece con claridad desde la salud pública, el alto nivel de concentración de contaminantes propicia el deterioro de la salud física y mental, en South Bronx existe un riesgo multidimensional contra la salud. Finalmente, la salud de los bronxitas se enfrenta no sólo con las desigualdades por causas ambientales, sino por otras más profundas que se derivan de las mismas políticas de vivienda y la planeación urbana. Las dinámicas de acceso alimentario y de actividad física en South Bronx, como se especificará en el análisis socioantropológico del siguiente capítulo, tienen una relación importante con el descuido ambiental que se establece desde las políticas de vivienda y de infraestructura.

La Courneuve. Muros invisibles en la *banlieue* parisina

El *ghetto* estadounidense y la *banlieue* francesa mantienen diferencias importantes. Hay una relación de coincidencia entre ambos conceptos respecto a los procesos de desintegración social y la formación de enclaves donde viven principalmente las minorías raciales en condiciones de precariedad y estigmatización urbana. Sin embargo, afirma Wacquant en su estudio comparativo entre *ghetto* y *banlieue*, hay diferencias tanto en las estructuras familiares como en las formas de organización política y la composición racial de los habitantes (2007:155-171). Además, a diferencia de los procesos de exclusión socioespacial en el *ghetto* estadounidense a partir de problemas de tipo comunitarista o étnico y la separación de las minorías, la etnicidad en la *banlieue* francesa se convierte en una especie de “fantasma” que rompe con los modelos franceses de integración, pero que al mismo tiempo funciona como constitución de una forma comunitaria (Dubet y Lapeyronnie, 1992:28). Desde este punto de vista, la exclusión social en Francia se observa más bien como una patología social con una fuerte carga de moralidad, y aunque tenga una relación directa con la pobreza, no se pueden negar sus bases sobre la desigualdad social (Fassin, 1996:41).

Varios autores coinciden en que la década de 1960 marcó en Francia el descubrimiento de las desigualdades en medio de procesos de crecimiento económico ininterrumpido, de los que se suponía que todo mundo se vería beneficiado. Aún así, las desigualdades sociales aparecieron como parte de un proceso que tendería a la homogeneización social bajo el cuidado y protección del Estado. Cuando en las siguientes décadas se veía que la precariedad no solamente no disminuía sino que aumentaba y se volvía cada vez más visible, algunos autores la conceptualizaron como “*pauperización par la croissance*”²⁷ o como un problema de “inadaptación” y no de exclusión²⁸. Para Fassin, sin embargo, la exclusión se origina dentro del aparato estatal y

27 En su libro *Vaincre la pauvreté dans les pays riches* (1977), Lionel Stoleru hace un análisis de las diversas formas de la pobreza en los países con mayor crecimiento económico, observa círculos viciosos y muestra que el enriquecimiento general no ha sido capaz de eliminar la pobreza. Esto apunala la teoría de la Curva de Kuznets con que se explicaba que a medida que aumentaba la riqueza en los países pobres también aumentaba la desigualdad por la concentración de los ingresos (la curva de la desigualdad se eleva), pero que el desarrollo posterior regresaría a la sociedad a su igualdad inicial (la curva de la desigualdad descende).

28 Jeannine Verdès-Leroux, en *Le travail social* (1978), se inscribe en un discurso progresista en que se habla no de excluidos sino de inadaptados sociales entre los que se ubica a los pobres como los primeros responsables de su condición.

es un elemento clave para leer los problemas sociales que de acuerdo con el autor giran en torno a cuatro temas principales: la ciudad, la escuela, el empleo y la protección social (1996:43). Bouvier, por su parte, considera pertinente la distinción entre inclusión/aclusión/exclusión, donde la aclusión, a semejanza de la aculturación, implica un proceso de asimilación de los más frágiles, como los recién llegados y las mujeres, a un orden dominante preestablecido (2011:45). En el caso de La Courneuve, desde esta perspectiva, se observan tres etapas importantes: los procesos de industrialización y urbanización, el proyecto de Los 4000 y el deterioro socioespacial, y la desintegración socioespacial de la *banlieue* parisina.

La primera etapa coincide con la transformación de La Courneuve en un centro urbano a partir de la industrialización. Si bien La Courneuve inicia como una población medieval del siglo XII, que fue organizada por el Abad de Suger bajo el nombre de Curia Nova en 1135²⁹, hasta la primera mitad del siglo XX no había cambiado mucho, pero en las últimas décadas se convertiría en una de las comunas más dinámicas de la *banlieue* parisina. La historia y transformaciones urbanas de París y sus periferias llevaron a un grado de precariedad cada vez más acentuado a medida que los procesos de la sociedad industrial fueron desapareciendo. A partir de la década de 1980, un estigma se fijó sobre La Courneuve como “la ciudad del miedo”, “la basura de París”, “el gallinero”, “la reserva” o “el *ghetto*”³⁰ (Avery, 1987:13). Rania, en entrevista, explica que a raíz del asesinato del niño Toufik el 9 de julio de 1983, y de la mediatización del acontecimiento, se popularizó la idea de La Courneuve como un sitio a evitar. Explica esta estigmatización transferida del territorio sobre los habitantes, declarando: “¡Era como si se nos hubiera impreso en la piel!” (Rania, comunicación personal, 8 de enero de 2016).

Quizá uno de los principales problemas de la *banlieue* francesa, y que le imprime una desintegración urbana de carácter cultural, más que económico, es que la sociedad francesa republicana nunca se reconoció ni se reconoce en sus *cités*³¹, y como resultado se diseminó la

29 En la monografía *La Courneuve* (1980), Anne Lombard-Jourdan confirma la creencia registrada de la fundación de La Courneuve por el Abad de Suger, pero advierte la posible existencia de pobladores anteriores a la Edad Media a partir del descubrimiento de restos merovingios en el cementerio del templo católico de Saint Lucien.

30 Traducción de los términos con que se conoce en francés a La Courneuve, como “*cit  de la peur*”, “*poubelle de Paris*”, “*cage a poules*” “*réserve*”, “*le ghetto*”.

31 Las *cités* son los complejos habitacionales de torres multifamiliares con que se identifica principalmente la *banlieue* francesa, equivalente al *tenement* estadounidense y al conjunto de edificios de vivienda de interés social en México.

idea de que la *banlieue* es un territorio al que nadie entra salvo los que viven allí. Pero al igual que muchos territorios urbanos de precariedad que existen en Francia, Estados Unidos, México y el mundo en general, La Courneuve ha tenido sus propios logros y reveses a través de la historia. De entrada, es importante anotar que para los habitantes de La Courneuve hay una distinción clara entre lo que llaman su ciudad y la capital francesa. Fassin entiende esta distinción como una de las bases fundamentales para la figura de exclusión en Francia, que se establece a partir de la oposición dentro/fuera y que se imprime desde la manera como los habitantes se piensan en relación con el territorio (1998). Como constatación, Rania, migrante marroquí que habita en La Courneuve desde la década de 1960 entiende que existen diferencias importantes con París “empezando por la riqueza [porque] París es una ciudad rica y La Courneuve es pobre... Como París es la capital, se entiende que grosso modo se tendrán muchas más cosas... Por ejemplo en París hay más centros comerciales, empresas” (Rania, 2016). Esta primera jerarquización desde París como centro, indica la centralidad y supremacía de la capital francesa a los ojos de los habitantes de La Courneuve y al mismo tiempo parece justificar las desigualdades desde un orden cultural, político y económico que se expresa en el territorio y que se transfiere sobre la jerarquización de los habitantes.

Revisando de forma independiente la evolución de La Courneuve se observa cómo hasta el siglo XIX estaba completamente aislada de París y que se dio una fuerte explosión demográfica después de la introducción de vías férreas que la comunicaron con la capital. Luego de pasar de 473 habitantes en 1801 a casi 2,000 en 1896, siguió un proceso de fuerte desarrollo industrial, sobre todo en el periodo entre las dos guerras mundiales. Después de la Segunda Guerra Mundial el crecimiento de la población fue constante, al igual que el empleo en el sector industrial, a lo que sobrevino la llegada de extranjeros para cubrir la necesidad de mano de obra. Al mismo tiempo se incrementaron las necesidades de vivienda y de servicios para los recién llegados. Manuel, inmigrante de España, en una entrevista realizada por Jérémy Gravat³², cuenta cómo los extranjeros llegaron en búsqueda de trabajo porque “Todos los extranjeros pasaron a Francia para reconstruir-

32 El trabajo de Jérémy Gravat sobre La Courneuve, que incluyó un número importante de entrevistas a lo largo de 2015, se ha convertido en una referencia importante para la reconstrucción histórica. La coincidencia de algunas de sus entrevistadas con el compendio de este estudio explica la alteración de los nombres por anonimato, es decir, que varias de las entrevistadas fueron también consultadas por Gravat.

la, para vivir allí, para hacer su vida. A medida que se iba construyendo, las villas miseria desaparecían. Había que irse lejos, a donde había trabajo; irse a buscar el pan. Y aunque uno no supiera de albañilería, uno tenía que construir. ¡No había de otra!” (2015:8).

En una carta enviada a Charles de Gaulle, los habitantes de la villa miseria llamada La Campa, en La Courneuve, se dirigen al mandatario y explican que:

En la villa miseria, que tiene 12 años, y que en agosto de 1961 fue transferida de Saint-Denis a La Courneuve, hay 500 familias y 700 hombres solos, de origen francés, norafricano, español, portugués y yugoslavo. Las pocas fotografías que se puede adjuntar describen el hábitat: Amon-tonados en barracas, camiones viejos, autos viejos, autobuses viejos. La lucha contra el frío, el lodo, las inundaciones, los incendios, el calor, [y] la falta de higiene, [nos] sobrepasan. [Tenemos] una sola fuente de agua para 3,000 personas y en el invierno el agua se congela (carta de los habitantes de La Campa al presidente de la república Charles de Gaulle, el 17 de marzo de 1966).

Y estas condiciones persistirán por casi dos décadas, hasta la “absorción” de las villas miseria por las *cités* de HLM³³ con que los “progresos” del urbanismo y las políticas de vivienda habrían de desaparecer los lugares como La Campa.

De la mano de los procesos de industrialización, en 1957 la ciudad de París propuso para La Courneuve la materialización de “un gran proyecto”. Las últimas 37 hectáreas de terreno cultivable fueron adquiridas para la edificación de un conjunto de viviendas. Afirma Desmond Avery que las ventajas consideradas para el emplazamiento del proyecto en La Courneuve incluían la cercanía con los desarrollos industriales de Saint-Denis y la facilidad de los desplazamientos para el empleo, además de la proximidad con un área verde que mitigaría los problemas de contaminación y el hecho de que en La Courneuve la vivienda precaria era ya una realidad (1987:18). En este sentido, la única decisión que había que tomar respecto al desarrollo del proyecto era la opción entre la construcción de vivienda de interés social o permitir la entrada de los especuladores privados.

33 HLM (*Habitation à Loyer Modéré*) es una nomenclatura común del urbanismo francés que corresponde con la edificación de *cités*, edificios multifamiliares de interés social. El HLM, en su noción más básica, es un edificio moderno donde la vivienda es de precios bajos.

La primera etapa de los desarrollos fueron las llamadas *cités de transit*, que consistían en viviendas prefabricadas con fines de albergue temporal, pero que duraron muchos años. Abdel considera que la atención central que se dio a las villas miseria no ha permitido rescatar esta etapa fundamental de la vivienda en La Courneuve. Explica:

De La Campa se han dicho muchas cosas, pero rara vez se ha hablado de lo que vino después: las *cités de transit* que estuvieron en medio del proceso [...] Un día los hombres del prefecto se acercaron a la barraca y nos dijeron: “¡Listo! ya tienen un lugar en la *cité de transit*”. Era lo más parecido a una vivienda, porque esas *cités* eran algo provisional que luego duró bastante tiempo [...] prefabricados de lámina y no más. Si metías un clavo salía con el vecino; y al alba, cuando el primer tren pasaba, ¡se acabó! El despertador había sonado. ¡Imposible volverse a dormir! (Gravayat, 2015:32).

En su origen las *cités* de HLM estaban habitadas por una mezcla de la clase obrera y de las clases medias, y además se incluía a la diversidad de las poblaciones migrantes que se establecieron en Francia como parte de los procesos de industrialización y urbanización. Kokoreff y Lapeyronnie admiten que “la cohabitación fue complicada porque obreros y clases medias no tenía la misma visión de la vida social, ni las mismas prácticas y ambiciones educativas” (2013:12). Así explican cómo las clases medias abandonaron los complejos habitacionales y, apoyados por las políticas de vivienda y acceso a la propiedad, se mudaron a viviendas privadas. Los estandartes de *mixité sociale* que ondeaba el urbanismo progresista, así como la modulación espacial impulsada por Le Corbusier pronto fueron desenmascarados como una “proximidad espacial y distancia social” (Chamboredon y Lamaire, 1970) donde la desintegración urbana ponía en evidencia el verdadero problema que estaba en el fondo de las *banlieues*: las divisiones y tensiones entre grupos sociales.

Si en 1970 los problemas de la *banlieue* ya se habían hecho evidentes, poco a poco se irían agravando y ganando visibilidad. Al mismo tiempo que empeoraron las condiciones espaciales de los habitantes, aumentó el desempleo, se agudizaron las tensiones sobre inmigración y se observó un grado de violencia inédito (Kokoreff y Lapeyronnie, 2013:13-14). Poco a poco los grupos culturales se fueron agrupando en la *banlieue* a partir de decisiones que iban más allá de las lógicas inscritas en las políticas de vivienda. Zohra cuenta que su primer de-

partamento en el nuevo desarrollo urbano de Sarcelles no satisfizo los gustos de su madre, que no hablaba francés y que se aferró hasta que toda la familia volvió a La Courneuve. Dice que "llegando a la *cit  * uno se sentía, por decir así, de nuevo en su país, con todos los de la villa miseria, pero esta vez acomodados en los edificios. Los 4000, los verdaderos edificios, no eran todavía para los   rabes, sino para los franceses, los *pied-noir*³⁴, los *harkis*³⁵ y los repatriados" (Gravayat, 2015:28).

En la década que va de 1958 a 1968 se construye el proyecto de vivienda más importante de La Courneuve bajo el modelo de HLM, formato que en esta época representaba la modernidad y el progreso social y humano vinculados con la noción de "*grand ensemble*"³⁶, además de que constituía un ejercicio de síntesis entre la vida rural y la urbana (La  , 1991:35). Como contraparte al éxito de la organización espacial de los modelos arquitectónicos heredados de Le Corbusier, las carencias pronto se hicieron evidentes respecto a la morfología social de los HLM. Sucede que, tanto el tipo de vivienda como el costo y el organismo de acceso fueron definitorios para los procesos administrativos y la selección de los habitantes. Así, mientras que la clientela general de vivienda en la ciudad estaba formada por un 23% de obreros, 31% de empleados y 46% de profesionistas de nivel medio y superior, en los HLM el 46% eran obreros, el 26% empleados y el 22% profesionales de nivel medio y superior (Chamboredon y Lamaire, 1970:8).

La construcción de los HLM y el complejo de Los 4000 obedeció a las políticas urbanas de París y la necesidad de alojar en poco tiempo a una cantidad inusitada de habitantes. A raíz de los procesos de industrialización y de la construcción de vivienda las cifras demográficas comenzaron a aumentar de forma significativa en la *banlieue* parisina. Desmond Avery, en un estudio etnográfico, indica que para 1968 había más de 40,000 habitantes en La Courneuve y que 17,000 de estos trabajaban en el ramo industrial. El mismo autor afirma que, a raíz de la crisis sufrida por la caída de la industria y la manufactura, en 1984 hubo una disminución hasta los 33,000 habitantes por la desaparición

34 Se llama *pied-noir* (del francés pies negros) a los ciudadanos europeos que residían en Argelia cuando era territorio francés, y que tuvieron que abandonar el país luego de la independencia en 1962. La mayoría de ellos se mudó a Francia y se sigue identificando a partir de esta designación.

35 Los *harkis* son tropas de argelinos enroladas por los franceses entre 1957 y 1962 en unidades llamadas *harkas* en un momento en el que Argelia formaba parte del conjunto de departamentos franceses. También se designa con este término a la comunidad instalada en Francia en 1962 y que desciende de los *harkis* repatriados.

36 El *grand ensemble* es una forma urbana que por lo general ocupa una extensión importante del terreno, y que se caracteriza por la repetición de sus edificios y una importante concentración demográfica con respecto al número de habitantes.

de 7,000 empleos industriales, lo que significaba una pérdida del 50% en sólo una década (1987:16-17). Por eso, desde el punto de vista de los procesos económicos, si la vinculación de los proyectos de vivienda de interés social con los procesos de industrialización explica el florecimiento de territorios como La Courneuve, también la desindustrialización puede explicar su deterioro. Como en un primer momento las formas de organización social y sus expresiones culturales se configuraron a partir de una sociedad industrial constituida a partir de las jerarquías de trabajo y de los niveles de utilidad, con la caída de la industria las categorías de profesionalización se fueron imponiendo de forma progresiva sobre las maneras de identificar a los grupos y los individuos. Estas nuevas formas de organización suplieron, dicen Dubet y Lapeyronnie, a las antiguas categorías como la religión, la provincia o el lugar de nacimiento, que durante miles de años habían sido constitutivas de la identidad social (1992:19).

Un boletín oficial de 1972 sirvió a Jean Houdrement, alcalde de La Courneuve, para expresar el éxito con que se percibía el proyecto de HLM. Primero afirma que “en 1963, luego de la construcción de la *Cité des 4000*, La Courneuve se convierte en una ciudad moderna” (1972:15). También se refería a su jurisdicción como una de las comunas de la región parisina más equilibradas porque incluía 1/3 de espacio destinado a la vivienda, 1/3 de áreas verdes y 1/3 de espacios industriales (id:3-4). Terminados los edificios de vivienda, poco a poco se comenzaron a poblar con las familias que vivían en las *cités de transit* y las villas miseria. Pero no todos podían establecerse en estos nuevos departamentos, porque el proceso de selección era muy cuidadoso. Abdel explica que:

La reinstalación no se le proponía a todo el mundo. Cada uno tenía un expediente propio y bien analizado. Y todos los que andaban en la delincuencia se ponían aparte. ¡Nada para ellos! ¡La vida se les vino encima! Se quedaron sin un lugar, sin dinero, sin nada que robar... Sí, ¡muchas vidas se rompieron en esos muros! Pero yo nunca me fui, me aguanté, costara lo que costara, porque es aquí donde yo quiero vivir (Gravayat, 2015:32).

Desde el origen de los HLM, Eugène Claudius-Petit, ministro de la construcción y presidente de SONACOTRA (Société nationale de construction de logement de travailleurs), hablaba de las dificultades que imponía el alojamiento de los habitantes de villas miseria diciendo que se trataba de “un problema a la vez humano y político: ¿Habría que

construir pueblos árabes o mejor dispersar las familias árabes entre las otras?”. Explicaba que, aunque técnicamente fuera relativamente sencillo liquidar una villa miseria, humanamente no era nada fácil porque existían algunas familias “inadaptables” para integrar los HLM, y había que aceptar que siempre existirán esas “familias problema” de las que la sociedad de HLM no tenía por qué ser responsable (Leconte-Souchet, 1969).

No se debe olvidar que los HLM de La Courneuve absorbieron las *cités de transit* con todo y la desintegración social que se venía arrastrando. El proyecto de HLM ayudó de forma considerable para reducir las presiones de vivienda que tenía París, pero bajo la máxima de “hagamos lo imposible hoy y dejemos lo difícil para mañana” los servicios sociales y las escuelas no se habían previsto de forma adecuada. Si a esto se agrega que la mayoría de los habitantes eran inmigrantes o venían de otros vecindarios, arrastrando con situaciones difíciles, se puede entender que pronto se manifestaran los desequilibrios entre una infraestructura insuficiente y una población con grandes carencias. Abdel describe cómo operaba la corrupción en los HLM, en algo que “podría parecer surrealista: el tipo de la asignación de vivienda venía una vez al mes y pasaba con su bolsa por todos los departamentos, por todos los edificios... y todos los residentes ponían el efectivo en la bolsa... Traía un revolver... ¡Era el infierno! Porque en la *cité* todo se sabe” (Gravayat, 2015:32).

Los problemas resultantes de la desorganización social cada vez se hicieron más evidentes. Como respuesta desde las políticas urbanas, a principios de la década de 1980 se inició un plan de renovación titulado *Développement social des quartiers* (DSQ) que pretendía el trabajo conjunto de una red de actores locales, regionales y nacionales. El principal objetivo propuesto en el DSQ era actuar sobre el hábitat insalubre, que en el caso específico de La Courneuve se concretó en una operación importante para la rehabilitación de la *cité* de Los 4000. De acuerdo con Loïc Wacquant en este proyecto de rehabilitación se contemplaba la animación del vecindario a partir de un taller de informática, lugares de encuentro para las mujeres, un club de música, un centro de apoyo para los jóvenes inmigrantes, pero no se incluía ninguna iniciativa para los problemas de fondo como el desempleo crónico y la precariedad generalizada (2007:169).

No obstante, las mujeres que habitaban en Los 4000 coinciden en que todo se fue degenerando y que los residentes de las *cités* se volvían cada vez más intolerantes. Zohra recuerda que cuando les pro-

pusieron un departamento a sus padres, ellos decidieron quedarse en La Courneuve y se convirtieron en “una de las pocas familias que se pudieron quedar”. Durante el tiempo que tomaba para entregarles un *pavillon*³⁷ (casa independiente) fueron alojados en la *cité des 4000* en la barra Renoir. Era un espacio muy diferente de las villas miseria porque “hay que imaginar que [en la villa miseria] todo el tiempo la gente salía al exterior, bajaba de los pequeños edificios o inclusive en los callejones de la villa miseria, el interior y el exterior estaban ligados”. Pero *La cité des 4000* era un entorno distinto. El primer año, para las fiestas del Ramadán, salieron a cantar y una vecina les gritó por la ventana: “¡Le paran de inmediato o les va a ir muy mal!”, y otro hombre dijo fríamente: “¡Si no se callan, alguien se muere!”. Zohra cuenta que entraron corriendo a sus casas y exclama: “¡Había una maldad increíble! ¡Racismo!” (Gravayat, 2015:29). Siguiendo la narrativa de los problemas sociales que se encarnizaron en la *cité des 4000*, Rania cuenta cómo Toufik Ouanes, de nueve años, se convertiría en una de las primeras víctimas. Relata:

A las 9 de la noche, mientras cenábamos, había unos niños abajo jugando con petardos. Alguien sacó un fusil y tiró desde su ventana. A mí me contaron de inmediato. Al momento de recibir la bala el niño gritaba, corría, se acostó en una banca de cemento en el pasillo de la entrada [...] Su amigo entró en pánico, subió las escaleras y les habló a los padres. Cuando llegó la mamá... y luego los bomberos... ¡Era demasiado tarde! No lo pudieron salvar. Tenía 9 años. Desde entonces las cosas fueron empeorando y fue entonces que se empezó a decir que los 4000, las *cités*, eran un problema, porque después de 20 o 30 años de haberse construido, las cosas habían cambiado: la mayoría de franceses se habían ido a vivir a otro lado y La Courneuve cayó en el abandono, de mal en peor (Rania, 2016).

Aunque no se puede calificar con la noción de *banlieues* a todos los problemas sociourbanos de Francia en 1980, es importante reconocer que en estos territorios se encarnizan la precariedad y otros conflictos de desintegración social, y que con frecuencia esto degenera en el alza del crimen y violencia. Kokoreff y Lapeyronnie consideran que las políticas urbanas de las últimas décadas juegan un papel funda-

³⁷ En el contexto francés el término *pavillon* se refiere a las viviendas aisladas y rodeadas de jardín.

mental para entender la genealogía de las *banlieues* como figura de la desintegración socioespacial. En efecto, la manera como se aplicaron las políticas de vivienda y de infraestructura aislaron los territorios de mayor precariedad y “confinaron” a sus habitantes en un espacio donde los problemas se fueron acumulando. Lo más grave es que estas dinámicas sumergen a los habitantes en la pasividad política y nutren el ya extendido discurso sobre el fracaso de las políticas públicas y el desastre inevitable de la *banlieue* (2013:8).

Quizá el último gran cambio respecto a las políticas urbanas en La Courneuve se puede vincular con su independización de París en 1984. Desde entonces se inicia un proceso de regeneración a partir de la demolición de los edificios de la *cité des 4000* y el desarrollo de nuevas formas urbanas de menor concentración demográfica. La destrucción del edificio Debussy en 1986, que estaba formado por una barra gigantesca de 15 niveles de altura y 180 metros de largo, fue solamente el inicio de un programa de rehabilitación que incluiría múltiples proyectos. Además, a partir del discurso de la “*mixité sociale*” que desde la década de 1990 comenzó a popularizarse entre los urbanistas y planificadores urbanos franceses, se comenzaron a buscar nuevas formas de organización social a partir de la introducción de familias de clase media en los vecindarios de HLM. Este tipo de intervenciones, que siguen vigentes en las primeras décadas del siglo XXI, han demostrado su ineficacia, por sí solas, para resolver los problemas de exclusión social de la *banlieue*. Ya desde la década de 1990, el sociólogo Adil Jazouli vaticinaba que a la demolición de los *grands ensembles* seguiría la construcción de edificios separados y de menor tamaño con los que se pretendía garantizar una mezcla “discreta” de las clases medias con las clases populares, pero que el equilibrio social no se podría lograr por el simple regreso de las clases medias a los lugares donde se habían acumulado problemas de pobreza, exclusión e inmigración (1992:124).

Fue precisamente la independización de La Courneuve la que permitió una mejoría que se ha prolongado hasta el presente. Zohra explica que al principio “era el ayuntamiento de París el que se encargaba de los 4000, [aunque] de hecho no se hacían cargo”. Después el presidente del país, François Mitterrand, indicó que La Courneuve tomaría control de Los 4000 “y desde allí, poco a poquito, las cosas comenzaron a mejorar un poco: hubo demoliciones, reconstrucciones, rehabilitaciones... ¡Tampoco un paraíso! Pero al menos ya no estaba en el abandono” (Gravayat, 2015:29).

En comparación con el *ghetto* estadounidense, la *banlieue* francesa coincide con los procesos de urbanización acelerada y las políticas económicas que se volcaron súbitamente sobre la privatización del territorio y el deterioro de la vivienda de interés social. En cuanto a las dinámicas sociales, en ambos casos el abandono de las clases medias por una suerte de “empuje hacia arriba” que implicaba la concentración de iguales en una misma zona geográfica intensificó la precariedad en territorios como South Bronx o La Courneuve. Por otro lado, tampoco se puede juzgar los escenarios actuales desde una óptica netamente negativa, porque en ambos casos existe también una configuración social a partir de vínculos que permanecen contra lo crudo de las condiciones de vida. Lo que interesa, sobre todo, es afirmar la centralidad de lo político y urbano de la desintegración social en ambos casos, como primer paso para debatir sobre las actuales oleadas de políticas securitarias que operan sobre la administración del riesgo y la prevención de delitos. Es cierto que tanto los índices de violencia como la calidad ambiental y los niveles de pobreza son más altos en zonas urbanas como South Bronx y La Courneuve que en Manhattan o en París, pero tampoco se puede negar que existe una serie de mecanismos de desintegración urbana que permiten explicar la poca eficiencia de las políticas territoriales.

Lomas del Sur. Trampa económica y abandono en fraccionamientos populares

Lomas del Sur es un ejemplo peculiar de las relaciones entre políticas de vivienda, planificación urbana y desintegración socioespacial en México. Su particularidad es que allí las políticas de vivienda han dejado a las familias de bajos ingresos en manos del mercado inmobiliario y del sector privado. Aunque el fraccionamiento popular es una figura urbana más reciente que la *banlieue* y el *ghetto*, esta tendencia que caracteriza a los países de América Latina permite cruzar varios aspectos que constituyen la desigualdad y la injusticia en las ciudades contemporáneas. Entre ellos, se observan los problemas derivados de la privatización territorial como la insolvencia económica, la difícil accesibilidad a servicios públicos, la poca calidad y deterioro de la vivienda, el abandono generalizado, los desalojos forzados y la informalidad e invasión administrativa de viviendas.

A diferencia del *ghetto* estadounidense y la *banlieue* francesa, las formas de exclusión urbana en México han mutado desde los barrios antiguos, que se habían descuidado pero que últimamente tienen un importante proceso de recuperación por las élites opulentas para la promoción del turismo, principalmente en las colonias populares, que han sido ampliamente estudiadas, sobre todo en el caso de la Ciudad de México. Guadalajara es una ciudad muy particular respecto a los procesos de urbanización, en parte por su vocación comercial, pero también por sus procesos de explosión demográfica tan acelerados. Lo interesante de una comparación con Lomas del Sur es la novedad de este modelo de urbanización respecto al *ghetto* y la *banlieue*, no sólo en términos de morfología urbana, sino desde los procesos y mecanismos que lo diferencian. Fassin, en su comparación de *exclusion*, *underclass* y marginalidad explica que contra la figura francesa de adentro/afuera y la figura estadounidense arriba/abajo, en América Latina se manifiesta más el binomio centro/periferia (1998). Es cierto que algunos teóricos latinoamericanos propusieron la marginalidad como una forma de entender la precariedad en las ciudades, pero los estudios sobre la precarización pronto rebasaron el binomio territorial centro/periferia para abordar la pobreza en la multidimensionalidad con que se manifiesta en América Latina.

En México, un cambio importante vino después del Consenso de Washington. Las economías latinoamericanas que siguieron las diez fórmulas recomendadas, entre otros por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial incluyeron un fuerte control del gasto público, las tasas de interés, los tipos de cambio, la privatización de las empresas estatales y la desregulación comercial. Además, a partir de 1980 México abrió los mercados de manera unilateral hacia la competencia extranjera con una reducción constante de la intervención del Estado, lo que permite entender el aumento de exportaciones, gracias al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), así como la caída del mercado interno. Como consecuencias de esto, explican Cordera y Provencio, la política social se focalizó para atender a los más pobres y rescatar a las empresas locales que perdieron con la depreciación monetaria del peso (2016:20).

El periodo de 1980-1990, en el que las tensiones sociales aumentaron de forma importante en Estados Unidos y en Francia por el incremento de las desigualdades, en México se percibe una desintegración causada en gran parte por la desregulación social y la débil

actuación de las instituciones. En efecto, Enrique Valencia explica que, en ese periodo, la política social mexicana se distingue por una "integración parcial a las instituciones de seguridad social y los contratos colectivos, las transferencias públicas a través de subvenciones alimentarias y educación gratuita, además de las instituciones de asistencia" (2003:563).

En la misma lógica, el paso de 1990 hacia el nuevo siglo no redujo, sino que aumentó las problemáticas sociales en México. De acuerdo con reportes de CONEVAL analizados por Cordera y Provenencia, entre 2008 y 2014 la economía creció un 1.9% mientras que la población total aumentó en 1.2% y la pobreza en 2%, con un crecimiento de la pobreza moderada y una reducción en la pobreza extrema (2016:22). De aquí se puede entender cómo la economía interna mexicana, sobre todo en los medios socioeconómicos más modestos, comenzó a depender cada vez más de la migración y la informalidad. Los desarrollos habitacionales se multiplicaron en las ciudades mexicanas como Guadalajara, con una urbanización que siguió las lógicas de horizontalidad incrementando las distancias físico-sociales y el acceso a los servicios. Para el caso específico de Lomas del Sur, y a pesar de las dificultades que impone el estudio de un proyecto relativamente nuevo, ya sea por la escasez de datos o por la misma centralidad de los registros y su escala de muestreo, se puede observar la intensificación de la precariedad en un corto plazo, mediante las progresiones demográficas, los proyectos de urbanismo y las voces de los residentes.

Una de las características más significativas de Lomas del Sur es la rapidez con que el fraccionamiento se planificó, se construyó, se puso a la venta, se habitó y fue abandonado. En este sentido, el fraccionamiento es ilustrador de la velocidad con que estos desarrollos inmobiliarios fueron cubriendo el espacio natural que separaba a Tlajomulco de la mancha urbana de Guadalajara y la misma rapidez con que degeneraron en una problemática para el total de la ciudad. En efecto, si se compara el crecimiento de Tlajomulco con el de Zapopan, uno de los municipios más grandes y de mayor riqueza en el estado de Jalisco y de todo el país, se puede observar cómo en el periodo comprendido entre 1990 y 2010, mientras que Zapopan presenta un crecimiento poblacional de 87%, Tlajomulco multiplicó su población más de seis veces en sólo veinte años (tabla 1).

Tabla 1. Evolución demográfica de Lomas del Sur

Población total INEGI	1990	1995	2000	2005	2010
Tlajomulco	68,428	100,797	123,619	220,630	416,626
Zapopan	712,008	925,113	1,001,021	1,155,790	1,243,756
Lomas del Sur	-	-	-	-	18,427

Elaboración propia a partir de INV/INEGI, 2010.

El fraccionamiento Lomas del Sur comenzó a construirse en 2002 en un terreno cercano a la cabecera municipal de Tlajomulco. Para este momento habría sido el único fraccionamiento existente en este emplazamiento, sólo posterior a Santa Fe. La inmobiliaria Dinámica ofreció una buena cantidad de casas en preventa, sin que existieran siquiera los cimientos de las fincas o los servicios públicos como transporte, pero a precios relativamente bajos que llegaban hasta los 174,000 pesos por una vivienda de una sola planta y con dos habitaciones de casi 9m² cada una. Gilberto, por ejemplo, compró su casa en preventa, para aprovechar el apoyo del Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (INFONAVIT) cuando trabajaba para una empresa refresquera, y explica: “La primera vez que venimos nos enseñaron un plano que tenía todas las casitas y las calles y nos dijeron: ‘¡Ahí es! ¡Ahí va’star su casa!’. Y era puro baldío, lleno de zacate y yerbas... ¡no había nada! Pero salía más bara!”. Como este caso, la venta de la mayoría de viviendas de Lomas del Sur se hizo antes de que se terminara el fraccionamiento, y la vinculación entre la inmobiliaria y los créditos de INFONAVIT facilitaron la asignación rápida de casas que no existían siquiera en los planos de lotificación del fraccionamiento (Gilberto, 14 de abril de 2015).

El plano general del fraccionamiento presenta una morfología lineal que está determinada por el relieve tan accidentado del terreno. A partir de una arteria principal con camellón en el centro, y que va de oriente a poniente, y luego hacia el sur, el desarrollo inmobiliario inicia en una colina que desciende hacia el valle de Tlajomulco y se extiende un par de kilómetros de forma paralela a las vías del tren. En la parte central del terreno se construyó una iglesia católica con inversión de la misma empresa inmobiliaria (de la que sigue sin entregar escrituras) y en la parte más accidentada del terreno se dejó un terreno relativamente amplio para la unidad deportiva. Alejandra dice que cuando

ella, su marido y sus dos hijas llegaron a Lomas del Sur “ni siquiera había servicio de transporte [pero que] ahora ya entran el montón de rutas”. Explica que había una ruta que los dejaba en la entrada y que “tenía[n] que caminar todo [el cerro], pa’ meter[se]” (Alejandra, comunicación personal, 9 de marzo de 2015). En una conversación posterior, Diana cuenta que cuando compraron la casa, estaba nueva. Cuando ellos vinieron “estaban construyendo. Estaba el lodazal bien feo porque había llovido. Y estaba... ¡Estaba feo!” (Diana, comunicación personal, 13 de marzo de 2015).

A poco más de 10 años de la materialización del proyecto, el fraccionamiento sigue presentando graves huecos respecto al modelo que se presentaba. En las zonas más accidentadas y en las esquinas se había considerado una reserva para el establecimiento de comercio y servicios, pero ni las empresas se interesaron ni el ayuntamiento se movilizó para completar el proyecto. Una parte importante del área sigue siendo un conjunto interrumpido de baldíos que separan diferentes zonas de Lomas del Sur y donde la tierra, la hierba y la basura se conjugan con el difícil tránsito por la inclinación del terreno.

Como un proyecto eminentemente concentrado en la vivienda de bajo costo, la empresa inmobiliaria concentró su atención en el desarrollo habitacional, dejando espacios vacíos a lo largo de las avenidas principales, con esperanza de que los adquirieran los comercios y talleres. Javier, que trabaja en Promoción del Deporte en Tlajomulco, dice que uno de los problemas principales es que los fraccionamientos se hayan entregado sin los servicios suficientes. Afirma que “la gestión pasada casi a lo que se dedicó fue a hacer casas y ni siquiera le dio [...] ‘hora sí que los servicios necesarios para el crecimiento. O sea, ¡eran casas y casas!... carreteras [porque] la gestión pasada era nomás urbanizar [y sólo] desde 2010 para acá, se creció en [servicios]” (Javier, comunicación personal, 28 de abril de 2015).

De acuerdo con datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2010), en el Inventario Nacional de Viviendas (INV), el fraccionamiento Lomas del Sur estaba integrado por 11,493 viviendas donde habitaban 18,211 habitantes. Entre estos, el 67% son menores de 30 años de edad y el 41% son niños. De las 11,493 viviendas que integraban el fraccionamiento en 2010, 6,370 estaban habitadas, mientras que 5,116 estaban deshabitadas, lo que representa un índice de desocupación del 45% sobre el total de las viviendas construidas en el fraccionamiento. Las viviendas abandonadas son, de hecho, la imagen más típica del fraccionamiento: casas sin puertas ni ventanas,

con maleza y hasta árboles enfrente y en el interior, basura y desechos. Por eso algunos han usado estos espacios para otros propósitos no habitacionales, como “el malo”, que ha aprovechado para poner su criadero de perros de pelea.

Entre los proyectos de rescate de viviendas abandonadas se suman los esfuerzos del ayuntamiento, que motiva a los vecinos a limpiar las casas que están solas y ofrece la pintura e inclusive la organización de cada calle y de las juntas de vecinos. Diana, por ejemplo, cuenta que su marido reunió a algunos vecinos y limpiaron una casa para poner un salón de boxeo, pero que los sacaron. Explica que “el que era presidente de colonos le dijo que no, que nada más la iban a agarrar para drogarse y que no”. Cuenta que limpiaron la casa que estaba vacía y que colocaron cartones para tapar las ventanas. Cortaron un árbol que había crecido adentro, pero el presidente de colonos no quiso apoyarlos y antes de que abrieran el gimnasio ya había llegado una familia. De manera que, dice Diana: “*Orita está gente viviendo, de la que llega y se mete nada más así*” (Diana, 2015).

La ilegalidad en la ocupación de las viviendas detona una serie de problemáticas. Gabriela, empleada en el DIF Tlajomulco, explica que la desconfianza se debe a la poca estabilidad de las familias en los fraccionamientos porque:

Como es gente que no está totalmente ubicada, o que cambian constantemente de domicilio, viene en parte a la inseguridad y en parte que no conoce a los vecinos [...] por ejemplo, los niños, es muy raro que los deje la mamá salir a jugar con el vecinito porque apenas tiene una semana que llegó a vivir ahí. Y no le agradan los papás, o ni siquiera se conocen. Tienen a lo mejor un año viviendo ahí, pero... la misma sociedad te hace como que ser más renuente a conocer a los vecinos (Gabriela, comunicación personal, 18 de abril de 2015).

Los procesos de urbanización acelerados que conforman territorios como los fraccionamientos populares suponen que el tejido social siga el mismo ritmo. Las relaciones entre vecinos y la organización de dinámicas ordinarias en un nuevo entorno implican, en el caso de Lomas del Sur, no tanto una adaptación sino una producción totalmente nueva de los vínculos sociales. Allí se encuentran familias con bagajes distintos y cuyas circunstancias socioeconómicas podrían ser el punto de encuentro: todos se establecieron porque la vivienda que se les anunció estaba al alcance de sus ingresos. Lo demás, en los fraccio-

namientos populares, tiene que construirse desde cero: organización del espacio doméstico, rutinas cotidianas, relación vecinal, servicios públicos, actividades de esparcimiento, entre otros. Serge Paugam, en *Le lien social* (1997), afirma que uno de los principales problemas de la sociedad moderna consiste en la dificultad del individuo para construirse una identidad propia en medio de vínculos sociales que le permitan el reconocimiento de los otros. Según Paugam existen cuatro tipos de vínculos sociales, cada uno con su forma de reconocimiento: el de filiación, el de participación electiva (elección de relaciones por decisión propia), el de participación orgánica (relaciones institucionales) y el de ciudadanía.

Para Alicia Ziccardi, en sus estudios sobre la pobreza urbana, uno de los factores principales de la precarización se puede hallar en el paso de las sociedades industriales, con “empleos estables y bien remunerados”, a una sociedad financiera y de tecnologías de información que exigía un “mayor nivel educativo” o la multiplicación de actividades en el empleo informal como el ambulante, comercio callejero o “la economía del delito”. En América Latina, dice la autora: “esta situación es producto del derrumbe del modelo de sociedad salarial y del debilitamiento de un Estado de bienestar que nunca se desarrolló plenamente en los países latinoamericanos”, y que propició la emergencia de formas de precariedad que obligan a los trabajadores a ingresar a condiciones de empleo que no les permiten el acceso a los sistemas de protección social, y cuya precariedad se agrava por la “acumulación de desventajas económicas y sociales” (2008, 9-10).

El proyecto de Lomas del Sur dejó incompleto el diseño de los excedentes, espacios vacíos que suelen quedar en las esquinas o junto a las avenidas y que las constructoras proponen con fines de comercio. Estos espacios, recuperados y adaptados por los vecinos, se han convertido en una excelente manera de revitalizar los vínculos sociales y rescatar el fraccionamiento. Javier menciona que “las constructoras [...] a veces [...] tienen excedentes que unos los dejan de forma cuadrada para [...] locales..., y otros, los dejan el mismo fraccionamiento ‘ora sí que libres’”. Después explica que “los mismos colonos, o los que viven ahí se encargan de [...] poner juegos”. Además, explica Javier, hay espacios que otorga la constructora, y donde el ayuntamiento debe construir equipamiento público, porque “precisamente los males que dejó la constructora, el ayuntamiento se encarga de reforzarlos. [Como] por ejemplo el asfalto que les ponen [a las calles]

¡Una capita de tamaño oblea! [...] ¡Al año ya hay baches! Y pues ya al ayuntamiento le tocan esas tareas" (Javier, 2015).

Es posible pensar que, como en South Bronx, la urgencia por reconstruir los vínculos de ciudadanía y la búsqueda de participación cívica favorece la integración urbana de Lomas del Sur. Tanto la recuperación de espacios como el cuidado de los vecindarios y la organización vecinal por cuestiones de seguridad exigen la construcción rápida del tejido social entre los habitantes. No obstante, la integración de una comunidad sólo para defenderse de los riesgos, y donde el reconocimiento de las instituciones fragmenta y jerarquiza los grupos entre legítimos, irregulares o ilegales, hace difíciles los vínculos que exige la integración sociourbana a largo plazo. En La Courneuve, donde las tensiones constantes de carácter racial, reforzadas por las instituciones, dificultan la constitución de un territorio socialmente integrado, el vínculo de ciudadanía y de participación implica la asimilación al modelo republicano dispuesto por las ideas dominantes, en contra de la creatividad y producción "desde abajo" y con las particularidades del entorno y los habitantes. En cuanto a la salud, por ejemplo, en los tres escenarios se hace evidente la fragmentación de los vínculos sociales a partir de la seguridad social y el derecho o no a los servicios. Como este, otros tipos de reconocimiento menos evidentes ocultan la responsabilidad de las instituciones en la destrucción de las comunidades y la fragmentación de diferentes grupos sociales, tanto en la escala del espacio urbano como en el interior de las dinámicas domésticas.

El tamaño de las viviendas de Lomas del Sur no corresponde en nada con la tipología de familias que se aloja en el fraccionamiento. Muchas veces se trata de familias extendidas de los grupos sociales menos favorecidos, donde conviven hasta tres generaciones desde la abuela hasta los nietos. El hacinamiento es causa de tensiones constantes y de otros problemas de desorganización social. Gabriela, trabajadora en DIF Tlajomulco, dice:

Te sorprendería[n] las condiciones en que se encuentra[n] los domicilios, sobre todo en las casas de fraccionamientos que son unas ratoneras, donde viven familias con hacinamiento de seis, siete, diez personas en un mismo domicilio. ¡Y eso es poco! Hemos llegado con familias de quince personas en una casita de esas, de fraccionamiento, donde el cuarto nada más tiene el pasillito y las tres camas juntas que llenan todo el espacio del cuarto, y ahí duermen como sardinitas... son pocos con cantidades como de quince, pero sí los hay (Gabriela, 2015).

En contra de las afirmaciones categóricas que naturalizan el hacinamiento como una dinámica cultural característica de las familias numerosas de economía modesta, conviene reflexionar desde la organización socioespacial y sus condiciones. En La Courneuve, por ejemplo, se prohibió la poligamia de tradición africana porque los departamentos no estaban preparados para alojar a familias de un marido y cuatro esposas con una veintena de hijos. Pero, igual que en South Bronx, cuando se revisan las condiciones de la economía familiar, se entiende que en territorios de precariedad la alternativa de hacinamiento corresponde con la concentración de apoyos sociales y transferencias económicas de los programas de asistencia. Una bronxita menor de edad que resulta embarazada, por ejemplo, podrá percibir una cantidad mensual que alivia la precariedad de toda la familia, lo que ayuda a entender la configuración actual de los hogares, el incremento de madres solteras y la tipología familiar de la zona.

Por otro lado, muchos de los habitantes de fraccionamientos populares como Lomas del Sur son irregulares o “aviadores” que invaden las casas abandonadas. Gabriela cuenta que “son gente que si los dueños los cachan, se cambian a otra, a tres casas de donde vivían o enfrente..., donde pueden”. Explica que son familias vulnerables porque la mayoría cuentan con adultos mayores, mujeres embarazadas, niños menores de 18 años o personas con discapacidad. Por si fuera poco, el DIF³⁸ no puede negar el apoyo cuando observa las carencias de estas familias, pero en el caso de Lomas del Sur se topa con muchos problemas para tramitarles un apoyo “porque no cuentan con documentación, sobre todo el comprobante de domicilio, porque son casas invadidas, se cuelgan del cable de la luz [...] acarrear agua, o sea, se las arreglan pero no tienen ningún documento viable, o que sea emitido por el ayuntamiento, que sea legal, que diga que habitan cierta casa” (Gabriela, 2015). Esta misma situación de irregularidad o de ilegalidad aparece tanto en South Bronx como en La Courneuve, donde las instituciones y los programas de asistencia aplican categorías entre la población que tiene o no derecho de acuerdo con su expediente, y donde los comprobantes de domicilio son fundamentales. Es cierto que en South Bronx y La Courneuve se trata, por lo general, de extranjeros, y que la irregularidad se refiere a su procedencia internacional, pero al igual que en Lomas del Sur, el estigma se dirige a su

38 El Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia, mejor conocido como DIF, es una plataforma gubernamental para atender a las familias con diferentes programas sanitarios, alimentarios y culturales.

categorización como ilegales, o inclusive delincuentes, lo que obstaculiza la integración social y urbana desde los procedimientos institucionales y los acuerdos jurídicos de la vivienda.

Según Foucault, una de las principales transformaciones del siglo XIX en el ejercicio del poder es que el derecho que detentaba el soberano para “quitar la vida o dejar vivir” fue remplazado. Para sustituirlo apareció un nuevo derecho del soberano que sin borrar el anterior lo penetra y lo permea: es el poder para “hacer vivir y dejar morir” (2013:62). En los territorios de precariedad como South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur las políticas urbanas características de la modernidad han derivado en el descuido de las poblaciones que más lo requieren. Los procesos de urbanización y la transformación de las dinámicas sociales están marcadas por la destrucción y difícil reconfiguración de vínculos sociales, además de la estigmatización territorial y la justificación de abandono con argumentos de ilegitimidad e ilegalidad. La salud y el cuidado de la vida en general se ponen en tensión entre la responsabilidad individual y la obligación institucional cada vez más burocrática y jerarquizante de las condiciones humanas. La talla, y en particular la gordura, no se resuelven simplemente como una cuestión de salud, sino como un problema social y espacial en el que los tejidos sociales juegan un papel fundamental para entender las dinámicas de salud que se detonan desde las formas de habitar en territorios donde la precariedad se ha prolongado a través de diferentes formas de desintegración social. Para ampliar la idea de que la pobreza se transmite a partir de la condición familiar existen factores de tipo ambiental y depositados en el entorno construido que influyen de forma considerable sobre las dinámicas socioeconómicas de los individuos y de las familias. Como afirma Piketty: “hoy todo el mundo se alinea con la idea de que los factores de transmisión de las desigualdades son mucho más ambientales que genéticos” (2004:77). De aquí el interés por profundizar en estos factores para entender la producción de territorios de precariedad donde la obesidad se intensifica.

EQUALITY, MIXITÉ, ACCESIBILIDAD. DESAFÍOS DE LA EDUCACIÓN Y EL EMPLEO FRENTE A LA OBESIDAD

En este segundo apartado del análisis sociohistórico de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur, el marco teórico de referencia retoma los conceptos como meritocracia, desigualdad de oportunidades, dis-

criminación por apariencia y territorios de precariedad. La estrategia metodológica privilegiada es la observación y medición, y los ejes interpretativos que se despliegan son el de política económica, el de políticas urbanas y el de (des)integración socioespacial.

Los estudios de la pobreza reportan una larga historia en las diferentes regiones geográficas, pero la mayoría de ellos tiende a construirse sobre datos cuantitativos y con referencia a las líneas de pobreza propuestas por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) o la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)³⁹. En los abordajes cualitativos se suele analizar la pobreza de forma subjetiva y a partir de las declaraciones individuales respecto a la incapacidad para equilibrar los gastos. Otra alternativa es el abordaje complementario de lo cuantitativo y cualitativo juntos, donde la pobreza equivale a “desear un bien y no tener los medios para conseguirlo”, lo que algunos han llamado “pobreza en las condiciones de vida” (Accardo y de Saint Pol, 2009:4). Para el análisis de este apartado se recupera esta perspectiva, de manera que se incluyan tanto las estadísticas socioeconómicas de la precariedad como las percepciones subjetivas. Además, con el apoyo de la etnografía urbana y el ejercicio comparativo multisituado, la precariedad en las condiciones de vida se establece desde el diálogo constante con los procesos sociohistóricos de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur.

Sin menoscabar la utilidad del concepto de pobreza, se prefiere en este caso el de precariedad. La precariedad, entendida de manera más concreta como una restricción temporal de carácter socioeconómico y cultural, permite aterrizar lo abstracto de la noción de pobreza en un territorio más específico, para evitar perderse en la amplitud de producciones teóricas y metodológicas. La educación y el empleo sobresalen como los aspectos más significativos entre las condiciones que determinan la precariedad en territorios urbanos. Como consecuencia, se insiste en los problemas de la obesidad y lo urbano como

39 Las líneas de pobreza, por lo general, implican un conjunto de informaciones de carácter objetivo que permitan sustentar las teorías económicas, como por ejemplo las “capacidades” en lugar de los “ingresos”, para definir el alcance de un grupo poblacional y donde el componente alimentario se vuelve fundamental. De la misma manera, las líneas de pobreza suelen tomar en cuenta los factores subjetivos a partir de información declarativa referente al bienestar social. En América Latina los trabajos de investigadores de la CEPAL como Feres, Beccaría y Sáinz (2000) han sido fundamentales para entender las mediciones basadas en las líneas de pobreza en los países latinoamericanos. Desde esta metodología, los autores muestran cómo la crisis de 1980 afectó principalmente a los más pobres y cómo la recuperación de los pobres ha sido más lenta en las siguientes décadas.

manifestaciones de las desigualdades sociales y territoriales. Aunque se consideran los aspectos socioeconómicos como la profesión y el ingreso, el acento de este análisis se dirige principalmente a las condiciones espaciales de la inserción laboral, el estigma laboral por apariencia física y el fracaso de la escuela como motor de ascenso social y garantía de la salud.

En su “Metamorfosis de la cuestión social” (1995), el sociólogo Robert Castel reconstruyó la historia del salariado en los últimos cinco siglos. El objetivo principal del autor en este estudio era detallar los problemas de vulnerabilidad social y revelar los problemas de funcionamiento de las instituciones que se dedican a atenderla. Aunque Castel no pretendía hacer un estudio sobre el trabajo y las formas de contrato, su análisis a partir de la genealogía foucaultiana y la teoría durkheimiana de las diversas formas de solidaridad como principio de organización social desembocó en una excelente lectura del trabajo en medio de las transformaciones y reajustes de las sociedades postindustriales. Castel encontró, en este análisis, que el principal problema del mundo postindustrial era el debilitamiento de la seguridad social y la vulnerabilidad generalizada de los individuos frente a las nuevas estructuras del mundo laboral.

Por su parte, François Dubet explica en *Les places et les chances* (2010) que existen dos maneras de concebir la justicia social. La primera es la igualdad de posiciones, que se refiere a la reducción de las desigualdades entre las diferentes posiciones sociales. La segunda es la igualdad de oportunidades que se refiere a la oportunidad que los individuos tienen para acceder a las mejores posiciones en términos de una compensación equitativa. Dubet aclara que la segunda idea se ha generalizado y tiende a volverse hegemónica tanto en Francia como en todo el mundo, pero explica que el hecho de que la igualdad de oportunidades mire hacia el refuerzo de la autonomía individual no quita que esté tejida en el mismo proceso de ratificación de las desigualdades en razón del mérito individual. Aparece así un mundo de estructuras educativas y laborales meritocráticas donde se ocultan los factores culturales y espaciales como la composición de raza, la apariencia corporal y las condiciones territoriales que determinan el acceso a las mejores oportunidades, porque la pertenencia territorial es un elemento integrador de las problemáticas que tocan al mismo tiempo aspectos del entorno escolar, profesional, estético y urbano.

Tomando en cuenta las líneas reflexivas de Castel sobre el debilitamiento del mundo laboral, conviene hacer una relectura desde las con-

diciones de inserción en el mercado del empleo y la falta de soportes sociales eficaces para combatir la precariedad en territorios urbanos desfavorecidos. Más concretamente, y con base en estudios como los de Bourdieu y Passeron, Boudon, Dubet y Pikkety⁴⁰, se trata, por un lado, de mostrar cómo el mundo actual está marcado por desigualdades sociales que se complican entre la diferencia de oportunidades, de posiciones, de formación y de acceso a las nuevas herramientas del mundo laboral, y por otro lado de cuestionar las relaciones entre la precariedad que se deposita en ciertos territorios y sus vínculos con el alza de problemas de salud pública. De aquí que en este apartado se privilegie la línea de reflexión del binomio educación/empleo y se cuestione desde las dinámicas urbanas y las desigualdades sociales. De este modo, lo urbano de la obesidad recupera a un tiempo los aspectos socioeconómicos y culturales dispuestos por las políticas económicas y educativas y los introduce en el debate de la salud pública desde la manera como se construyen las problemáticas de salud y la forma como se disponen los servicios de atención de las enfermedades. Los dos elementos clave de este diálogo serán la meritocracia y la discriminación por obesidad; el primero referente a la carga individual tanto de la precariedad como del éxito profesional, el segundo como complemento desde las condiciones corporales y la construcción social de la salud.

South Bronx. Equality: Desigualdad de oportunidades y descalificación laboral

El análisis localizado de las desigualdades sociales en South Bronx pone de relieve la paradoja del discurso estadounidense de *equality* en educación e inserción laboral, frente a las injusticias en términos te-

40 En *Les héritiers* (1964), Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron argumentan que los grupos sociales se definen a partir de su potencial cultural. Encuentran que algunos grupos de estudiantes, por el mismo entorno social y familiar en que se desarrollan, no disponen en términos cuantitativos ni cualitativos del mismo acceso a una cultura ni a un medio social como el que se modela en los discursos generales. Raymond Boudon, en *L'inégalité des chances* (1973), llega a la conclusión de que en las sociedades industriales los individuos se enfrentan a la desigualdad de oportunidades a partir de un contexto dado por el medio cultural. François Dubet, en *L'école des chances : qu'est-ce qu'une école juste ?* (2004), cuestiona los discursos de la justicia escolar basados en el mérito y con independencia del medio social y propugna un replanteamiento de las nociones de igualdad con respecto a los más desfavorecidos y de acuerdo con las estructuras educativas. Thomas Pikkety, en *Le capital au XXI^e siècle* (2013), explica que uno de los ejes fundamentales para entender las desigualdades es la relación entre educación y empleo, de frente a los avances de la tecnología y el acceso a los nuevos mecanismos de formación y de acceso a los recursos.

ritoriales y descalificación por aspectos raciales y de apariencia física. Una reconstrucción sociohistórica del empleo y la educación desde los procesos urbanos pondrá en evidencia las políticas urbanas y la tecnociencia como motores de jerarquización social y el enraizamiento de los problemas del territorio de South Bronx. Además de la información documental y las bases estadísticas, las declaraciones de los habitantes y las observaciones sobre el vecindario ayudarán a entender cómo los habitantes han producido un contexto específico desde la precariedad y sus determinantes y cómo este contexto los condiciona más allá de los límites territoriales que se les asignan.

La explicación más frecuente de los procesos socioespaciales que configuraron el *ghetto* estadounidense se vincula con la falta de participación de los pobres en la fuerza de trabajo y las dinámicas progresistas del urbanismo moderno. Las crisis económicas de finales del siglo xx, con la caída del sector manufacturero a partir de 1960, y que continuaron hasta 1987, afectaron principalmente a las ciudades estadounidenses de mayor tamaño como Nueva York, Filadelfia, Chicago y Detroit. El primer problema es que las zonas urbanas donde las fuentes de empleo eran la industria y la manufactura fueron abandonadas al mismo tiempo que prosperó el trabajo en el sector de servicios, para el que se requería mayor cualificación y el desplazamiento hacia otras zonas de la ciudad.

Con el surgimiento de los suburbios en las afueras de Nueva York, los grupos dominantes comenzaron a desplazarse produciendo lo que se conoce como "*edge cities*", que se inspiraron en el modelo urbano de "la ciudad jardín". Las empresas tomaron dos alternativas: unas comenzaron a desplazarse hacia los suburbios aprovechando el bajo costo del suelo y las bajas tasas de criminalidad, las demás optaron por el centro de las ciudades, pero con un impacto significativo en la demolición de edificios para colocar los estacionamientos que exigía la nueva época donde el automóvil se había convertido en el principal medio para desplazarse. La renovación urbana emprendida por Robert Moses correspondía precisamente con la idea progresista del urbanismo y la concentración de las empresas en Nueva York como capital económica y financiera del mundo.

South Bronx, frente al desarrollo económico de Manhattan y el desplazamiento empresarial a los suburbios, fue poco a poco perdiendo las oportunidades de empleo. La desaparición del 40% de los empleos en el área de manufactura entre 1965 y 1980 se vio acompañada con el cierre de las empresas y, de acuerdo con Hamilton, para 1973

ya habían desaparecido alrededor de 300 empresas manufactureras de South Bronx, lo que representó la pérdida de alrededor de 10,000 empleos (1981:7). Si se considera que el empleo es definitivo para entender la precariedad y la desigualdad territorial, cabe entonces preguntarse por qué los bronxitas no salieron a buscar empleo en los suburbios.

A veces se responsabiliza a los pobres urbanos, como los que habitaban en South Bronx en 1960, de no haberse “adaptado” a las nuevas condiciones del empleo que se había desplazado a los suburbios o a las ciudades cercanas. Existen dos factores que son determinantes para entender por qué los pobres se quedaron en territorios de precariedad como South Bronx. La primera es que el nuevo perfil de las ciudades como Nueva York se había fundado sobre el automóvil como el principal medio para desplazarse. Para llegar a los suburbios donde se ubicaron las nuevas empresas había que comprar un vehículo, gastar todos los días en combustible, pero sobre todo conocer los suburbios para poder desplazarse sin dificultad. La segunda opción habría sido mudarse a los suburbios, pero pagar el alto costo de las rentas y mantener una casa entera durante el periodo invernal era una solución nada deseable para los residentes de South Bronx que hasta entonces vivían concentrados en edificios multifamiliares de renta controlada.

Ahondando en los problemas resultantes de la desigualdad en las redes de movilidad en Nueva York se observa que desde principios del siglo xx, en Estados Unidos, al mismo tiempo que se impulsó el desarrollo de suburbios en el periodo de 1934-1962 se realizaron fuertes intervenciones desde el gobierno federal en materia de transporte. Las políticas de vías rápidas o *highways* se concentraron en los ensambles entre las ciudades y los suburbios para movilizar a los nuevos residentes. En el proceso, muchas de estas vías rápidas fueron construidas en medio de vecindarios existentes y se convirtieron en fronteras entre los distritos financieros y barrios pobres de las minorías. El peor de los daños causados por Rober Moses a South Bronx fue la separación de la zona norte con el Cross Bronx Expressway, conocido como “el Cross Bronx”, que partió el Bronx en dos y obligó a miles de familias a retirarse hacia el norte. La idea de fondo es la más peligrosa, porque Moses pensó el progreso de Nueva York a partir del automóvil y la solución de grandes distancias en lugar de aumentar el transporte colectivo e incrementar las líneas y estaciones de metro.

Para el caso concreto de South Bronx, el programa de extensión de las líneas de tren hacia el norte, en dirección a los suburbios de Westchester, implicó atravesar el Bronx y establecer nuevos vínculos desde la estación Grand Central en Manhattan, pero sin estaciones intermedias en South Bronx. A medida que las líneas se extendían, la población se fue mudando al norte. De hecho, desde el principio, cuando Frederick Law Olmstead diseñó las primeras líneas en 1877, el sistema conectaba Harlem con la 145th Street, rodeando South Bronx para retornar a Manhattan por la travesía lateral. La finalidad del sistema de movilidad era, sin duda alguna, extenderse lo más lejos posible para promover nuevos suburbios y evitar las zonas del Bronx (González, 2004:51).

Como parte del trabajo etnográfico, y en razón de las primeras dos semanas con alojamiento en Pleasantville, en el norte de la Ciudad de Nueva York, se experimentaron los recorridos diarios en el Metro North Railroad (MTA) que conecta la Grand Central con Wassaic y que comunica a gran parte de los profesionales entre su residencia habitual en los suburbios y su trabajo diario en Manhattan. El detalle más importante respecto al MTA es la imposibilidad de descender en South Bronx⁴¹, de manera que, si se quiere acceder desde los suburbios a South Bronx se tiene que descender hasta Harlem/125th Street para luego remontar utilizando el metro. La única posibilidad, aunque con pocas corridas en el día, es cambiar de tren antes de llegar al Bronx, para elegir una corrida que se detenga en todas las estaciones de la zona, incluyendo Tremont y Melrose, en el extremo norte de South Bronx.

Además de los trenes periurbanos, existe en Nueva York el sistema de metro. El metro llegó a Bronx en 1905, 15 años más tarde que en los otros *boroughs*. Debido a que las compañías de transporte y la ciudad establecían valoraciones sobre quién debería tener el servicio, quién debía construirlo, quién debía pagarlo y por dónde habría de pasar las posibilidades de Bronx se redujeron respecto a las negociaciones de las rutas, de si se hacía subterráneo o no y otros detalles relacionados con la planificación de las estaciones. Finalmente se consiguió la construcción de las líneas 4, 5 y 6, pero con grandes problemas de ruido y contaminación ambiental a causa de la estructura superficial que fue implementada por su menor costo económico. Los meses del trabajo

41 Aunque hay dos estaciones por las que se podría acceder a South Bronx en el MTA, que son Melrose y Tremont, los trenes que sirven los tramos lejanos como Southeast y Wassaic no se detienen en la zona de Bronx.

de campo en South Bronx, con residencia en Jennings Street y a media cuadra del paso de las líneas de metro 5 y 6 sirvieron para corroborar el ruido y las constantes irregularidades en el servicio de transporte. Los fines de semana, por ejemplo, se suspendió varias veces el servicio de metro para sustituirlo por autobuses urbanos que atravesaban únicamente la zona de South Bronx para conectar con estaciones donde el servicio de metro seguía constante.

Si se considera que los problemas de movilidad y de empleo de South Bronx han sido constantes desde fines del siglo xx se puede inscribir las problemáticas urbanas en las dinámicas culturales y la descalificación laboral desde la falta de vinculación entre la educación y los nuevos contextos tecnocientíficos. Sucede que a medida que el sector de servicios fue ganando fuerza respecto a los empleos industriales y manufactureros de la primera mitad del siglo xx, la cualificación y los niveles de profesionalización se volvieron condicionantes para el trabajo. Thomas Piketty, en su famoso libro *Le capital au xx^e siècle* (2013), afirma que uno de los principales determinantes de la desigualdad es la falta de correspondencia entre el sistema educativo y el auge de la tecnología, que desplaza de la posibilidad de participación en el empleo a los menos cualificados. El aumento de educación privada y los procedimientos de selección de personal tienden a construir modelos de profesionistas de acuerdo con la institución donde se forman los profesionistas, pero también al territorio de procedencia y a la apariencia física.

En South Bronx la caída del sector manufacturero y la nueva economía en el sector de servicios exigía una profesionalización distinta a la *expertise* de sus habitantes. El resultado inevitable fue el desempleo de la mayoría de los pobres urbanos porque la oferta educativa de sus escuelas ya no correspondía con los niveles que el mercado del empleo exigía, sobre todo por los bajos niveles en el sector cultural y la innovación tecnológica. Para completar el cuadro, en 1974 la New York University abandonó su campus del Bronx. Este fracaso en el sistema educativo y la menor accesibilidad de la profesionalización se sumaron a la desintegración urbana y detonaron la crisis social de South Bronx a principios de 1980. Hamilton resume las causas de la decadencia con el siguiente listado: la continuada depresión y aumento del desempleo, la alienación endémica de los jóvenes, el fracaso del sistema educativo, el abandono de los edificios residenciales, el aumento en el índice de crímenes y la caída de la industria y las microempresas (1981:6).

Tabla 2. Relación de etnicidad, pobreza, desempleo y nivel educativo en Nueva York/ Bronx/South Bronx 2005-2009

	Etnicidad	Ingreso promedio en US dls	Pobreza	Desempleo	Educación menor a high school
Nueva York	Promedio NY	50,173	18.6%	8.2%	21.0%
	Hispano	34,467	27.4%	10.2%	38.0%
	Afroamericano	39,927	21.3%	11.4%	20.9%
	Blanco	62,517	13.4%	6.2%	14.9%
	Asiático	53,173	17.5%	6.7%	24.8%
Bronx	Promedio Bronx	33,794	27.9%	11.1%	31.3%
	Hispano	27,331	34.6%	11.6%	41.9%
	Afroamericano	35,866	25.1%	12.4%	24.4%
	Blanco	40,591	20.4%	9.4%	28.0%
	Asiático	48,466	21.6%	6.5%	23.4%
South Bronx	Promedio South Bronx	23,073	39.2%	13.9%	41.2%
	Hispano	21,607	41.1%	13.4%	48.3%
	Afroamericano	26,366	36.2%	15.7%	30.2%
	Blanco	19,552	39.0%	14.4%	47.7%
	Asiático	31,659	34.8%	6.8%	28.1%

Fuente: U.S. Census Bureau, 2005–2009 American Survey.

Si se observan las relaciones entre el desempleo, la educación y la precariedad y se comparan de acuerdo con el territorio se hace notoria la diferencia entre el promedio de Nueva York y el de South Bronx. De acuerdo con el reporte del U.S. Census Bureau de 2005-2009, mientras el 79% de neoyorkinos tiene una educación mínima de *high school*, en South Bronx sólo el 58.8% llega hasta ese nivel, y el ingreso promedio de los habitantes de South Bronx (US\$ 23,073) no llega siquiera a la mitad de los US\$ 50,173 de los neoyorkinos. Si a esto se agregan las diferencias de acuerdo con el grupo étnico es sorprendente cómo, mientras sólo el 14.9% de blancos neoyorkinos tiene estudios menores a *high school* en South Bronx el 48.3% de hispanos no alcanza este nivel educativo, y mientras los hispanos de South Bronx tienen un ingreso anual de 21,607 dólares, los blancos neoyorkinos ganan 62,517 dólares correspondientes al 289% del ingreso de un hispano de South Bronx (tabla 2).

A la influencia de políticas urbanas sobre las desigualdades en acceso al empleo y la educación se suman los factores culturales discriminatorios como la raza y la talla. Por eso no sorprende que en South Bronx el problema de obesidad se vea relacionado con el desempleo o del empleo en sectores que exigen menos profesionalización. Wendy, que admite su sobrepeso actual y un pasado con problema de obesidad, acepta la idea de que la talla corporal es determinante del empleo porque “¿Cómo van a trabajar [esas mujeres] si les estorba la panzota?” (Wendy, comunicación personal, 20 de junio de 2015).

La discriminación por obesidad, igual que la reprobación de la precariedad, tiende a justificarse con la idea de que las condiciones de vida son responsabilidad individual. En esta línea, una mujer pobre y obesa debería culparse a sí misma por no trabajar y por no corresponder con las normas corporales. De fondo, subyace la idea de que la *equality* estadounidense consiste en que todos los seres humanos se enfrentan a los mismos riesgos económicos y de salud, y que el desempleo y la gordura son inadmisibles frente al mérito de los esbeltos profesionalmente activos. No hay que olvidar que la última encuesta de la American Society for Metabolic and Bariatric Surgery y el National Opinion Research Center revela que dos de cada tres estadounidenses consideran que la obesidad se debe a la falta de voluntad individual respecto a la alimentación y la actividad física (NORC, 2016).

El problema de la discriminación por obesidad y su vinculación con la precariedad es muy complejo, pero se pueden observar algunas constantes en la cultura estadounidense. En una encuesta sobre discriminaciones en Estados Unidos se observa que la obesidad es una causa de discriminación apenas inferior a la raza y la edad. Casi el 60% de los encuestados declara haber sido discriminado en relación con el empleo a causa de la talla corporal. Además, en el caso de las mujeres la discriminación por obesidad es más importante que la discriminación racial y las diferencias entre hombres y mujeres son importantes: mientras que el 10% de mujeres con sobrepeso declara discriminación, la cifra asciende a 20% de mujeres con obesidad y 45% con obesidad mórbida; en el caso de los hombres, sólo declaran haber sido discriminados el 3% de hombres con sobrepeso, el 6% de hombres con obesidad y el 28% con obesidad mórbida, lo que indica no sólo la mayor tolerancia sino que la discriminación por obesidad en los hombres inicia en un rango de talla mucho más elevado (Puhl, 2009).

La profundización en la discriminación laboral y su vínculo con la obesidad no es el interés central de este estudio, sino las relaciones

urbanas en que se teje la problemática y la manera como las mujeres se convierten en el grupo más vulnerable. La atención se dirige a las políticas económicas y urbanas en el contexto de la globalización y los procesos de descalificación social generados entre las dinámicas urbanas y las dimensiones educativa y laboral. En el caso de South Bronx la precariedad aparece como un proceso largo de desintegración social y urbana donde la caída del empleo se conjuga con desigualdad en acceso a la educación superior y la discriminación por diferentes aspectos culturales, entre los que la corpulencia y la gordura se vuelven fundamentales.

La Courneuve. La *mixité* en la escuela y la igualdad de posiciones⁴²

La población total de Francia oscila en torno a los 65 millones de habitantes. Las estadísticas oficiales indican que entre 8 y 10 millones habitan en vecindarios populares y que la mitad de estos vecindarios están considerados como “zona urbana sensible” (ZUS), lo que equivale al 7% de la población francesa viviendo en condiciones de precariedad y bajo la lupa constante de las políticas urbanas que se orientan a partir de las ZUS. Además, lo característico de las ZUS, dicen Kokoreff y Lapeyronnie, es que por lo general se trata de vecindarios populares, de *banlieue* cuya población es “más joven, más pobre, menos educada y más afectada por el desempleo y los problemas de salud que la media nacional” (2013:14).

Los reportes estadísticos sobre los que se clasifican las ZUS como La Courneuve se basan en mediciones como el desempleo, la educación, la profesión y los hogares monoparentales. El problema de las estadísticas es que no son capaces de ofrecer una imagen completa de la realidad urbana porque no aparecen, por ejemplo, las dinámicas de solidaridad y las interacciones culturales que marcan diferencias importantes respecto al desempleo, la configuración de los hogares y los modos de integración social. De aquí la importancia de abrir el conjunto de factores que se consideran para definir la precariedad de

42 En *Les places et les chances: Repenser la justice sociale* (2010), François Dubet explica cómo en el sistema escolar se profundizan las desigualdades y la manera como las posiciones determinan las oportunidades. Se retoma la propuesta de traducción de Alfredo Grieco y Bavio en *Repensar la justicia social: contra el mito de la igualdad de oportunidades* (2011), en la que optó por “igualdad de posiciones” para traducir “*égalité des places*” e “igualdad de oportunidades” para traducir “*égalité des chances*”.

la *banlieue* francesa para incluir otros aspectos que imprimen su carácter propio a un contexto tan particular como el de La Courneuve.

A pesar de los esfuerzos del urbanismo francés por atender de forma intencionada las problemáticas de las zonas periurbanas, las declaraciones de los habitantes de *banlieue* siguen manifestando un trato desigual respecto a las áreas céntricas de las ciudades. Además, los aspectos como la inmigración, la multiculturalidad y las prácticas religiosas definen fronteras espaciales no siempre evidentes entre franceses y no franceses, que desembocan en la justificación de desigualdades de empleo, de educación y de salud. Desde lo urbano, en el caso de La Courneuve se suele entender la precariedad y las desigualdades sociales como un momento obligado en el proceso de asimilación al modelo francés republicano. En esta lógica, se supondría que la precariedad es una condición temporal que desaparecería en la medida que se avance o no respecto a la asimilación cultural con el modelo dispuesto por la República Francesa. De esta manera, se podría entender lo urbano obesogénico y la discriminación social por obesidad desde las tensiones resultantes de los procesos de incorporación al estilo de vida y la correspondencia con la figura corporal esbelta que caracteriza al mundo parisino.

En cuanto a las políticas urbanas y su papel en los procesos de precarización de la *banlieue*, el mismo proceso de desindustrialización y pérdida de empleo que se observó en South Bronx entre 1960 y 1980 se repitió en La Courneuve entre 1970 y 1985. Las empresas como Babcock, Mécano, Lemerle-Haumont, Sohier y Fauré entre otras, que se habían ido instalando a lo largo de la vía férrea desde finales del siglo XIX y que explican el dinamismo de La Courneuve y los procesos acelerados de urbanización como el proyecto de Los 4000 se fueron retirando poco a poco hasta convertirse hoy en un proyecto reciente de recuperación del patrimonio histórico y la memoria de los habitantes.

Mientras el discurso de los habitantes sostiene que en La Courneuve el desempleo es el elemento más importante para entender la precariedad, algunos autores consideran más bien que la organización social en relación con el empleo, como un legado de la sociedad industrial, ya no tiene ninguna referencia. Dubet y Lapeyronnie, cuando analizan la *banlieue*, dicen que para los jóvenes franceses el desempleo ya no hace referencia con el trabajador como un personaje formado y en espera, "como si se tratara de un soldado listo para la guerra", porque ya no existe una vinculación entre la formación y la oferta

laboral. Los autores explican que, mientras en la sociedad industrial la estructura de explotación hacía que la pobreza de unos sirviera para el enriquecimiento de otros, hoy la pobreza y la exclusión de unos ya no tiene ninguna utilidad para los otros, y los problemas de las *banlieues* ya no tienen ninguna relación con el mundo obrero estructurado socialmente desde el empleo (Dubet y Lapeyronnie, 1992:27).

La educación y su falta de relación con el empleo es una de las principales explicaciones de los procesos de exclusión social de la *banlieue* francesa. En La Courneuve ya desde 1965 el alcalde adjunto se quejaba de que la comuna hubiera tenido que construir 14 escuelas sin apoyo de París. Allí mismo, indicaba que a pesar de estos esfuerzos en las escuelas había grupos de hasta 59 alumnos y que se tenía que negar la entrada a muchos niños por falta de espacio. Y por si fuese poco, el político indicaba que la construcción de escuelas se hacía con técnicas de prefabricado y no dotaba a los establecimientos con las condiciones de una construcción definitiva, que no había suficientes profesores y que la inasistencia de los mismos era una constante (Chardon, 1965).

Manuel, cuya familia migró a La Courneuve a raíz de la industrialización y la búsqueda de mano de obra, relata las dificultades que encontraban los extranjeros para insertarse en la escuela y en general en la sociedad francesa. Dice:

En la escuela nos miraban como si fuéramos unos mugrosos. Era difícil explicar de dónde veníamos y todo lo que estábamos viviendo en las ciudades miseria donde nos tenían alojados. Yo, extranjero, no sabía decir nada [en francés]. Mi madre aprendió viendo la televisión en las tardes que pasaba bajo el cobertizo. Teníamos para eso una batería, y las lámparas de la autopista eran nuestra única luz. ¡Era increíble que todavía estuviéramos en el siglo de las velas! (Gravayat, 2015:8).

En 1969 el alcalde de La Courneuve presentaba los detalles del gasto público y se quejaba de que la comuna tuviera que costear la mayor parte de la construcción de escuelas y espacios deportivos. Indicaba que ese año el 31% del gasto público había sido en educación, el 29% en cultura y el 14% en deporte, lo que implicaba una reducción considerable del presupuesto para atender los servicios de higiene y de salud o las intervenciones sociales y urbanas (Houdrement, 1970:7). Entre 1970 y 1990 los problemas se fueron acumulando. Y luego vino la década de 1990, que constituyó un periodo decisivo respecto a la

educación y los problemas de integración sociourbana de La Courneuve. Es en este periodo cuando comienza a evidenciarse el fracaso del sistema escolar por el incremento en el abstencionismo y la violencia en las escuelas. Jazouli dice que al mismo tiempo que el abstencionismo se volvió "masivo", los pleitos a la salida de la escuela se convirtieron en "moneda corriente", se multiplicaron los robos a los establecimientos escolares y culturales y los profesores que no renunciaron trabajaban bajo la presión del miedo (1992:140). Estas problemáticas marcarían las dinámicas escolares de la última década del siglo XX y la búsqueda de soluciones que se han ido implementando en la primera década del siglo XXI bajo la noción salvífica de la *mixité sociale*.

Tabla 3. Relación de pobreza y nivel educativo en Los 4000-La Courneuve-París

	Nivel de estudios	Padres con situación muy favorable*	Padres con situación favorable**	Padres con situación media***	Padres con situación desfavorable****
París	Educación básica	32.3%	12.1%	27.5%	28.1%
	BTS (técnica)	20.7%	13.4%	28.5%	37.4%
	Secundaria	32.3%	11.9%	28.2%	27.7%
	Preparatoria	42.2%	13.0%	24.4%	20.4%
La Courneuve	Educación básica	4.4%	5.4%	28.1%	61.8%
	BTS (técnica)	4.1%	5.3%	25.3%	65.3%
	Secundaria	4.4%	5.7%	29.9%	60.0%
	Preparatoria	6.0%	5.8%	28.5%	59.7%
Los 4000	Educación básica	2.7%	4.2%	25.8%	67.3%
	BTS (técnica)	1.3%	2.6%	24.7%	71.4%
	Secundaria	2.6%	4.3%	27.9%	65.0%
	Preparatoria	3.3%	5.0%	27.1%	64.6%

* Jefes de empresas con diez empleados o más, empresarios o profesionales de la educación superior.

** Profesiones intermedias.

*** Agricultores, artesanos, empleados y comerciantes.

**** Obreros, empleados jubilados, desempleados y personas sin actividad profesional

Fuente: Direction de l'évaluation, de la prospective et de la performance [DEPP] 2011.

La idea de *mixité sociale* ha llegado al ámbito educativo y en los últimos años se habla específicamente de *mixité sociale à l'école* no solamente en Francia sino en varios países de la OCDE. Pero el rol de la educación respecto a la exclusión socioespacial es paradójico: se considera que la educación es el principal factor de integración para ayu-

dar a las categorías sociales más desfavorecidas, pero al mismo tiempo incluye una estructura de selección que refuerza las desigualdades a partir de los niveles de escolaridad (tabla 3). Sobre esta misma idea, algunos autores critican el modelo de educación francés que se funda sobre la defensa de la tradición republicana. Dicen que la educación francesa se practica sobre principios de homogeneidad y tratamiento por igual a públicos desiguales y que los principales problemas se pueden evidenciar en el caso de la tradición islámica (1992:35).

Rania dice que los problemas de la escuela fueron aumentando poco a poco para los inmigrantes que llegaron a La Courneuve. Relata:

Nosotros no teníamos problemas porque los franceses querían descubrir un poco sobre las nacionalidades que habían llegado, nuestras maneras de vivir. Pero hoy en día, con el hecho de que [uno] habite en el 93⁴³, las escuelas tienen 80% de árabes y de *blacks*. En una clase hay tres o cuatro franceses, y el resto son malienses, marroquí, argelinos. Nosotros no nos sentimos franceses, y [los franceses] quieren que regresemos a nuestro país. Porque aunque uno venga para acá, uno no es francés, es difícil... [porque] uno es árabe, marroquí... (Rania, 2016).

Por otro lado, debe considerarse el papel que juega la configuración urbana en la separación que existe entre París y su *banlieue*. Tanto las redes de transporte colectivo como las carreteras siguen una lógica eminentemente distintiva entre los 20 *arrondissements*⁴⁴ de la capital francesa y la zona periurbana. Al igual que South Bronx, las redes de transporte que atraviesan La Courneuve no ayudan y al contrario perjudican la integración de la zona. Es impresionante cómo un territorio urbano tan próximo de París y atravesado por una carretera nacional como la A86 y varias circulaciones importantes como la A1 no se beneficia de esta infraestructura vial. La salida de la A1 que va de París hacia el norte de Francia obliga a rodear La Courneuve y a acceder desde sus límites con Stains para poder llegar por Los 4000. La A86, limitada en acceso a la zona de 4 Routes, implica la misma dinámica de rodeo sobre la periferia parisina en la segunda corona paralela al periférico. Además, el proyecto Le Grand Paris que anuncia la creación de varias

43 El Departamento 93, correspondiente a Seine-Saint-Denis es uno de los territorios de mayor precariedad en Francia y probablemente el más estigmatizado a nivel nacional e internacional.

44 La organización de la ciudad de París se basa en 20 jurisdicciones independientes a la manera de los *boroughs* neoyorkinos, que en el caso francés se conocen como *arrondissements* y que suelen traducirse, sólo de forma impropia, como distritos.

líneas de metro hasta 2030, en lugar de conectar con el centro de la ciudad no hace sino conectar los vecindarios de precariedad uno con otro, en una corona continuada alrededor de la capital.

Thibault de Saint Pol, en la presentación del *9e Baromètre Défenseur des droits / OIT-Apparence Physique*⁴⁵ (2016) en París, resaltó la importancia que tiene la corpulencia como causa de rechazo para el empleo y la vinculación con la apariencia física de las minorías. De acuerdo con el estudio de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) para Francia, la gordura es la tercera razón para no ser contratado, sólo después de la estatura y la falta de atractivo físico, y antes que el arreglo personal y la vestimenta. Entre las personas que declararon ser discriminadas por su apariencia física, el 30% son mujeres obesas y el 13% son hombres obesos. De acuerdo con los datos observados por de Saint Pol, el 34% de mujeres con obesidad y el 11% de mujeres con sobrepeso declara haber sido discriminada en la entrevista de empleo, mientras que para el caso de los varones es el 25% de los hombres con obesidad y el 5% de los hombres con sobrepeso. La explicación que sugieren los datos es que la presión social que concierne a la apariencia física es más fuerte sobre las mujeres, y que los diferentes oficios corresponden con estereotipos de apariencia donde el cuerpo redondeado se puede pensar de un carnicero, pero no de una recepcionista.

Lomas del Sur. Informalidad, desafiliación y pobreza de tiempo

Tanto South Bronx como La Courneuve revelan las implicaciones de lo urbano en la educación y el empleo, considerados como motor de ascenso social, y que también son factores importantes para la comprensión de la precariedad y la vulnerabilidad de las mujeres. Además, la intersección de la precariedad con la apariencia corporal y con la discriminación por obesidad extienden los observables del campo socioeconómico hacia cuestiones culturales que por lo general se omiten en los datos estadísticos. Si la desindustrialización, considerada como causa primordial del empobrecimiento de South Bronx y La Courneuve, no puede aceptarse en sí misma como el factor determinante es porque el problema más extenso de la sociedad salarial se teje con

⁴⁵ Estudio realizado sobre una muestra de 998 solicitantes de empleo con edad entre 18 y 65 años, representativos de la población que busca trabajo e interrogados mediante cuestionario auto-administrado en línea entre el 27 de octubre y el 18 de noviembre de 2014.

las condiciones urbanas y culturales que le dieron forma. Desde esta perspectiva, aunque Lomas del Sur sea un escenario reciente de la precariedad territorial, que no pasó por los procesos de industrialización y la manufactura, se puede establecer una comparativa directa desde las consecuencias de la desintegración social, ocasionadas por el paso del mundo obrero a las nuevas dinámicas laborales que dan preferencia al sector de servicios y la mano de obra tecnológicamente actualizada.

Queda claro, después de analizar el desempleo y la descalificación social que está de fondo en la precarización de South Bronx y La Courneuve, que más que un problema de empleo y de salarios, cada vez más limitados, se trata de un entorno “donde los ingresos sufren manipulaciones constantes [y] donde la flexibilidad del empleo, la gentrificación y las migraciones, han destruido las formas de sociabilidad de la vida proletaria” (Federici, 2016:23). Lomas del Sur abre la puerta a una lectura reciente de estos cambios desde los mundos que se generan cuando lo urbano absorbe problemáticas socioeconómicas anteriores. En definitiva, los mecanismos de descalificación social que constituyen la precariedad de South Bronx y La Courneuve no hacen sino actualizarse en las nuevas figuras urbanas de Latinoamérica, dibujadas en sus fraccionamientos populares.

El fraccionamiento Lomas del Sur, iniciado en 2002 en la zona periurbana de Guadalajara y dentro del municipio de Tlajomulco, es uno de los territorios de mayor precariedad en términos de urbanismo y de empleo. Revisando los datos del INEGI 2010 para la totalidad del municipio de Tlajomulco, del total de población ocupada (178,178 personas), el 37.8% lo hace en el sector servicios, el 16.9% en el sector comercial, el 35.2% en el sector secundario y sólo el 7.7% en el sector primario. De entre estos, el 7.2% recibe menos de un salario mínimo y el 11.5% recibe entre uno y dos salarios mínimos; y en cuanto a las ocupaciones, el 44.8% es comerciante o trabaja en diversos servicios, el 30.2% son trabajadores de la industria, el 20.7% son profesionistas, técnicos o administrativos y únicamente el 2.4% son trabajadores agropecuarios.

A partir de estos datos y de la inexistencia en el fraccionamiento de oportunidades formales de empleo más allá de lo que pudieran representar algunas franquicias comerciales (seis establecimientos) y algunos servidores públicos como en el caso del DIF y la oficina de policía, casi todos los trabajadores de Lomas del Sur tienen que desplazarse todos los días para llegar a su lugar de trabajo. La edificación de desarrollos habitacionales fuera de la mancha urbana y la movilidad

cotidiana de los habitantes para trabajar en Zapopan o Guadalajara ha dado pie al eslogan de “ciudades dormitorio” para referirse a estas nuevas ciudadelas. No obstante, y rebasando el discurso simple, es necesario pensar que no todos los que habitan en Lomas del Sur son trabajadores; en efecto, si se toma en cuenta que el 41% de la población son niños, y que muchas de sus madres no pueden salir a trabajar porque se dedican a las actividades domésticas y de cuidado, habría que contemplar la posibilidad de que más de la mitad de los habitantes del fraccionamiento permanecen allí de forma constante.

Por otro lado, si se consideran las implicaciones que tiene salir de Lomas del Sur todos los días para ir a trabajar, las distancias que hay que recorrer, además de las deficiencias del servicio de transporte público y la precariedad del tiempo que implica dedicarle hasta cinco horas diarias al trayecto desde el hogar hasta el lugar del empleo, la noción de “ciudades dormitorio” comienza a venirse abajo. De hecho, considerando las jornadas laborales de ocho horas, e incluyendo el tiempo de los recorridos y las demás actividades, cabe preguntarse sobre la cantidad de horas que duermen los habitantes que mantienen un ejercicio laboral, así como la representatividad del tiempo real que pasan en Lomas del Sur.

Al describir la infraestructura de transporte desde el ejercicio etnográfico y los recorridos diarios entre los meses de marzo-mayo 2015, conviene rescatar los siguientes detalles: como el horario más común para empezar a trabajar en Guadalajara es entre las 8:00am y las 9:00am, se puede entender que los horarios más complicados para desplazarse desde Lomas del Sur hasta Guadalajara van desde las 5:00am hasta las 8:00am porque el tiempo promedio para llegar es de 1.5 horas una vez que se asegura el espacio en un utobús urbano. Del mismo modo, el regreso comienza a complicarse a partir de las 5:00pm, horario en que el hacinamiento en los camiones se repite, esta vez en la estación del Periférico Sur, de donde sale la mayoría de unidades de transporte que va hasta Tlajomulco, pasando por el fraccionamiento.

Si al tiempo transcurrido en el recorrido en autobús urbano entre Lomas del Sur y el Periférico (que por las mañanas sólo llega hasta la estación Sur del tren ligero) se agrega la necesidad de un segundo o hasta un tercer autobús urbano para poder llegar hasta el lugar de trabajo, se puede calcular una media de dos horas para llegar y otras dos para volver. Haciendo un cálculo rápido, se puede pensar que la suma del tiempo de la jornada de trabajo y el desplazamiento oscila entre

12 y 15 horas, reduciendo en gran medida tanto los tiempos para el descanso, la recreación y el interés por la participación social a causa de la fatiga física y emocional. A veces se acusa a los habitantes de fraccionamientos populares como Lomas del Sur de su poca voluntad política y de la falta de participación en las movilizaciones. Aunque es una problemática compleja, desde la experiencia etnográfica, y debido a la precariedad de tiempo además del estrés que se experimenta todos los días al no saber si se llegará a tiempo al trabajo por causas de la calidad del servicio, se puede afirmar que la carga física y mental que se imprime sobre las personas con vida laboral de Lomas del Sur anula el interés por cualquier otra cosa que implique más tiempo y más energía.

Una alternativa para muchas mujeres de Lomas del Sur es trabajar por las noches. Varias empresas maquiladoras envían sus autobuses para transportar empleados que viven en el fraccionamiento. La mayoría son mujeres, y entre estas, las que tienen hijos suelen trabajar en el turno de la noche para llegar al amanecer, preparar a sus hijos para ir a la escuela, llevarlos al centro educativo y regresar a su casa para dormir unas horas. La gran paradoja de este modelo de urbanización que supondría una concentración de hombres y mujeres que sólo se presentan para dormir es que el índice de niños, la precariedad del transporte y el trabajo femenino en el turno de la noche descomponen el mito de las llamadas erróneamente "ciudades dormitorio". Quizá sea que las ideas urbanizadoras de planeadores como Robert Moses llegaron tarde a Guadalajara y que el ideal de "vida en suburbio" siga teniendo efecto en las aspiraciones de muchos tapatíos. O tal vez la industria inmobiliaria se nutre de modelos importados para recrear el proyecto de ciudades jardín de bajo costo y sin la infraestructura carretera que las caracterizaba. En todo caso, y a diferencia de South Bronx y La Courneuve, Lomas del Sur presenta una distancia física real e infranqueable por las deficiencias de políticas urbanas, más que culturales.

La distancia media entre el fraccionamiento Lomas del Sur y el centro de Guadalajara es de 22 km, y de 15 km de Lomas del Sur a la estación Periférico Sur del tren ligero. La mayoría de los habitantes de Lomas del Sur utiliza el transporte público para hacer sus recorridos. Si se agrega a esto que la temporalidad entre las unidades de transporte puede variar desde cada cinco minutos para la ruta 619 o cada 40 minutos para la ruta 182, y que no existen más que tres paradas oficiales en el fraccionamiento aunque los camiones no dan la parada cuando

vienen llenos, la dificultad para desplazarse en transporte público hace de los viajes a Guadalajara toda una odisea.

Las implicaciones de las deficiencias de infraestructura vial en la desintegración social y cultural son importantes. Para la mayoría de los residentes de Lomas del Sur la continuidad de las relaciones familiares se vio afectada cuando se mudaron al fraccionamiento. Alejandra, por ejemplo, declara: "Como nosotros no tenemos en qué movernos, casi nunca vamos a visitar a la familia que vive en Guadalajara. Hasta 'orita no han salido fiestas familiares, pero cuando salen preferimos ir y quedarnos con mi papá; y ya de ahí nos juntamos" (Alejandra, 2015). Pocos días después, Diana comentaba: "Tiene mucho que no vamos a Guadalajara, pero cuando quiere uno ir al centro a llevar a los niños, o a comprar algo que se ocupa de allá, hacemos casi dos horas. A veces esperamos el camión más de una hora, o lo que hacemos es que tomamos dos [camiones] al tren, y ya del tren transbordamos" (Diana, 2015).

Perla, madre de tres hijos varones, cuenta que cuando llegó a vivir a Lomas del Sur:

no había ni tiendas, ni dónde comprar comida y todo eso [...] Cuando iba para'llá de allá me traía comida. Pos es que me iba de aquí a las 10 de la mañana pa' alcanzar a llegar a la escuela. Con los dos niños [...] Me iba, los dejaba y me quedaba en la casa de mi hermana. Entonces mientras ellos estaban en la escuela yo iba y compraba mi comida, la ponía en el refrigerador ahí con mi hermana y cuando ellos salían yo ya tenía todo listo para venirme. Llegaba a las diez y media de la noche aquí. Que no había tanto transporte. Me iba a las nueve y media porque nomás estaba el 275 y no entraba. Hasta allá nos dejaba en la entrada. Pos nos íbamos caminando. Desayunábamos aquí, y allá mi hermana ya me estaba esperando para que comieran antes de entrar a la escuela. Porque llegábamos a la una, cuando muy temprano. Y en la noche también les tenía algo preparado porque salían a las seis y media. Ya les picaba fruta en un "toper" y en el camión "vete comiendo"... porque nos dormíamos en el camión y de aquí a que llegábamos... Y pa' la tarea, en la mañana, en lo que estaban desayunando y haciendo tarea. Y así medio año nomás. En lo que los pude meter aquí en la escuela... y ya ahorita uno está en la prepa en Tlajomulco... porque pos aquí no hay prepa, y el otro en la primaria... y pos el otro ya trabajando, ya terminó la prepa, ¡gracias a Dios!(Perla, comunicación personal, 29 de abril de 2015).

La urbanización acelerada y la concentración poblacional en fraccionamientos de Tlajomulco ha hecho imposible para el municipio la gestión escolar. En fraccionamientos como Lomas del Sur el número de planteles se ve rebasado por la demanda y las familias tienen que enviar a sus hijos a otros lugares como la cabecera municipal o inclusive hasta Guadalajara. A las 5:00 am, en los autobuses urbanos que van a Guadalajara se suben niños de primaria con sus mochilas y uniformes, con frecuencia acompañados de sus mamás, o muchos jóvenes que se bajan al llegar a Periférico y corren para cambiar a una ruta que les conecte con sus destinos. Una vecina, por ejemplo, me explicó cómo se organiza con otras dos señoras de la cuadra para mandar todos los días a Manuel, su hijo de secundaria, en un mototaxi que lo lleva junto con otras dos niñas hasta la cabecera municipal. Manuel piensa que allá la secundaria es mejor y su papá prefiere que salga de Lomas del Sur para que no se junte con “los malandros del barrio”.

Los procesos de precarización de las últimas décadas tienen una fuerte vinculación con el deterioro de los sistemas educativos. Si en South Bronx el problema es de *equality* por las desigualdades en los tipos de formación y la descalificación social, en La Courneuve es más un problema de *mixité* a raíz de la multiculturalidad y la desorganización social por estatus socioeconómicos y en Lomas del Sur es un asunto de accesibilidad en razón de distancias, tiempos y espacios. En los tres territorios se puede observar que, en las últimas décadas, a medida que las desigualdades sociales se incrementan, el sistema educativo se revela insuficiente, sobre todo cuando se introducen los dos fenómenos más recientes que configuran la realidad actual: las migraciones y la inserción laboral de las mujeres.

En cuanto a la inserción laboral de las mujeres en México, hasta la década de 1970 se consideraba en las políticas públicas que los hombres eran los “agentes productivos, proveedores y jefes de familia” y que el apoyo a las mujeres respecto a la seguridad social y las políticas públicas estaría dado en cuanto “esposas e hijas” (Tepichin, 2010:26). La creciente participación de las mujeres en el mundo laboral se dio en parte por el impulso de los movimientos feministas y la apertura de plazas, pero sobre todo por las presiones económicas de las crisis que se acentuaron a principios de la década de 1980, cuando la aportación del trabajo femenino fue definitiva no sólo en México sino en general en América Latina. El problema desde las políticas públicas, siguiendo a Tepichin, es que la labor de las mujeres en las actividades

de producción económica reprodujeron las jerarquías de género y no se trascibieron en una participación plena e igualitaria entre hombres y mujeres.

A estas desigualdades de carácter político y cultural se agregan las especificidades de las percepciones subjetivas sobre las diferencias de género, de procedencia territorial y de apariencia física, que tanto en South Bronx como en La Courneuve y Lomas del Sur se vuelven una limitante. Si por un lado la sociedad meritocrática premia las desigualdades impulsadas en el sistema educativo al jerarquizar a los alumnos de acuerdo con un puntaje, por otro lado se modula la integración en las dinámicas económicas como el trabajo de acuerdo con valoraciones socioespaciales. Una estudiante universitaria de La Courneuve afirma que los habitantes de allí tienen cuatro veces menos la oportunidad de conseguir un empleo a causa de su código postal, y cuenta que en una entrevista de empleo en París, al ver su dirección la rechazaron diciendo: “¿La Courneuve? ¿Pero cómo vas a hacer para venir desde tan lejos?”, me dijeron, y yo les expliqué: ‘Pero si La Courneuve está pegada a París’” (Sonia, comunicación personal, 3 de octubre de 2015).

Si el siglo XIX fue considerado, a partir de Foucault, como el siglo compartido entre normales y anormales, Saillant considera que esa misma distinción se podría hacer para los siglos XX y XXI entre productivos (autónomos) e improductivos (dependientes), con una marcada tendencia a la exclusión de los improductivos a los que Arendt identificaba como “trabajadores sin trabajo” (2003:7). En un mundo donde se sigue apelando al trabajo como condición de seguridad social y garantía para acceder a los servicios de salud, pero donde el trabajo ha perdido toda su fuerza como generador de bienestar, la responsabilidad de la precariedad y la enfermedad se deposita en los individuos. Ser obeso, en este contexto, no se considera como un problema de las políticas económicas y menos del urbanismo, sino de las malas decisiones respecto a la alimentación y la actividad física. Si además de ser obeso se es mujer, el deterioro del entorno y el desmantelamiento de los sistemas sociales aceleran los procesos de precarización y su concentración en territorios donde el *boom* inmobiliario ha mostrado sus límites.

No obstante, para entender lo obesogénico del urbanismo y las desigualdades sociales de salud, hay que considerar los límites explicativos de los factores socioeconómicos. Es necesario incluir, a la dimensión socioeconómica, el análisis de los comportamientos de sa-

lud y la influencia de los factores ambientales para entender cómo se constituyen las condiciones de vida y de trabajo (ESS, 2016:4). Por otro lado, hay que notar la mayor prevalencia de comportamientos poco saludables entre los habitantes de medios sociales aun en los países más ricos (INSERM, 2014:44-45). Si se parte de un conjunto de comportamientos considerados como aceptables para el cuidado de la salud, en los territorios de precariedad como South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur se pueden observar los comportamientos disidentes a lo largo de toda la vida, pero que están relacionados con factores de tipo sociocultural e histórico. La dimensión biocultural de las tradiciones alimentarias y las prácticas de cuidado del cuerpo son elementos fundamentales para comprender tanto las dinámicas sociales en los territorios de precariedad como la configuración de los cuerpos a partir de una serie de valores que no corresponden al modelo hegemónico del mundo occidental. De aquí la importancia de incluir en el estudio de la alimentación y de la actividad física otros aspectos derivados de las normas culturales y de las diferentes tradiciones que modifican los aspectos socioeconómicos.

WELFARE MOTHER, FEMME ÉMANCIPÉE, JEFA DE FAMILIA. **MUJERES EN TERRITORIOS DE PRECARIEDAD**

En este apartado se hace un análisis sociohistórico de la vulnerabilidad femenina en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur. El marco teórico de referencia se fundamenta en los conceptos de vulnerabilidad, integración urbana, biopoder y biocultura. Las estrategias metodológicas para la reconstrucción sociohistórica de la vulnerabilidad femenina en cada escenario son la comparación y la contextualización. Los dos ejes analíticos para la interpretación son la vulnerabilidad femenina y la desintegración social.

El punto clave de la precariedad en sus formas territoriales es la integración sociourbana. La integración social, un concepto más amplio y elaborado, se entiende como un espacio de poder en el que las condiciones materiales y culturales necesarias permiten la autonomía del individuo en medio de la colectividad. Cuando se trata de la mujer, y en particular de la mujer que habita en territorios de precariedad, la integración suele pensarse como un asunto de elección individual y como si la libertad fuera ya un respaldo. De aquí el cuidado que se debe observar porque, en el caso concreto de la mujer, la libertad

sigue siendo una búsqueda. En el análisis comparativo del poder que experimentan las mujeres en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur se pondrá en evidencia lo sexual en su dimensión política y urbana y las contradicciones entre las políticas públicas con enfoque de género y las políticas urbanas de acción focalizada sobre las zonas de precariedad.

En principio, debe reconocerse el problema de lo sexual como espacio de poder. El poder, en la biopolítica foucaultiana (1976), es inevitable en las relaciones sociales y supone la posibilidad de “actuar sobre las acciones”, de manera que no existe un mundo equilibrado y de relaciones simétricas sino constantes recomposiciones de dominación. La dominación, desde el biopoder y la biocultura, sería la expresión manifiesta de una relación desigual de poder, que toca de forma más directa al cuerpo, y no a las acciones. El biopoder, en esta lógica, implica que los desequilibrios se establecen a partir de la vida en su condición corporal como campo de batalla, y que las desigualdades y las relaciones de dominación tienen un vínculo indisoluble con la conceptualización y politización de la vida y su cuidado en el cuerpo.

La multiplicación de discursos sobre género, así como la emergencia de múltiples teorías que se le derivan, no hacen sino poner en evidencia la complejidad del concepto y la falta de precisiones, lo que al mismo tiempo le da mayor sentido heurístico. Cuando las conceptualizaciones se enfrentan con lo concreto del mundo empírico se hacen más claros los huecos de las teorías y las limitaciones para comprender un campo donde las interacciones están en constante reconfiguración. Es cierto que la sexualidad es uno de los motores contemporáneos más prolijos para repensar las humanidades y las ciencias sociales, pero se debe cuidar que la conceptualización no se vuelva tan abstracta que se aleje del mundo empírico y las particularidades de cada sociedad y territorio. De aquí la relevancia del ejercicio constructivista y contextualizador como estrategia de análisis en este apartado, para entender cómo existen relaciones entre las figuras de *welfare mother*, *femme émancipée* y jefa de familia, en las que se entretienen lo urbano y lo biocultural con las prácticas de cuidado del cuerpo y la salud.

En cuanto a la escala del análisis, se media entre el espacio doméstico y el espacio urbano llamado “de proximidad”, que constituyen

los escenarios privilegiados de las prácticas ordinarias de las mujeres⁴⁶ de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur. Al mismo tiempo, la oposición y discusión constante sobre los espacios restringidos en términos urbanos, económicos y políticos permitirá observar los procesos globales que siguen el urbanismo y el mercado liberal mientras que las minorías sociales que se van rezagando en los márgenes.

La construcción del problema de la obesidad desde las dinámicas cotidianas y la responsabilidad individual sobre las decisiones alimentarias y de actividad física descarga sobre las mujeres la mayor parte del peso como garantes del cuidado de la salud y el bienestar de los miembros de la familia. En el siglo XXI las dinámicas económico políticas se alinean con las políticas neoliberales y la globalización económica y “los sistemas públicos de salud tienden a descentralizar la acción dividiendo las responsabilidades entre las instancias públicas locales, las organizaciones comunitarias y asociaciones, los grupos domésticos y los individuos, y en particular las mujeres que deben intensificar sus compromisos” (Saillant, 2003:2). Se debe tomar en cuenta, entonces, que por un lado está la descarga de la salud sobre las mujeres como resultado de la fragmentación del poder público y por otro lado está la misma movilización “desde abajo” para recuperar el control sobre las decisiones sobre el cuidado de la salud y del entorno.

En el caso concreto de la alimentación y las prácticas diferenciadas de hombres y mujeres, este apartado pondrá de manifiesto cómo los hombres y mujeres no consumen ni los mismos productos ni de la misma forma. Las implicaciones que tiene la organización del territorio sobre las prácticas alimentarias de las mujeres también es un aspecto importante para contextualizar las dinámicas espaciales desde los antecedentes culturales, políticos y sociales, así como del posicionamiento de las mujeres, que pasa por la lucha, la conquista y la movilidad social.

La comparación de dinámicas sociourbanas desde la posición de las mujeres se centra en el rol que juegan las diferencias de sexos respecto a la organización del espacio privado y público. Como punto de partida, se entiende que las relaciones de género constituyen un eje definitivo de las perspectivas espaciales y sus transformaciones, y

46 Con referencia en los trabajos de Soledad Murillo sobre *El mito de la vida privada* (2006) que ponen de relieve la precariedad de tiempo de las mujeres en el espacio doméstico y en los análisis de Guy di Méo (2011) sobre el espacio urbano de proximidad, considerado como la escala territorial privilegiada para definir las actividades femeninas, con dinámicas e interacciones manifiestas en el mercado, la iglesia, las plazas y otros.

que la oposición hombre/mujer define las formas y funcionamiento de la experiencia social en los diferentes territorios. La figura de la mujer y su caracterización en espacios urbanos de exclusión como South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur se valora en este estudio como una oportunidad para entender las estructuras sociales de riesgo, desde la organización del espacio doméstico y el vecindario. Los efectos sobre el funcionamiento de los procesos sociales, primero de la vivienda y luego del espacio urbano de proximidad, se convierten en límites estructurantes de la experiencia de las mujeres y definitorios de su vulnerabilidad frente a las transformaciones derivadas de los procesos sociales y económicos globales.

El abordaje espacial de las relaciones de género tiene antecedentes importantes en los trabajos de Pierre Bourdieu⁴⁷ sobre la vivienda kabyle y la modulación social desde el espacio construido así como en la crítica de Soledad Murillo sobre el espacio doméstico como la manifestación primordial de la exclusión femenina. En ambos casos se revisan las lógicas espaciales y la participación femenina desde la organización de las actividades de la vida cotidiana y las diferentes formas de interacción y de concepción de los valores asociados con la vivienda. En este documento, además, se apuesta por una extensión de la vivienda al espacio urbano de proximidad como la mejor escala para entender las dinámicas socioespaciales. Como respaldo, el estudio de Guy di Méo basado en las mujeres de Burdeos, en Francia, establece el vecindario como el espacio femenino privilegiado. Para abonar a esta apuesta de investigación, la comparación entre South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur desde figuras femeninas como *welfare mother*, *femme émancipée* y jefa de familia pretende cruzar dinámicas de la vida doméstica con los procesos urbanos y develar los determinantes espaciales y culturales que dificultan la integración socioespacial de las mujeres.

47 En "La maison kabyle ou le monde renversé" (1970), Pierre Bourdieu encuentra que la organización de una vivienda kabyle es un ejemplo de cómo el espacio puede modular un conjunto de valores. Considerando la selección de materiales, las formas arquitectónicas y las maneras de habitar el autor explica cómo se estructura una sociedad desde formas espaciales que no se ajustan a las lógicas de la riqueza.

Welfare mother en South Bronx.

Políticas de asistencia social y destrucción de familias

Pensar el espacio urbano desde la mujer y desde las lógicas de la vida cotidiana constituye un marco epistemológico privilegiado para entender los procesos de integración y el dinamismo de las ciudades. De hecho, cuando Haraway afirma que la cotidianidad tiene un posicionamiento más fuerte en el caso de las mujeres, lo hace para abundar sobre el papel que ocupa la mujer respecto a la salvaguarda de la vida, y afirmar que su rol de protectora es fundamental (2006:1521). En un trabajo más reciente, Silvia Federici afirma que la primera manifestación del feminismo en la década de 1960 en Estados Unidos fue gracias a la movilización de madres de familia que eran beneficiarias de la asistencia social. De acuerdo con la autora, las mujeres afroamericanas se inspiraron en movimientos fundamentados en los derechos civiles para reclamarle al Estado un salario como contraparte a sus labores de crianza y cuidado de los niños (Federici, 2016:16).

En Nueva York, desde finales del siglo XIX, la mayor precariedad de las mujeres respecto de los hombres era manifiesta. En una historia detallada de la vivienda popular neoyorkina bajo el título *How the Other Half Lives* (1890), Riis cuenta que hubo una manifestación organizada por la Working Women's Society donde las mujeres reclamaban las desigualdades respecto a los salarios. El argumento principal que expone Riis es que, mientras las ganancias de los hombres no podían bajar de los límites establecidos, las ganancias de las mujeres no tenían otro límite que "la vergüenza y la humillación". La precariedad llegaba a un grado en que era imposible para una mujer vivir sin la asistencia social a causa de los bajos salarios, lo que con frecuencia las conducía a circunstancias drásticas. Para ilustrar, Riis cuenta que:

Apenas unas semanas antes [de la manifestación] la comunidad quedó perpleja por la historia de una mujer educada y refinada que, abandonada en la miseria y la necesidad de ganarse la vida por sí sola entre los extraños, se lanzó desde la ventana de su ático eligiendo la muerte sobre el deshonor. "—Yo habría hecho cualquier trabajo honesto, hasta limpiar", escribió ya casi muerta de hambre, y luego de su búsqueda de empleo, en vano, en medio de la lluvia intensa. En su errancia, había recorrido las calles por semanas, y las únicas ganancias que se le ofrecieron fueron las ganancias del pecado. Ni siquiera se había secado la tinta, cuando otra

mujer de los multifamiliares del East Side escribió las razones de su suicidio: "debilidad, somnolencia, y aun así obligada a trabajar, mis fuerzas me fallan. Canten junto a mi féretro. ¿En dónde encontrará el alma un hogar para descansar?" (Riis, 1890, 20.3).

El siglo xx no cambió mucho las condiciones de vida de las mujeres en territorios neoyorkinos de precariedad. Simplemente, con el crecimiento de la ciudad hacia Harlem, Queens y Bronx, poco a poco se fueron desplazando los grupos sociales de economía modesta hacia las áreas periurbanas de menor costo. El inicio de las movilizaciones feministas a partir de la década de 1960 hizo visibles las desigualdades experimentadas por las mujeres respecto al mundo laboral y el espacio público, pero las condiciones más extremas de las zonas urbanas como South Bronx y la poca movilización de sus mujeres no permitía un activismo homogéneo desde diferentes estatus socioeconómicos. Sería simplista decir que el movimiento feminista no incluyó a las mujeres de territorios pobres y sus problemas, primero porque las reivindicaciones de las mujeres pobres deberían surgir desde ellas mismas y no por acciones externas, y segundo porque en el binomio de precariedad y vulnerabilidad femenina se hace difícil decidir a cuál de los dos problemas se deben dirigir las acciones sin afectar el otro. Sucede, por ejemplo, que con frecuencia el impulso de políticas urbanas para actuar sobre la precariedad no ayuda sino que intensifica las tensiones entre sexos y profundiza la vulnerabilidad de las mujeres.

Volviendo al contexto sociohistórico de la *welfare mother*, en el periodo de 1970-1980 se produjo una gran disminución del índice de matrimonios en Estados Unidos, al tiempo que aumentaron los índices de hogares con liderazgo femenino y de madres solteras. Estas cifras son todavía más significativas cuando se trata de las mujeres afroamericanas. Como ejemplo, Bellafante encontró recientemente que en Hunts Point, uno de los vecindarios más marginados de South Bronx, el 75% de las familias son monoparentales y el 21.5% de los jóvenes no asiste a la escuela pero tampoco trabaja (2015:1). Entre las posibles explicaciones está el hecho de que el desempleo haya afectado en mayor medida a los hombres poco cualificados y que las mujeres ya no recurrieran al apoyo masculino como sustento de un hogar sino a las alternativas de asistencia social, ajustándose a los requerimientos

administrativos. Por otro lado, existe también la posibilidad de que un varón desempleado decidiera abandonar a su familia para que esta pudiera acceder al apoyo de los programas sociales, un hecho terrible que podría alterar cualquier valoración *a priori* de la descomposición de familias afroamericanas (Castel, 1978:55).

Wendy, bronxita colaboradora en programas de asistencia social de South Bronx, afirma que ahí uno se puede “encontrar con una señora que tenga cinco muchachos [...] de diferente papá, y no se va a casar. Porque si se casa, el niño de cinco años ya no va a tener derecho a la ayuda del médico, y el seguro médico es hasta los 21 años [y] ¿quién le va a pagar el seguro al muchacho si el gobierno se lo paga hasta los 21 años?”. Wendy explica que esto tiene un trasfondo de moralidad porque “es una conveniencia que se convierte en un vicio [y] por eso en las estadísticas dicen que el Bronx es el número uno viviendo del Welfare” (Wendy, 2015).

Wacquant, a partir de los datos reportados en 1995 sobre los hogares de jefatura femenina en Estados Unidos, hacía una crítica fuerte sobre la situación. El autor afirma que en una sociedad donde la mitad de las madres solteras y uno de cada cinco niños viven por debajo de la línea de la pobreza, a quienes además se les responsabiliza por sus carencias, la única explicación habría de buscarse en la ideología que tiene esa sociedad sobre la familia, la infancia y las madres solteras (2004:97). En efecto, la vulnerabilidad que enfrentan las madres solteras que habitan en territorios de precariedad como South Bronx les obliga con frecuencia a soportar grandes humillaciones. Por un lado, dice Castel, están los procesos administrativos de los programas asistenciales que suelen acompañarse con labores de espionaje bastante invasivas de la vida privada de estas familias. Además, las técnicas de verificación que se deben emplear sobre estas familias monoparentales para asegurarse de que el varón haya abandonado a la familia van desde la vigilancia alrededor de la casa hasta la irrupción al hogar a media noche, lo que deriva en una verdadera destrucción de las familias (1978:55).

En cuanto a las implicaciones de la asistencia social en los índices de obesidad, en los programas federales de alimentos se pierde una oportunidad magnífica para la promoción de comida saludable en los grupos sociales de economía modesta. Si se considera que el gasto federal anual es de 18 mil millones de dólares en Food Stamps, 8 mil millones en el National School Lunch Program y 5 mil millones en

WIC,⁴⁸ aun cuando estos apoyos no promueven la obesidad, tampoco incentivan la compra y el consumo de productos más saludables, y en el caso de Food Stamps hasta se permite la compra de productos obesogénicos (Brownell, 2004:211,13). Otros aspectos relacionados con la obesidad de las mujeres sugieren que, a medida que se inician en el trabajo remunerado, hay una baja en la actividad física, o que la actividad física es menor entre las mujeres casadas y entre las mujeres con hijos. Aunque estos reportes de corte cuantitativo y demasiado parciales sólo permiten ampliar los diferentes factores definidos por las desigualdades entre sexos, la mayor vulnerabilidad de la mujer frente a la obesidad debe entenderse desde la constante reconfiguración de los espacios donde habita y desde sus actividades cotidianas. Una comparación de South Bronx con La Courneuve y Lomas del Sur servirá para profundizar cada vez más en la condición socioespacial de las mujeres.

Femme émancipée de La Courneuve. **Participación femenina y multiplicación de tareas**

En Francia, la estructura social reproduce una jerarquía que hace que la mujer ocupe una condición menos favorable que el varón y que sea más visible entre las categorías de los más pobres de la población. De hecho, la precariedad⁴⁹ de familias monoparentales en que el jefe es una mujer representa el 80% de los casos (INSERM, 2014:XIV). Además, la manera como las mujeres se fueron incorporando en el trabajo remunerado no redujo las tensiones entre mujeres y hombres, sino que más bien ratificó nuevas formas de vulnerabilidad en espacios que antes no existían. Bouvier explica que las mujeres, como los migrantes, tuvieron que insertarse en las organizaciones, las instituciones y las

48 El *Supplemental Nutrition Assistance Program* (SNAP por sus siglas en inglés) es un programa alimentario federal de Estados Unidos que tradicionalmente se conoce como el *Food Stamp Program* y que consiste en la recepción de vales de despensa; el *National School Lunch Program* (NSLP por sus siglas en inglés) es un programa alimentario federal de Estados Unidos que opera en escuelas públicas y privadas y que provee a los niños de alimentos gratuitos o con un mínimo costo; finalmente el *Special Supplemental Nutrition Program for Women, Infants and Children* (WIC por sus siglas en inglés), provee de fondos federales para suplemento alimentario, asistencia médica y educación nutricional a las familias de bajos ingresos.

49 Lejos de considerar la existencia de una categoría social precaria, el INSERM entiende la precariedad como una condición que se puede presentar tanto en los grupos de altos ingresos como entre los más pobres. La precariedad, entonces, va más allá de las estadísticas visibles y trastoca a todos los componentes de la sociedad, como la salud, la alimentación y la organización territorial, así como a todos los niveles de la jerarquía social.

empresas desde la fragilidad de su contexto, es decir, que “los recién llegados al mundo del trabajo tuvieron que comprender rápidamente los comportamientos de aquellos a quienes habrían de tratar y que tenían una situación estable *a priori*” (Bouvier, 2011:44). Desde este contexto, no se debe perder de vista que la fuerza emancipatoria del mundo profesional conlleva, de fondo, muchas limitaciones por la asimilación a una estructura previamente dispuesta y la posible reproducción de las relaciones de dominación que experimentan las mujeres desde el ámbito doméstico.

Para situar el contexto de las mujeres en La Courneuve desde finales del siglo XX, en su mayoría migrantes, Desmond Avery confesaba ser el único residente anglosajón de su vecindario, al tiempo que notaba la diversidad de origen de los habitantes y la impresión de que todos tenían dificultades en común, por lo que, según el autor, la precariedad hacía de las minorías un sentimiento de mayoría (1987:22). Esta percepción sería después ratificada por Wacquant en su comparación entre el *ghetto* estadounidense y la *banlieue* francesa (2006), donde observaba que en el caso francés, a diferencia de Estados Unidos, la experiencia de inmigración no constituía una marca de exclusión respecto a la cultura de los habitantes que residían en el territorio. Por el contrario, dicen Dubet y Lapeyronnie, el sentimiento de proximidad entre los inmigrantes de la periferia francesa es tan grande que ocasiona fuertes contradicciones entre la experiencia vivida de una fuerte asimilación cultural y una débil integración social (1992:28-29).

No obstante la menor repercusión de los factores culturales de inmigración sobre la desintegración socioespacial en la *banlieue* francesa de La Courneuve, las transformaciones sociales que implica el cambio de residencia para la economía doméstica son significativas, sobre todo cuando la migración constituye un desplazamiento a lugares con grandes diferencias en la organización social y la estructura de las familias. Así, con la entrada de las mujeres al mundo laboral, mientras algunos como el alcalde adjunto de La Courneuve veían el doble rol de las mujeres como algo “indeseñable” tanto en sus repercusiones económicas como en el aumento de participación de las mujeres en los procesos sociales y educativos (Chardon, 1965), otros, más conscientes de los cambios estructurales de las familias migrantes de tradición islámica, mayoritarias en La Courneuve, veían el aumento de las cargas sobre la madre de familia, que debía ampliar el número de sus tareas y sin el apoyo que se acostumbra en las familias extendidas de sus países de origen (Jazouli, 1992:186-187).

Zohra, por ejemplo, cuenta: “cuando obtuve mi CAP (*Certificat d’aptitude professionnelle*), mi madre dijo: ‘¡Listo! Ahora la chica va a trabajar’, pero mi padre dijo ‘¿Y de cuándo acá las mujeres [árabes] trabajan? No. Entre nosotros las mujeres se quedan en la casa’”. Zohra explica que entre ellos “así se hacían las cosas”, y que a pesar de que tuviera 20 años de edad no podía hacer gran cosa “por culpa de las tradiciones, del qué dirán... Las chicas debían ser rectas, muy rectas [mientras que] los chicos podían hacer casi todo lo que les diera la gana”. Por eso, para Zohra “la única solución era casarse, ¡y se acabó!” (Gravayat, 2015:28).

El modelo de familia nuclear característico de Francia, y preponderante en La Courneuve, implica procesos difíciles para la asimilación cultural de las comunidades del norte de África, que representan a la mayoría de los inmigrantes franceses y más de la mitad de la población de la localidad. La pérdida de la organización de las familias en el modelo extendido norafricano no solamente es un proceso difícil de asimilar para los varones, sino que descarga una serie de obligaciones sobre las mujeres, que de forma tradicional habrían de quedarse en casa y ocuparse únicamente de las labores familiares y el cuidado de los hijos. La ampliación de la participación femenina en la esfera pública aparece no como una emancipación real de la mujer, sino como una exigencia dada por la necesidad de colaborar en el abasto del hogar y por las relaciones con la escuela y otras instituciones, lo que en realidad implica un aumento importante del número de actividades que debe realizar.

La mujer sigue ocupando el lugar central en la realización de las actividades domésticas. De aquí la dificultad para una verdadera emancipación y la reducción de las desigualdades fundadas en diferencias de género. Rania explica que “en La Courneuve hay todavía amas de casa que siguen haciendo lo mismo. Sus maridos les dicen: ‘tú te quedas en la casa, haces la comida; tú no tienes necesidad de trabajar, por eso trabajo yo. ¡Yo no quiero que mi mujer trabaje!’, porque es la mentalidad [y] porque la mujer que trabaja aprende cosas [y] se va a abrir, va a cambiar”. En la misma conversación, explica que el esquema de familia nuclear se ha mantenido, y que para las mujeres “es difícil porque hay que encargarse de todo, porque aun si está el marido [...] y las parejas donde ella trabaja porque el marido no alcanza con su sueldo [...] después ella hace todo. ¡Aparte de que trabaja!”. Cuenta cómo la excusa del marido es que su mujer no trabaja en la construcción y que el hogar no es un trabajo difícil, por eso a ella le toca hacerlo todo.

Rania explica que “es duro y hay que organizarse. Lo que no alcanzan a hacer en la semana lo tienen que hacer el fin de semana” (Rania, 2016).

En cuanto a la vida laboral, las mismas presiones económicas y de tiempo llevan a las mujeres a los trabajos poco calificados. Yélian, inmigrante de Benín que habita en La Courneuve desde los 14 años, dice que mucho tiempo trabajó “en la limpieza sólo para salir adelante”, pero hoy está enferma y presentará sus papeles para el desempleo hasta que encuentre un trabajo de acuerdo con su formación de secretaria. A una semana de salir del hospital, Yélian dice: “mi hija, que es enfermera, me ha aconsejado dejar de trabajar en la limpieza hasta que encuentre algo como secretaria... La gente piensa que no sé ni leer ni escribir porque siempre he trabajado en la limpieza pero, aunque eso no me molesta, ya no tengo las fuerzas” (Yélian, comunicación personal, 24 de febrero de 2016). Son frecuentes los casos de mujeres que consiguen empleos temporales “sólo para salir del apuro” y que de repente se ven estancadas en este tipo de actividades que solamente prolongan la precariedad de sus condiciones socioespaciales.

En conversaciones breves e informales con mujeres de La Courneuve se puede constatar las implicaciones de los modelos familiares y de las cargas laborales para las mujeres de territorios desfavorecidos. Una de ellas, de origen marroquí, confiesa: “Yo he sido madre y padre. Soy todo para mis hijos y tengo que hacer todo en casa, además del trabajo. Uno de ellos se levanta y ni siquiera levanta el pantalón del piso. ¡Es lo malo de tener puros hombres!”. En la misma conversación, una franco-portuguesa comenta: “Yo pasé por muchos momentos muy difíciles, pero nunca pedí ayuda en los programas... Cuando tenía poco dinero, muchas veces les decía a mis hijos ‘no tengo hambre’, o ‘yo ya comí’, o ‘me duele el estómago’, o inclusive ‘sirve que bajo de peso’” (Yamina y Odete, comunicación personal, 13 de diciembre de 2015).

Por otro lado, la carga de moralidad depositada en las mujeres tiene una gran visibilidad entre los residentes de tradición musulmana. Céline confiesa que ella reflexionó y decidió dejar de usar el velo, no por religión sino por decisión propia. Considera que los usos en el vestido “no son porque [en la religión] les digan [sino porque] hay mujeres que [ahora] se sirven de hermosos velos con bellos colores [...] para atraer a los hombres” (Céline, comunicación personal, 25 de diciembre de 2015).

Una historia detallada de Rania sirve para mostrar las dificultades por las que pasaron muchas mujeres de La Courneuve que hoy se consideran como emancipadas:

Yo vivía en mi casa. Trabajaba. El padre de mis hijos me decía: “no quiero que trabajes, quédate en la casa”. Pero yo conozco mujeres que se quedaron en la casa. Por eso, yo me rebelé para trabajar. Me dije: “No, no, no... yo voy a trabajar”. Después de cuatro años de matrimonio le dije: “Escúchame: ¡Stop! Te vas de la casa. Aquí se acabó. Yo no soporto más porque te la pasas diciéndome que no tengo derecho de trabajar, que no tengo derecho de hacer esto, que no tengo derecho a vivir así”. Yo dije: “No, no puedo más, se acabó”. Yo, cuando llegué a Francia mi padre decía: “No tienes derecho a salir”, y mi hermano mayor: “No tienes derecho a salir”... Luego que me casé y el padre de mi hijo decía lo mismo. Yo no podía conocer nada, tuve que luchar. Mi padre me dijo: “Escucha, yo sé que fue su culpa, pero si te divorcias no regreses a la casa, quédate en la tuya”. Así se hacían las cosas. “¡Ah! ¡Es mi padre quien me está diciendo eso! ¡Me deja libre!”. Era la primera vez. Mi padre me dijo: “Quédate con tu departamento”. “¡Soy libre! ¡Soy libre! ¡Puedo hacer lo que quiera! ¡Ya nadie me va a mandar!”. Y cuando me quedé sola con mi hijo, yo tenía que hacer todo. Había una renta que pagar. Busqué un trabajo. ¡Nunca había hecho eso en toda mi vida! El primer año fue muy duro. No tenía dinero. La asistencia social me ayudaba. Pagar la renta, el teléfono, la electricidad. Y todas las tardes me iba a comer con mis padres porque no tenía dinero. Pero me quedé en mi departamento. Luego empecé a trabajar. Encontré una chamba en Saint-Denis, pero era difícil al principio. Es decir, que como en la mentalidad de Magreb pensamos que la mujer debe honrar a su marido, y eso quiere decir que es su marido quien decide por ella, se vive únicamente para el hombre, porque así está escrito en *El Corán*. ¡Voilà! Ahora, yo ya no tengo que respetar a nadie más que a mí misma (Rania, 2016).

Ya en el ámbito más específico de lo doméstico y las dinámicas alimentarias, en el análisis de ingresos familiares de 2006, el Institut national de la statistique et des études économiques (INSEE) indica que entre las personas que viven solas las mujeres gastan más en alimentación que los varones, con una diferencia del 18% al 15% del gasto total respectivamente. Además, mientras que los hombres gastan menos en frutas y verduras, su gasto es más elevado cuando se trata de carne y alcohol. De la misma forma, las mujeres compran con más frecuencia en los mercados abiertos que los varones y los hombres gastan más en restaurantes (de Saint Pol, 2008). En general, se puede observar que los hombres buscan más los productos que implican poca preparación,

mientras que las mujeres privilegian aquellos que son mejores para la salud, sin importar la edad.

Por otro lado, no basta la revisión de gastos y los tipos de comida para entender cómo se regula la alimentación de una familia. Es necesario agregar los detalles sobre la despensa, las compras, las dinámicas de reparación y mantenimiento y hasta el lavado de la loza. La elección de los alimentos, en este sentido, sólo se entiende si se pone en perspectiva la organización del espacio doméstico y las interacciones de los miembros en torno a la comida, así como la organización de sus diferentes actividades educativas, laborales, profesionales y culturales. En *Evolution of obesity by social status in France, 1981-2003* (2008), Thibaut de Saint Pol observa que la obesidad aumentó en Francia a partir de la década de 1990, pero que el aumento no tocó de la misma forma a todos los medios socioeconómicos y que a medida que un individuo tiene mayor nivel educativo, la prevalencia de obesidad desciende de forma considerable, con diferencias de 17% de obesos entre los adultos sin estudio profesional frente al 6% de obesos con estudios superiores. A estas divergencias entre grupos socioeconómicos se debe agregar la diferencia entre hombres y mujeres, pues estas experimentan mayor riesgo de obesidad. En efecto, mientras que la corpulencia masculina no presenta diferencias considerables respecto al estatus socioeconómico, las mujeres de condición más modesta son por lo general las más corpulentas (de Saint Pol, 2010). Tanto en La Courneuve como en South Bronx se hace explícita la vinculación entre las dinámicas socioespaciales, la vulnerabilidad femenina y los índices de obesidad; en ambos casos lo obesogénico urbano manifiesto en las mujeres se traza desde la organización desigual entre hombres y mujeres de estos territorios, así como de las maneras como se abordan las problemáticas de género y de precariedad, lo que se pondrá en perspectiva desde la comparación con las jefas de familia de Lomas del Sur.

Jefas de familia en Lomas del Sur.

Entre precariedad laboral y trabajo no remunerado

Al igual que en Estados Unidos y en Francia, en México la tasa de participación femenina en el trabajo ha evolucionado en las últimas décadas sin que esto tenga una transformación obligada en la reorganización de las labores del hogar entre el hombre y la mujer. En

su artículo "Recursos domésticos y vulnerabilidad" (2006), Mercedes González de la Rocha afirma que las transformaciones en los hogares mexicanos no han beneficiado a las mujeres porque el incremento de su participación en el mercado del trabajo extradoméstico no hace sino aumentar el número de horas de trabajo entre las labores domésticas y extradomésticas sin que esto se refleje en una mejoría de sus estatus frente al varón.

En Lomas del Sur, una trabajadora del DIF Tlajomulco revela que, entre sus beneficiarios:

La mayoría de la población tienen trabajos eventuales. O son empleadas amas de casa. Los señores trabajan por ejemplo un mes, en la obra, otro mes se van al campo... No tienen como un trabajo fijo que les pueda proporcionar seguridad social. Las mujeres, por su parte, o son amas de casa, o trabajan como empleadas domésticas, o se convierten en afanadoras con turnos de noche para poder atender a sus hijos en el día (Gabriela, 2015).

La mayoría de las trayectorias femeninas de trabajo son discontinuas. Orlandina de Oliveira y Marina Ariza observan, en un estudio cualitativo con entrevistas a profundidad, que los principales factores que afectan la continuidad laboral en mujeres jóvenes de estrato socioeconómico medio y bajo están relacionadas con su responsabilidad doméstica y la división inequitativa de tareas en el hogar. Entre las principales observaciones de las autoras está que en los sectores populares el casamiento tiene un papel más importante en la interrupción de la vida laboral, mientras que en las clases medias las mujeres abandonan en menor medida la actividad laboral al casarse, aunque comparten la problemática del cese laboral por el embarazo, el nacimiento y el cuidado de los hijos (2001:129-146).

De acuerdo con el DIF, el número de madres solteras y de jefas de familia en Lomas del Sur es superior al 30% de los hogares. En medio de la precariedad que se experimenta cuando se tiene la responsabilidad del abastecimiento doméstico, las mujeres tienen que recurrir a estrategias tan creativas como arriesgadas, y con mucha frecuencia fuera de los marcos legales. Entre las que apoyan a su marido y las que tienen que sostener a la familia cuando este se queda sin empleo, o las mujeres abandonadas, se despliega una lectura multidimensional de la participación femenina en las labores de reproducción

social que hunde sus raíces en prácticas históricas. El siguiente caso, registrado en la etnografía, servirá para ilustrar estas realidades:

Diana, con poco más de 30 años, está casada y tiene cuatro hijos. Cuando nos vimos en su casa para la entrevista, me recibió a las 6:00 pm en la sala de la entrada y nos sentamos en un par de sillones que no hacían juego. A un lado, en otro sillón, dos niños y una niña estaban acostados mirando caricaturas en la televisión. Un bebé de poco más de un año circulaba entre todos nosotros acarreando objetos. Frente a nosotros se quedó la puerta de entrada, en metal y con la ventana abierta. Iniciamos la conversación, pero pronto fuimos interrumpidos por un señor que tocaba la puerta. Diana se disculpó, fue a la puerta, sin decir nada recibió una botella de cerveza de un litro y vino a la mitad de la sala para abrir una hielera donde tenía botellas de cerveza y le restituyó a su cliente el envase, esta vez lleno y bien helado. La misma escena se repitió tres veces en el transcurso de poco más de una hora que duró la entrevista. Y a veces no fue una sino dos cervezas y algún tipo de botana que ella acarreaba de la cocina. Diana explica que vende comida en su casa de forma regular pero que ahorita no está vendiendo porque “no tiene la inversión”. Por la mañana vende chocomiles, licuados, lonches. Por la tarde prepara “dos platillos diferentes con arroz y frijoles”. Entre sus clientes, ella misma les lleva a las maestras de la escuela y a los albañiles, por eso “todo el día anda en friega”. Para combinar con las tareas del hogar, pone la mesa junto a la ventana y un letrero donde dice qué hay de comer ese día. Cuenta que solamente cerró su negocio los cinco meses en que su marido se fue a trabajar al DF, porque tenía miedo y no salía de la casa más que para llevar a los niños a la escuela. Además, necesita que su marido le ayude a cuidar a los niños para ir a comprar su mercancía fuera de Lomas del Sur, donde es más barato. Diana dice estar consciente de que no es legal vender en su casa, y que la pueden multar porque “la gente es envidiosa y te echan al Ayuntamiento”, pero se arriesga porque necesita sacar dinero para sostener a sus hijos y ayudar a su marido (Diario de campo; Diana, 2015).

Las presiones económicas que se experimentan en territorios de precariedad como Lomas del Sur hacen que las mujeres dupliquen sus tareas como reproductoras de la economía familiar y sin abandonar las labores de amas de casa. Sobre la justificación de que las labores de cuidado son naturales de la mujer, en el contexto mexicano se tiende a cargar sobre ellas toda la responsabilidad de las dinámicas domés-

ticas. No obstante, se debe tener cuidado con un historicismo de las mujeres de zonas periurbanas como víctimas, a lo que arrastran con frecuencia las simplicidades estadísticas de la pobreza y las prácticas domésticas en territorios de precariedad.

Las mujeres de Lomas del Sur convierten el fraccionamiento en su lugar de vida y organizan sus actividades con mucha creatividad. Sin hablar de heroínas capaces de atravesar mundos miserables, el posicionamiento de la figura femenina en las dinámicas urbanas del fraccionamiento popular es definitorio del carácter social y espacial del escenario. En las reuniones de vecinos, por ejemplo, las mujeres eran la mayoría entre una veintena de asistentes que formábamos un círculo a media calle, de pie y a media luz, cuando la mayoría volvíamos del trabajo. Los dos o tres varones permanecíamos callados la mayor parte del tiempo, porque eran las mujeres quienes estaban más enteradas no sólo de las dificultades del vecindario como la falta de agua y de limpieza, sino de los procesos administrativos y las figuras políticas a quienes había que dirigirse. Y, sin embargo, cada reunión terminaba con la petición directa de que algunos de los hombres que estábamos allí debíamos acompañarlas a presentar su demanda en la cabecera municipal porque, dijo una vecina de las más activas, “una es vieja y no le hacen caso, porque, como ni sabe uno hablar bien...” (Diario de campo, 14 de mayo de 2015).

La posición en desventaja de la mujer frente al varón en la configuración de las relaciones socioespaciales no está dada por el simple hecho de ser mujer. El problema, según Paquerot, es la división sexual del trabajo y que se les asigne la responsabilidad de las actividades de reproducción y cuidado de la vida (2010:19). En la organización social se han mantenido las diferencias de actividades de forma sexuada, que luego se naturalizan. Para hacerlas evidentes, desde las desigualdades originadas en las dinámicas de poder, es necesario analizar y contrastar los discursos, las prácticas y las regulaciones que sostienen las diferencias sexuadas en el espacio cultural y en los procesos institucionales. Día a día, y a veces de forma poco visible, las mujeres que habitan en territorios de precariedad intervienen en la ratificación y naturalización de las desigualdades entre varones y mujeres, y asumen su responsabilidad sobre la familia, sin que esto se convierta en una mayor autonomía frente a la figura masculina. Para ilustrar, bastan algunos detalles sobre la vida de Perla, que habita en Lomas del Sur.

Perla es madre de tres hijos varones. Uno mayor de edad, que luego de la preparatoria se metió a trabajar pero que acaba de perder el empleo porque “faltaba mucho o a veces llegaba tarde” a causa del transporte. El segundo de sus hijos trabaja y estudia la preparatoria: por las mañanas lava camiones y en la tarde va a estudiar a la cabecera municipal. El más pequeño está en la primaria y asiste a clases de música. Cuando nos vimos en el DIF de Lomas del Sur para la entrevista en torno a la obesidad, Perla me decía: “¡Deje d’eso! A la mejor ‘ora que a mi hijo lo corrieron, yo próximamente voy a poner un puesto de chatarra. Y de hecho como ahorita andamos en lo de los trabajos [...] entonces pues mejor digo: ‘¡En mi casa!’”. El plan de Perla es hacer tamales, aunque también ha vendido elotes, chayotes y “ese tipo de chatarra”. A veces hace flanes y gelatinas y los vende en las escuelas. También hace donas, hielitos de Jamaica o tamarindo, en el tiempo de calor, “pero naturales, que no sean de Tang”. También ha vendido duritos y dulces. Su hijo mayor, al que “corrieron” del empleo, se levantaba a las 5:00 para poder llegar a su trabajo a las 7:00, debía tomar un camión, luego el tren ligero y después otro camión, y a veces salía hasta las 11:30 de la noche y tenía que devolverse en taxi. Una sola vez a la semana llegaba a las 6:00 de la tarde y ella le daba de comer, porque siempre comía en la calle por la dificultad de transportar el lonche preparado por su mamá. Por eso Perla ve conveniente que su hijo perdiera el empleo y que ella tenga que poner su puesto de comida chatarra. Total, dice ella: “¡Yo aquí estoy todo el día y no trabajo! Bueno... entre comillas, ¡porque sí trabajo!” (Perla, 2015).

Las dinámicas alimentarias y las actividades del hogar relacionadas con la cocina son un manifiesto claro de las desigualdades entre hombres y mujeres a causa del trabajo sexuada. En las maneras de alimentarse se repiten las formas de dominación y de regulación, porque los comportamientos de preparación y consumo de los alimentos siempre corresponden a las relaciones entre sexos y generaciones. Para ilustrar, Vidal y Le Pape anotan que, con la reciente urbanización de Abiyán, las actividades alimentarias tuvieron que adecuarse, pero las relaciones entre sexos persistieron. Mientras que la norma es comer juntos, con la mano y desde el mismo recipiente, sólo en el caso del jefe de la casa se puede separar un plato para cuando llega de trabajar (Vidal y Le Pape, 1986:100). En este sentido, las diferencias no se deben buscar únicamente en los niveles de ingresos o en la

inserción de la mujer en el empleo remunerado, sino en las relaciones de poder que se naturalizan en las prácticas cotidianas, donde se expresan las relaciones de género.

Sigue abierto el debate entre los investigadores de políticas sociales y género en México en torno al programa Oportunidades y sus efectos sobre la vida de las mujeres. Mientras algunos han encontrado que la participación en Oportunidades deriva en mayor bienestar y autonomía de las mujeres, que además les facilita los desplazamientos e interacciones con otras mujeres (González de la Rocha, 2006), otras investigaciones indican que, a pesar de las ventajas de participación en Oportunidades, muchas mujeres se descubren “sobrecargadas de trabajo”, y esta participación no se transforma en la mayor autonomía anunciada en el programa (Zaremborg, 2008).

En las últimas décadas la tasa de participación de las mexicanas en el empleo remunerado ha tenido un aumento constante, sin que esto se refleje en un mayor reconocimiento de sus aportes en la producción y la reproducción social (Tepichin, 2010:34). Si se revisan las estadísticas oficiales, entre 1970 y 2008 las mujeres de 30-39 años aumentaron su participación en el trabajo extradoméstico del 16.7% al 53.9%, y las mujeres de 40-49 del 16.8% al 55.8% (INEGI-INMUJERES, 2009). El problema es que mientras se mantengan las diferencias de actividades asociadas con uno y otro sexo, los sectores menos modernos y menos redituables se seguirán asignando a las mujeres, así como la multiplicación de tareas por mantener la responsabilidad de organización y cuidado en el espacio doméstico. Al igual que Lomas del Sur, La Courneuve ha visto la paradoja de mujeres que ingresan en actividades laborales y con mayor presencia en el espacio público sin que esto disminuya las desigualdades entre mujeres y hombres. De hecho, en el caso de las mujeres migrantes de África del norte y del suroeste asiático, la entrada en las dinámicas urbanas del mundo francés no simplifica, sino que agudiza la carga de responsabilidad sobre las mujeres, que deben ocuparse de trámites administrativos y de actividades de compra que antes correspondían a sus maridos.

La vida para las mujeres que habitan en territorios de precariedad se enfrenta constantemente con “situaciones límite”, como en el caso de Sol, de 35 años, que habitaba en el fraccionamiento Los Agaves y que se quitó la vida junto con la de sus hijos Alberto, de 14 años, y Óscar, de 7. El periodista del diario *Excélsior* arranca su nota afirmando que “Nadie muere de hambre. Se muere de pobreza, como le pasó a Sol y sus hijos”. Luego cuenta que:

La mañana del 30 de agosto de 2016, los habitantes del fraccionamiento Los Agaves, en el municipio de Tlajomulco, Jalisco, se despertaron envueltos en un olor nauseabundo. Mientras dormían, un olor fétido se había metido a sus casas. Siete días antes había comenzado un ligero mal olor [...] pero el vecindario de casas de interés social se negaba a decir lo que la mayoría pensaba: huele a muerte [...] una mujer marcó al número de emergencia 066 y a las 6:59 de la tarde se registró en la base policial “Palomar” una petición anónima de apoyo [...] Llegó el oficial de más alto rango en el municipio [...] Caminó y entró a la segunda recámara. Y ahí estaba el origen del olor, tal y como se lo habían anunciado por radio. Tres cadáveres tan descompuestos que, por su experiencia como policía desde 1987, calculó con sólo verlos que llevaban ahí una semana [...] los peritos notarían que las puertas y ventanas estaban fuertemente cerradas por dentro, que las llaves del gas de la estufa estaban deliberadamente abiertas. Y encontrarían once hojas escritas a mano. [...] La vida de Sol, tanto como su muerte, se llenó de dudas: ganaba 800 o 900 pesos a la semana como empleada en una maquiladora de material electrónico o en su nuevo trabajo como vendedora de pan. Ella sola sostenía a sus dos hijos, porque vivía lejos de su familia o no tenía contacto con ellos desde [hacia] tiempo. Se había convertido en el único sostén de la casa, cuando su esposo o novio la abandonó y le heredó una deuda de 300 o 600 pesos semanales como parte del crédito que le dio el Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (INFONAVIT). Llevaba semanas recibiendo llamadas y visitas intimidantes de “abogados del gobierno” que querían echarla de su casa. Y como Sol no tenía dinero ni más familia cercana que sus dos niños pequeños, aquella tarde lo único que sí tuvo fue la certeza de que debía terminar con su vida y la de su familia” (Balderas, 2016).

El problema, entonces, no está en la participación de la mujer en el trabajo remunerado o en la multiplicación de políticas sociales con base de género, sino en la precarización de la vida y en una comprensión desnaturalizada de las diferencias sexuales. La mayor vulnerabilidad de las mujeres obedece precisamente a las nuevas condiciones con que se enfrentan en el mundo contemporáneo y la asignación de tareas y responsabilidades respecto al cuidado del hogar. El rol de la mujer está cargado de responsabilidades que en las últimas décadas se han incrementado por su inserción en el mundo laboral y por la débil evolución de la participación masculina en las labores domésticas y de cuidado de los hijos. Como respuesta a esta conceptualización in-

equitativa de los roles de género, Éric Fassin entiende que la diferencia entre hombres y mujeres no es un simple dato de naturaleza sino una forma de dividir al interior de los hombres y de las mujeres, de forma que no existe un solo perfil de género masculino y uno femenino, sino múltiples maneras de encarnar lo que es ser hombre o ser mujer (2011:23). El género aparece como una construcción social que puede variar de acuerdo con los contextos históricos y territoriales, y sin correspondencia con el sexo, es decir, que permite pensar más allá de lo biológico y de los roles sexuales. La visibilidad de las cuestiones de género a partir de los movimientos feministas le dieron un uso más concreto al abordarlas desde las lógicas de poder con que se asigna a las mujeres un estatus inferior que a los varones. No obstante, y siguiendo con Éric Fassin, “desnaturalizar el orden sexual hablando de género, no es tanto politizar el sexo sino revelar cómo siempre ha estado politizado, [de manera que] el feminismo no introdujo las relaciones de poder, sino que las hizo explícitas” (2011:31).

COLOR, PAYS D’ORIGINE, ESTATUS SOCIAL. LA (DES)ORGANIZACIÓN SOCIAL Y ESTIGMATIZACIÓN TERRITORIAL

En este último apartado del abordaje sociohistórico de lo urbano obeso-génico en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur, el marco teórico de referencia se construye a partir de las nociones de frontera, migración, minorías raciales e integración urbana. La estrategia metodológica principal es la contextualización, en un ejercicio constante de comparación etnográfica. Los ejes analíticos para la interpretación de este apartado son la bioculturalidad y la desorganización social.

Las fronteras físicas no pueden separarse de las fronteras sociales. La mayoría de estudios sobre los territorios de precariedad o la exclusión urbana suelen fundamentar sus explicaciones en las peculiaridades de la población analizada respecto a una media o modelo establecido desde los parámetros nacionales o universales imperantes. Como ejemplo, Chamboredon y Lamaire desde hace varias décadas criticaban que las problemáticas de la *banlieue* francesa se atribuyeran al “solo poder de la coexistencia de los grupos sociales que antes estaban separados, o al solo efecto de las condiciones del hábitat y del paisaje urbano” (1970:3). El problema que se revelaba en su estudio

sobre la “proximidad espacial y distancia social” es que se asignaran ciertas características a la población para resolver las manifestaciones de anomia, y que a partir de esas características se quisiera explicar las condiciones de precariedad de los habitantes.

Para el antropólogo Michel Agier, que se ha especializado en el urbanismo y la cuestión migratoria, las fronteras deben pensarse menos como límites y más como espacios de encuentro e intercambio del mundo contemporáneo. En su obra *La condition cosmopolite: L'anthropologie à l'épreuve du piège identitaire* (2013) pone en perspectiva la figura del extranjero en medio de los procesos globales y la construcción del habitante cosmopolita desde las contradicciones que implica el cosmopolitismo respecto a los límites internos percibidos en las ciudades. Didier Fassin, por su parte, presenta una distinción entre las fronteras externas, correspondientes a los límites del territorio supranacional, y las fronteras internas que constituyen límites “entre categorías sociales racializadas y herederas de una doble historia de la colonización y de la inmigración” (2012a:6). En esta lógica, los límites que se establecen entre los individuos que habitan la ciudad se fundamentan al mismo tiempo en la organización política del territorio y variables como el color de piel, el lugar de origen, la tradición y la religión, que se convierten en mecanismos de diferenciación y que luego se institucionalizan en los servicios de salud, educación, empleo y vivienda.

Por su parte, los teóricos que se interesan en la representación de la ciudad suelen apoyarse en las diferencias que se establecen entre la percepción individual y colectiva, el papel de la memoria en la constitución de las imágenes del lugar o las diferentes formas y figuras que surgen a partir de los llamados “imaginarios urbanos”. Sin menospreciar la importancia de los estudios culturales sobre la ciudad y sobre las representaciones sociales del territorio, la perspectiva más amplia de las fronteras desde la racialización y el estigma que se imprime en los territorios urbanos exige un abordaje al mismo tiempo desde la acción política y la condición humana. De acuerdo con Arendt, la condición humana de pluralidad corresponde con la posibilidad de acción⁵⁰ y con el hecho de que los humanos habitan la tierra. Afirmar

50 Arendt establece una distinción necesaria entre *labor*, *work* y *action* para designar las tres actividades humanas que constituyen la *Vita Activa*. Mientras que *labor* corresponde con las actividades biológicas del cuerpo humano y *work* es innatural y corresponde con la organización artificial de las cosas, *action* es la actividad que pone en relación a los humanos con las cosas (1958, cap. 1).

que “mientras que todos los aspectos de la condición humana están de alguna manera relacionados con la política, la pluralidad es específicamente “La condición”, no solamente en el sentido de *conditio sine qua non*, sino también como *conditio per quam* de toda la vida política” (1958:7). En este sentido, hablar de la pluralidad como condición humana, y de la biopolítica presente en los procesos de racialización y demarcación de fronteras, constituye un marco epistémico político antropológico, donde la ciudad habrá de pensarse de forma biocultural, tanto en la constitución de sus límites como en la organización de sus dinámicas sociales.

Desde finales del siglo XIX se pueden observar los límites raciales en el territorio neoyorkino. En los “barrios bajos” de Nueva York, de acuerdo con Jacob Riis, “la frontera de color debía trazarse entre los multifamiliares para reproducir la imagen de su propia sombra” (1890, 13.1). Explica que para esa época la minoría precaria estaba constituida en su mayoría por migrantes italianos con poca profesionalización y que no hablaban inglés. No obstante, los migrantes afroamericanos que provenían en su mayoría del sur de Estados Unidos, a pesar de que tenían mayores ingresos y mejor calidad de vida, se establecían en una zona aparte. La explicación de Riis sobre la separación espacial de acuerdo con el color y el origen de los habitantes es que los caseros tenían prejuicios sobre la calidad de los arrendatarios respecto al pago, porque “el zar de Rusia es menos absolutista respecto a su propiedad, que el casero de Nueva York en sus tratos con inquilinos de color: donde él les permite vivir, allí van [Y] por su gracia, ellos no existen del todo en algunas localidades” (id).

El caso de Nueva York puede situarse en una perspectiva temporal y espacial de larga trayectoria en el mundo occidental. Los territorios se fueron configurando a partir de *colores, procedencias y estatus*, y la precariedad territorial está fuertemente relacionada con los procesos de desintegración urbana y racialización de las ciudades. Conviene aclarar que se rechaza el absoluto de la noción de raza, por el riesgo clasificatorio que implica, y que en este estudio la racialización es más bien un proceso de carácter sociohistórico por el que diferentes categorías sociales son creadas, habitadas, transformadas de forma intermitente. Didier Fassin explica que las diferentes categorías raciales significan tensiones sociales sobre los diferentes tipos de cuerpo, de condición socioeconómica y de pertenencia sociocultural. Las razas no existen por sí mismas sino en medio de procesos sociales que les dan sentido, y la tarea de las ciencias sociales no es definir qué es la

raza, sino encontrar los mecanismos que hacen a la sociedad creer en la raza y actuar en consecuencia. Por eso “hablar de racialización es, entonces, hacer explícito lo que el mundo social produce de manera implícita” (Fassin, 2012b:160).

En lo que toca a la racialización en su relación con lo urbano obesogénico, conviene señalar la mayor prevalencia de problemas de salud pública, como la obesidad, entre los grupos raciales considerados como minorías. La dimensión biocultural de la *War on Obesity* revela un fuerte componente discriminatorio y jerarquizante de los estilos de vida y las culturas alimentarias. Tanto en South Bronx como en La Courneuve y Lomas del Sur se pondrán en perspectiva la alimentación y el cuidado del cuerpo desde los parámetros culturales y los procesos sociohistóricos de cada territorio. Brownell explica que, desde la perspectiva de la salud pública “sería una estupidez no reconocer que algunos alimentos son mejores que otros [y que l]a gente debería consumir menos tocino y más brócoli, menos hot dogs y más fibra, menos helado y más fruta” (2004:17). No obstante, la modificación tanto de los productos como de los balances no es simplemente un asunto de nutriólogos y de perfiles médicos de la salud corporal; se trata de la obesidad y de su prevalencia entre las minorías estigmatizadas, donde se manifiestan procesos sociales más complejos que la sola modificación de dietas y donde la vulnerabilidad obesogénica se construye en conjunto con los procesos de precarización, de racialización y de estigmatización socioespacial.

South Bronx. Being the color of those who are persecuted / *Ser del color de los perseguidos*

Para explicar el colorismo de la racialización estadounidense hay que comenzar por admitir que el color no es la única ni la primera forma de clasificación y discriminación de las minorías. En el fondo de la racialización se esconden otras valoraciones de tipo cultural que después se asignan a los cuerpos. Si se revisa, por ejemplo, la situación más precaria de los italianos neoyorkinos de fines del siglo XIX frente al resto de la población, resaltan otros aspectos que no tenían un referente de color:

Un elemento caricaturesco, no siempre claro, se asigna al inmigrante italiano “asistido”, que reclama la mayor parte de la atención pública, en

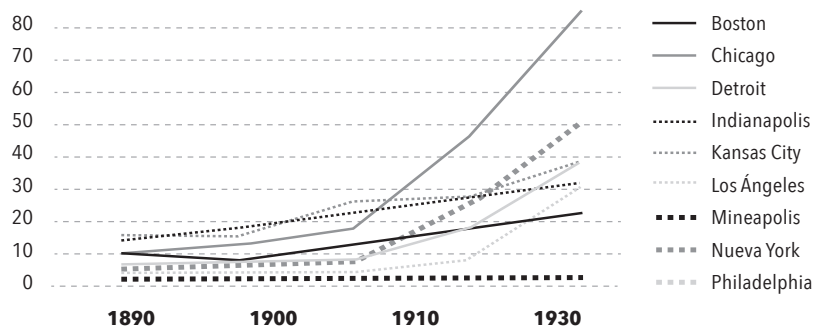
parte porque los índices siguen aumentando de forma tan tremenda, pero sobre todo porque el italiano elige quedarse en Nueva York [...] A diferencia del alemán, que empieza a aprender inglés el día que pisa tierra, y lo toma como una obligación, o del judío polaco que lo aprende cuanto antes como una inversión, el italiano aprende lentamente, si acaso llega a hacerlo. Inclusive su hijo, nacido aquí, con frecuencia habla su lengua nativa de manera indiferente (Riis, 1890, 5.1-2).

Fuera de buscar justificaciones sobre el contexto de procedencia de las familias italianas que migraron a Nueva York, conviene observar cómo a lo largo del siglo xx llegarían a establecerse en South Bronx, para luego mudarse a los suburbios del norte, a donde se mudaron los grupos sociales de mejor condición socioeconómica. Los habitantes de South Bronx recuerdan la época en que italianos y puertorriqueños convivían y compartían la cotidianidad. Pero, poco a poco, dice Brandye, “los italianos se fueron. *They all left!* ¡Todos se fueron! Y llegaron más afroamericanos y migrantes... y el Bronx se hizo pobre” (Brandye, comunicación personal, 19 de junio de 2015).

El abandono territorial de las clases medias y altas suele considerarse como una de las razones de la precarización que afectó a lugares como South Bronx y favoreció la constitución de *ghettos* en todo Estados Unidos. El papel de las políticas urbanas, por sus mecanismos de asignación de créditos de vivienda, es un eje fundamental para entender la desintegración urbana y la configuración espacial de la precariedad desde componentes raciales. En muchos estudios sobre la exclusión social en Estados Unidos uno de los elementos más importantes es el disparo de exclusión en el siglo xx desde sus referentes étnicos⁵¹. De acuerdo con el análisis de Massey y Denton, en las ciudades como Chicago, Nueva York y Detroit la segregación urbana de los afroamericanos se disparó a más del triple solamente en las dos décadas, que abarcan el periodo de 1910-1930 (figura 5).

51 Aunque este estudio prefiere la noción de racial como construcción social, para el caso estadounidense se utilizan las clasificaciones de grupos bajo la noción de etnicidad por la oficialidad con que se utiliza en la generación de estadísticas.

Figura 5. Índice de Lieberson sobre evolución de segregación de afroamericanos en Estados Unidos entre 1890 y 1930

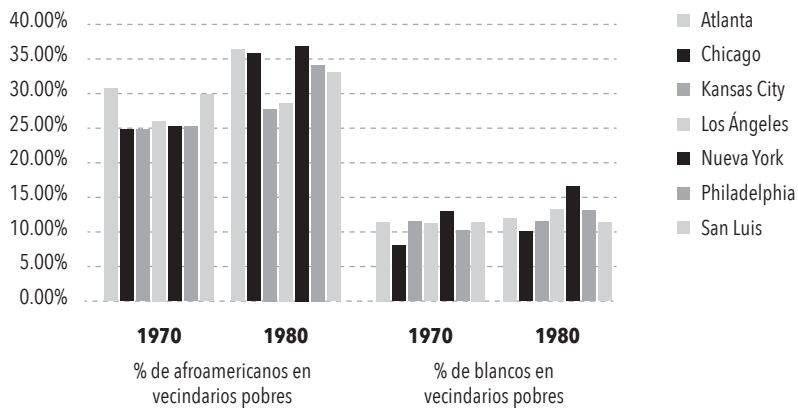


Elaboración a partir de Lieberson, Stanley (1980), *A Piece of Pie: Blacks and White. Immigrants Since 1880*.

En el caso del *ghetto* estadounidense, el principio de raza, tan discutido desde la terminología que se emplea, como la realidad a la que hace referencia, es sin embargo un elemento clave para entender los marcadores de identidad colectiva y las maneras como se fue organizando el territorio. El conocimiento de la división racial en la historia de Estados Unidos ayuda a entender cómo se fueron construyendo las fronteras que funcionarían a través de los siglos, no sólo sobre las instituciones sino, sobre todo, como dice Wacquant, “sobre los cerebros” (2007:170). Estas fronteras encuentran en las políticas públicas y los programas estatales un espacio de refuerzo, porque la mayoría de los procesos administrativos seguía un conjunto de pautas de acuerdo con la etnicidad de la población.

Los principios de etnicidad y de confinamiento en South Bronx se dieron en medio de un proceso de estigmatización y de exclusión social que tocaba a todo el país. De hecho, en ciudades como Atlanta, Chicago o Philadelphia, entre 1970 y 1980, la diferencia de población afroamericana en las zonas urbanas marginadas es de 3 a 1 respecto a la población blanca, y en el caso específico de Nueva York hay un disparo de más del 10% de marginación afroamericana en una década, comparado con el 5% de los blancos (figura 6).

Figura 6. Porcentaje de afroamericanos y de blancos en vecindarios pobres de ciudades hiper-segregacionistas



Elaboración a partir de Massey y Denton, 1994:129.

El principio de confinamiento y la marca del estigma territorial encuentran sus antecedentes en el siglo XIX en Estados Unidos, y a partir de un modelo importado de Europa que desde antes de aplicarse ya había demostrado sus deficiencias. Castel se refiere al modelo de *almshouses* como la primera forma de esta estigmatización: viviendas a las que se trasladaba a las personas consideradas con alta vulnerabilidad social, pero que al mismo tiempo implicaba un modelo urbano de exclusión y disciplinamiento, que en nada contribuía a la mejora en las condiciones de vida y del tejido social (1978:51).

Lo más grave del estigma de South Bronx es que se funda sobre principios bioculturales. Los habitantes del *ghetto* estadounidense asumen que el límite no es solamente espacial, sino que se refiere a la estructura de clases por pertenencia étnica. En su estudio, Wacquant piensa que más allá de un agregado de familias pobres, el *ghetto* estadounidense tiene una formación específicamente racial basada en las escalas materiales y simbólicas del color de la piel y el lugar geográfico (2007:187). Si además se observan las estadísticas de salud pública, los reportes manifiestan que la gente "de color" tiene una menor esperanza de vida, menores rangos de cobertura en seguridad y son menos proclives a mantener un recurso estable para la atención en salud que los "blancos no hispanicos". Es decir que, en comparación con los blancos no hispanicos, los afroamericanos y los hispanos presentan mayor incidencia de morbilidad y mortalidad frente a muchas enferme-

dades. En South Bronx, por ejemplo, el índice de mortalidad por diabetes en mujeres con edad entre los 18 y 64 años es veinte veces más elevado que en el noreste de Manhattan donde predominan los grupos de habitantes blancos no hispánicos (Kaplan et al., 2006:116-117).

En un ejercicio de recuperación de trabajos etnográficos publicados, Wacquant encuentra que la crítica de la moralidad de las minorías raciales es de los argumentos más fuertes. La idea de una disolución moral y depravación cultural es más significativa cuando se trata de las minorías étnicas. El autor recupera comentarios desde las percepciones de habitantes externos al *ghetto* que se expresan diciendo que “es un lugar misterioso donde prolifera la droga, el crimen, la prostitución, las madres solteras, la ignorancia y las enfermedades mentales”; mientras otros mucho más radicales afirman que se trata de “una jungla infestada de animales de piel negra cuya sexualidad salvaje y familias descompuestas cuestionan toda noción de una conducta civilizada” (2007:182).

Los códigos de referencia étnica se tejen con los límites territoriales y la estigmatización de las zonas urbanas a partir de los grupos que las habitan, pero también desde los modos de habitar. En una conversación con Wendy, habitante de South Bronx desde hace más de 10 años, afirma que “las estadísticas dicen que Bronx es el número uno viviendo del Welfare. De allí le sigue Brooklyn, y de allí le sigue Queens... Queens es un condado muy trabajador. Si llega un mexicano, llega a trabajar. Si llega un colombiano, llega a trabajar. Ellos vienen a trabajar [mientras que en South Bronx] vienen a vivir, no todos, pero vienen a vivir del sistema” (Wendy, 2015). Si se retoma la historia de South Bronx desde mediados del siglo XX, y como consecuencia del abandono de las clases medias y altas, se observa que las instituciones y las organizaciones sociales cada vez fueron menos efectivas. Hay que tomar en cuenta que, por lo general, en las zonas urbanas de precariedad las redes familiares son menos fuertes y las redes de amistad se hacen más amplias y superficiales. Como consecuencia, tanto el apoyo de las instituciones como de las redes de organización social son menos firmes. Al mismo tiempo, la supervisión de las colectividades sobre el bienestar del territorio y el cuidado intergeneracional de los estándares educativos no pueden operar con la misma efectividad. En contraparte, los habitantes de un *ghetto* estadounidense como South Bronx despliegan toda una serie de estrategias para justificar la desintegración del vecindario. Entre estas estrategias justificativas Wacquant distingue tres principales: “evitarse mutuamente, elaborar

infra-diferencias o micro-jerarquías, y difundir el oprobio público de los culpables, como familias con problemas, recién inmigrados, vendedores de drogas y madres solteras” (2007:188-189).

Desde 1960, los índices del crimen en South Bronx se han mantenido entre los más altos. Dice Evelyn González que la sucesión de oleadas de inmigrantes con sus hijos y la pobreza que ya se había establecido en el área hacía que la gente temiera por su seguridad, que los negocios locales no marcharan bien y que los edificios de departamentos perdieran a sus residentes. En este periodo la gente que se mudaba a South Bronx lo hacía o por necesidad, o porque no tenía ninguna otra opción, o ante la obligación de las autoridades que los instalaban en este lugar (2004:121). Como evidencia, se pueden recordar los apagones ocurridos en Nueva York en 1965 y en 1977. El diario *TIME*, en su número del 25 de julio de 1977 dedicaba un artículo al apagón ocurrido entre el 13 y 14 de julio bajo el título “Night of Terror” (La noche de terror). En el contenido se comparaba el evento con el ocurrido en 1965 y la gran diferencia respecto al pillaje y saqueo ocurridos en el reciente suceso. Resaltaba, además, que en South Bronx más de 300 comercios fueron vaciados y que al amanecer las calles estaban tapizadas con botellas quebradas, cajas aplastadas de hamburguesas y helado escurriendo por todas partes. Entre las explicaciones propuestas por el diario se encuentra la diferencia en desempleo de los “*young ghetto blacks*” que se duplicó, pasando de 20% en 1965 a 40% en 1977, por lo que habrían aprovechado el apagón para proveerse con los bienes a los que no tenían acceso porque la sociedad les negaba la oportunidad. El embajador de la ONU Andrew Young proponía su propia explicación diciendo que “cuando se apaga la luz, la gente roba porque tiene hambre”; y el psicólogo Morton Bard, del Graduate Center de la Universidad de Nueva York, valoró el pillaje como “*Robin Hood-type*”, afirmando que era un robo al rico para darles a los pobres, y aun así se mostraba impresionado de que el saqueo hubiera incluido un comercio de biblias y manuales de oración.

Para algunos autores el verdadero problema de la desorganización social en South Bronx inició a partir de 1970, con la salida de los más educados en búsqueda de empleo. La estigmatización social que se manifiesta en el descuido de las instituciones deriva en una serie de problemáticas que se transfieren desde el empleo hasta el crimen y la violencia. González considera que en la crisis ocurrida en la década de 1970, y ante la crítica de poca eficacia de los dirigentes del *borough* para lidiar con las problemáticas, las autoridades de la ciudad opta-

ron por la suspensión de policías, estaciones de bomberos y líneas de transporte hasta que se reactivara la economía de la zona; y aunque algunos como el puertorriqueño Herman Badillo, presidente de Bronx, criticaron el abandono de los habitantes, la mayoría optó simplemente por concentrarse en la zona oeste del *borough*, cuya recuperación era más favorable (2004:128-129).

Para Fabia, que migró a South Bronx desde Santo Domingo en la República Dominicana, las diferencias culturales y las viviendas de alta densidad son la causa principal de constantes conflictos. Primero apunta a los puertorriqueños como los causantes diciendo que “hay como dos edificios en la uno, cuatro, nueve [calle 149] y se ven cayéndose esos boricuas [porque consumen] muchas drogas. Aunque ellos no se meten con nadie”. Luego explica que “por ejemplo, esa avenida Lebrun, dicen que es peligrosa... porque tienen unos hausin [*housing*] como de muchas plantas, como de treinta plantas, y ahí se hacen sus rebusés⁵², dentro del edificio. Porque es que viven muchas personas [...] Y la gente tiene diferente cultura, diferente educación, diferente temperamento” (Fabia, comunicación personal, 19 de junio de 2015). Poco después, Thomas comentaba que uno de los problemas que observa el NYC Parks en South Bronx es que los vecinos utilizan cualquier espacio para hacer sus “parrilladas” porque, según Thomas, “viven agobiados” a causa del hacinamiento en “esos departamentitos que les da el gobierno, y que obviamente no tienen parque; y si tienen *play-ground* [patio de recreo] es abajo y no se permiten asadores” (Thomas, 2015).

Como alternativa a la estigmatización social, los habitantes del *ghetto* estadounidense se aprovechan de los programas de asistencia social del Welfare “como si no pudieran encontrar otro valor al vecindario, que el valor que surge de la misma desvalorización de su vecindario y sus vecinos” (Wacquant, 2007:188). Se va creando así una identidad fincada sobre la vulnerabilidad y la vulneración constante de los habitantes y una serie de rupturas respecto a las diferencias internas y las posibilidades de cada uno para acceder a una mejor calidad de vida.

Las rupturas en los territorios de precariedad son sucesivas. En lugar de que la homogeneización de las dificultades se convierta en un elemento que por una lucha compartida genere relaciones de proximidad y una red de sus potencialidades económicas, al interior se redo-

52 Fiestas.

bla un sistema de diferenciaciones que produce divisiones *ad intra* de los grupos sociales, como si se tratara de apartar a los menos pobres en una suerte de pequeña burguesía dentro del *ghetto*. Surge de esta manera lo que Wacquant llama “la idea de una comunidad imposible”, siempre dividida contra sí misma y donde los miembros no pueden dejar de reconocer la naturaleza colectiva de su propia maldición y que, por lo mismo, desarrollan estrategias de distinción que tienden a la ruptura de los vínculos sociales y la validación de las percepciones negativas que provienen desde fuera del vecindario. Es precisamente la idea del deshonor colectivo la que termina por producir la atomización social, la desorganización comunitaria y la anomia cultural (2007:189).

La Courneuve. T’es Français, mais tu viens d’où? / *Eres francés, pero ¿de dónde vienes?*

La inmigración hacia el continente europeo se intensificó después de la Segunda Guerra Mundial, entre otras razones por el crecimiento del sector industrial y manufacturero y la reconstrucción y explosión urbanas. Pero ser inmigrante no representó problema sino hasta las últimas décadas del siglo XX cuando el problema de la migración “se desplazó” al de racialización. Fassin entiende que el proceso de racialización no sustituyó el problema de inmigración, sino que lo sedimentó y expuso, es decir, que “aunque las fronteras exteriores no ha[bía]n desaparecido, y más bien se endurecieron, las fronteras internas no fueron creadas, sino simplemente se hicieron visibles” (2012a:11).

Ser inmigrante y ser francés aparece todavía como una dicotomía irreconciliable, aunque se suele decir que Francia actual es un país de inmigrantes. La complejidad de reconocerse como francés se hace evidente en el comentario de Rania, inmigrante marroquí que habita en La Courneuve desde hace más de 30 años. Rania expone:

Yo vivo en Francia, tengo la nacionalidad francesa, pero me sigo sintiendo marroquí, porque mis padres no son franceses [...] ¿Por qué habría de sentirme francesa? ¡No! Si obtuve la nacionalidad francesa es por mi trabajo, pero nada más [porque] inclusive los franceses de aquí no nos consideran como franceses... y sin embargo, yo prefiero la mentalidad francesa a la de nosotros (8 de enero de 2016).

La integración de los inmigrantes a la sociedad francesa imponía desde el principio un conjunto de dificultades respecto a la organización urbana. En el proyecto de Los 4000 de La Courneuve se tenía que decidir, por ejemplo, si convenía agrupar las familias de acuerdo con su cultura de origen o si era mejor diseminarlas para facilitar su "asimilación" al modelo social de la "nación francesa republicana". El temor de las políticas francesas por el comunitarismo y el discurso de *mixité sociale* pronto se vería rebasado por la organicidad con que se fueron integrando las familias en las zonas periurbanas. De este modo, "los franceses a quienes se sigue viendo como extranjeros, esos autóctonos que uno supone que son inmigrantes, no solamente son más numerosos [...] sino también son más visibles, porque la segregación urbana que se ha intensificado en las últimas décadas los concentra en territorios que suelen designarse como *banlieues* o *cités*" (Fassin, 2012a:11).

La integración de los grupos de migrantes en territorios como La Courneuve se resolvió a partir de la construcción de edificios multifamiliares para alojar, primero a trabajadores franceses que se mudaban de la capital, y luego a inmigrantes. Pero en el fondo de las dinámicas de urbanización "a la francesa" hay que reconocer que la idea de la asimilación existe hasta nuestros días con un fuerte remanente de colonialismo. El problema se sitúa en medio de la paradoja, por un lado, de que negar el afrancesamiento a los primoarribantes arrastra el riesgo de constituir una forma de racismo, aunque, por otra parte, negarles el derecho de organizar sus vecindarios de acuerdo con sus coincidencias culturales sería caer en el autoritarismo. Estas disyuntivas atravesaban con frecuencia las decisiones sobre la asignación de vivienda en la década de 1970. Zohra cuenta que luego de habitar en la villa miseria de La Campa, y después la *cité de transit* llamada Cité Vert, su familia fue asignada para el complejo habitacional de Sarcelles, donde no había árabes. Ella recuerda: "Mi madre quería aprender a hablar francés, estaba contenta de hablar poco a poco con ella, y eso me llevó a abandonar casi totalmente el árabe". Cuenta que después, cuando visitaban su tierra, todos se burlaban de ella por su forma de hablar, y explica: "¡Era como si yo hubiera dejado de ser uno de ellos! ¡Sin raíces!". Por eso, cuando volvieron a Francia, le dijo a su madre que había que continuar hablando árabe en el hogar, "porque si no podría perder sus referencias, y era necesario mantener la lengua" (Gravayat, 2015:28).

Loïc Wacquant considera que el problema de fondo en la *banlieue* podría ser el hecho de que sus habitantes no tienen una categoría social identitaria sustentada sobre uniformidades étnicas o biológicas (2007:170). Además, debe tomarse en cuenta que la sociedad industrial francesa es no sólo una estructura industrial, sino un proyecto de sociedad dicha “republicana”, y fundada sobre el iluminismo, la fe positivista en el progreso y la exaltación de una serie de virtudes ciudadanas de corte universalista (Dubet y Lapeyronnie, 1992:23). Por eso la desorganización social de la *banlieue* puede entenderse como una consecuencia de la homogeneización de las estructuras en vistas a la asimilación cultural, pero con muchas carencias respecto a los procesos de inclusión social.

En la comparativa de Wacquant el problema de desorganización social es más grave en la *banlieue* francesa que en el *ghetto* estadounidense. El sociólogo encuentra en su comparación que existen tres causas particulares del problema de la *banlieue*: la primera es la exclusión a partir de la separación espacial y su consecuencia respecto a la inmovilidad social; la segunda es la idea de una asimilación cultural ausente de todo aspecto étnico; y la tercera es la creencia que tienen los inmigrantes en el sistema universalista de educación que caracteriza a Francia (2007:185). En cuanto a los procesos de precarización, desde la creación de los HLM surgieron muchas dificultades para alojar a familias numerosas y grupos de inmigrantes que, de entrada, se consideraban como frágiles y vulnerables. Se puede comprender cómo las presiones de los cambios en los estilos de vida, de las dificultades con el empleo y la administración de las actividades en el tiempo y el presupuesto pronto darían lugar a muchas dificultades respecto a la cohabitación de familias con diferente nivel de vida (Laé, 1991:38).

Cuando Zohra cuenta cómo su familia migró desde Oudjia, en el norte de Marruecos, hasta La Courneuve, detalla:

Mi padre había ido a dar hasta a la cárcel por haberse robado un par de puertas para conseguirse unos centavos y darnos de comer. Terminó por comprar una casita cerca de Oudjia donde tuvo uno, dos, tres, cuatro, cinco hijos. Como ya era imposible vivir en dos cuartos, los hombres se reunieron y decidieron partir al descubrimiento de Francia y de la mano de obra. Las mujeres llegaban después, así era siempre (Gravayat, 2015:28).

Entre 1950 y 1970 se construyeron en la zona periurbana de París los grandes ensambles de multifamiliares bajo la idea del funcio-

nalismo arquitectónico de Le Corbusier. Se pensaba que la división funcional y la racionalidad arquitectónica de los espacios producirían comportamientos también funcionales y racionales. Fue así como se crearon las “nuevas ciudades”, supuestamente destinadas al confort, la vivienda decente y la posibilidad de albergar a los primoarribantes y a poblaciones que habitaban en espacios insalubres.

Yélian, quien llegó muy joven a La Courneuve procedente de África occidental, relata que poco a poco se fueron deteriorando las redes solidarias, porque “antes La Courneuve era muy solidaria. [Mientras] una chica cuidaba los niños, otra hacía pasteles” (Yélian, 2016). Las mujeres se organizaban para ir juntas a comprar su despensa y a las reuniones de la escuela. Poco antes, Céline explicaba que todos estos problemas eran “¡A causa del tiempo! Porque la gente cambió con el tiempo... la vida se hizo más dura y ya no es como antes” (Céline, 2015). Yélian reflexiona y dice: “En mi tiempo la gente que venía a Francia se integraba [porque] todos vivían en la misma miseria. ¡La misma cosa! Y fue así como se construyeron los vínculos [porque] uno hacía de comer y compartía... ¡Eso ya no sucede en estos días!” (Yélian, 2016).

En una lectura desde los cambios sociales a partir de los procesos de globalización económica y desarrollo urbano, la realidad que viven las mujeres de La Courneuve aparece como un problema de época. Es como si los territorios de precariedad que se multiplican al tiempo que crecen las ciudades fueran una consecuencia inevitable de las lógicas liberales que rigen los flujos de mercancías y de personas. A esto hay que agregar la etiqueta de “crimen y violencia urbanos” que se suele depositar sobre las zonas de mayor precariedad, con la consecuente responsabilización de los habitantes como causantes de sus propias desgracias. Las revueltas de 2005 en la *banlieue* francesa pondrían en juicio a la “segunda generación” de inmigrados como los causantes de los disturbios. Todavía hoy se suele decir que el desorden de las *cités* francesas es un problema con los jóvenes. Entonces, no se trata de una generación en particular, sino de un grupo social en el que se deposita la responsabilidad porque se atreven a expresar, de manera abierta, su descontento con el modelo republicano y la desigualdad con que se les trata en el sistema social. Lo distintivo de esta “segunda generación” es, en todo caso, que se atreve a expresar lo que sus padres nunca hubieran osado.

En La Courneuve, y más específicamente en la *cité des 4000*, el crimen urbano y la violencia se intensificaron a finales de la década de

1970. La administración de los multifamiliares seguía dependiendo de París, aunque el ensamble formara parte del territorio de La Courneuve y del departamento de Seine Saint-Denis. A medida que París fue multiplicando los proyectos de vivienda social por diferentes partes de la región, el mantenimiento y los servicios en Los 4000 se fueron desatendiendo poco a poco, al tiempo que los grandes edificios se deterioraban. Si a esto se suma el cierre de las fábricas y el desplazamiento de los obreros a otros lugares se puede entender cómo la vida de los habitantes que se quedaron se hizo cada vez más precaria.

El deterioro urbano tiene un componente físico y otro social. A medida que los edificios de Los 4000 se fueron degradando, otras problemáticas se comenzaron a multiplicar y se extendieron por todo el ensamble de La Courneuve. Abdel describe estos procesos comparando con la ciencia ficción y cuenta que:

En esos tiempos era realmente como el Far West, la mafia, la ley del más fuerte [...] para muchos amigos de la época [La Courneuve] era el sida, la cárcel, las armas, o en todo caso la muerte, la condena, la relegación. Sin embargo, hubo un periodo en el que algunos "nadaban en feria". ¡El negocio andaba bien! Pero uno sabe que ese negocio acaba mal [...] Había algunos que cuando me veían salir a trabajar todas las mañanas se burlaban... Para ellos era la hora de irse a acostar. Venían de la capital, de los bares, con sus bellos carros y sus hermosas chicas [...] También había unos chavos de la *cit  * que fueron atrapados, pero después de años y más de una quincena de asaltos... ¡Quince asaltos a mano armada! Ya no eran las travesuras de la villa miseria. ¡Habían subido de nivel! (Gravayat, 2015:32).

Por otro lado, conviene reflexionar sobre el aumento de la desconfianza, del miedo y de un conjunto de valores que se movilizan para el funcionamiento de las redes solidarias. Rania explica que a veces ocurre un asalto "y aunque hay personas que pasan, nadie interviene [porque:] '  Y si intervengo?   Y si tiene un cuchillo?   Y si me agrede?'. Es cierto que da pena, que no es normal, que se está en medio de la violencia y la policía no puede hacer nada" (Rania, 2016).

Por otra parte, está el honor que se asocia con las capacidades de sustento del hogar y de la familia. En el Secours Populaire Français (SPF), para el programa de apoyo alimentario a las familias más desfavorecidas, hay padres que mandan a los niños a recoger la despensa. En una ocasión la directora del programa le dijo a un par de niños que era la última vez, "porque es responsabilidad de los padres y no de

los niños". Sucede que muchos padres de familia mandan a los niños por el carrito de la despensa y se quedan en su casa porque les da vergüenza. Hay algunos que no quieren ir en jueves porque la escuela está enfrente del centro de distribución y no quieren que estigmaticen a sus hijos. Esa misma semana vino un hombre de origen yugoslavo y explicó que "vino al SPF solamente cuando se le agotaron todas las alternativas [porque] nunca había querido pedir ayuda a las asociaciones. ¡Le daba vergüenza! Pero con el cáncer, el desempleo, una familia e hijos no le había quedado opción" (Patricia, comunicación personal, 23 de enero de 2016).

La precariedad lleva, con frecuencia, a que la atención de los padres se concentre en la resolución de las necesidades básicas de los hijos, en términos materiales. Las desigualdades en términos de acceso a los servicios de educación y empleo parecen resentirse más desde la perspectiva de los jóvenes que de los primoarrivantes en Francia. Yssam, en diálogo informal, me explicaba cómo él lo único que espera es un buen aprovechamiento de sus hijos en la escuela. Afirma: "Es lo normal, en cuanto que yo hago lo más que puedo por darles casa y alimento". En el mismo diálogo Andjy, también migrante de África occidental, expresaba abiertamente su deseo que de en las próximas elecciones gane el partido de extrema derecha Front National, porque "ya con la cantidad de migrantes que tenemos en Francia es demasiado, y Marine Le Pen va a evitar que lleguen más inmigrantes" (Yssam y Andjy, comunicación personal, 4 de octubre de 2016).

El problema es que se ha construido una figura del migrante que lo hace aparecer siempre como "el otro, extraño, ajeno, extranjero, invasivo", como si las fronteras políticas se imprimieran en diferencias de carácter biológico. No obstante, el reproche del migrante obedece eminentemente a una construcción biocultural sobre la que reposan los procesos de racialización y de construcción de fronteras físicas y culturales que desembocan en la precarización de ciertos territorios. De aquí lo difícil de actuar desde las políticas urbanas sobre la precariedad y sobre asuntos más complejos que no se resuelven con demoliciones y renovación urbana.

Por otra parte, la estigmatización territorial de zonas como La Courneuve aparece al mismo tiempo como consecuencia de los procesos migratorios y de racialización, y como límite para superarlos. Las consecuencias del estigma territorial son considerables. Baste, como ejemplo, el diálogo de una entrevista que cita Desmond Avery:

“¿Dónde vive usted?”, le preguntan a uno cuando solicita un empleo, un préstamo bancario o un departamento.

—En la periferia norte.

—¿Cuál?

—La Courneuve.

—¿Los Cuatro Mil?

—Sí.

—Mmm, bueno, no tengo nada en este momento, pero déjeme sus datos... (Avery, 1987:28-29).

A diferencia de la estigmatización del *ghetto* estadounidense que se funda en nociones de raza y de cultura, el estigma de La Courneuve tiene un aspecto más territorial. Wacquant dice que la estigmatización residencial en la *banlieue* francesa implica la composición mixta y multiétnica de los habitantes, que diluye la posibilidad de una percepción inmediata a partir de las características físicas. No obstante, el hecho de que los habitantes de La Courneuve puedan atravesar sin dificultad las zonas más aristócratas de la capital francesa no solamente les permite una experiencia temporal de inclusión social, sino que enfatiza su condición de “parias” provenientes de una zona degradada (Wacquant, 2007:187).

El estigma instituido sobre el territorio de La Courneuve se refuerza con las oleadas de violencia iniciadas desde la década de 1970 y se nutre de las diferencias religiosas entre el catolicismo tradicional francés y el islam. Como consecuencia de los procesos de desorganización social y los recurrentes sucesos de criminalidad en La Courneuve, se le ha llegado a asociar como un “lugar de depredación” o un “territorio del miedo” (Avery, 1987:19). Zohra cuenta el proceso de degradación social y de estigma que sufrió desde la *cit  de transit* y luego en Los 4000 de La Courneuve. Relata que:

Hacía quince años que estábamos allí. La *cit * no estaba prevista para eso. Cuando llegamos se nos dijo que nos quedaríamos un máximo de cinco años. La vida se fue degradando. Habíamos crecido, todos los de la generación de los 60s, los hijos de nuestros padres que vinieron para acá. Poco a poco, la policía venía casi diario. La gente le daba la vuelta a la calle. Nadie entraba en nuestra *cit *. Estábamos fichados, ¡fichados!... ¡Oh, La Cit  Vert! ¡Es peligroso por allá! Se convirtió casi como un clan, un gueto. Como los gitanos [que viven] entre ellos. Había problemas de escuelas, de dinero, de familias, y los jóvenes comenzaron a hacer sus

vagancias, ¡a robar pues!... y había drogas, comenzaron a aparecer por todos lados, los jóvenes se inyectaban, sobre todo los hombres [...] La prisión también era tema frecuente. A veces dejábamos de ver a un vecino y nos cruzábamos con su padre: "¿Dónde está tu chaval?". "Está haciendo una estancia en La Cruz Roja". Pero todos sabíamos bien a dónde había ido (Gravayat, 2015:28).

Por otro lado, en el caso de estigmatización de La Courneuve es indispensable incluir en la perspectiva histórica la importancia que tiene el islam. Frente a la proclama de laicidad de una nación como Francia, tradicionalmente católica salvo algunas minorías como la judía y la protestante, las poblaciones migrantes que caracterizan la periferia parisina, independientemente de cuáles sean sus prácticas religiosas, son consideradas a partir de la representación de un islam triunfante en la *banlieue* (Jazouli, 1992:132). El problema con el estigma del islam no es tanto por su contenido religioso, sino por la asociación que se ha construido en las últimas décadas entre el islam y la revolución iraní que inaugura una corriente política que comenzó a permear en todos los países donde hay migración musulmana. Si además de esto se generalizan, como se ha hecho en los últimos años, los problemas del terrorismo y de los constantes atentados en países occidentales con la responsabilización de una comunidad religiosa, y con el territorio en el que habita, La Courneuve deviene uno de los escenarios más sensibles a la estigmatización socioespacial.

Yélian considera que el miedo es el factor principal para entender la pérdida de solidaridad que caracterizaba a La Courneuve. Cuenta que ella encontró unas amigas:

Había una *black*, una de Marruecos [y] una antillana. Éramos cuatro mujeres, de modo que pagábamos un auto para que nos llevara a hacer las compras al mayoreo. Después nos dividíamos los precios... Por ejemplo, para los niños, la que llega[ba] más pronto los iba a buscar [a la escuela], de este modo no pagábamos quien los cuide [porque] los niños se quedaban con ella... Así hasta que salimos adelante, pero hoy hay menos solidaridad, porque antes, entre las mujeres ¡era una familia! Hoy la gente dice que tiene miedo y jese es el problema! (Yélian, 2016).

Zohra encuentra que la problemática atraviesa desde las estructuras sociales hasta los espacios familiares y la vida cotidiana. Considera que "probablemente el tiempo deforma las cosas [porque] antes no

había esa manera de estar “encarados” con la sociedad”. Explica que cada vez que hoy ve una jovencita de las actuales villas miseria piensa en ella a su edad, pero luego piensa también que esta jovencita está mendigando sola, en el metro. Y reflexiona: “Yo me digo que nuestros padres nos protegían muchísimo: ¡Se desplegaban en cuatro! [para protegernos] Y ahora ¿qué esperan para encontrarles casas? ¿Para construíselas?... ¿Esperan que se regresen a su tierra? Eso podría tardar bastante tiempo. Porque ellos están aquí, y nosotros cambiamos pero, sobre todo, este país ha cambiado” (Gravayat, 2015:29). En conclusión, los procesos sociohistóricos tanto de South Bronx como de La Courneuve reflejan una serie de factores no sólo de índole económico política, sino la dimensión urbana y la fragmentación de las dinámicas socioespaciales que fueron poco a poco provocando la concentración de la precariedad en estos territorios. Un ejercicio comparativo con el caso mexicano servirá para entretener la problemática con otra latitud, pero sobre todo con otra cara de los procesos globales.

Lomas del Sur. El que nace pobre, muere pobre

En Lomas del Sur la desorganización social y los procesos de estigmatización territorial son más recientes pero replican algunas características de South Bronx y La Courneuve. Es cierto que en el caso estadounidense la racialización por colorismo es un asunto central, así como la inmigración y la tradición religiosa musulmana en La Courneuve, mientras que la desorganización social en el caso de Lomas del Sur está más ligada con las dinámicas socioeconómicas y la mercantilización del territorio urbano. En este sentido, el trabajo comparativo con Lomas del Sur rescata los contrastes respecto a las implicaciones bioculturales y pone en perspectiva su desorganización social y la estigmatización del fraccionamiento y de sus habitantes.

Empezando por las bases estadísticas, en el informe anual sobre la pobreza y el rezago social del CONEVAL se indicaba que en 2010 el municipio de Tlajomulco contaba con 216,616 habitantes, que corresponden al 5.7% de la población del estado de Jalisco. Según el CONEVAL, los 101,818 hogares del municipio equivalen al 5.6% de los hogares de la entidad y el número de hogares con jefatura femenina en Tlajomulco es de 18,581, lo que representa el 18.3% del total, y el 4.2% respecto al total de hogares con jefatura femenina en el estado. En cuanto a las escuelas y unidades médicas, Tlajomulco contaba en

2010 con 161 escuelas prescolares (3% del total estatal), 157 primarias (2.6%) y 60 secundarias (3.1%). Además, 20 bachilleratos (2.6%) y nueve escuelas de formación para el trabajo (1.4%). Las unidades médicas en el municipio eran 22 (1.9% del total de unidades médicas del estado).

La institucionalización de la precariedad es uno de los principales problemas que se observa tanto en South Bronx como en La Courneuve y Lomas del Sur. Aunque se cuente con servicios públicos, en las últimas décadas se observa el deterioro de la atención y el incremento de regulaciones para brindar los servicios. Es cierto que en South Bronx, con iniciativas como la NYC Card que da acceso a los neoyorkinos a muchos servicios, la accesibilidad y limitación tiene implicaciones de carácter más político-moral por la descalificación de los habitantes como responsables de su condición. Este fenómeno también se observa en México, donde los servicios privados han ido ganando terreno ante la debilidad de la protección social desde el Estado. En Lomas del Sur, por ejemplo, no existe ningún centro de salud dentro del fraccionamiento, y son el DIF, el dispensario parroquial y los consultorios privados quienes proveen, en primer lugar, la atención médica a los habitantes.

La Courneuve, en una comparación con Lomas del Sur desde la institucionalización de las desigualdades, aparece bajo el modelo francés de atención universal donde se oculta, precisamente, la unicidad del modelo. El problema radica en que la integración social se propone por asimilación a un sistema de pautas y regulaciones establecido por La República y al que todos deben sujetarse como medida para asegurar la vida y la estabilidad. Lomas del Sur es la clara evidencia del fracaso de un modelo de sociedad preestablecido en el que se supone que las dinámicas sociourbanas se deben ajustar, y que los individuos se integrarían de acuerdo con una serie de parámetros dispuestos con anterioridad. La pregunta en este caso es ¿quién dispone el modelo? ¿Bajo qué ideas? Y ¿a quién le pertenece decidir sobre la vida y el habitar humano?

Lo que aparece como el problema de fondo para la integración social de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur no es sino "la pluralidad de la condición humana" a la que se refiere Arendt cuando explica que "la pluralidad es la condición de la acción humana porque todos somos lo mismo, esto es, humanos, de tal manera que nadie es el mismo que cualquier otro que haya vivido, vive o vivirá" (Arendt, 1958:8). En la lógica de Arendt, si todos fuéramos iguales, en términos

de la igualdad y la justicia absolutas que sólo existen como referente abstracto, la acción humana sería un lujo innecesario porque los hombres serían repeticiones infinitas de un modelo. En este sentido, la pluralidad se convierte al mismo tiempo en principio de acción y en condición de los seres humanos, y para el caso de las desigualdades en términos territoriales y de la racialización y estigmatización, el problema radica en cómo se concibe y se atiende la pluralidad y cómo se trata de imponer un modelo de humano y un perfil de integración social y espacial.

La precariedad como consecuencia de desintegración social se expresa también sobre las configuraciones del territorio. De acuerdo con los indicadores de pobreza y vulnerabilidad del CONEVAL, en Tlajomulco el 27.5% de la población vive en pobreza moderada y el 3.8% vive en pobreza extrema. Frente al 51.1% de población vulnerable por ingreso o por carencias sociales, únicamente el 18.6% de la población es considerada como no pobre y no vulnerable. Entre los indicadores de carencia social, el 28.3% presenta rezago educativo (133,557 individuos), el 46% presenta carencias en servicios de salud (216,722 personas), 56.5% no tiene seguridad social (266,473 personas), 30.4% tiene carencia en servicios básicos en la vivienda (143,405 personas) y 22.7% presenta carencias en alimentación (106,891 personas).

Desde las dinámicas alimentarias se pueden observar las limitaciones impuestas por el contexto en que se vive en Lomas del Sur. Hay que considerar, en primer lugar, que la decisión sobre lo que come una persona, y del entorno en el que lo hace (horario, lugar, duración, etc.), no es una decisión personal sino mediada por dinámicas urbanas y comportamientos colectivos. Los factores de distancia y tiempo, de entrada, imprimen un carácter secundario a la actividad alimentaria y la desplazan a los momentos que se pueden “rescatar” entre las cargas horarias ocasionadas por la deficiencia del transporte y la precariedad laboral, por ejemplo.

En esta lógica, si se toman en cuenta las oportunidades de acceso en tiempo, distancia y costo, a partir de la manera como se ha planificado el territorio y se ha poblado la periferia de la ciudad con fraccionamientos como Lomas del Sur, queda claro que las lógicas de desarrollos inmobiliarios bajo el eslogan de ciudades dormitorio o de una vida tranquila y estable a partir de la compra de una vivienda propia está lejos de ser un factor de integración socioespacial que favorezca las dinámicas sociales saludables y el buen control del espacio y tiempo en las ciudades. Los estudios de la obesidad más recién-

tes, que se concentran en los ambientes obesogénicos como la causa del problema, insisten en las dificultades que representa modelar los comportamientos alimentarios cuando el territorio en que se habita no provee los recursos adecuados. Si se piensa, por ejemplo, en una mujer de Lomas del Sur, aunque decidiera cambiar su dieta por una más saludable de acuerdo con los estándares médicos, lo primero que debe hacer es encontrar un negocio donde vendan los nuevos productos. Suponiendo que existiera ese tipo de negocios, lo cual dista ya de la realidad, como la mayoría de mujeres adultas son también madres o jefas de familia tendrían que convencer a los demás integrantes de comer la misma cosa, a riesgo de encontrarse frente a la multiplicación de tareas para preparar diferentes platillos y el costo inaccesible de tal variedad de productos para un hogar promedio.

Son muchos los desafíos que enfrentan las familias de territorios de precariedad desde el día a día de sus actividades. En los fraccionamientos de Tlajomulco el problema tiene un carácter eminentemente político y urbano: las carencias en infraestructura, las faltas de equipamiento y la precariedad de la vivienda se suman a los determinantes socioeconómicos de la condición humana de los habitantes. Los indicadores de CONEVAL sobre rezago social para Tlajomulco en 2010 indican que el 36% de la población de 15 años y más cuenta con educación básica incompleta, que el 31.3% vive sin derecho a los servicios de salud, el 5.5% de los niños de 6 a 14 años no asiste a la escuela y el 2.6% de la población mayor a 15 años es analfabeta. Además, el 20.4% de las viviendas no dispone de lavadora, el 6.7% no cuenta con refrigerador y el 0.9% no cuenta con excusado/sanitario.

La degradación del fraccionamiento a raíz del abandono de las viviendas (>40% deshabitadas) y del deterioro de la infraestructura existente se transfiere en otras problemáticas como la inseguridad y el miedo en el espacio público de Lomas del Sur. Perla entiende que la criminalidad del fraccionamiento tiene una relación estrecha con los problemas de recubrimientos en las calles y alumbrado público. Explica que

Por ejemplo, ahí por mis cuerdas, el alumbrado público no funciona [...] de hecho por eso que está bien oscuro últimamente hubo muchas personas que se metían a robar... De hecho, hace como un mes, a espaldas de mi casa se metieron y se llevaron todo, y como trabajaba el muchacho [que vive allí] en la mañana fue a decirnos que si no habíamos escuchado nada [pero] con las luces apagadas... Y fue más o menos en ese tiempo

que estuvo lloviendo. Amaneció lloviendo, y creo que se llevaron todo... Y ¿cómo fue? ¡Quién sabe! (Perla, 2015).

Por otro lado, a las carencias en servicios y en seguridad social se siguen las dinámicas familiares confrontadas con la distancia como amenaza. Alejandra, por ejemplo, comenta que a la muerte de su madre tuvo que mudarse a Guadalajara para cuidar a su papá. Detalla: "Se quedó mi marido solo y yo y mis hijas nomás veníamos los fines de semana, y un ratito [...] ¡y vámonos! Eso nos cambió la vida porque nos separamos un poco de él, y pues ¡no se vale!" (Alejandra, 2015).

Tanto en Lomas del Sur como en South Bronx y La Courneuve la correspondencia entre la estigmatización de los territorios de precariedad con los rasgos bioculturales de la población hace que se acentúen las desigualdades en términos de accesibilidad alimentaria y de actividad física. Por un lado, se observa el deterioro del paisaje edificado y el descuido por parte de las instituciones, pero además la responsabilización de los habitantes por sus condiciones de vida, justificada en el aumento de problemas como el crimen y la violencia, o incluso lo escandaloso de comportamientos sociales que contradicen los esquemas morales del modelo occidental predominante. Un análisis más profundo, sustentado en esta primera genealogía de lo urbano obesogénico y la vulnerabilidad de las mujeres, permitirá desentrañar los mecanismos y procesos que hacen de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur territorios de precariedad donde la obesidad femenina se encarniza y se reproduce.

LO URBANO OBESOGÉNICO Y LA VULNERABILIDAD DE LA MUJER

*Étrange inversion ! On s'attache aux
expressions et non plus à ce qu'elles
expriment ; aux bénéfiques d'une adhé-
sion plus qu'à sa réalité.*

¡Qué extraña contradicción! Ahora nos
aferramos a las expresiones y no a lo
que expresan; a los beneficios de una
adhesión más que a su realidad.

MICHEL DE CERTEAU, 1993:20

BODEGA, ÉPICERIE, TIENDITA. LA DISPONIBILIDAD Y ACCESIBILIDAD ALIMENTARIA POR PROXIMIDAD

Este primer apartado del análisis socioantropológico se construye a partir de conceptos como la accesibilidad alimentaria, los determinantes del espacio edificado y la exclusión socioespacial. La estrategia metodológica que se privilegia es la contextualización de los comercios en los tres territorios y a partir de la etnografía. Los ejes analíticos para el trabajo interpretativo de esta sección son el de políticas económicas y el de políticas urbanas. Se trata, sobre todo, de un primer abordaje de lo urbano obesogénico desde la disponibilidad alimentaria y la accesibilidad en términos económicos y espaciales.

El impacto que tiene el espacio construido sobre la variedad y la accesibilidad alimentaria es siempre importante, pero cuando se trata de poblaciones que habitan en territorios de precariedad esta condición se vuelve fundamental. Por un lado, cuando se vive con la conciencia de un futuro económicamente incierto se tiende a planear de manera más inmediata y efímera, de modo que muchas de las compras alimentarias se hacen "al día"; por otro lado, las estadísticas ponen en evidencia que en los contextos sociales más precarios el precio

es fundamental para determinar el abastecimiento alimentario (Green *et al.*, 2013), de manera que la demanda de productos se vuelve más sensible a la fluctuación de los precios.

Para evitar generalizaciones y poder precisar lo urbano de la obesidad desde los establecimientos comerciales es necesario contextualizar y comparar entre distintos territorios. La comparación de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur permite entender cómo, en la precariedad, las personas toman decisiones y proyectan su futuro. En contra de una mirada determinista, tanto la alimentación como el cuidado del cuerpo se contextualizan en cada territorio de forma distinta pero en medio de los procesos globales, y se observan las implicaciones directas de aspectos culturales sobre los reacomodos de las dinámicas de comercio y de organización del territorio. Aunque a simple vista se pueda decir que los hogares con economía modesta eligen sus productos en razón del precio, y que un alza del precio haría que renunciaran al consumo de un bien, no se puede determinar *a priori* porque existe también la alternativa de disminución en el consumo de otros productos para seguir comprando el que subió de precio, o inclusive la búsqueda de productos similares cuyo precio es más accesible.

En cuanto al tipo de establecimientos comerciales para el abasto alimentario, por un lado aparece la importancia del comercio de proximidad que resuelve la imprevisibilidad de la vida cotidiana de los hogares con economía modesta pero por otro lado están las dinámicas globales de comercio de mayoreo, cuyos precios suelen ser más accesibles. Los supermercados, por ejemplo, constituyen uno de los lugares privilegiados de compras, gracias a las ofertas y la diversidad de productos. Para ilustrar desde el contexto de Francia, un reporte del INSEE revisa las diferencias sociales respecto a los lugares de compras alimentarias y observa que los hogares de mayores ingresos privilegian los pequeños comercios para comprar sus alimentos, mientras que los hogares de menor ingreso buscan los grandes establecimientos comerciales de *maxi-discount* (Bellamy y Léveillé, 2007).

Las formas de distribución alimentaria en áreas específicas de una nación y una ciudad se despliegan a partir de la oferta en los mercados, tianguis, supermercados, tiendas de abarrotes, restaurantes y, de forma más reciente, los huertos particulares y comunitarios. La cuantificación de los comercios y de las formas de distribución no es suficiente para entender las formas de distribución ni las dinámicas de compra y de consumo, de manera que deben considerarse los aspectos geográficos y la implicación de los valores individuales y colectivos. De aquí

que los estudios basados en sistemas de información geográfica (SIG) o las encuestas de establecimientos (INSEE-DSE, DENUÉ) deban ponerse en perspectiva desde ejercicios cualitativos como la etnografía comparativa que se propone en este estudio.

La creatividad manifiesta en las tácticas de compra, frente a las estrategias dispuestas por el mercado⁵³, revela el dinamismo de las relaciones sociales y espaciales que se tejen en torno al abastecimiento alimentario. Mientras que la mayoría de las personas con economía modesta declara que el precio es determinante de sus compras, se observa cómo privilegian las promociones, la compra de productos que duran más tiempo, la posibilidad de congelar lo que consiguen a bajo precio, la preferencia por frutas y verduras enlatados porque duran más. También aparecen organizaciones muy particulares como evitar ir de compras llevando los niños o comprar a proximidad para no gastar en transporte. Estas y otras posibilidades hacen de la contextualización de los comercios en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur un ejercicio liberador de determinismos economicistas sobre el comportamiento alimentario de los territorios de precariedad.

El principal atractivo de las referencias geoespaciales con la observación de los individuos es que facilita la investigación en tiempo porque no exige la enumeración intensiva de cada establecimiento, pero conformarse con las estadísticas conduce muchas veces al error y las generalizaciones a causa de los límites impuestos por los mismos instrumentos de las encuestas para registrar las particularidades de los comercios y las dinámicas sociales que generan. Por eso para este estudio se ha privilegiado un trabajo que incluya el registro “hecho a mano” de cada uno de los comercios, para ordenarlos y analizarlos según las interacciones sociales y las relaciones locales y globales que determinan las actividades de compra y de consumo.

South Bronx. La bodega como estilo de vida

La bodega, equivalente de la tiendita de abarrotes en México, es el modelo comercial por excelencia en South Bronx. Si bien es cierto que hay varios supermercados, las bodegas están en cada esquina o a media cuadra, de modo que es difícil encontrar en South Bronx un sitio

⁵³ Con referencia al trabajo de Michel de Certeau sobre tácticas y estrategias, donde las estrategias constituyen pautas dadas y las tácticas son la posibilidad de ajuste constante desde la creatividad humana.

donde las bodegas no estén presentes. A diferencia de La Courneuve y Lomas del Sur, donde la disponibilidad alimentaria se divide entre los supermercados, las tienditas o *épiceries* (equivalentes a las bodegas) y los tianguis o *marchés*, South Bronx se distingue por la primacía de las bodegas sobre los supermercados y la inexistencia del modelo de tianguis, salvo las excepciones de *farm market*, tan eventuales como pequeños y costosos. Un análisis más detallado servirá para ilustrar cómo la bodega se convirtió en una particularidad que caracteriza la vida ordinaria de South Bronx.

En 2016 Bronx fue el *borough* neoyorkino con mayor aumento de franquicias. De acuerdo con el reporte de 2016 sobre la evolución de franquicias que realiza el Center for an Urban Future (CUF), las cadenas que más presencia tienen en la ciudad de Nueva York son Dunkin Donuts (596 establecimientos), Subway (433), MetroPCS (326), Starbucks (317), Duane Reade/Walgreens (303), T-Mobile (223), McDonald's (217), Baskin-Robbins (217), Rite Aid (185) y CVS (153). Bronx tuvo el mayor crecimiento de toda la ciudad, con un 4.2% que significó el paso de 857 a 893 establecimientos. Además, si se observan las diferencias entre Manhattan/Bronx por tipo de comercios, la relación de Starbucks es Manhattan 323/11 Bronx, GNC 54/14, NY Sports Clubs 35/1, Le Pain Quotidien 37/0, mientras Burger King 14/18, Family Dollar 1/23 o Dollar Tree 6/18. Estos datos sirven como indicativo del paisaje neoyorkino de franquicias, aunque en South Bronx el modelo comercial por excelencia siga siendo la bodega.

Desde la última década del siglo xx, con la justificación de los altos índices de obesidad de Estados Unidos, se desató una serie de impuestos sobre los alimentos de alto contenido calórico o con gran cantidad de azúcares (Brownell, 2004:217). La administración de Michael Bloomberg se distinguió por sus constantes iniciativas en esta línea y el consecuente seudónimo de "El Estado niñera de Nueva York" que pretendía controlar la dieta de sus habitantes a partir de las regulaciones mediadas por impuestos. La complejidad de los índices de obesidad requiere una mirada más abierta que la de las políticas mercantiles y la regulación de comportamientos de compra. En el caso de South Bronx existen otros parámetros, como las desigualdades alimentarias y las desigualdades de salud, que representan diferencias importantes en la comparativa territorial con Manhattan y el resto de la ciudad de Nueva York. La pregunta debe plantearse, entonces, desde cómo la oferta y demanda alimentaria se manifiesta en la presencia de supermercados de diferente índole, y cuáles son las dificultades o fronteras

que constituyen las dinámicas propias de South Bronx frente al modelo neoyorkino. En este sentido, conviene revisar tres aspectos sobre los establecimientos alimentarios: 1) la disponibilidad y accesibilidad en distancia, 2) la disponibilidad y accesibilidad en precio, y 3) el gusto a partir de la disponibilidad y relaciones de lugar.

Disponibilidad/Accesibilidad en distancia

La proximidad de los establecimientos comerciales juega un rol importante respecto a la determinación de acceso. En una conversación con Isabela, ama de casa de origen dominicano que vive en South Bronx desde hace más de 30 años, dice que hace sus compras en la bodega “porque está más cerca”. Ese mismo día, cuando preguntaba a Fabia sobre las ventajas de tener una bodega cerca, defendía en la bodega la posibilidad de una compra “rápida y sin tener que cruzar la avenida”. Luego explicaba que mientras que para “ir al supermercado son tres cuadras... la bodega está en la esquina”, ratificando el factor de proximidad como el más importante. En la misma línea están las opiniones de comerciantes como José Manuel, encargado de una bodega ubicada cerca de la estación 174 St., de la línea 4 del metro de Nueva York, que observa cómo la gente que viene de su trabajo pasa por la bodega antes de llegar a casa y se llevan lo que necesitan, “de camino” (CUP, 2009). Todas las mujeres entrevistadas en South Bronx, como Fabia, admiten la necesidad de que existan las bodegas porque “si olvidas algo del supermercado tendrías que regresarte y cruzar toda la ciudad para conseguirlo” (Isabela, 2015; Fabia, 2015).

Nancy, nacida en South Bronx y de raíces puertorriqueñas, es ama de casa y cuida niños para obtener lo que ella llama “un ingreso”. La posesión de un automóvil (“¡Gracias a Dios!”, como dice Nancy) le permite desplazarse fuera de South Bronx para comprar los alimentos de su hogar. En una conversación mientras hace fila para recibir la despensa alimentaria del programa Every Day Is A Miracle, Nancy se queja de la calidad de los productos que se venden en las bodegas más cercanas, porque no son frescos, pero al mismo tiempo reconoce: “No hay otra alternativa para la mayoría de la gente de aquí, porque ellos tienen que comprar lo que hay cerca”. Al siguiente día, en conversación con Wendy, quien dirige un programa gratuito de aeróbicos para mujeres de South Bronx, recalca que hay muchas diferencias entre los establecimientos de proximidad que se encuentran en Queens y en Bronx, porque considera que “las fruterías de Queens son grandísimas

y [se] encuentra todo más barato”; luego de enunciar la disponibilidad de productos frescos en Queens, concluye diciendo: “Es el condado lo que hace la diferencia” (Nancy, 2015; Wendy, 2015).

Cuando se considera el comercio de proximidad como limitante de disponibilidad alimentaria por distancia es conveniente resaltar, para el caso concreto de South Bronx, una importante paradoja: en South Bronx se encuentra uno de los centros de distribución alimentaria más grandes de Estados Unidos, pero los habitantes no tienen manera de acceder a esos productos. En efecto, en el Community District #3 de South Bronx se encuentra el NYC Terminal Food Market de Hunts Point. En la entrevista realizada por CUP a la directora ejecutiva, explica:

Es el centro de distribución más grande de Estados Unidos, y de acuerdo con el volumen que se genera es el más grande el mundo [Alimenta] al 9% de la población estadounidense y los productos se distribuyen todos los días, hacia el norte hasta Canadá, al sur hasta Florida, al occidente hasta Chicago y al oriente hasta Europa y el Caribe. El 49% de los productos se obtienen de los estados de EEUU, y el 51% viene del exterior [...] Además ahora llegan muchos productos con los que yo no estaba familiarizada, particularmente los productos destinados a la población latina (CUP, 2009).

Por otro lado, se debe considerar además del tipo de compra, el monto del gasto y los límites que esto impone a la inversión privada para establecer un supermercado en South Bronx. Isabela, que se desplaza caminando para hacer sus compras, expresa con su peculiar acento puertorriqueño: “Cuando voy a hacer compritas más grandes voy al supermercado [porque] los precios son mejores” (Isabela, 2015). Esto implica de fondo otro problema que se hacía evidente en la entrevista realizada en 2009 a Stanley Fleishman, de la comercializadora de alimentos JETRO. El director ejecutivo exponía que entre los límites para establecer un supermercado en South Bronx está el hecho de que “un supermercado necesita un mínimo de espacio para ser construido” y que “se necesita calcular una transacción de entre 70 y 80 dólares por cada consumidor... Con este consumidor que muy probablemente se desplaza caminando al supermercado, se vuelve complicado hacer grandes ventas [y por eso] sobrevivir en la ciudad es muy difícil para un supermercado” (CUP, 2009).

Además, si se consideran otras limitaciones como la temporalidad de la compra, Fabia expone la presencia de fronteras temporales y culturales cuando afirma: “De noche a la bodega le tengo miedo”

(Fabia, 2015). De hecho, si se observa la población que compra en las bodegas de South Bronx se puede notar la diferencia entre las mañanas, las tardes y las noches. Por las mañanas es cuando el espacio es más compartido, sea por pequeños grupos de varones que se detienen para comprar un café o un cigarro y conversar un poco, o las mujeres y niños que suelen pasar por leche, cereal o bocadillos pero que solamente saludan y cruzan algunas palabras con el comerciante y a veces con los clientes. A la mitad del día las bodegas son un excelente recurso de alimentación rápida y a excepción de conocidos y amigos del comerciante, la mayoría se entretiene solamente el tiempo que dura la compra de un sándwich, una sopa que se puede calentar en el mismo sitio o algunos bocadillos. Por la noche la bodega es más bien un espacio de masculinidades; hombres que ríen a carcajadas, amigos que se encuentran para platicar por un buen rato o algún desesperado que viene para comprar cigarros, cerveza y alguna golosina (Diario de campo 4 de junio de 2015).

La disponibilidad alimentaria en términos de distancia es un factor importante para entender las decisiones de compra. Lorena Drago, encargada de programas de educación sobre la diabetes en el Lincoln Hospital de South Bronx, critica la presencia de comida chatarra e insiste: “Como eso es lo que tenemos disponible, tenemos que controlar el ambiente [obesogénico] porque muchas veces no seremos capaces de tomar las decisiones correctas cuando estamos expuestos a todo lo que se nos atraviesa” (CUP, 2009). Con el propósito de ilustrar la disponibilidad alimentaria en South Bronx a partir de una clasificación de establecimientos presentes en la zona, se exponen los siguientes datos recuperados a partir de un ejercicio de observación directa en el periodo de junio a agosto de 2015 (tabla 4).

Tabla 4. Establecimientos con oferta de productos alimentarios en South Bronx*

Avenida / Calle	Bodega (solo abarrotes)	Bodega + Deli	Fastfood (fijo)	Fastfood (semifijo)	Frutas y verduras (fijo) influencia:	Frutas y verduras (semifijo)	Supermercado	Restaurante
174	2	15	3	0	0	0	1	0
Southern Blv.	2	26	13	2	2	3	3	3 mexicanos 1 italiano

Avenida / Calle	Bodega (solo abarrotes)	Bodega + Deli	Fastfood (fijo)	Fastfood (semifijo)	Frutas y verduras (fijo) influencia:	Frutas y verduras (semifijo)	Supermercado	Restaurante
138	5	16	10	9	4	1	0	4 Centroamérica 3 internacional 2 mexicanos
3	3	27	21	8	3	1	7 y además un 1 árabe y 1 africano	1 internacional 1 italiano 1 africano
167	9	20	15	0	3	2	3 y además 1 africano y 1 caribe	2 internacional 1 caribeño
163	6	18	15	3	1	1	1 africano	2 internacional 1 mexicano 1 caribeño
149	11	11	26	15	1	0	0	3 italianos 2 mexicanos 1 Centroamérica
Prospect	7	20	8		1	0	2 y 2 africanos	1 internacional 1 italiano
Westchester	8	10	14	3	1	1	7	3 Centroamérica 1 mexicano
Grand Concourse	3	13	4	5	0	1	1 africano	1 internacional
Willis	2	14	9	4	0	0	1	1 mexicano
Melrose	2	21	15	2	2	1	5 y 2 africanos	3 mexicanos 1 Centroamérica 1 africano
HuntsPoint	6	6	5	0	0	0	2	0
totales	66	227	158	51	18	11	30	42

* La selección de calles y avenidas obedece a la mayor concentración de actividades comerciales de acuerdo con la tesis de maestría de Hamilton, *Remarketing the South Bronx* (1981), y con algunas precisiones a partir de la observación en el periodo de junio-agosto 2015. De este modo, se determinaron trece circulaciones como las más significativas: (1) 174th entre Grand Concourse y Bronx Ave.; (2) Southern Blv. entre 174th y Bruckner Blv.; (3) 138th entre Bruckner y Grand Concourse; (4) 3rd Ave. entre 135th y 174th; (5) 167th entre Jerome y Westchester; (6) 163rd entre Hunts Point/Yankee Stadium; (7) 149th entre Gerard y Bruckner; (8) Prospect Ave. entre Crotona Park y Southern Blv.; (9) Westchester Ave. entre 3rd y Withlock; (10) Grand Concourse entre 174th y 138th; (11) Willis entre 135th y 149th; (12) Melrose entre 149th y 174th; y (13) Hunts Point entre Bruckner y Oak Point.

Elaboración propia a partir del registro de establecimientos por observación en el periodo del 4 de junio de 2015 al 1 de septiembre de 2015.

La relación de disponibilidad de comida rápida y de bodegas que ofrecen alimentos es significativamente mayor que la disponibilidad de frutas y verduras y de supermercados. Es comprensible que, si la distancia es uno de los factores más significativos para las decisiones de compra de alimentos de las mujeres que habitan en South Bronx, las determinaciones por variedad marcan un límite importante. Recorriendo algunas calles de South Bronx se puede observar que existen varias bodegas con rótulos como “fruits & vegetables Mexican products” (138th/Willis Ave.), donde uno pensaría encontrar principalmente frutas y verduras, pero que sin entrar y desde los cristales, lo único que se observa son los muffins, galletas, pan, papitas y bebidas azucaradas. También abundan las bodegas con rótulos como “Lily’s Deli Food” (143th/Willis Ave.) o “Deli & Grocery Open 24 Hrs EBT MTA” (362 Willis Ave.) que además de vender cerveza, cigarros y golosinas ofrecen sándwiches fríos y calientes, hamburguesas, café y té, y que aceptan las tarjetas EBT (que reemplaza las estampillas y cupones de asistencia social) y cuentan con cajero automático para retirar cantidades mínimas de US\$10.00). Además, tomando en cuenta la referencia del lugar de residencia del investigador (837 Jennings St. 10459 Bronx NY), en el radio de una manzana se puede acceder a seis bodegas, principalmente en las esquinas y con horarios que van desde las 4:00am hasta la 1:00am (Jennings St./Southern Blv.) de manera que casi siempre se puede encontrar una bodega abierta (Diario de campo, 1 de septiembre de 2015).

En lo que se refiere a la variedad de los productos, Quincy expresa, en una conversación entre español e inglés, que en South Bronx hay muchos comercios y mucha comida. Explica que “los mexicanos tienen muchas tiendas..., los chinos tienen muchas tiendas..., [y] los americanos tienen sus supermercados” (Quincy, 2015). Unas semanas después, Thomas comenta sobre los alimentos que se observan en las parrilladas familiares que se distribuyen en los parques, así como la mala calidad de la comida que consumen los visitantes. Para el empleado de NYC Parks

los supermercados de South Bronx son de mala calidad [y la fruta y verdura] no es muy fresca, por eso los habitantes prefieren comerse la pizza o la hamburguesa, o la bolsita de papitas [...] que están dentro de su presupuesto. Porque para ellos ir a comer una ensalada de fruta, preparada, es muy caro [mientras que] hay una oferta, justo al lado, de pollo frito, y [con eso] comen dos (Thomas, 2015).

Sin embargo, no se puede reducir la selección de compra de uno u otro alimento a partir de la sola disponibilidad en distancia, por lo que habrá que integrar este elemento con los principios de valor y otros principios culturales que se tejen en el espacio alimentario de South Bronx. Isabela, por ejemplo, recalca que en la bodega “no te venden comida [sino que] hay sandwichitos nomás [pero] comida más pesada como arroz, habichuelas o comida así no”. Nancy encuentra que la temporalidad es un factor importante de la disponibilidad porque “la bodega lo que tiene es que puedes estar allí las 24 horas” (Nancy, 2015).

Disponibilidad/Accesibilidad en precio

En Estados Unidos, de acuerdo con reportes estadísticos que ponen en relación el tipo de productos con la variación de los niveles de ingresos, se observa que cuando aumentan los ingresos también aumenta el gasto en frutas, verduras y carnes. No sólo eso, sino que a medida que el nivel de ingresos se incrementa, también se multiplican las ocasiones para comer fuera del domicilio (Blaylock et al., 1999). No obstante, un abordaje de este tipo no alcanza a explicar otros elementos de decisión sobre las prácticas alimentarias como las valoraciones de salud, la tradición alimentaria y el papel de la madre de familia sobre la administración, compras, preparación y consumo de alimentos en las dinámicas domésticas. En el acercamiento a South Bronx desde el discurso de las mujeres se podrá identificar la relevancia y al mismo tiempo la limitación del precio como factor determinante de las conductas alimentarias.

Brandye nació en South Bronx y cuenta que en la década de 1970 los precios de la comida eran más accesibles pero que las cosas fueron cambiando poco a poco. En sus propios términos expresa que “el pan no era tan caro y el dinero funcionaba [...] se compraba una cosa con un centavo [después] dos centavos [luego] tres centavos... pero todo estaba en orden” (Brandye, 2015). Isabela dice que la vida se ha vuelto más cara en el Bronx porque para ella, que alquila una vivienda para ayudarse, han subido los impuestos, pero no se puede subir la renta, y como consecuencia las viviendas no se pueden reparar porque, como dice ella, “todo es más caro y no te hacen una cosita por 50 pesos [dólares]... todos son de 500, 200... y los últimos años los precios pa’arriba y pa’arriba y pa’arriba” (Isabela, 2015). Karla, que paga el alquiler, dice que “la renta se ha vuelto muy cara y la comida está subiendo”, por eso ella no compra en las bodegas de South Bronx, “que

venden todo más caro” (Karla, comunicación personal, 19 de junio de 2015). Esta diferencia de precios entre la bodega y el supermercado es observada por todas las mujeres de South Bronx con quienes se estableció conversación el 19 de junio. Inclusive en la entrevista de un día después, Wendy, que organizó un pequeño taller de elaboración de jugos verdes, explicaba que el precio es determinante para comprar un producto saludable porque “un jugo en el supermercado te cuesta cuatro dólares y pico... ¡Un solo jugo verde! [Y uno dice:] ‘Prefiero comprar el cartón de 20 coca-colas y tengo para toda la semana para mis hijos’” (Wendy, 2015).

Contra la desventaja de los precios más altos, Nancy observa las ventajas de las bodegas porque “tienen de todo” y explica que: “Tienen farmacia, tienen de todo para la cocina, para la casa, pa’ la sopa” (Nancy, 2015). Por eso considera que “cuando es rápido y no tienes otra alternativa, hay que ir a la bodeguita”. Thomas explica en una conversación de finales de agosto, que los habitantes de South Bronx tienden a “esa práctica de comer mal [...] porque compran en esos supermercados que son muy malos”, y cuyos productos como frutas y verduras no son frescos. Thomas entiende que esto se debe no sólo a la mala calidad de los productos que se encuentran en los comercios sino “también por las limitaciones que ellos tienen económicamente, y que comen lo que se encuentran [...] porque es la pobreza” la que los determina (Thomas, 2015).

Para una valoración integral de la accesibilidad en precio respecto a la disponibilidad alimentaria en South Bronx, conviene revisar varios detalles en torno a las bodegas y la manera como funcionan. Milton Gil, gerente de la bodega Elliot Your Place Superette, a la pregunta del origen de los productos confiesa: “La mayoría de la mercancía que vendo me la traen, a excepción de JETRO”. Manuel, también comerciante de South Bronx, se queja: “La ganancia en las bodegas es de 40%, pero ahora con la carestía nos vemos obligados a vender más barato aunque todo está más caro, la renta está más cara, la electricidad más cara, los impuestos más caros”. Una posibilidad sería surtir la mercancía en Terminal Market, uno de los centros de distribución alimentaria más grandes de Estados Unidos, y ubicado en South Bronx pero, advierte Milton: “El problema es que a veces uno va a la Terminal Market, pa’ uno parquearse allá, o tiene uno que pagar un parqueo pa’ uno poder ir a recoger los productos de ellos allá”, mientras que otras empresas como JETRO tienen su propio estacionamiento y atienden los siete días de la semana, lo que facilita la compra diaria a quienes tie-

nen una bodega pequeña, y sin espacio para almacenar productos por mucho tiempo. Por otro lado, la restricción de los precios se observa desde los mismos dueños de las bodegas que no tienen mucho capital para invertir, y que por lo general compran artículos de bajo costo o que no compran los productos que requieren refrigeración, como cuenta Manuel: “Los vegetales es más difícil porque hay que venderlos frescos, y hay que ser muy cuidadoso a mantenerlos en refrigeración... saber la cantidad que uno vende pa’ traer esa cantidad, porque se daña rápido” (CUP, 2009).

Un distribuidor de botanas de la marca UTZ dice que en su empresa tienen “la idea de que los artículos que se venden en la bodega son de 99¢ o más bajos [porque] por lo general son los niños los que compran botanas en las bodegas”, el mismo distribuidor reconoce que “las bodegas quisieran ofrecer alimentos más saludables, pero los precios son muy altos y en esos vecindarios no hay gente que quiera pagar un extra de dinero por leche orgánica, simplemente porque no tienen ese dinero” (id). Marion Nestle, especialista en nutrición de la New York University, explica el bajo precio de los productos chatarra como resultado de las políticas agrarias y subsidios en la producción de productos como maíz y soya. Nestle considera que:

Las políticas agrarias subsidian la producción de maíz y soya que constituyen la base de la fructuosa que se presenta en muchos de los alimentos procesados [y de esta manera] las compañías pueden comprar *commodities* a precios muy bajos y utilizarlas cuando quieran porque son precios muy estables y productos que se pueden guardar durante mucho tiempo [pero] el gobierno subsidia algunos alimentos y no otros a partir de esas políticas, y los que trabajan en el Congreso hacen lo que las corporaciones les indican (Nestle en CUP, 2009).

El gusto a partir de la disponibilidad y relaciones de lugar (cuando de tanto ver se antoja)

Lorena Drago, que trabaja en el Lincoln Hospital de South Bronx en el área de nutrición y educación contra la diabetes, considera que la presentación de los productos en el mercado es un factor clave para entender el consumo alimentario. La especialista afirma: “Además de que los productos chatarra se encuentran disponibles, también son muy baratos y al mismo tiempo son muy sabrosos”. Y continúa con un ejemplo: “No se puede negar el hecho de que, aunque todos saben

que una manzana es saludable, y que una tarta de manzana podría no serlo tanto, se entoja más la tarta de manzana que la manzana". Wendy, originaria de Guatemala que radica en South Bronx desde hace más de diez años, observa que "los habitantes comen mucho la papa [pero] ¡A freírla! El plátano lo majan así todo y ¡a freírlo! O sea, todo es frito: el cerdo, pollo [...] Las empanadas les meten carne, pero las fríen en calderos de aceite. La carne que tenía la proteína se desapareció, porque domina la grasa y la harina... ¡Y qué ricos!" (Wendy, 2015; CUP, 2009).

Las prácticas alimentarias relacionadas con el gusto tienen una importante contextualización a partir del lugar al que hacen referencia. Así, para Isabela hay que empezar el día con un desayuno dominicano. Ella confiesa: "A mí lo que me gusta es el pan, y en Santo Domingo también [me gustaba]... en la mañana mi pan, mi chocolate, un poquito de avena, un huevito *sancochao*, ese es mi desayuno" (Isabela, 2015). Brandye, nacida en South Bronx, empieza su día en casa y con una taza de café y asegura: "yo siempre voy a beber café, [porque] es algo que... después de una gran taza de café al empezar el día, nada me importa" (Brandye, 2015). Por su parte, la bronxita Quincy, en entrevista posterior, exponía su gusto de comer fuera de casa "de vez en cuando", y sobre todo si se trata de comida china, de la que dice "me como un plato de comida, papas..., me lo como así, con un plato de pollo, de papas... pero la comida en la calle no me gusta mucho" (Quincy, 2015).

Stanley Fleishman, presidente de JETRO, que es la distribuidora de alimentos más importante para todas las bodegas de South Bronx, explica que la definición de su stock "se basa en lo que a la gente le gusta [porque ellos] no crea[n] las bodegas, sino que las abastece[n]". Sobre el mismo punto, la directora ejecutiva de Hunts Point Terminal Market considera que las carencias de disponibilidad alimentaria en ciertos vecindarios son un problema con dos ángulos: "Por un lado el consumidor que no demanda [el producto] en la bodega, y el dueño de la bodega que no pone atención a lo que el consumidor quiere, y por otro lado el vendedor que no atiende las necesidades del consumidor pierde un ingreso, porque el cliente se va a comprar a otros lugares". En contraparte, los comerciantes como Milton y Manuel, que tienen bodegas en South Bronx, dicen que son los clientes los que deciden sobre los productos que se ofertan. Milton detalla: "Yo decido vender en la bodega la comida que la gente me pida. El público me pide a mí: 'Milton, tráeme guineos', guineos los traigo... el público me dice: 'Traeme plátanos', plátanos traigo". Manuel, por su parte, pone aten-

ción al tipo de población que habita en el área porque, como dice: “Donde hay puertorriqueños, ya uno sabe más o menos qué es lo que los puertorriqueños consumen, entonces uno les trae productos... y así sucesivamente”. Luego describe a sus clientes afirmando que: “La gente come poca fruta, ellos eligen más el sándwich [se ríe y continúa]... y principalmente los hispanos. Más [...] el sándwich, o el pan, que una buena fruta”. Por su parte, un distribuidor de botanas de South Bronx considera que la responsabilidad radica en el consumidor. En sus términos: “Si yo no quiero comer algo, nadie me obliga. Depende de mí si quiero comprar o si no quiero comprar. A la mayoría de la gente... ¡ah! ¡no le importa! Odio decirlo, pero es verdad. Nadie debería ser responsable de eso sino que depende de la persona misma [que consume]”; y Stanley Fleishman, director de la comercializadora JETRO dice que “las bodegas saben cómo operar en áreas como South Bronx, abren las 24 horas y saben cómo sacar provecho. El rol que juegan es impresionante y esencial, de otra manera no existirían” (CUP, 2009). En este sentido, el papel que juegan las bodegas para las dinámicas alimentarias de South Bronx es fundamental, así como su función de articuladoras de las relaciones socioespaciales entre los habitantes. Un ejercicio comparativo con La Courneuve y Lomas del Sur permitirá poner en perspectiva el modelo bronxita de accesibilidad alimentaria.

La Courneuve. *Épiceries* y comercio de proximidad amenazado

Desde los primeros años del siglo XXI, el comercio de alimentos en Francia comenzó a introducir importantes procesos de tecnificación en los sistemas de distribución y al mismo tiempo se dieron pasos importantes en las competencias relacionadas con los precios y las promociones, que pronto habrían de derivar en la concentración y la creación de monopolios como Leclerc y Carrefour. Jean-Baptiste Berry (2006), de la división de comercio del Institut national de la statistique et des études économiques (INSEE), en su artículo “Innovation et marchés de la grande distribution”, constataba una pérdida importante de los *hypermarchés* en el sector alimentario debido a la especialización de los comercios de talla mediana y a la aparición de las estrategias de *e-commerce*. A pocos años, se puede observar que los grandes supermercados comenzaron a multiplicarse a partir de pequeños establecimientos que irían remplazando a los comercios locales y los grandes supermercados cuyo

costo se hacía insostenible. Es así como Dia, un comercio pequeño y de productos de bajo costo es poco a poco remplazado por Carrefour City, Carrefour Market o Carrefour Contact, y que los supermercados de precios más bajos como LiDL y U tendrán que enfrentarse a la nueva concentración mercantil de los binomios Casino/Intermarché, Système U/Auchan y Carrefour/Cora. Por otra parte, las estrategias de tecnificación y los bajos precios favorecen a los comercios de mayor volumen y amenazan a los pequeños establecimientos.

En entrevista con Zahīm, que dirige una organización de comerciantes de La Courneuve, explica que los supermercados han ido sustituyendo a los pequeños comercios “porque tienen de todo”. Cuenta que: “Cuando Carrefour Drancy abrió, tenía de todo [...] ¡Hasta floristas!”. Zahīm piensa que no es algo específico de La Courneuve, y que lo único que puede hacer el gobierno de la ciudad es a nivel de la higiene y de la calidad. Sobre los pequeños comercios, dice: “Si uno hace eso [de controlar la higiene y la calidad] y que haya toda una calle con *snacks*, se puede atraer a las multitudes [y] que se pueda decir [que] tienen renombre porque hay buenos grecs⁵⁴ u otra cosa... Por otro lado [en La Courneuve] hay una cierta variedad [de comercios] aunque no es una variedad muy significativa” (Zahīm, comunicación personal, 4 de marzo de 2016).

También es importante resaltar los factores de distancia y de tiempo. Yélian dice que: “En La Courneuve hay un Franprix, pero Franprix es más caro, ¡más que Leclerc! Y además la mercancía no es tan fresca, no es de alta calidad, por así decir” (Yélian, 2016). Explica que ahora existen LiDL o Dia, que son más baratos, y que en Leclerc a veces se encuentran cosas baratas. Rania mencionaba, en una conversación anterior, que la ventaja de las *épiceries*⁵⁵ sobre los supermercados es que están cerca y siempre están abiertas, pero que los precios son muy altos; explica que: “Cada uno pone sus precios. Y [las *épiceries*] son más caras porque están abiertas hasta muy tarde y se aprovechan de que las tiendas están cerradas y la gente tiene necesidad” (Rania, 2016). Finalmente, Zahīm considera que el *marché*⁵⁶ de La Courneuve es un espacio excepcional de observación porque “ahí hay verdaderamente cosas a estudiar [y] además, ¡es super popular!” (Zahīm, 2016).

54 El *grec* o también *kebab*, es el sándwich típico de tradición árabe y el más popular entre los negocios de comida rápida en Francia, equiparable a las hamburguesas.

55 La *épicerie* es el equivalente en Francia a la tiendita de abarrotes de México.

56 El *marché* en Francia es el equivalente al tianguis de México, aunque en el caso francés apenas se empieza a introducir los comercios de alimentos preparados para comer en el lugar. Conviene distinguir del *marché couvert* que se corresponde con los mercados mexicanos.

Los elementos anteriores permiten introducir las tres principales cuestiones a revisar en La Courneuve desde las relaciones de disponibilidad y accesibilidad alimentaria: 1) la disponibilidad desde la concentración del comercio en las empresas poseedoras de *hypermarchés*, 2) la accesibilidad en precio y las ventajas y debilidades de las *épiceries*, y 3) la proximidad y las dinámicas que se generan en el *marché* de La Courneuve, el segundo más importante de Île de France, de acuerdo con el informe de Zahim.

Disponibilidad/Accesibilidad en distancia

El sistema de transporte es esencial para las mujeres de La Courneuve a la hora de hacer sus compras. De hecho, en la reunión de RATP del departamento Seine Saint-Denis en La Courneuve, luego de presentar el proyecto de renovación propuesto para las seis estaciones de tranvía de La Courneuve, entre los asistentes una de las quejas más frecuentes del servicio de tranvía era que las señoras se suben con sus carritos de compras y que estorban porque los vagones se saturan, al grado de que en ocasiones no se puede siquiera validar el *ticket* en los dispositivos colocados a los lados de las puertas (Diario de campo, 16 de diciembre de 2015).

Rania, de origen marroquí, explica que el transporte es indispensable “porque en La Courneuve no hay de todo, pero alrededor de La Courneuve sí [y para eso] está el transporte”. Confiesa: “Yo compro tres cuartos de cosas, concernientes a la carne, siempre en Saint-Denis. Además, a veces voy a Leclerc, pero no por la carne *halal*⁵⁷ [que] es más cara [...] Más bien compro todo en Stains [ciudad contigua a La Courneuve] porque ellos venden puro *halal*” (Rania, 2016). Yélian relata cómo había que desplegar toda una serie de tácticas para hacer sus compras. Dice que tenía que ir hasta Saint-Denis porque es menos caro que en La Courneuve, y que madrugaba los domingos para no pagar el transporte. Entre los detalles comenta: “El domingo por la mañana dejaba los niños dormidos, tomaba mi carrito y salía. De este modo, cuando ellos se despertaban ya había regresado... A esa hora no hay supervisores [de los tickets de transporte] a las 8:00 de la

57 El término *halal* (permisible) se utiliza de forma positiva para referirse a un cierto número de prácticas de la religión musulmana, es comúnmente asociado con los alimentos aceptados de acuerdo con la *sharia* o ley islámica. Existe su contrario *haram* (prohibido), que también se asocia con los alimentos fuera de las normas de la *sharia*.

mañana ya regresé a la casa y los supervisores empiezan más tarde y además el domingo es raro que haya supervisores" (Yélian, 2016).

La disponibilidad de productos en La Courneuve obedece también a las condiciones de transporte para el abasto de la mercancía. Al igual que South Bronx, los comercios de proximidad como las *épiceries* dependen de los centros de distribución y sus servicios de entrega. Zahim dice que: "Por lo general son los grandes [comercios] los que vienen [a surtir, pero] hay algunos que se las arreglan con un camión, porque [en La Courneuve] se trata de arreglárselas uno solo" (Zahim, 2016). Poco antes, Hamin, que trabaja como repartidor de frutas y verduras, contaba cómo la vida entre sus colegas es muy difícil. Dice Hamin que, de los distribuidores de frutas y verduras, "¡Todos están locos! Se levantan a las 2:00 de la mañana. Todos están divorciados [...] todos nos conocemos pero hay puro loco". Explica que "sobre los productos es muy difícil [porque] nunca tiene uno la misma calidad [El precio] subió en los últimos años, [y es cierto que] en los supermercados es más caro, pero hay mayor calidad". A partir de su trabajo en los *marchés*, explica: "Ciertamente es menos caro, pero la gente toca todo [porque] ¡Están locos! ¡Nomás eso hacen! [Además] desde hace unos años es peor, hay que trabajar más horas, hay que trabajar más duro". (Hamin, comunicación personal, 17 de febrero de 2016). En este sentido, se pueden comprender algunas de las dificultades relacionadas con la disponibilidad alimentaria en La Courneuve. Es cierto que la eficiencia del sistema de transporte y la cercanía con el *marché* ayuda a la accesibilidad en distancia, pero no se debe olvidar la variedad y la calidad de los productos que también son factores determinantes de las dinámicas de compra y de consumo de los habitantes. Por otro lado, una revisión de los precios permitirá mayor profundización sobre las posibilidades de compra como factor decisivo.

Disponibilidad/Accesibilidad en precio

En Francia, como en otros países, el consumo alimentario tiene una fuerte vinculación con los niveles de ingreso de la población. Las diferencias entre los medios socioeconómicos se acentúan cuando se trata de la alimentación fuera del hogar, porque mientras el decil más bajo invierte el 13.9% de su ingreso en comidas fuera de casa, el decil de más ingresos gasta hasta 30.1% de su ingreso en restaurantes y equivalentes. En cuanto al gasto por tipo de alimento, el decil de menores ingresos gasta un menor porcentaje en pescado y productos

marinos, bebidas alcohólicas y fruta fresca y procesada que el decil más alto; pero en contraparte, los del decil más bajo gastan un mayor porcentaje en cereales, productos azucarados, bebidas no alcohólicas, productos grasos y carnes (INSERM, 2014:312-313).

Además del ingreso como variable de accesibilidad alimentaria está la diferencia de precios de acuerdo con el tipo de establecimiento y la facilidad para adquirir el producto en razón de tiempo y distancia. En La Courneuve la repartición de los comercios no es equilibrada porque la mayoría de opciones para comprar la despensa están en la zona de 4 Routes, mientras que en Centre Ville y Los 4000 las opciones se reducen. Aunque hace varias décadas el comercio alrededor del proyecto de Los 4000 era más dinámico y los negocios estaban a la mano, muchos comercios que había en La Courneuve fueron cerrando y algunos productos desaparecieron por completo. Los supermercados que estaban ubicados en Los 4000 desaparecieron completamente y poco a poco los habitantes han tenido que buscar opciones fuera de la zona. Para Rania esto obedece a una cuestión de espacio y de inversión: Considera que: “los comerciantes cerraron [porque] no tenían suficiente terreno, como Carrefour que implica un terreno inmenso [aunque] también fue una decisión de ellos porque no quieren invertir, ni siquiera en locales, o porque la ciudad no les ayuda con dinero, porque en La Courneuve no hay mucho movimiento, no hay monumentos... ¡No hay gran cosa! (Rania, 2016).

Por su parte, Hamiïn habla desde su experiencia de trabajo en el *marché* y dice que el problema de la variedad de productos que se pueden encontrar en La Courneuve está determinado por los precios de los mismos. Considera, sobre la variedad, que: “No hay mucha [porque] es demasiado caro”. Pone como ejemplo la cuestión de si uno tomaría un kilo de jitomates de tres euros contra otro que se paga a 90 centavos, y cuenta que la gente dice “ya sé que ese es súper bueno”, pero compran el de 90 centavos. Su explicación es que: “No hay mucho dinero en La Courneuve, y los jitomates especiales irán más bien a París [porque] en La Courneuve la gente se detiene y dice: ‘¿Tres euros el kilo? ¡No lo compro! ¡Me voy!’ [porque] ellos se fijan en el precio” (Hamiïn, 2016).

Entre las alternativas frente a la accesibilidad por precio y contra los bajos ingresos de la población de La Courneuve, Yélian dice que se necesita escoger bien los productos de acuerdo con el precio y la organización de la comida en corto y largo plazo. Detalla sus estrategias y dice que:

Con 2 € 50, si compras papas, puedes comer hoy, y te alcanza para comer mañana. ¡Es necesario pensar en eso! Cuando uno no tiene los medios, tú compras leche, arroz, verduras... y los preparas tú mismo. Y eso hace que sea menos caro. Yo, lo que hacía era comprar 25 kilos de papas y de todo, un saco de arroz, la sémola que dura seis meses. A mis hijos les hago, una semana comida africana y una semana francesa, y esto me ayuda a economizar. Como el arroz se va a acabar hasta en seis meses, el próximo mes puedo comprar verduras, variadas... ¡y es así como uno le hace! (Yélian, 2016).

Es precisamente un problema de tiempo, sumado al del precio, el que hace más difíciles las compras para los habitantes de La Courneuve. Hamin explica que el problema de la calidad de los alimentos que se venden en los *marché* es a la vez un asunto de tiempos y de precios porque: "A veces pagas 90 centavos y listo, pero es un producto que sirve para los dos días siguientes, mientras que el de un euro 20 que compras el lunes lo puedes utilizar hasta el sábado, porque es de mejor calidad, es de una calidad superior, [y por eso] en París hay una, dos, tres [variedades] pero no en La Courneuve [porque] todo depende de la calidad" (Hamin, 2016). Esto explica de buena manera las diferencias en los alimentos que se consumen en París y las diferencias con los que se pueden conseguir en La Courneuve, de manera que las dietas y la cultura alimentaria guarda una vinculación importante con la disponibilidad y la accesibilidad de los productos tanto en distancia como en precio. A esto habrá que agregar las nociones de cultura alimentaria y las nociones de gusto que varían entre las diferentes poblaciones para determinar la importancia del tipo de establecimientos comerciales que existe en La Courneuve sobre las prácticas de los habitantes.

El gusto a partir de la disponibilidad y relaciones de lugar (cuando de tanto ver se antoja)

Al igual que en South Bronx, las relaciones de compra y de consumo de alimentos en La Courneuve tienen una fuerte vinculación con las relaciones de intercambio comunitario que se generan en los diferentes establecimientos. Mientras que en los supermercados, como el Super U, se observa que las compras más comunes son alimentos de urgencia como jugo, leche, galletas, refrescos, pizzas, yogurt y agua, y que los clientes principales son varones jóvenes y adultos que van solos, en el *marché* que se establece dos veces por semana hay más

mujeres que hombres, casi todas van acompañadas y con su carrito y parece que ya conocen a los vendedores (Diario de campo, 13 y 14 de diciembre de 2015).

Cerca de la *cit  * de Los 4000 está una *  picerie* que todo mundo conoce como "con Charlie". Inclusive, en una ocasión un grupo de mujeres daba recomendaciones a una que acababa de perder una pieza de su cafetera. Una sugirió ir a París, cerca de La Villette. Otra decía que cerca de Gare du Nord. La tercera dijo: "  Y por qué no vas con Charlie?   l tiene de todo, y si no, te lo consigue". Las demás comenzaron a apoyar la idea: "Es cierto que esos   rabes siempre tienen de todo", dijo una. "Yo ni siquiera s   si se llama Charlie, pero siempre le digo así", dijo una segunda. "En todo caso", asintió la interesada, "eso me evita un día de ir hasta París". Y una de ellas concluye: "Si no estuviera Charlie estamos muertos" (Diario de campo 19 de diciembre de 2015).

De esta manera se puede rescatar algunos de los valores asignados a los diferentes espacios y las maneras como se organizan las prácticas de compra de alimentos, pero también de solidaridad y de organización comunitaria. En el caso de las mujeres, el *marché* es el espacio que más frecuentan, sea porque los precios son más bajos, porque hay una gran cantidad de zapatos, prendas y accesorios para ver y comprar, o simplemente porque les agrada el recorrido. Yélian explica cómo se da varias vueltas antes de comprar y comparte un consejo sobre el *marché*: "Das una vuelta cuando llegues, para que veas dónde está menos caro [porque] hasta en el mercado hay competencia. Por eso yo voy, doy la vuelta una vez, dos veces, veo el menos caro y lo compro" (Yélian, 2016).

Zah  m dice que el *marché* de La Courneuve es uno de los más importantes. Comenta que "los comerciantes se pelean por los espacios, porque es el tercero de [la región de]   le de France... En el *marché* de La Courneuve hay 230 comerciantes, de los que más de 70 venden alimentos". Más adelante describe las dinámicas de compra y dice: "  El *marché* es una locura! Hablando de la disponibilidad alimentaria, los repartidores,   st   de locos! Es decir, es más que un Monoprix,   es increíble! [Sobre todo] en relación a lo que se distribuye [porque] hay multitudes,   much  sima gente! Porque se basa en especialidades, todo lo asiático, lo de la India" (Zah  m, 2016). A esto se refería Yélian, cuando en una conversación anterior decía que: "En el *marché* hay de todos los países [Y hasta] los *halal* tienen sus carniceros, e inclusive se pueden comprar su cordero [algo que] antes no había" (Yélian, 2016).

Por otra parte, también hay problemáticas respecto a la informalidad de los comercios. El 5 de febrero de 2016, en el editorial de la revista *Regards*, y bajo el título de "*L'exemple du marché*", el alcalde de La Courneuve, Gilles Peux, se felicitaba por el éxito de las medidas "excepcionales" que se habían implementado para retirar del *marché* 4 Routes a los vendedores de objetos usados y las ventas no autorizadas. En el mismo espacio sugería este tipo de soluciones para luchar contra la delincuencia y los llamados "*marchands de sommeil*", que rentan de manera irregular viviendas precarias de hasta 15 m² para familias completas, y que ofrecen la dirección que suelen requerir los procesos administrativos de la ciudad como condición para los apoyos sociales a personas que viven en condiciones de precariedad (Moschetti, 2016:4-17).

Otra regulación interesante es la que se refiere a los establecimientos que venden sándwiches o específicamente kebabs. Algunos hablan de una suerte de "kebabofobia", y los comerciantes que los venden dicen que las regulaciones que se les imponen tienen fundamentos racistas. El empresario de Nadab Kebab, una cadena francesa de comida rápida, afirma en un reportaje que las regulaciones con que se enfrenta no son sino evidencia del "racismo culinario". Afirma que en términos de salud han logrado que un kebab promedio conste de 400 cal, contra 650 de una hamburguesa. Al respecto, un artículo del *New York Times* titulado "El comercio de kebab, un espacio político" afirmaba que el kebab es considerado por la extrema derecha de Francia como un símbolo de la presencia musulmana en el país. En la misma nota, un comerciante entrevistado cerraba su comentario diciendo: "yo hago este tipo de cocina porque para mí los símbolos son muy importantes, y la *street food* es un motor de integración" (Sciolino, 2014).

Lomas del Sur. La tiendita frente a los monopolios y regulaciones

En una publicación de la encuestadora Kartar Worldpanel para marzo de 2016, Fabián Ghirardelly compara los "Hábitos del consumo de los Niveles Altos vs Niveles Bajos" a partir de las compras que se realizan en los supermercados. El también colaborador de la revista *Forbes* dice que las principales diferencias entre los dos estratos económicos está en las formas de comprar. Así, mientras que los niveles bajos van

un mayor número de veces al supermercado, su promedio de compra es de 70 pesos, y sus carritos salen más vacíos. Los niveles altos van menos veces, pero su promedio de compra es de 97 pesos y sus carritos salen más llenos. Lo interesante es que, según el autor, la principal diferencia estriba en que los niveles socioeconómicos bajos realizan sus compras en lo que algunos llaman “el canal tradicional”, esto es, que el 48% de las compras se hacen en las tienditas, el 16% en las tiendas de autoservicio y un 8% se compra en la puerta de su casa. Los datos que se mencionan como resultado de la encuesta, así como las diferencias que se establecen entre los diferentes niveles socioeconómicos que apunta el autor, no hacen sino poner en evidencia la mayor complejidad de las relaciones de compra cuando se trata de grupos sociales que viven en contextos menos favorecidos. El abordaje espacial de esta problemática, desde las relaciones que se establecen entre los consumidores y los establecimientos, permitirá una reflexión más integrada que la de un reporte de carácter cuantitativo que no alcanza para explicar los factores principales que marcan las diferencias.

Por otro lado, ante la mayor estabilidad observada en las tienditas cuando se acentúan las crisis económicas porque los mexicanos recurren menos a los supermercados⁵⁸ está el aumento de concentración del comercio a partir de las grandes empresas como Walmart, FEMSA, Bimbo, Alsea y Sygma que, de acuerdo con datos del INEGI, son las cinco empresas más importantes y que más habían crecido a principios de 2015 en el ramo de comercio de alimentos. Tanto la multiplicación de pequeños establecimientos que se derivan de estas firmas como la cobertura en la distribución de sus productos han acentuado las dificultades que experimentan las tienditas, de por sí afectadas por los constantes impuestos que se cargan a productos como el refresco y golosinas que, de acuerdo con la Alianza Nacional de Pequeños Comerciantes (AMPEC), siguen ocupando los primeros lugares de sus ventas⁵⁹, con todo y la campaña antiobesidad que sirvió como fundamento para introducir este tipo de políticas.

58 En el artículo de *El Financiero* “Tienditas de la esquina le ‘comen el mandado’ a los autoservicios” publicado el 15 de octubre de 2014 bajo autoría de Rosalía Lara, la autora encuentra que “La merma en el ingreso disponible de los mexicanos, consecuencia de mayores impuestos, ocasionó que los consumidores compraran más en las ‘tienditas de la esquina’ que en los grandes supermercados”.

59 En el artículo *Las tienditas de la esquina podrían desaparecer* (2014) la ANPEC afirma que, además del aumento de giros de conveniencia y de autoservicio impactan en las ventas, y sumado a la falta de créditos que les impide expandirse y modernizarse, el impuesto cargado a las bebidas azucaradas como parte de la campaña antiobesidad ha causado mermas considerables en las ventas de las tienditas y en los ingresos de los comerciantes.

No obstante, la tiendita sigue siendo un espacio privilegiado para comprar los principales alimentos de los hogares en zonas urbanas como Lomas del Sur, donde solamente existe un supermercado Aurrerá en formato bodega, dos minisúper OXXO y un minisúper de la franquicia Super Bara. Alejandra comenta las ventajas de la tiendita: “Yo compro diario, como se me va ocurriendo la comida [...] en la tiendita compro las tortillas, o que ya se me acabó el pan, o el queso, o el huevito [...] siempre compro en la misma [tiendita y] no sé si será la costumbre [o] porque está a la vuelta y me queda cerquitas”. Más adelante observa que la tiendita surte de acuerdo con las recomendaciones del cliente y dice que, “aunque las tiendas de [Lomas del Sur] son muy chiquitas [...] si algo falta a veces se lo pide uno [...] y ya lo traen” (Alejandra, 2015). Este aspecto relacional con el comerciante de los pequeños establecimientos, que se observa de la misma manera en las bodegas de South Bronx y las *épiceries* de La Courneuve, constituye un factor clave para entender la función de las tienditas respecto al tejido social y la vida cotidiana en territorios de precariedad. Es decir, que en contraparte a la inmediatez con que se organiza la alimentación de los hogares más modestos, que planifican en función de “su bolsillo”, aparece la tiendita como una estructura de recomposición gracias a los ajustes que se pueden hacer en compra a crédito, productos por encargo o reducción de precios.

Diana considera que ni las tienditas ni los supermercados son una opción adecuada para las familias con pocos recursos, y que sólo el tianguis corresponde con el bajo ingreso con que viven muchos habitantes de Lomas del Sur. Haciendo un recuento de la manera como resuelve sus compras, relata de forma detallada:

Yo me voy hasta Santa Fe al tianguis [de] los domingos [porque] es cuando me puede ayudar mi esposo [...] Tomamos taxi para regresarnos porque, no se puede en el camión. Como tengo cuatro hijos pequeños, cuando voy entre semana a veces dejo a los niños solitos. Los encierro y le digo a la vecina que si les echa un ojito, porque para ir con todos [y] cargar todo el mandado no se puede. La otra alternativa que tengo es ir sola, surtir, regresar en un taxi, y que mi esposo se quede cuidando los niños (Diana, 2016).

Entre las tienditas “de la esquina”, las tiendas de autoservicio y el tianguis se establecen relaciones importantes desde las prácticas de compra de las mujeres de Lomas del Sur. La mayoría de las mujeres

tiene bien identificados los productos más económicos y de mejor calidad respecto al lugar donde los pueden comprar. Así, a la distancia, los precios y un conjunto de valores asociados con las decisiones de consumo, se agregan las tácticas de compra diferenciada, entre las que se observan: compra de frutas y verduras en el tianguis, compra de productos de higiene en el supermercado y compra de refrescos, tortillas y abarrotes general en las tienditas. En general, para los hogares más modestos la tiendita sigue siendo el elemento central y el primer espacio de acceso alimentario que permite entender los riesgos contra la salud alimentaria y la actividad física en Lomas del Sur. Una contextualización más profunda de la accesibilidad en distancia, la accesibilidad en precio y las nociones de gusto relacionadas con el lugar servirá para construir una mirada más integrada de las dinámicas alimentarias en este fraccionamiento popular.

Disponibilidad/Accesibilidad en distancia

De acuerdo con el ejercicio de conteo directo y mapeo de establecimientos que intervienen en la dinámica de compra y de consumo en Lomas del Sur realizado entre marzo y junio de 2015 sobresalen las tiendas de abarrotes en primer lugar (73 establecimientos), luego el comercio informal de dulces y churritos (57), el de papitas (28), los establecimientos de comida rápida como tacos, tortas y hamburguesas (27), los comercios de helados (19), las cenadurías (17) y los de frutas y verduras (8). Conviene mencionar casos peculiares en el fraccionamiento, como la venta de pan dulce por las tardes (80 establecimientos, que se suman de las 73 tiendas de abarrotes y siete vendedores informales sobre las circulaciones principales. Además, los domingos es muy común la venta de pollo asado y rostizado (19 establecimientos, de los que ocho son fijos y venden todos los días). Frente a estos establecimientos de carácter más local, solamente existen seis negocios de franquicias de autoservicio: OXXO (2), Mi Super Bara (1), Farmacias Guadalajara (2) y Aurrerá (1).

Miriam, en una conversación sobre sus compras y desplazamientos, dice que: “[Lomas del Sur] ha ido mejorando [porque] hay más tiendas y luego [porque] acá en Tlajomulco también ya queda todo cerca”. Para ella las relaciones de distancia se asocian con las mejoras en el servicio de transporte que se ha vuelto más eficiente con la introducción de nuevas rutas y más unidades que conectan a Lomas del Sur con la cabecera municipal. No obstante, cuando se trata de

hacer sus compras, confiesa: “Yo compro en Aurrerá, o voy a la verdulería, aunque voy más a la tienda de ahí por la casa, por más cerca [Y como] compro al día, voy comprando lo que voy a hacer ese día [para comer]” (Miriam, comunicación personal, 29 de abril de 2015). En este sentido, es importante considerar no solamente la cantidad general de cada tipo de establecimientos, sino la oferta al interior de cada uno y la accesibilidad real en distancia o por medio de las redes de transporte de que se dispone.

En el caso particular de los establecimientos comerciales representantes de una franquicia, como por ejemplo Aurrerá, Mi Super Bara y OXXO, la observación más minuciosa de la distribución de productos y su representatividad sobre el total de la oferta refleja la mayor disponibilidad de alimentos preparados y bebidas azucaradas sobre la reducida oferta de frutas y verduras (tabla 5). Una relación pormenorizada de la oferta en cada establecimiento puede ilustrar con mayor fidelidad los productos de que disponen los habitantes de Lomas del Sur de manera más estable.

Tabla 5. Establecimientos con oferta de productos alimentarios en Lomas del Sur

RUBRO	OXXO (el 90% de la estantería es para alimentos)	Aurrerá (el 60% de la estantería es para alimentos)	Mi Super Bara (el 60% de la estantería es para alimentos)
Galletas	30% de la estantería (10 anaqueles, entre los cuales, dos de Bimbo, dos de Gamesa, dos de marinela, uno de Tía Rosa, uno de panqué y dos de las marcas OXXO)	8% de la estantería (correspondiente a un lado completo del pasillo)	10% de la estantería (diferentes marcas de galletas y panecillos)
Botanas	20% de la estantería (ocho anaqueles entre los cuales: cinco sabritas, dos cacahuates, dos de marcas OXXO y uno de salsas)	15% de la estantería (correspondiente a los dos lados de un pasillo)	15% de la estantería (diferentes marcas de papas y cacahuates en un lado completo del pasillo)
Alimentos en latas y paquetes	10% de la estantería (cuatro anaqueles, entre productos como frijoles atún, sardinas, sopas, verduras enlatadas, chiles, leche condensada y evaporada)	15% de la estantería (correspondiente a un pasillo de leche en cartón, alimento para bebé; medio pasillo de atún, y medio pasillo de otros embutidos)	10% de estantería (productos enlatados de diferentes marcas, principalmente atún)
Cereales y tostadas	15% de la estantería (seis anaqueles, entre pan de caja, tostadas y cereales)	8% de la estantería (un pasillo de pan blanco y cereales)	10% de la estantería (diferentes marcas de pan blanco, cereales y tostadas)

RUBRO	OXXO (el 90% de la estantería es para alimentos)	Aurrerá (el 60% de la estantería es para alimentos)	Mi Super Bara (el 60% de la estantería es para alimentos)
Leguminosas y arroz	No es significativo	8% de la estantería (correspondiente a un lado del pasillo)	No es significativo
Pastas	No es significativo	8% de la estantería (principalmente pastas de harina de marca La Moderna y Maruchan)	10% de la estantería (diferentes marcas de pan blanco, cereales y tostadas)
Frutas y verduras	No es significativo	8% de la estantería (en equivalencia aproximada por contorno de la isla y el refrigerador)	No es significativo (estantería de frutas y verduras ocupada por promociones y sopas instantáneas)
Bebidas	14 refrigeradores <ul style="list-style-type: none">• 4 cerveza• 3 lácteos• 2 refrescos• 2 bebidas alternativas• 1 jugos• 1 agua• 1 hielo 5% de la estantería Promociones de Coca-Cola, Pepsi y jugos.	2 pasillos (reserva y acomodo indistinto) (reserva y acomodo indistinto)	1 pasillo (reserva y acomodo indistinto)

Elaboración propia a partir de un ejercicio continuado de observación directa y conteo.

Otra de las alternativas de compra en Lomas del Sur son los tianguis; los martes se establece un tianguis en la parte baja del fraccionamiento y el jueves se pone uno más pequeño en la parte de arriba, conocida como “Cielito Lindo”, título asignado desde la inmobiliaria para un conjunto residencial más nuevo, pero que sigue perteneciendo al fraccionamiento Lomas del Sur. Además, los domingos se colocan algunos puestos con artículos de ocasión y vendedores de alimentos preparados afuera del templo. Finalmente, aunque fuera del fraccionamiento pero no muy lejos del ingreso principal, los sábados se pone un tianguis en el fraccionamiento Casablanca. Diana, que asegura siempre comprar en los tianguis, se tiene que desplazar fuera del fraccionamiento para conseguir mejores precios y más calidad. Sobre los tianguis de la zona, detalla: “El viernes voy a San Sebastián, el miércoles voy a Santa Fe, los sábados voy a Casablanca [pero] ¡ahí sí está bien carísimo! [...] El otro día en pura fruta y verdura me gasté 200 pesos, y no traje mucho, pero era fresa buena, manzana y todo”. Explica que ella siempre se va a esos tianguis “porque [le] sale más barato que en las tiendas” y que prefiere tomar el transporte para ir

a los tianguis de otros fraccionamientos porque los tianguis de Lomas del Sur son más caros y tienen menos calidad (Diana, 2015). El factor de disponibilidad en distancia, en definitiva, parece ser un elemento esencial para entender las dinámicas de consumo, pero es necesario considerar también las valoraciones respecto a los precios y a los valores culturales de los habitantes, que se vuelven decisivos a la hora de integrar la dieta de una familia.

Disponibilidad/Accesibilidad en precio

Gabriela, trabajadora en el programa de nutrición del DIF Tlajomulco, encuentra que uno de los principales problemas relacionados con la obesidad de los habitantes del municipio es que los precios de la canasta básica son “inaccesibles” para las familias que habitan en fraccionamientos como Lomas del Sur. A partir de las encuestas anuales que levantan para renovar los expedientes de sus beneficiarios, explica:

Lo que nosotros observamos mucho es el hecho de que una canasta básica con alimentos buenos y nutritivos es cara. Y los precios son muy altos en un alimento que me puede proporcionar más vitaminas y minerales que [los] que consumen constantemente. Porque los más baratos [son] el jitomate (que a veces no está tan barato), la cebolla, dependiendo de dónde la consigas, la lechuga (es lo más barato que te puedes encontrar), el cilantro [y] lo que casi usamos siempre... [porque] eso en los tacos dorados, que cuestan un peso, o sea que con diez pesos come toda tu familia. Entonces te vas a lo barato: los pollos te los dan dos por uno los domingos, entonces, es cuestión de rapidez y de los precios (Gabriela, 2015).

Diana dice que las verduras que se venden en Lomas del Sur están muy caras y no son frescas. Explica que “donde venden la verdura, está bien caro, la de enfrente del Super Bara es la única y, como es la única, dan bien caro [y] las demás no tienen, o ya [está] todo pasado” (Diana, 2015). Además de que las tiendas “no tienen lo que busca” en la entrevista con Miriam, explica que “comer saludable es más caro”. Miriam describe los alimentos que más se consumen en su casa y dice:

El huevo, la leche, tortillas [...] plátanos y guayabas, frijol, a veces lenteja, arroz, pollo (una o dos veces a la semana), jitomate, cebolla, chiles verdes, calabacitas, papas, rara vez coliflor, el pollo rostizado en fin de

semana, el agua fresca y la coca y todo". Sobre las restricciones para llevar una alimentación sana dice que es difícil "por dinero [...] porque es caro comer saludable. Porque recomiendan la fruta y la verdura y, no está tan cara, pero sí... Yo no sé los precios por kilo, porque yo no compro de kilos, más bien de un jitomate, dos cebollas... ¡así lo que voy ocupando! (Miriam, 2015).

Lo más relevante desde Lomas del Sur y la condición de compra de alimentos por precio es, por un lado, la dificultad para medir de forma clara las compras y el consumo, porque existen arreglos informales entre los habitantes y porque la incertidumbre del ingreso no permite la organización de una dieta en términos estables; por otro lado, las mujeres suelen improvisar tácticas de compra y de preparación de alimentos a partir de la modificación de la estructura familiar, el empleo/desempleo de los miembros y el aumento del precio de algunos productos. Entonces, y a semejanza de South Bronx, y sobre todo de La Courneuve, la accesibilidad alimentaria en precio depende en gran parte de los arreglos sociales respecto a la variedad y la calidad de los productos, aunado al factor de distancia.

El gusto a partir de la disponibilidad y relaciones de lugar (cuando de tanto ver se antoja)

Mientras algunos creen que los pobres comen "lo que les dan" o aquello para "lo que les alcanza", se puede constatar que los límites impuestos por los bajos ingresos y aun por las determinaciones de distancia no son definitivos respecto a las decisiones de consumo de uno u otro alimento. Desde una perspectiva espacio-temporal, en Lomas del Sur se establecen diferentes vínculos que asocian a los alimentos con un lugar o momento dado. Por eso, cuando Diana dice: "Para comer en la calle, mejor vamos al centro de Guadalajara [porque] si vamos a gastar, mejor gastamos allá [que es más agradable] En la calle más bien son los churritos, la nieve y así" (Diana, 2015). Esta mujer de Lomas del Sur establece de manera muy interesante la relación del consumo alimentario con las condiciones de lugar, de paseo, de fiesta, de excepción; y al mismo tiempo asocia ciertos productos, como los churritos y la nieve, con el ámbito local y el acompañamiento de actividades propias de los lugares que definen a Lomas del Sur, como las calles del fraccionamiento.

Por otro lado, e independientemente de las constricciones de disponibilidad y accesibilidad, existe un importante refuerzo de las prácticas alimentarias que se sustenta en los saberes desde la vida cotidiana. En la lógica del “saber hacer”, por ejemplo, Perla prefiere siempre cocinar para sus hijos en casa porque “como son hombres, comen más”. Dice que: “Les gusta mucho que les haga taquitos, a veces al vapor, o tacos de barbacoa”. Como ella tomó un curso de panadería en el DIF, a veces les hace pastel o pan, o galletas y donas. A veces tiene dificultades respecto a los productos porque, para los tacos necesita “las tortillas chiquitas, y [en Lomas del Sur] tortilla chiquita no hay [y] pa’ hacerles tortas ahogadas de vez en cuando tengo que ir a Tlajomulco por el birote”. En todo caso, Perla entiende muy bien que los alimentos deben prepararse de acuerdo con ciertas lógicas y que es importante utilizar los ingredientes adecuados porque cada comida se agrupa a partir de normas establecidas. Además de la pertinencia del comentario de Perla respecto a la combinación de productos particulares, entiende que cada platillo debe asociarse con una bebida específica y cierra su comentario exclamando: “Como el domingo que comemos pizzas, ¡pos ni mo’ que con agua!” (Perla, 2015).

Gabriela observa que entre los beneficiarios del programa de alimentación que otorga el DIF, las mujeres dicen no tener 10 pesos para la cuota de recuperación de la despensa pero gastan en refrescos. Detalla el funcionamiento del programa en los siguientes términos:

Una de las despensas que manejamos tiene un costo de recuperación de 10 pesos, pero es una despensa que trae un litro de leche, aceite, kilo y medio de frijol, lenteja, avena, arroz, pastas para sopa [...] y a veces las señoras [dicen que] no [tienen] para pagar [Pero] las visitamos a su casa, y tienen una Coca de dos litros y medio que anda costando 21 pesos... Esa es una de las problemáticas con las que trabajamos cada día, porque es muy difícil cambiar los hábitos alimenticios de una familia (Gabriela, 2015).

Finalmente, en Lomas del Sur es importante mencionar el problema de criminalidad y su vinculación con el robo de comercios y con la percepción de seguridad desde los habitantes. Diana considera que acercarse a las tienditas puede ser peligroso y pone dos ejemplos: “Hace poco mataron un chavo que estaba en la tienda afuera de la unidad. Y luego mataron una señora: la degollaron. En la tienda. Allá

arriba. De donde están las pizzas, hacia arribita, ¿ya ves que está una tienda blanca? ¡Por ahí! La robaron, la picaron y la degollaron. O sea, que no les bastó" (Diana, 2015). Es cierto que en South Bronx la criminalidad también es una limitante para definir las compras por la implicación de aparecerse en el espacio urbano a una hora determinada del día, y que en La Courneuve la mayoría de los establecimientos cierra desde las 8:00 de la noche o antes; en Lomas del Sur se agrega la menor temporalidad de las relaciones interpersonales que aumenta la desconfianza y que favorece la difusión de rumores sobre lo poco confiable de los vecinos.

En un ejercicio de cierre de la contextualización de los comercios en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur, y de la implicación de una particular disponibilidad y accesibilidad alimentaria, es importante resaltar los aspectos ligados con las débiles políticas económicas y urbanas que determinan en gran medida las dinámicas de acceso y de compra. No obstante, el abastecimiento y el consumo de alimentos se vincula también con otros aspectos que tienen que ver, por ejemplo, con la organización de las colectividades en torno a la comida. Si el mundo francés presenta un menor problema de obesidad no es solamente por la presencia de una determinada oferta alimentaria, sino por cuestiones culturales relacionadas con las maneras de hacer de la alimentación. Claude Fischler en *El omnívoro* (2011) explica que el 80% de las comidas de los franceses son en familia, entre amigos o entre colegas; que la mirada de los demás y el control social es importante para entender las prácticas alimentarias; y que probablemente el soporte de la familia, amigos y colegas juega un papel tan importante en el mundo francés que se convierte en la principal resistencia para evitar el aumento de los índices de obesidad.

En el caso de las mujeres adultas, por lo general madres o jefas de familia, la influencia que pueden tener sobre el tipo de alimentos que se consumen en el hogar es muy relativa. En el análisis de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur se observan, tanto la negación de los miembros de la familia a consumir ciertos productos como la limitación impuesta por el ingreso, por el tiempo de compra y de preparación de los alimentos y por el nivel de conocimiento que tienen las mujeres sobre la calidad de los nutrientes. Todo esto hace que la responsabilidad de las mujeres sobre la alimentación sea al mismo tiempo una carga inequitativa y una labor cuya eficacia es relativa en términos de regulación de la dieta de cada uno de los miembros. La posición de la mujer y los aspectos de género salen a relucir nueva-

mente cuando se observa su poco control sobre la alimentación de los miembros de la familia y además, a medida que se observa un menor nivel de educación de la mujer, se revela una correlación con la baja calidad de los productos alimentarios que consume (Lawrence *et al.*, 2009). Por otro lado, las prácticas de compra alimentaria en los territorios populares presentan una intensificación de las relaciones sociales en torno al comercio y las interacciones vecinales. Los pequeños establecimientos, vistos como el último recurso para comprar un producto de emergencia, resultan los más característicos para entender cuáles son los alimentos básicos y cómo se establecen las relaciones de intercambio desde la compra, pero también la charla, el encargo, la reducción del precio y el horario de servicio.

MIEDO, MORAL, MILAGROS. CUIDADO DEL CUERPO, ACTIVIDAD FÍSICA Y EXCLUSIÓN DEL ESPACIO URBANO

Este segundo apartado del análisis socioantropológico de lo urbano obesogénico se construye sobre las diferentes maneras de pensar el cuerpo y la salud en territorios de precariedad y desde la condición específica de las mujeres. Los conceptos principales como referente teórico son la autonomía, la exclusión socioespacial y el cuidado del cuerpo. La estrategia investigativa que se pone en marcha en este apartado es la etnografía comparada de las dinámicas urbanas. Los ejes interpretativos que se privilegian son, por un lado, la vulnerabilidad de las mujeres, y por otro, la obesidad en términos de biopolítica.

En la conceptualización y la atención de la epidemia de obesidad, uno de los problemas principales es que se debe mediar entre la responsabilidad individual y la influencia del entorno y observar la complejidad biocultural del fenómeno. El peligro de los abordajes ambientales de la salud y la enfermedad es que se deje el cuerpo humano en manos de las instituciones como si, por el hecho de declararse enfermo, el cuerpo pasara a la responsabilidad de la sociedad. Este problema, al que se podría llamar “deslegitimación” de las decisiones sobre el cuerpo, se nutre tanto de los avances de la tecnociencia como de la afirmación de una cierta racionalidad científica que desacredita los saberes comunes. En lugar de oponer racionalidad e irracionalidad, cuando se trata del cuerpo saludable la dimensión anímica ocupa un lugar privilegiado, que permite la interacción constante entre diferentes fuentes de saber que rebasan lo binario de la ciencia y la creencia.

Arendt establece una separación entre la condición humana y la naturaleza humana. Explica que las actividades y capacidades que corresponden con la condición humana no constituyen una naturaleza humana, porque la condición humana está dada por la relación inminente entre el ser humano, los objetos, y el mundo en el que habita. Explica poniendo como ejemplo la posible migración de los humanos a otro planeta, y dice que a diferencia de la condición actual esa existencia sería completamente *man-made* y por lo tanto radicalmente distinta de la condición que se le ofrece en la tierra (1958:10). Las implicaciones espaciales son, por lo tanto, innegables en las dinámicas humanas y las maneras de servirse de los objetos y de habitar el mundo, de tal forma que la incorporación de alimentos y la presencia de la mujer sobre el territorio se enmarcan en una serie de condiciones que las asientan en cada contexto geográfico y cultural.

El papel de la medicina para explicar las potencialidades y limitaciones del ser humano ha sido fundamental en los últimos siglos. Tanto la medicina como otras formas de regulación de carácter punitivo se convirtieron en los parámetros de una sociedad aceptable desde la regulación del cuerpo y la conducta. Foucault considera que a partir de la segunda mitad del siglo XIX emerge una nueva tecnología del poder que no es necesariamente disciplinar. Esta tecnología del poder, aunque no excluye la tecnología disciplinaria, la integra y la modifica de alguna manera por una suerte de "infiltración de sí mismo en las técnicas disciplinarias existentes [...] Al contrario de la disciplina, que está dirigida hacia los cuerpos, el nuevo poder no disciplinario se aplica no al humano como cuerpo sino como ser viviente, y en definitiva al humano como especie" (2013:64).

La regulación de la vida, como asunto de la salud pública, se dirigió desde el siglo XIX a la búsqueda de parámetros aceptables para configurar la noción de un cuerpo sano y uno enfermo. El caso de la obesidad y la manera como se determina hace evidente la unicidad del modelo y de los modos de regulación que se consideran aceptables. Massara, en su análisis de las diferencias entre hombres y mujeres puertorriqueños respecto al problema de obesidad, indica que la explicación médica es mucho más restrictiva, porque no considera los aspectos socioculturales y cómo se modulan las diferencias entre hombres y mujeres y entre las diferentes etapas de la vida (1980:298).

Una de las ideas fundamentales de Corbeau y Poulain en *Penser l'alimentation. Entre imaginaire et rationalité* (2002) es que el ser humano no come sólo alimentos, sino símbolos. Fischler (2001) identifica

las relaciones que existen entre la alimentación con las percepciones sobre lo saludable de ciertos productos y no de otros, de los parámetros de belleza y su relación con un cuerpo sano e inclusive de la corpulencia y la gordura como maneras para distinguir el estatus socioeconómico y el nivel cultural de una población.

Las regulaciones desplegadas desde las políticas antiobesidad que caracterizan el combate estadounidense y mexicano, y en menor intensidad el francés, contra lo que se ha clasificado como una enfermedad, parecen olvidar que la alimentación está en el núcleo de la cultura y que es imposible alterar un comportamiento sin que se sucedan cosas a lo largo del entramado social. En South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur se observan diferentes relaciones que ponen a la obesidad no solamente en el ámbito de las regulaciones calóricas y los índices de tallas, sino en un conjunto de prácticas y creencias que soportan al acto alimentario y el cuidado del cuerpo. Cuando esto se refiere de forma más específica a las mujeres, el miedo actúa como un límite con soportes más o menos identificados y donde el espacio urbano juega un papel importante. Además, las actividades relacionadas con el cuidado del cuerpo se tejen entre los saberes tradicionales y las creencias religiosas y científicas sobre la salud, la belleza y la moralidad. Es precisamente la moral social que se deposita principalmente en el cuerpo de la mujer, y sobre todo de la mujer cuando circula en el espacio urbano, la que se convierte en una línea de lectura excepcional para entender las relaciones entre el cuerpo femenino y la ciudad. En este apartado se rescatan los elementos principales del “saber y saber hacer” respecto a la alimentación y la actividad física en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur. Una comparación a través de cuatro temas que analizan los límites impuestos por el espacio urbano cuando las mujeres se desplazan de un territorio a otro (1), confrontadas por el conjunto de saberes (2), restringidas por el miedo al espacio urbano (3) y a partir de prácticas innovadoras de cuidado del cuerpo (4).

Paisajes y cuerpos desplazados.

El espacio alimentario y el cruce de culturas

Los seres humanos se organizan en espacio y tiempo para proveerse de los alimentos y para consumirlos. La alimentación, entonces, está en el fundamento de los sistemas sociales y observa una evolución que va de acuerdo con relaciones específicas de lugares y momentos. Claude

Fischler, en sus trabajos sobre la evolución de sistemas alimentarios en el espacio y el tiempo⁶⁰, abunda sobre el poder de la migración, la aculturación y la innovación cuando un grupo se desplaza y busca satisfacer sus necesidades alimentarias. Por otra parte, los trabajos de Georges Vigarello sobre la historia de la obesidad⁶¹ manifiestan que hay en el cuerpo una doble función como soporte de la individualidad y de las experiencias colectivas, de modo que las transformaciones sobre las prácticas alimentarias obedecen no solamente a los impulsos individuales y a las relaciones espaciotemporales de una persona, sino también a las transformaciones que se operan a partir de los prejuicios sociales y determinaciones culturales.

Tanto South Bronx como La Courneuve y Lomas del Sur son territorios donde el desplazamiento de grupos culturales juega un papel importante para entender las dinámicas que se generan en torno a la alimentación. Si bien es cierto que cada uno de los tres casos tiene una escala espaciotemporal distinta, es la relación de desplazamiento la que los atraviesa en una línea transversal y que permite un ejercicio comparativo en términos espaciales. La población de South Bronx se ha constituido por sustituciones sucesivas de migrantes, pasando por italianos, irlandeses y judíos hasta llegar a los puertorriqueños, dominicanos y afroamericanos que constituyen la mayoría de los residentes actuales. La Courneuve, cuya explosión se originó a partir de los migrantes que constituyeron la mano de obra de la sociedad industrial, pasó de una población mayoritariamente francesa y árabe a los grupos de magrebí, africanos y asiáticos que la constituyen en nuestros días. Lomas del Sur, si bien es cierto que no constituye un caso particular de migración transnacional o de culturas específicas, se ha conformado a partir del desplazamiento de familias que ya estaban constituidas en otro territorio y que tuvieron que adecuarse al nuevo contexto. Es precisamente esta dinámica la que permite tejer los diferentes escenarios desde las trayectorias individuales y colectivas de los habitantes.

En el caso de South Bronx, Wendy considera que el proceso de sustitución de grupos culturales condujo a que desde la década de 1960 “el Bronx em[pezara] a caerse”. Ella entiende que:

60 En *L'Hornivore* (1990), Claude Fischler reconstruye la evolución de la alimentación en las sociedades modernas y a partir de los cambios en la cocina, en las medidas para cuidar el cuerpo y en los modos de tecnificación e innovación que se les vinculan.

61 En *Les métamorphoses du gras. Une histoire de l'obésité* (2010), Georges Vigarello explora las transformaciones del modelo de cuerpo desde la Edad Media hasta la época actual y a través de las formas de la belleza, de la salud y de la moralidad vinculada con las medidas y prácticas alimentarias.

[A la llegada d]el caribeño [...] con sus ideas de santería, de vudú [...] el judío, que es más conservador, más familiar, empieza a salirse del Bronx para irse entonces en las afueras [...] Entonces empieza a cambiar todo: la comida, la cultura, la religión, todo, todo. Todo eso empieza a cambiar. Eso trae [...] un ambiente... ¡bien pesado! Entonces [...] en los 70 estaba el problema de los hippies, de la droga, empezó a llegar la heroína y las iglesias empezaron a hacerse chiquitas para que el refugiado, que estaba ya con mucha droga encima [se fuera] a la iglesia a refugiarse. Y se abrieron las iglesias chiquitas como para tener un campo de refugio. Empezaron a quemar los edificios, empezaron a destruir los edificios (Wendy, 2015).

La idea de que la cultura y la tradición son un factor determinante de las maneras de alimentarse está presente en los discursos cotidianos, tanto de los servidores públicos como de los habitantes de South Bronx. Thomas, desde su experiencia de trabajo cotidiano en Crotona Park comenta que además de los límites del presupuesto entre los habitantes se observa lo que él identifica como una “práctica de comer mal [porque] ellos tienen, su presupuesto. Compran, en esos supermercados que son muy malos, hamburguesas de caja, que puede ser que el 60% sea carne, pero se acostumbran”. Al mismo tiempo Thomas reconoce cierto mérito en las prácticas alimentarias que observa en el parque, pero vuelve a la idea de la pobreza como limitante cuando afirma: “Lo penoso es que hay algunos que intentan mantener su cultura, como el caribeño, que intenta de mantener su cultura. Encuentra algunos productos [pero] lo que se encuentra da igual, porque [el problema] es la pobreza aunque [también la costumbre, porque] ellos eran pobres allá también” (Thomas, 2015).

En la conversación con Fabia e Isabela, ambas resaltan las diferencias en las maneras de elegir, preparar y consumir los alimentos entre Santo Domingo, donde habitaban antes, y su nuevo entorno de South Bronx. Isabela empieza con un análisis de la comida estadounidense y afirma que “la comida del americano aquí es muy conocida. La comida del americano es bistec, papas, ensaladas, papas fritas..., esa es la comida del americano”, después establece una comparación diciendo que “nosotros los hispanos tenemos otra clase de comida”. Pero ya desde lo particular de las condiciones de los habitantes en South Bronx hace una afirmación que no distingue entre hispanos y estadounidenses, porque encuentra que “muchos comen una cosita rápida, lo primero que se encuentran” (Isabela, 2015). Fabia, por su parte, considera que: “Cuando se trata de la comida, cada cual tiene

su gusto. Pero la comida para [...] los dominicanos es muy especial: el arroz, las habichuelas, la carne, las ensaladas, la sopa [y] el plátano" (Fabia, 2015). Y luego, a la pregunta de si todos los alimentos dominicanos se pueden conseguir en South Bronx, Isabela expresa entre risas: "Bueno, ¡estamos en Norteamérica! ¡Estamos en Norteamérica! ¡Es más fácil!" (Isabela, 2015).

En La Courneuve, Rania cuenta cómo fue descubriendo los alimentos europeos y que hubo que ajustarse a las nuevas formas de alimentación. Comparte que:

Allá, yo me acuerdo cuando veníamos de Marruecos [que] casi no comíamos nada. Y cuando veníamos en el tren, en España mi padre nos compró manzanas. Yo me quedé mirando la manzana y le dije a mi padre: "Pero ¿qué es esto?". Él me contestó: "Es una manzana, dicen que se come, te la puedes comer". Yo estaba impresionada porque no conocía eso. Y luego la mordí y vi que era dulce... ¡Era ir descubriendo cosas! [...] Hoy [ya] hay por ejemplo aceitunas, tú tienes de todas las aceitunas que se encuentran en Marruecos... [pero] en los años 60, 70, no había todavía eso. ¡Nos hacían falta nuestros productos! No había exportaciones todavía. Nosotros comíamos un poco como los franceses (Rania, 2016).

Yélian, cuya familia migró desde Benín a La Courneuve, dice que para procurarse los alimentos a los que estaban acostumbrados, como el pescado, su padre tenía que ir hasta el mercado de Rungis, donde venden al mayoreo. Explica: "Mi padre tomaba el auto los sábados para ir a Rungis a comprar el pescado [...] y todo, y nosotros desescamábamos, porque éramos niños, pero fuimos educados de esta manera. Había que desescamar, congelar e ir sacando [el pescado] poco a poco [porque mi] padre no tenía dinero". Pero además de la dificultad por el precio de los productos que acostumbraban Yélian observa las diferencias en el tipo de dieta de los franceses comparada con la de su país, aun hoy día. Cuenta de hace poco, en una visita que hizo a su familia: "cuando les ofrecí una ensalada, ellos dijeron que esas yerbas son para los animales [que] ¡ellos quieren comer! Y eso para ellos no es comer... [porque] comer, es comer con maíz, cereal" (Yélian, 2016).

Además, y desde Lomas del Sur, las relaciones de compra implican también formas particulares de socialización y de actividad en el espacio urbano. Alejandra dice que su principal problema es que no encuentra los productos y que no existen las mismas redes comunitarias para conseguirlos. Cuenta que en su barrio de San Andrés, en

Guadalajara, “es más fácil allá porque, como allá [tenía] mucho tiempo desde cuando estaba de soltera [...] ya sabía dónde está el mercado y me juntaba con la vecina, la amiga, para ir... y ya sabíamos dónde conseguir las cosas y más rápido... y [en Lomas del Sur] no... Aquí ¿a dónde? ¿Cómo? ¿Pa’dónde?” (Alejandra, 2015). En lo que se refiere a las implicaciones de los desplazamientos territoriales y la transformación de las prácticas de actividad física, muchas dinámicas tradicionales van evolucionando o han desaparecido entre los grupos de migrantes y las segundas generaciones que habitan en South Bronx, La Courneuve y los recién llegados a Lomas del Sur. Por ejemplo, la observación de Brandye sobre South Bronx es que: “Antes se acostumbraba ir a la alberca, se acostumbraba ir a nadar [...] pero [en South Bronx] no hacen nada de eso... antes, quizá el viernes o sábado, teníamos bailes. Solíamos bailar todo el tiempo [...] de ese tipo de baile, merengues, donde se mueve el cuerpo [pero] ahora nadie hace nada de eso” (Brandye, 2015). En La Courneuve, Céline dice que tanto los espacios como las mismas oportunidades para convivir se han transformado. Compara los nuevos complejos habitacionales con la villa miseria y dice que: “Antes, hace 20 o 30 años, la gente se juntaba en el barrio, abajo, en los callejones, ponían música... pero hoy ya no se hace nada de eso” (Céline, 2015).

Finalmente, la mayoría de las opiniones sobre los procesos históricos del ambiente alimentario y de actividad física concluyen con la idea de la degeneración progresiva de las prácticas de cuidado de la salud, que se vinculan con el deterioro del espacio construido y las maneras de hacer y de habitar. Wendy, coordinadora de la clase gratuita de aeróbicos, considera que el problema es que los habitantes de South Bronx, que en la década de 1970 habían conocido una primera oleada de degradación a causa de las drogas, “salieron de las drogas, [...] pero necesitan ahora ser dependientes de algo más”, y explica que el distrito del Bronx está mal “porque se convirtió en un dependiente del gobierno”. En cuanto a la alimentación, Wendy observa: “A fin de mes el *food pantry*⁶² está lleno... Está así, ¡que no caben! Es cuando las *food stamps* se acaban, cuando las estampillas del gobierno se acaban... cuando tienen, no vienen [pero] cuando ya se acaban, sí” (Wendy, 2015).

62 Equivalente en español a banco de alimentos, el *food pantry* es un centro de distribución de alimentos operado por Food Bank, donde se recibe semanalmente una cierta cantidad de productos para distribuir entre los habitantes que asisten y se identifican como residentes de la ciudad de Nueva York.

Además de las explicaciones de corte económico-político, la degeneración del ambiente alimentario, en la opinión de Brandye, tiene un componente científico-tecnológico. Explica que el mayor problema es la transformación de los alimentos porque: “Antes la gente comía de todo, y hablo de mi abuela, mi mamá..., solíamos comer de todo, cocinar de todo. Yo solía comer de todo, y no subía [...] de peso. Se mantenía el mismo peso porque todo era puro, pero ahora yo digo: ‘¡Caray! ¡No me jodas!’” (Brandye, 2015). En entrevista posterior, Thomas valora el esfuerzo de las primeras generaciones de migrantes y piensa que el problema de la descomposición social es posterior al cruce de culturas. Él dice que: “Llega un momento [en que el caribeño] como que se adapta a la misma cultura. Porque la mayoría han hecho el esfuerzo, pero [el problema] es la segunda generación [porque] la primera generación que inmigró tuvo sus hijos... la segunda ¡anda mal!, no se preocupan... [porque la segunda generación] ya dejó de adaptar la meta de acá [Estados Unidos]” (Thomas, 2015).

Rania explica que el problema de las mujeres obesas, concretamente de las mujeres marroquíes de su familia, es que ya no hacen tanta actividad física porque se quedan en casa mientras que antes trabajaban en el campo. Explica: “En mi familia, las mujeres son obesas porque comen demasiado, tienen menos actividad... porque las mujeres, cuando se quedan en la casa, hacen su quehacer y es todo, mientras que antes trabajaban más en el campo, hacían actividad [física] y estaban delgadas [aunque] no fuera deporte la actividad que ellas hacían”. Confiesa que eso ha cambiado ahora y expresa: “Nosotras, las mujeres de hoy, yo tengo mis hermanas que no trabajan ¡y no hacen nada! Porque cuando el marido está en el trabajo, y los niños en la escuela, ellas terminan de lavar sus trastes y todo, y luego agarran el pan, se comen esto, se comen aquello” (Rania, 2016). En definitiva, las culturas alimentarias se reconfiguran constantemente a partir de los desplazamientos geográficos de sur a norte, distintivos de la época contemporánea, pero también los desplazamientos *ad intra* de las ciudades, ambos consecuencia de la recomposición del territorio a partir del liberalismo económico y la concentración de la riqueza. La obesidad aprovecha los huecos entre una cultura alimentaria bien estructurada desde el territorio de origen y los productos locales y una nueva condición sociocultural en el territorio de destino: una nueva cultura alimentaria que no se asimila sino que se reinterpreta desde los propios antecedentes bioculturales.

Cuidar el cuerpo entre la ciencia y la creencia.

Los fundamentos de la alimentación

En 1885, el antropólogo Gaëtan Delaunay en su artículo intitulado “Sur la beauté” afirmó que “las reglas de la belleza son universales y que la belleza está sometida a leyes generales que se aplican a la especie humana y algunas especies animales” (1885:193). En el mismo documento y atendiendo a un análisis de las partes del cuerpo, la verticalidad, la proporción y la simetría, Delaunay concluye que la belleza está sometida a las leyes de la evolución, pero que no todas las razas siguen el mismo ritmo y explica que el paso evolutivo de las formas inferiores a las formas superiores está vinculado con los procesos de belleza corporal. Las diferentes apreciaciones respecto a la belleza se siguen, de acuerdo con esta perspectiva científica, no a una cuestión meramente cultural del gusto, sino a una diferencia evolutiva entre las razas superiores e inferiores, que se materializa en las formas del cuerpo. Por escandalosa que pareciera esta argumentación, el enfoque biocultural de la obesidad refleja una categorización con cierto paralelismo, aunque se oculten los detalles de racialización y la responsabilización de los grupos sociales estigmatizados culturalmente, como culpables de su condición excesiva de talla y de peso.

Poco a poco se observa en los estudios de antropología el paso de una mirada religiosa del cuerpo hacia una mirada más antropológica y desde la salud. Saillant y Genest consideran que en el estudio de pueblos no occidentales la antropología integraba, además de los asuntos simbólicos, las maneras como estaban implicados los cuerpos respecto al nacimiento, sufrimiento y muerte; el argumento de fondo es que, además de los universos religiosos y morales, en los pueblos no occidentales estaban implicadas al mismo tiempo las cosmologías religiosas y las cosmologías médicas, y que de hecho “la primera antropología médica, que todavía no portaba el nombre, era primero una antropología simbólica y religiosa” (2005:5).

Foucault, por su parte, en *Une esthétique de l'existence* (entrevista con Fontana, 1984) rescata de los comportamientos de la época del *Haut-empire* un cuidado de sí (*souci de soi*) que distinguía entre la dietética como cuidado del cuerpo, la económica como cuidado de los bienes y la erótica como cuidado del amor. Foucault explica que había una tradición de construir la historia de la existencia humana a partir de sus condiciones, pero que también se puede hacer una historia de la existencia de forma más creativa y constructivista, como arte, dado que

la existencia es al mismo tiempo lo más inmediato y lo más frágil del arte humano. Tomando en cuenta que la historia occidental se había fincado sobre el cuidado de sí como una cuestión técnica o biológica, en la propuesta de Foucault se trata de rebasar el cuidado de sí desde sus cuestiones dietéticas y económicas para llevarlo a un proceso de perfeccionamiento como obra de arte, es decir, no se trata solamente de que el cuerpo se adapte a un conjunto de condicionantes que lo determinan, sino más bien de las constantes exploraciones, a partir del cuerpo mismo, por recrear otros escenarios para el ser humano.

Desde mediados del siglo XX, el trabajo de la medicina sobre la construcción y cuidado de los cuerpos se estableció como el discurso fundamental. De la misma manera, la afirmación sobre el papel de ciertos compuestos presentes en los alimentos como causa de los problemas de salud se fue construyendo, complementando y sustituyendo de forma progresiva desde la biomedicina. De esta manera, se puede comprender cómo una primera ola tecnocientífica responsabilizaba de la obesidad a los carbohidratos, después se dirigió la culpabilidad a los azúcares, posteriormente a las grasas, los lácteos y el gluten. Quizá lo más novedoso es la reciente teorización del “probiótico” o la “microbiota” como ecosistemas internos que regulan al cuerpo; en efecto, las experimentaciones que se realizan hoy en día, proponen la comprensión de la obesidad desde un ecosistema intestinal, que sería el responsable principal de los mecanismos de procesamiento de alimentos y de las diferencias respecto a la salud y la talla de los cuerpos.

El socioantropólogo Jean Pierre Poulain, quien se ha interesado en la sociología de la alimentación y la manera como se establecen las decisiones individuales de consumo, afirma que el problema está en que no se toma en cuenta la doble racionalidad frente a los alimentos. Dice que además de una racionalidad lógica que se podría establecer a partir de medidas y cálculos más de orden matemático existe otra racionalidad que se funda en valores. En trabajo conjunto con Jean-Pierre Corbeau, integra en *Penser l'alimentation* (2002) un documento novedoso con fundamentación en las reflexiones de Lévi-Strauss sobre el triángulo culinario⁶³ de crudo/cocido/podrido, un análisis de la libertad de los consumidores y los riesgos presentes en la gastronomía francesa. La racionalidad de valor a que se refiere Poulain es esencial para entender no solamente las decisiones individuales de consumo,

63 El triángulo culinario es un modelo propuesto por el antropólogo Claude Lévi-Strauss para explicar las relaciones entre las diferentes culturas según los modos de cocción de los alimentos, por eso la triada principal sobre la que se establecen las diferencias es crudo/cocido/podrido.

sino la construcción social de las prácticas alimentarias y las vinculaciones que se establecen con los sistemas de creencias, de legitimación de los discursos científicos y de la inscripción de un determinado producto en un espacio-tiempo más o menos inamovible. Como ejemplo, Brandye, originaria de South Bronx de raíces puertorriqueñas, dice que acostumbra empezar su día con lo que llama “una enorme taza de café”. A la pregunta sobre las causas de la obesidad, Brandye explica que es por los alimentos procesados y que desde hace poco ella misma hace su café, “porque han empezado a hacer demasiada ciencia”. Además, cuenta cómo cada que ve a su nieto en vacaciones, este le insiste: “Abuela, ¡cúdate! ¡Come muchas verduras!”, y dice que ella responde: “Sí, sí... eso hago” (Brandye, 2015). En el fondo, se trata de una doble posición frente al avance científico, al que por un lado se culpa por los productos alimentarios modificados pero al que también se le establece como referencia de las prácticas alimentarias y el control de las dietas. Esta dicotomía en la opinión sobre los expertos y el papel de la ciencia que recomienda ciertas prácticas para el cuidado de la salud, y que al mismo tiempo aparece a los ojos de los individuos como la generadora de los problemas de alimentación, refleja también las maneras de pensar la obesidad frente a la ciencia.

Por otro lado, existe también una explicación religiosa de la salud y del cuidado, donde se tejen las prácticas alimentarias y de actividad física. La bronxita Isabela considera que “todo es voluntad de Dios” porque, sobre la obesidad, ella sólo sabe que “hay algo raro en la salud [y aunque no sabe] qué está produciendo la diabetes [ha escuchado que] la diabetes es casi como una epidemia”. Isabela reconoce que en South Bronx hay más diabéticos que en otras partes, pero piensa que lo importante es poner la confianza en Dios, y en sus términos explica: “Yo no he salido del Bronx. Muchos se quejan. Yo no me quejo tanto [porque] Dios ha tenido misericordia de mí y de mi familia” (Isabela, 2015). En la misma línea Nancy reconoce que Dios interviene en su condición económica y alimentaria como benefactor cuando afirma: “Yo, por ejemplo, ¡gracias a Dios! Gracias a Dios tomo el carro y me voy a comprar, y yo busco los *sales* que tienen todo especial”. Esta posibilidad es para Nancy una diferencia importante contra las limitaciones de las demás mujeres de South Bronx que según ella “no tienen otra alternativa” (Nancy, 2015). En una entrevista posterior, Wendy critica las prácticas poco espirituales del cuidado del cuerpo afirmando, sobre las mujeres de South Bronx, que: “Cocinar ellas unos vegetales, aceite de oliva..., ‘¡Qué vamos a perder tiempo en eso!’ [y]

sin embargo, las ves consumiendo McDonalds, invirtiendo 20 dólares en sus uñas postizas y todo eso... En lugar de construir un edificio dentro de ellas, que es saludable" (Wendy, 2015).

En La Courneuve, Rania dice que cuando su familia llegó a Francia tenían muchas dificultades respecto a la comida porque había que tener cuidado con los alimentos prohibidos por la ley islámica, pero su padre no sabía leer. Cuenta que:

La dificultad de comer era por el puerco, porque mi padre no sabía leer muy bien y no reconocía el puerco. Entonces, en una ocasión nos trajo puerco y comimos, pero luego supimos porque invitó a un gitano: "Ven a comer con nosotros porque compré cordero", y cuando este probó: "¡Pero esto no es cordero, es puerco!"... Y teníamos muchos problemas porque no había carnicerías [*hala!*] muy grandes (Rania, 2016).

También Zohra, poco antes, en la entrevista realizada por Jérémy Gravayat para el proyecto ATLAS, había descrito con detalle la fiesta de l'Aïd, celebración por excelencia de la religión musulmana, con la que más de la mitad de habitantes de La Courneuve finaliza el ayuno del Ramadán. Además, describía la importancia de la diversidad alimentaria entre los vecinos:

Un día encontré una foto. Ya sé que parece cliché. Una imagen del cordero que matábamos en la casa para el Aïd. He guardado muchos recuerdos como ese. Estaban también los bautizos, la circuncisión de los niños, que no se hacía en el hospital sino entre nosotros, en los departamentos: el niño lloraba... las mujeres ponían el prepucio en un vaso grande, lo cargaban y hacían como una procesión, por toda la cité, cantando canciones de nuestros orígenes, lentamente, hasta que se terminaba el pozo en la arena. Y allí enterraban el prepucio del niño. Cada uno tenía sus rituales, pero también me acuerdo de las comidas, todas diferentes. Había una señora, un poco como gitana, que hacía chorizo a la española, en el primer piso. La mamá de mis amigos que hacía recetas de sétif, chakchoukas, con grandes y hermosos gestos. [Pero] también había recetas para las mujeres embarazadas, la tarkenta, hecha de harina, de agua, de aceite y azúcar, los bocokoch, bolitas de cuscús de sabores (2015:28).

Por otro lado, existe una fuerte asociación de la salud con productos llamados "naturales". Idea que ha contribuido en gran manera a la polarización sobre los productos de origen animal y vegetal,

o a las modas alimentarias basadas en las denominaciones *bio* (Francia), *all-natural* (Estados Unidos) y orgánico (México). Rania va más allá de la categorización de los productos y establece una importante diferencia en cuanto a la procedencia de los alimentos. Dice que “la alimentación en Marruecos es más natural [...] la carne, aquí y allá hay una diferencia. ¡Es mejor la de allá que la de aquí! ¡Las frutas son mejores que aquí! Por el sabor y por lo que le han metido a los productos. Porque en Marruecos saben que la química es mala para el cuerpo, es decir, que los animales comen frutas y vegetales que se producen allá mismo, y esos productos son mejores para el cuerpo”. Rania piensa que los productos que hay en Europa son los responsables de los índices de diabetes, de cáncer y en general de las enfermedades, y cierra su comentario exclamando: “¡Por eso es así!” (Rania, 2016).

Yélian considera que la obesidad entre las mujeres pobres no solamente es un asunto de alimentación, sino de estrés. Dice que: “Comen mal [porque] están limitadas y estresadas [porque] cuando uno es pobre, uno se estresa... piensa en el mañana, la cabeza está siempre pensando... ¡Y uno engorda!”. Yélian observa que “hay gente que no necesita comer para engordar, y otros que no necesitan una dieta para enflacar. Pero hay gente que, aunque no coma, engorda porque tiene problemas, por ejemplo, que llega un recibo. ¡Chin! ¡Hay que pagar! Y por pagar se quedan sin comer... ¡Después se vuelve un infierno!” (Yélian, 2016). Aunque en el ámbito de los factores psíquicos asociados con la obesidad hay menos avance que en el campo de la biomedicina, la reflexión de Yélian, desde la cultura africana donde hay una gran consciencia sobre el funcionamiento interno del cuerpo, es muy atinada respecto a los diferentes factores que intervienen en el metabolismo y que no necesariamente son de carácter fisiológico.

A las percepciones de la alimentación y sus vínculos con la ciencia y la creencia a partir de las mujeres de South Bronx y La Courneuve se suman las observaciones en términos de higiene y de biomedicina que refieren las mujeres mexicanas de Lomas del Sur. Diana, por ejemplo, explica que el riesgo principal contra la salud no es por la comida sino por falta de higiene. Expresa:

Aquí está limpio. Si te fijas: todo este pedazo. Pero dale vuelta para acá y está bien feo todo. Los vecinos, las calles, las casas, todo, todo. De hecho, cuando salgo, yo salgo por acá. Yo no entro por allá. Y hay un vecino que tiene su caballo enfrente de su casa. ¡Huele horrible! Es que creo que son

de los de un ranchito que estaba allí. Y trae caballos, trae gallos, trae de todo... y cuando no le limpian al día, huele bien horrible (Diana, 2015).

Sandra, por su parte, observa que entre sus alumnas de la clase de zumba se pasan las recetas para bajar de peso porque no tienen dinero para pagar un nutriólogo. Dice que los que trabajan en promoción del deporte, como ella, mientras que no pueden brindarles ayuda porque no han tenido la capacitación para aconsejarlas, sí les recomiendan que asistan a un nutriólogo, pero ha escuchado que "se se les hace difícil estar pagando un nutriólogo y nada más vienen [a la clase de zumba]". Ella observa que sus alumnas "quieren ver mejorías pronto, pero sin nutriólogo es como un complemento". Luego comparte: "Y hay algunas que se pasan la dieta: 'No, es que yo comí esto'... y que se pasan los juguitos verdes o algo. ¡Que sí sirven de mucho también! Yo si sé algo, lo sé por mi mamá, que estuvo mucho con eso del peso, y le funcionaron los téis verdes, que son, no son químicos ni nada y pues les ayudan ahí a... frutas, alimentación. Los jugos verdes son los dichosos" (Sandra, comunicación personal, 14 de abril de 2015).

En definitiva, es importante recalcar que, frente a la satanización de algunos productos alimentarios, muchos de los cuales se ubican en la canasta básica de las diferentes culturas, está también la creciente idea de la responsabilidad individual sobre el consumo bajo la premisa de que "cada individuo tiene la última palabra sobre lo que pasa por su boca". Además, si a esta se agrega la otra premisa que dice de los alimentos "*once in contact, always in contact*"⁶⁴ se puede entender cómo se multiplican las recetas de salud a partir del cuidado del propio cuerpo y la máxima hipocrática de que "en tu comida está tu medicina", como si la alimentación fuera el único y definitivo garante de la salud corporal. Precisamente de aquí se deriva la importancia de considerar los factores asociados con el entorno socioespacial donde se habita, sobre las maneras de alimentarse, pero también de las maneras de habitar y de cuidar el cuerpo. Un análisis de los factores urbanos asociados con la actividad física y el cuidado del cuerpo ayudará a ampliar las reflexiones anteriores sobre lo obesogénico de la ciudad.

64 "Una vez que hay contacto, el contacto es para siempre".

Engordar de miedo. El espacio de actividad física y la exclusión de las mujeres

La utilización del espacio urbano corresponde a códigos culturales y muchos de estos son sexuados. Los hombres y las mujeres no se desplazan de la misma manera en las ciudades, no utilizan los mismos lugares, no juegan los mismos roles en los diferentes sitios ni se enfrentan con las mismas dificultades. Por eso la seguridad, como percepción individualizada de los riesgos en el espacio urbano, no impone las mismas tensiones a los hombres que a las mujeres y se modula de formas distintas entre los diferentes lugares y momentos como el día y la noche. La manera de abordar el espacio urbano respecto a la disponibilidad y accesibilidad alimentaria no es suficiente para entender las maneras de comer y de habitar en territorios de precariedad, precisamente porque en estos territorios suelen reportarse mayores índices de crimen urbano y de violencia, ligados con dinámicas socioterritoriales que se organizan desde el miedo y la sensación constante de peligro.

Uno de los elementos más importantes observados en las conversaciones con mujeres adultas de South Bronx que evidencian problemas de sobrepeso es que todas mencionan su gusto por caminar. Por ejemplo, a la pregunta de cómo se ejercita Brandye responde diciendo: "¡Papi, yo camino! Yo camino bastante, me gusta caminar aquí o en Manhattan, y yo voy a todos lados caminando" (Brandye, 2015). No obstante, el principal problema que perciben las mujeres es la inseguridad tanto en las calles como en los parques, lo que limita las posibilidades de que se ejerciten caminando. Isabela dice que algunas zonas son "más calientes que otras" refiriéndose a los riesgos en las calles. En fecha posterior Quincy dice que "no te puedes parar en los parques porque hay mucho peligro" (Quincy, 2015) y Wendy identifica un cierto racismo cuando afirma que "los morenos son más violentos [...] todos le tienen miedo a ellos. Y es que si tú ves todas las noticias la mayoría de delitos pasan ¡con ellos! [...] tú te subes a un tren y el americano se hace un poquito para acá cuando entra un moreno o morena" (Wendy, 2015). Para ella, el problema de hacer ejercicio en los parques es un asunto cultural que se relaciona con los grupos étnicos de los diferentes distritos y observa que "en Queens, a las 6:00 de la mañana, ya hay instructores en los parques, haciendo yoga [...] haciendo aeróbicos... Allá sí piensan más. Allí [hay] grupos de gente haciendo ejercicio por todos lados. Todos los días. Hay en la mañana y hay en la tarde [Y es que] en Queens llegó el asiático que es muy disciplinado" (id).

Respecto a los parques y espacios deportivos, Thomas, que trabaja para NYC Parks, considera que todas las instalaciones que hay en South Bronx “son unisexo, y no existen diseños específicos para un hombre o una mujer... Todo es muy general, muy sencillo”. En esta misma conversación explica que el problema de obesidad podría ser “probablemente” más grave en South Bronx que en los otros distritos “porque los habitantes no encuentran muchos de los lugares que hay, por ejemplo los parques públicos, suficientemente atractivo[s] para ellos ir, a solas, a practicar el deporte; hay una sensación de que está feo, y de que por el barrio las personas no se sienten tan seguras” (Thomas, 2015). De hecho, Quincy, en la entrevista registrada unas semanas atrás, reconoce que hay muchos parques en South Bronx pero que ella “no se mete ahí”. Prefiere quedarse en casa y consiguió lo que llama: “una cosa de esas para hacer ejercicio en casa”. Ella nunca sale a los parques y no deja salir a sus hijos, más bien: “Ellos salen pa’fuera a la playa, pa’ Six Flags y eso... ¡Pero a la calle nunca! Porque afuera, aquí en la calle, lo están matando a uno” (Quincy, 2015).

La percepción del espacio edificado, más que la disponibilidad de instalaciones deportivas, parece ser definitiva en las decisiones de las mujeres para hacer ejercicio. Así, por ejemplo, en la nota reciente de News 12 The Bronx sobre la confusión que se creaba con la ampliación de las banquetas en Avenida Westchester 1766, cerca de un ingreso a la línea de tren, la mayoría de las críticas reportadas tienen más relación con la confusión por poca visibilidad, mala iluminación y ausencia de señalamientos que con la primera impresión del aumento de tráfico por eliminar un carril para la circulación de automóviles (News 12 The Bronx, 2016). En el departamento de parques y recreación han encontrado que la estética y las prácticas de higiene ayudan a que los usuarios de los parques ensucien menos. Thomas observa que “si se corta la grama constantemente [los usuarios] tiran menos basura, porque si la grama está alta, ellos sienten que, como hay descuido de nuestra parte, ellos descuidan y tiran los botes [mientras que] si uno mantiene limpio todo, ellos ¡no es que dejen de hacerlo! Pero como que lo piensan dos veces” (Thomas, 2015).

Pocas mujeres, como Brandye, han encontrado una manera eficiente para transitar por las calles de South Bronx. Ella cuenta, entre bromas, que “los hombres se dan cuenta que conmigo no deben meterse”. No entiende bien por qué, pero piensa que se debe a su actitud o a su apariencia [de mujer corpulenta] o quizá porque siempre que percibe que la observan de una manera “sucía”, se da la vuelta enoja-

dísima y les grita “¿Cuál es tu carajo problema?”. De acuerdo con ella, “fuera de eso, todo marcha bien” (Brandye, 2015). En La Courneuve, como en South Bronx, la marcha a pie sigue siendo el principal medio para desplazarse. En el reporte de la Enquête Globale Transport 2010 para el departamento de Seine Saint-Denis, donde se encuentra La Courneuve, se especifica que el 41.1% de los desplazamientos se hacen a pie, contra el 33.3% en auto, el 23.2% en transporte colectivo y sólo el 2.3% por otros medios como la bicicleta. La misma encuesta, en un análisis más amplio de la región Île de France, revela que hay una diferencia marcada entre los comportamientos de mujeres y hombres respecto a la movilidad. De entrada, las mujeres utilizan más los transportes colectivos (43% contra 39% de los hombres), luego, las mujeres suman una mayor distancia recorrida a lo largo del día, pero en trayectos cortos, en espacios de proximidad y en menor tiempo (100 minutos/día contra 116 minutos/día de los hombres), finalmente, las mujeres se desplazan más a pie (38% contra 29% de hombres) y utilizan menos el auto (37% contra 45% de los hombres). De acuerdo con la misma encuesta, las mujeres que tienen hijos menores a 11 años utilizan menos el transporte colectivo y prefieren la marcha a pie, porque 1/3 de sus recorridos está relacionado con el cuidado de los hijos. En contraparte, los hombres que tienen hijos menores a 11 años también utilizan menos el transporte colectivo pero privilegian el auto, aunque sólo 1/5 de sus desplazamientos está vinculado con el cuidado de los hijos.

La Courneuve no está planificada tomando en cuenta las diferencias de utilización por hombres y mujeres. Si se apela a las estadísticas anteriores, por ejemplo, habría que considerar que los desplazamientos de las madres con sus niños implican serias reflexiones respecto al espacio urbano. Louise, por ejemplo, encuentra que el problema de las mujeres de La Courneuve es que siempre van acompañadas por niños, y que no hay espacios propicios para las mujeres. Explica: “El problema es que regularmente la mujer, ella misma, la mayoría de las mujeres, no se expresan de la misma manera en el espacio público cuando van con los hijos, ¿es eso?” (Louise, 14 de enero de 2016). Por otra parte, el mismo mobiliario urbano no está pensado para las actividades de las mujeres. Rania describe los parques de La Courneuve y dice que fuera del Parque Departamental, “el único que existe es el de la alcaldía... ¡Y nomás!”. Sobre las posibilidades de utilización, dice que “sí hay actividades para las mujeres: ellas van, se sientan, se reúnen” (Rania, 2016). Poco después, Hamid, que trabaja en los par-

ques decía que no hay mobiliario para actividades físicas porque “es demasiado caro [y] el problema es que si se instala, en tres semanas todo estará destruido a causa de los vándalos... Además, no se puede invertir en una máquina que va a costar 100 mil euros, si los 100 mil euros se podrían utilizar para renovar un centro deportivo” (Hamín, 2016). El problema radica en que los centros deportivos son espacios privilegiados de la presencia masculina, mientras que las mujeres de La Courneuve, como se observa en los comentarios anteriores, se limitan a acompañar a sus hijos a los parques y sentarse a platicar, porque no hay actividades deportivas dispuestas para ellas.

En cuanto a las mujeres y su presencia en el espacio urbano, se ha naturalizado la idea de que su lugar está en el espacio doméstico y que el espacio urbano pertenece a los varones y a los niños. Henriette, por ejemplo, nota que los espacios deportivos y los lugares de encuentro de La Courneuve excluyen a las mujeres. Detalla diciendo que:

Hay muchas cosas que se deben cambiar, porque entre los cafés y el estadio de fútbol representan la mayoría del espacio público [de La Courneuve] En la asociación [de vecinos, se vio que] hace un año, en un espacio deportivo que había al lado, las señoras y las muchachas no iban nunca, ¡Nunca! [Y] cada vez que quedábamos de ir, nosotras íbamos como asociación de mujeres y muchachitas, y siempre hay muchachos que tienen [más] fuerza física, pero se retiraban amablemente. Pero a partir de las 5:00 de la tarde no hay ninguna mujer. Está el problema un poco lúdico de cómo empezar [porque] cuando uno entra a un café [en La Courneuve] están todos los ojos que se nos quedan viendo como diciendo: “¿Qué haces tú aquí?”. Por otro lado, a una mujer que tiene niños se le antoja menos [salir al espacio público] (Henriette, comunicación personal, 14 de enero de 2016).

En la misma línea, Yélian dice que hacer ejercicio no es prioridad para un ama de casa de La Courneuve, y mucho menos si se trata de una familia que vive en dificultades económicas. Como los espacios deportivos requieren de una cuota, dice que “en vez de gastar el dinero para hacer deporte, preferimos darle de comer a nuestros hijos [y] el deporte que hacemos, con las demás mujeres, es llevar a los niños al parque, ellos se pasean en bicicleta” (Yélian, 2016).

Algo muy particular de La Courneuve es que los cafés y las terrazas son espacios eminentemente masculinos. Allí los hombres se reúnen desde temprano, platican, beben té o café y fuman. Ya al

mediodía se notan los estragos de una mañana con mucha fluencia: bachichas de cigarros en todo el piso y hasta la banqueta de los negocios y las bolsitas de azúcar que todos tiran al piso. Algunos cafés tienen en el interior máquinas despachadoras de billetes de lotería y otros juegos de azar. Otros están conectados por una puerta lateral con una *épicerie* o con un restaurant de kebabs. Pero los hay más complejos como uno en la zona de Quatre Routes que tiene cuatro etapas desde la fachada hasta el fondo: hacia la calle está el café-bar y la zona de juegos, más adentro sigue un restaurante, después un cibercafé y hasta el fondo por un pasillo que atraviesa está una barbería. En las cuatro zonas de este lugar sólo hay varones. Nadie parece extrañarse de eso y, de hecho, a la pregunta de por qué no van las mujeres a esos sitios, Latifa responde de forma contundente: "Porque no es lugar para mujeres. ¡Así de simple!" (Latifa, comunicación personal, 14 de enero de 2016).

En Lomas del Sur las cosas no son muy distintas. Se observan los mismos límites impuestos a las mujeres a partir de lugares y de horarios. Al igual que en La Courneuve, las mujeres consideran que los espacios deportivos son para los niños y los varones. Miriam, por ejemplo, dice: "Yo llevo al niño a hacer ejercicio al karate [frente al templo] pero nunca he ido a la unidad [deportiva]" (Miriam, 2015). Poco antes, Alejandra decía que "la unidad deportiva es un desastre, pero pa' los niños está bien" (Alejandra, 2015), y Diana, una semana después: "Sí, hace falta mucho. Como para los niños [porque] si te fijas, aquí no hay juegos. No hay nada. Ni un área verde que digas ahí pueden jugar" (Diana, 2015).

Las opiniones de los empleados públicos de Tlajomulco no son muy diferentes. Gabriela, del programa de nutrición del DIF Tlajomulco considera que la estética del espacio urbano es determinante para la actividad física porque "Sólo con un espacio que hubiera, en buenas condiciones, la gente sí se motiva. Aún las señoras, porque en la noche saben que, a las 7:00 de la noche se puede ir con la comadre a dar la vuelta al parque, porque está bien iluminado [o] porque lo ve[n] bonito, pintado, el zacatito en buenas condiciones" (Gabriela, 2015). Unos días después, Javier hablaba de la renovación de las canchas de fútbol en Lomas del Sur como parte de los trabajos que están haciendo en Promoción del Deporte y afirma que "Ya hay unidad [en Lomas del Sur] Y está uno de patinetas y uno como de alpinismo; la cancha está empastada y hay una liga nocturna". Comentó también que "para las señoras no hay nada, porque ellas más bien se pasean", piensa que

“esas señoras no son pa’ la unidad deportiva, sino las mujeres jóvenes” (Javier, 2015).

Como alternativa excepcional en Lomas del Sur, South Bronx y La Courneuve está el gusto de las mujeres adultas por el baile. A diferencia de South Bronx y La Courneuve, donde esas actividades se realizan en centros recreativos en los que las mujeres deben inscribirse y pagar una cuota, en Lomas del Sur las clases de zumba son gratuitas, pero no se cuenta con un espacio adecuado, sino que se realizan en el patio de una escuela. El relato de Sandra, instructora y empleada pública, permite entender cómo se creó el espacio, sus logros y sus limitaciones:

Yo empecé con clases particulares. Me aventé en mi casa. Pues no tenía muchos muebles [...] en mi sala, yo abría lugar ahí y ponía el zumba [...] Y ya, pues me recomendaron y me dieron un espacio acá para dar las clases [...] Es para cualquiera. Pero se acoplan más las señoras adultas que van a dejar los niños a la escuela y luego luego se van ellas a hacer la actividad. De hecho, les preguntamos a ellas y les dijimos qué horario se les acopla a ellas para que puedan asistir la mayoría. Es lo que más les gusta, el baile. Empiezan medias tímidas, sí. Pero ya, ven al instructor que las tiene que motivar. Y ya ven una, dos, tres y pos’ ya se sueltan también ellas. Como son vecinitas se pasan la voz, como bola de nieve, y se van acercando [Hay m]uchas que no fallan. Y pues hay temporadas que aumentan [aunque] a veces las lluvias nos bajan a la gente porque, como es al aire libre [...] nosotros la suspendemos [La mayoría son] como de los 30 a los 55 años. Con sobrepeso, la mayoría. De hecho [...] cuando dicen que van a venir las vacaciones se preocupan porque dicen: “¡Ay, es que vamos a dejar de hacer actividad!”. Por los cursos de verano y que cierran las escuelas [Pero y]o las veo muy preocupadas porque sí quieren bajar de peso (Sandra, 2015).

En una síntesis de la comparativa entre South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur respecto a la exclusión socioespacial de las mujeres en la ciudad, y desde la relación con la apariencia corporal, la obesidad aparece con una importante implicación: hay restricciones de lugares y de horario, porque existen espacios eminentemente masculinos y espacios considerados como peligrosos en ciertos momentos del día o en cualquier momento si se trata de una mujer. La configuración de la ciudad como un espacio sexuado es determinante, entonces, para la actividad física de las mujeres y, en general, para entender la manera

como habitan la ciudad. En este sentido, lo obesogénico de la ciudad está dado también por la distinción de sexos que se expresa en el mobiliario, en la asignación de usos a los espacios urbanos y sobre todo en las desigualdades respecto al uso del espacio público entre hombres y mujeres.

Cuerpos que se cuidan desde afuera.

El arreglo personal como exigencia de la ciudad

El estudio de las representaciones del cuerpo es central en la antropología de la salud (Le Bretón, Vigarello, Fischler) pero quien se ocupa del cuerpo no necesariamente se interesa en la salud y en la enfermedad. A lo largo de los últimos treinta años uno de los principales desafíos de la antropología de la salud habría sido el de encontrar un lenguaje propio para hablar del cuerpo y nombrar las realidades del cuerpo. Este desafío era grande frente a la hegemonía del discurso médico y la autoridad de las instituciones, pero también porque los lenguajes no médicos parecían insuficientes para abrir la puerta a un lenguaje “científico” sobre el cuerpo, de ahí la necesaria abertura a la noción de *embodiment* de Csordas, de *habitus* de Bourdieu y de *bio-poder* de Foucault que implicaban un nuevo campo epistemológico para la comprensión del cuerpo (Saillant y Genest, 2005:9).

Georges Vigarello (1987; 2004; 2010; 2011), en sus trabajos sobre la historia del cuerpo, de la higiene, de la belleza y de la obesidad suele poner de relieve el papel de la figura femenina como un lugar fundamental para entender las transformaciones del cuidado y de la moralidad del cuerpo humano en diferentes configuraciones espacio-temporales. Específicamente en su trabajo sobre la belleza, Vigarello ilustra la evolución desde el renacimiento hasta el siglo XXI desde las prácticas cotidianas, los gestos, la emergencia de la consciencia del cuerpo y su cuidado y los avances técnicos y científicos que irían modelando poco a poco los saberes y las prácticas en torno a la salud y la apariencia corporal, que van de la mano a través de la historia. Este binomio entre cuidado de la salud y de la belleza corporal es evidente cuando se atiende al problema de la obesidad y más en el caso de las mujeres, sin importar si habitan en territorios de segregación como South Bronx, La Courneuve o Lomas del Sur. De hecho, precisamente a partir de los límites impuestos por un entorno adverso se despliega una serie de prácticas sociales que pocas veces se toman en cuenta

cuando se aplican políticas regulatorias contra la obesidad y políticas de planeación urbana.

Empezando por South Bronx, y a partir del comentario de Brandye, quien considera que su apariencia (corpulenta) podría ser un factor importante para que los hombres no la molesten en la calle, ella confiesa estar conforme y contenta con su cuerpo y dice: “Yo me gusto, sin importar cómo me veo, porque no tengo hipertensión, ni colesterol ni diabetes. Yo no tengo nada de eso. Yo como carne, pero también cocino... y [también como] otras cosas como una rebanada de pizza, una hamburguesa... pero me gusta cocinar” (Brandye, 2015). Esta vinculación entre un cuerpo saludable y el valor estético del mismo no solamente se distingue de los cánones de referencia establecidos por la norma de los índices internacionales como el IMC, sino que refleja una vinculación importante con un contexto específico de riesgo que no es el de la alimentación, sino el del entorno socioespacial en que se habita.

Tanto Thomas como Wendy, desde una mirada exterior de las mujeres corpulentas de South Bronx, entienden que la obesidad femenina del distrito es un problema que se vincula con las percepciones de la belleza y el cuidado del cuerpo. En la conversación del 24 de agosto de 2015, el empleado de NYC Parks expresa que estas mujeres “no tienen el mismo tipo de vanidad que el típico anglosajón, pero curiosamente tienen otro tipo de vanidad como pintarse las uñas y el cabello” (Thomas, 2015). Y retomando una conversación anterior, Wendy, que coordina un programa gratuito de aeróbicos, considera que hay un descuido del cuerpo que se relaciona con la dependencia de los programas de asistencia social y la poca valoración del dinero que perciben las mujeres de South Bronx. Observa, por ejemplo, que “prefieren ir al supermercado y comprar una computadora”, y que “visten con zapatos de marca y prefieren lucir bien, y no importa qué haya en la nevera”. Afirma que el problema está en que “como no les cuesta [se les puede ver] consumiendo en McDonalds, invirtiendo 20 dólares, invirtiendo en sus uñas postizas y todo eso”. Luego detalla:

Viven del Welfare. ¡Todo es gratis! ¿Me entiendes? Ellas prefieren invertirlo en unas uñas postizas que pagar en un gimnasio ¿ves? Prefieren hacerse extensiones, invertir 150 dólares en un salón de belleza, 150 o hasta más. Fíjate en el programa de la comida: se visten todas decaladas [desaregladas] ara cuando vengan... y ya cuando tú las ves en la calle y les dices:

"Hi! ¿Tú eres la que va al *food pantry*?", "Yes!" Y están todas arregladas. Entonces viven de la miseria. Quieren ellas decir "¡Oh, mírame! Yo necesito de la comida. Yo necesito esto [...] Y se conforman viendo los modelos en... Victoria Secret, pero ¿a quién le va a quedar? ¡A mí no me queda un Victoria Secret! (Wendy, 2015).

En contraparte, desde las mujeres y sus comentarios se puede entresacar una percepción distinta de la belleza y la salud que permite pensar en un modelo distinto de cuerpo. Como ejemplo, a la pregunta sobre los principales cambios en el gasto y consumo en South Bronx, Fabia identifica antes que cualquier otra cosa el aumento de los precios en las tiendas de ropa, observa que "el dinero rinde menos [y aunque] siempre ha habido muchas bodegas [de ropa] ahora parece que hay más" (Fabia, 2015). Isabela, por su parte, considera que las mujeres de hoy necesitan conseguir un trabajo porque los salones de belleza son muy costosos y reflexiona: "Una muchacha que quiere arreglarse el pelo tiene que aprender a trabajar porque una arreglada de cabeza son 40 pesos [dólares] las uñas son caras [y] pa'eso se necesita dinero" (Isabela, 2015).

En efecto, en una comparativa entre el número de establecimientos alimentarios y el número de salones de belleza en South Bronx se puede observar la importancia que se otorga al cuidado de cabello, uñas, barba y rastas tanto de hombres como de mujeres (tabla 6).

Tabla 6. Relación de salones de belleza y negocios de alimentos en South Bronx

Avenida / Calle	Bodegas	Fastfood	Supermercados	Frutas y verduras	Salón de belleza
174	17	3	1	1	7
Southern	28	15	3	3	25
138	21	19	0	5	12
3	30	29	7	4	11
167	29	15	3	5	21
163	24	18	0	2	10
149	22	41	0	1	14
Prospect	27	8	2	1	10
Westchester	18	17	7	2	17
Grand Concourse	16	9	0	1	11
Willis	16	13	1	0	9

Avenida / Calle	Bodegas	Fastfood	Supermercados	Frutas y verduras	Salón de belleza
Melrose	23	17	5	3	26
Hunts Point	12	5	2	0	3

Elaboración propia a partir del registro de establecimientos por observación en el periodo del 4 de junio de 2015 al 1 de septiembre de 2015.

La relación entre la talla y la salud no es del todo evidente para algunas de las mujeres de South Bronx. Para Fabia, por ejemplo, la norma de esbeltez-salud podría operar de forma contraproduktiva porque admite una variante, y es que: "A veces cuando tú ves a una persona gorda tú piensas que tiene salud... y muchas veces no. A veces la persona delgada es la que tiene más salud" (Fabia, 2015). Un día después reaparece esta idea en el relato de Quincy sobre cómo rechazó una cirugía bariátrica porque siente que no lo necesita a pesar de su corpulencia. Ella mejor asiste a las clases de aeróbicos, compró una máquina para hacer ejercicio en casa y está decidida a perder peso por sí misma, pero confiesa que sigue comiendo cosas que están fuera de lo sugerido para rebajar; de hecho, en una confesión que viene con cierta culpabilidad expresa: "Me como algo pero no como más nada. No voy a decir que soy santa porque no soy... que veo una cosita... una cosa pequeña... pero nomás" (Quincy, 2015).

En La Courneuve las nociones de cuidado del cuerpo y arreglo con accesorios no son muy distintas de las observadas en South Bronx. Quizá cabe distinguir las variedades en gustos por bisutería, joyas y perfumes que caracterizan a las mujeres de Magreb, de una mayor elaboración en el arreglo de cabello para los de cultura procedente de África subsahariana. En la entrevista con Latifa, en un andador de SaintDenis, cerca de su trabajo, mientras caminamos por la calle y hablamos del cuidado de la salud y del cuerpo, de repente me hace una indicación: "¡Mira! [un salón de belleza] ¡Muchos estilos de cabello! De 10 a 15 euros... ¡Es más o menos la moda! [...] Mira para allá: puros perfumes de buena calidad, Christian Dior, Ralph Laurent... Los cabellos y las uñas, es probable que aquí no se haga mucho, ¡pero si vieras en París!" (Latifa, 2016).

Otro elemento importante es la manera como se percibe un cuerpo sano en las diferentes culturas, porque la obesidad no se valora de la misma manera. Rania, por ejemplo, explica sobre las marroquíes: "Las mujeres de allá, hace tiempo [se pensaba que] una mujer que es delgada, flaca, no es una mujer buena para el matrimonio [porque]

para ellos [significa] que tiene problemas de salud, o no se sabe qué [pero] hay algo raro". Cuenta su propia experiencia y dice: "Yo sé que antes, cuando mi madre nos veía adelgazar no le gustaba. Nos decía: '¡No, no está bien! ¿Estás enferma?'. Y yo decía: 'No, quiero adelgazar porque quiero ser flaca' [pero] ellos no entendían por qué uno quería volverse flaco. Para ellos uno debía quedarse como uno estaba, porque una gorda es atractiva. ¡Así es!" (Rania, 2016). En cuanto al arreglo con accesorios, velos y joyas se pueden observar las compras masivas en el *marché*. De hecho, Hamïn, cuando describe los diferentes comercios que se instalan en el tianguis, reconoce que de los 230 negocios alrededor de 70 son de alimentos, lo que quiere decir que el resto (alrededor de 2/3) se divide entre zapatos, ropa, accesorios y artículos para el hogar. Hamïn dice que el *marché* "es la locura total", porque "hay vestidos muy hermosos [a veces] traídos desde otros países y se venden muchísimo" (Hamïn, 2016).

Puede sorprender el papel que juega el arreglo personal y el vestido de las mujeres respecto a las cuestiones de seguridad y de crimen, pero es cierto que en La Courneuve difícilmente se encuentra una mujer en *short* o falda corta. La explicación de Céline es que el uso del velo y de un vestido no se debe a cuestiones religiosas porque "hay personas que son respetuosas de la religión y [otras] que lo hacen por el qué dirán, como las chicas que se ponen la burka para que no las moleste la gente" (Céline, 2015). En todo caso, las restricciones también van de acuerdo con los lugares y los horarios, porque Rania, en un comentario posterior, explica que para las mujeres: "Es peligroso por la noche, en el día también pasa, pero en la noche es más seguido, porque no hay suficiente iluminación" (Rania, 2016).

En Lomas del Sur, este tipo de restricciones impuestas por el espacio urbano hacia las mujeres tienen una relación más directa con las deficiencias en los servicios y la calidad de la infraestructura. A diferencia de South Bronx y La Courneuve, Lomas del Sur es un territorio urbano totalmente separado de la mancha urbana y con grandes dificultades originadas desde las relaciones que se establecen entre las inmobiliarias privadas y el Ayuntamiento respecto al transporte, el alumbrado público, los espacios verdes e inclusive los recubrimientos de las calles. En el caso de Lomas del Sur, a principios de 2015 el Ayuntamiento de Tlajomulco indicó que el fraccionamiento no ha sido recibido en su totalidad y que Dinámica, la constructora que se encargó del desarrollo, no había cumplido con todos los requerimientos.

En este sentido, la exclusión femenina del espacio urbano en Lomas del Sur, si bien repite las características de miedo y restricciones a causa de la violencia y criminalidad que se observan en South Bronx y La Courneuve, tiene además un fuerte componente estético que las mujeres vinculan con los demás problemas. Todas las mujeres coinciden en que los problemas son por carencias ocasionadas por la infraestructura y que entre la iluminación, el desgaste del asfalto, la falta de arbolado y la concentración de basura se genera un paisaje de inseguridad y de miedo. Diana, por ejemplo, dice: "El fraccionamiento es peligroso porque está bien feo, ahorita ya arreglaron, porque desde que vine las lámparas estaban todas descompuestas [y] no prendían [pero] ahora empezaron a arreglar porque nos quejamos, y metieron luminaria, porque estaba [tan feo] que me daba miedo" (Diana, 2015). Luego identifica ciertos lugares en los que no se debe uno meter en Lomas del Sur, porque son peligrosos, afirma que "o más feo ahorita es en las vías, porque hasta en el día se agarran. Dicen que aunque la gente vaya pasando, y [hasta] con botellas" (id).

Por otro lado, si se piensa en el espacio urbano como soporte de la actividad física, los problemas se hacen sentir desde lo accidentado del terreno en Lomas del Sur, el revestimiento de las calles con empedrado y la falta absoluta de arbolado en las calles a excepción del improvisado por los mismos vecinos. Por eso a la pregunta sobre espacios de actividad física Miriam dice que nunca ha ido a la unidad deportiva porque: "¡Con la subidita y sin ni'un árbol!" (Miriam, 2015). El mismo día, Perla detallaba: "¿De ejercicio? Pues es que aquí, como las calles son de piedra, uno se cae y se raspa [...] y es que como ahí en la avenida sí está bien feo, y como no hay luz, está bien peligroso" (Perla, 2015).

Sobre el equipamiento para actividad física, Javier, empleado de Promoción del Deporte en Tlajomulco, explica que en las unidades deportivas "se ponen aparatos al aire libre [...] canchas de fútbol 7 [...] unos pequeños juegos y también un pequeño corredor" (Javier, 2015). Al día siguiente Perla admite que han colocado algunos aparatos, pero dice que van a la unidad "y los muchachos echando novio ahí, y ocupando todos los destos [aparatos] y ni cómo decirles, todos, si son cinco, todos ocupados y nadie haciendo ejercicio, nomás lo agarran pa' sentarse" (Perla, 2015).

Además de los problemas de infraestructura y de seguridad, en Lomas del Sur se repite el factor cultural que evidencia una separación

entre belleza y salud en el cuidado del cuerpo y que ayuda a clarificar lo que sucede en South Bronx y La Courneuve. Gabriela, de un programa de nutrición en DIF Tlajomulco, observa que entre sus beneficiarias están mujeres con sobrepeso pero que eso no les preocupa. Lo que sí les preocupa, desde el punto de vista de Gabriela, es comprar ropa, ponerse uñas y maquillarse. Explica con un lenguaje un tanto estigmatizador que:

[El sobrepeso] no les preocupa. En principio créeme que no les preocupa. Y en segundo, para ellas es como solamente lo que es comprar ropa, ponerte uñas y maquillarte. ¡Los kilos y los kilos de maquillaje! Pero el cuidado físico, sí te podría decir que yo creo que un 10% de la población que tenemos mantiene un peso adecuado para su edad y su estatura, y yo creo que se me hace que menos [La alimentación] Es otro punto que tratamos porque: "Veo que no tienes para la leche de tu niño, pero traes uñas que [...] ni nosotras que venimos aquí [a la oficina] pagamos por esos arreglos", porque un arreglo de uñas te cuesta \$100, \$150... y si traes la pedrería completa ahí de [se ríe:] "*charoski*", dirían las señoras, te cuesta 200 pesos. Entonces nosotros decimos: "¿Cómo es posible que no tengas para comer, pero sí para arreglarte las uñas?". [Y] para nosotros es muy difícil tratar de cambiar esa mentalidad" (Gabriela, 2015).

Reflexionando sobre esta declaración y retomando los estudios de Vigarello sobre el cuerpo, la belleza, la estética y la obesidad la comparación de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur explicita la carga desigual de las exigencias sobre un cuerpo bello y saludable sobre la figura femenina, así como la reproducción de dinámicas sociales de riesgo respecto a las prácticas de cuidado de la salud y de los modos de habitar la ciudad. En los siguientes apartados se verá con mayor claridad la vulnerabilidad que esto implica para las mujeres adultas.

DANDIE, FLÂNEUSSE, CABALLERA. LA INNOMBRABLE AUTONOMÍA DE LAS MUJERES EN EL ESPACIO URBANO

Con un atrevimiento de terminología literaria que cuestiona la inexistencia de figuras femeninas como *dandie*, *flâneusse* y *caballera*⁶⁵, este tercer apartado del análisis socioantropológico problematiza la vulnerabilidad femenina desde el ejercicio comparativo de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur. Los conceptos de referencia son las figuras de la masculinidad urbana representadas en el *dandy*, el *flâneur* y el *caballero* para cuestionar la falta de nociones equivalentes que representen la presencia de las mujeres en el espacio urbano. La estrategia investigativa de este apartado es contrastar los territorios por medio de la etnografía comparativa. Los ejes interpretativos que sirven como referencia son la vulnerabilidad de las mujeres y la relación entre la obesidad y la biopolítica.

En *¡Qué gordita! A Study of Weight Among Women in a Puerto Rican Community* (1989), Emily Massara hace un estudio cuantitativo de cómo se percibe la corpulencia y la gordura femenina entre afroamericanos y latinos, específicamente entre la comunidad migrante de Puerto Rico. De acuerdo con Massara, la corpulencia de las mujeres es valorada entre los inmigrantes como señal de una buena adaptación y de mejora de las condiciones económicas. También observa que para los puertorriqueños de Estados Unidos hay una separación clara entre la gordura estética y la gordura médica: desde la salud se considera que “una persona saludable es la que tiene un buen apetito y consume una buena cantidad de comida tradicional” (1989:43), pero desde la estético, no importa la obesidad por el peso sino por la forma del cuerpo, de tal manera que una cierta corpulencia y gordura se vuelven tolerables si se acumulan en piernas y cadera, pero no en la cintura.

En los estudios franceses sobre las implicaciones territoriales del género, más recientes y menos delimitados que la abundancia anglosajona de los *gender studies*, se ofrece un marco novedoso para explorar la categoría de mujer en relación con el espacio urbano. Guy de Méo, en *Les murs invisibles. Femmes, genre et géographie sociale* (2011) indica que, a pesar de que la mujer extiende su dominio del

65 En oposición a las figuras masculinas del *dandy*, el *flâneur* y el *caballero*, sus formas femeninas permanecen ausentes tanto en la literatura como en las maneras de entender la presencia y tránsito de las mujeres por el territorio construido. De aquí la apuesta, desde el título, por violentar las construcciones léxicas y los comportamientos urbanos de acuerdo con la distinción entre hombres y mujeres.

hogar hasta el espacio urbano de proximidad, mayormente habitado por mujeres, esto no implica una emancipación sino simplemente la extensión de las dinámicas domésticas hacia la ciudad, es decir, que las actividades siguen vinculadas con el cuidado y atención de los miembros de la familia. En todo caso, el tránsito de la mujer por las ciudades implica que las políticas urbanas contemplen las necesidades de infraestructura desde las dificultades cotidianas de los habitantes (Díaz Olvera et al., 2005:24), al tiempo que se reconoce un ejercicio constante de estética sociourbana en el acto de vivir la ciudad.

Este apartado explora el potencial metodológico de un estudio espacial para el tratamiento de problemas como la autonomía y la vulnerabilidad social de las mujeres que habitan en territorios difíciles, específicamente desde la óptica de los riesgos contra la salud. A partir de las propuestas conceptuales de vulnerabilidad y de autonomía se establece una comparación de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur para analizar cuáles son los principales factores que movilizan tejidos sociales de opresión y exclusión de las mujeres del espacio urbano y cómo se construye la conciencia individual de estas mujeres frente a un espacio social de riesgo. En este sentido, se retoman elementos que vinculan el espacio residencial, en un abordaje antropológico, con estructuras de parentesco y agrupaciones vecinales, en el entendido que las dinámicas locales pueden ser comprendidas, más que por fórmulas mecánicas de carácter cuantitativo, a partir de las vinculaciones entre datos estadísticos con la topología de elementos empíricos que se movilizan en las prácticas y trayectorias sociales y desde las lógicas de coresidencia que las engendran.

Para la conformación del marco de referencia a partir de la noción de vulnerabilidad, autores como Katzman⁶⁶, Filgueira⁶⁷ y Moser⁶⁸ se consideran fundamentales para el tejido macro-micro de los factores que actúan en diferentes escalas y cuya consecuencia común es la ma-

66 Rubén Katzman, en *Notas sobre la medición de la vulnerabilidad social* (2000), indica que el enfoque de la vulnerabilidad social para analizar los hogares está en "relación inversa" para controlar los factores que "modelan su destino", y que la noción de vulnerabilidad se concentra en los determinantes de las situaciones que impiden el acceso a las oportunidades brindadas por el mercado, el Estado y la sociedad y que aumentan la desprotección y de inseguridad (p. 278).

67 En *Las normas como bien público y como bien privado: reflexiones en las fronteras del enfoque aveo* (2006), Ruben Katzman y Fernando Filgueira presentan un abordaje de los contextos de riesgo para la vulnerabilidad social a partir del análisis tanto de la estructura social y las oportunidades que ofrece como del sistema de prácticas y creencias de los sujetos que permite considerar las maneras como se hace uso de los recursos.

68 Caroline Moser, en *The Asset Vulnerability Framework: Reassessing Urban Poverty Reduction Strategies* (1998), retoma la noción de capacidades de Amartya Sen para hacer una caracterización, a nivel microsocial, de cómo se enfrentan las familias pobres a las situaciones de crisis económica.

yor desigualdad de ciertos grupos sociales respecto a los procesos socioeconómicos de las últimas décadas. Para Katzman el problema de vulnerabilidad está en el núcleo de los procesos sociohistóricos que dieron lugar a la exclusión y la marginalidad (aunque también puede haber pobreza sin marginalidad), pero tratar el problema desde la vulnerabilidad permite el estudio desde la heterogeneidad de las formas de pobreza. Katzman considera que los procesos de desindustrialización, junto con la aparición de innovaciones tecnológicas y reducción de poder del Estado, derivan en las desproporciones entre actividades protegidas y estables y que aumentan las desigualdades de ingresos, la vulnerabilidad social y las diferencias de género porque se intensifican los casos de desempleo y subempleo.

Ante los trabajos de carácter macrosocial de Katzman, se suma la propuesta de Caroline Moser, quien propone un marco de lectura de la vulnerabilidad desde la vida cotidiana y los recursos de los más pobres para enfrentar las crisis. Para Moser, el bienestar y la lucha contra los riesgos están ligados con una amplia gama de recursos que se movilizan desde las relaciones intradomésticas y que no se hacen visibles en las variables demográficas. La autora considera que en el corazón del problema está la referencia al género, y que desde allí se deben leer las dinámicas cotidianas de las familias y sus situaciones. Finalmente, en una propuesta más reciente de Katzman y Filgueira, los autores consideran que la vulnerabilidad social tiene dos dimensiones fundamentales: la estructura de oportunidades y las prácticas individuales. Explican que se debe tomar en cuenta las creencias, comportamientos y prácticas de las personas, al mismo tiempo que se analizan las estructuras impuestas por las crisis.

Con el interés de cruzar las perspectivas de la vulnerabilidad social con las particularidades que impone un tema específico como el de la obesidad y la ciudad como espacio de riesgo se considera pertinente una precisión del concepto de vulnerabilidad social a partir de la autonomía del "enfermo" y de la enfermedad como activador del riesgo en la estructura social que vulnerabiliza a algunos individuos o grupos sociales y a ciertos territorios urbanos. Ziccardi, en este sentido, considera que "cuando se introduce la variable territorial en los esfuerzos de medición de la pobreza se advierte que mientras la pobreza rural es predominantemente alimentaria y de capacidades [...] la pobreza urbana, sin dejar de presentar estos dos componentes, es predominantemente patrimonial, es decir, se refiere a las dificultades de acceder al suelo urbano, a una vivienda digna, a infraestructura y servicios bá-

sicos" (2008:12). La precarización en las ciudades tiene entonces una vinculación directa con la accesibilidad de la alimentación y servicios básicos en tiempo, costo y distancia, pero también con la infraestructura que constituye el soporte principal para solucionar las actividades de habitar y alimentarse en cualquiera de las zonas de la ciudad.

Tanto Philippe Bataille⁶⁹ como Didier Fassin⁷⁰ ofrecen una mirada alterna de la enfermedad como espacio propicio para análisis de las políticas de la vida y la democracia sanitaria. Bataille descubre la importancia de un abordaje desde la experiencia del enfermo y de su capacidad de acción, como autor del cuidado del cuerpo y frente a la enfermedad. Considera que la vulnerabilidad del sujeto se define a partir de su propia consciencia sobre la capacidad que tiene de actuar y los límites que descubre a partir de la consciencia que tiene de la mirada que los otros (la colectividad) tienen sobre él en cuanto enfermo. En este sentido, la crítica sobre las reglas dispuestas en las estructuras y el funcionamiento de las normas se basa en la participación proactiva del "enfermo" (sujeto), tanto en los procesos de diagnóstico como en el tratamiento del padecimiento y la capacidad para seguir o alterar las disposiciones médicas. Fassin, por su parte, considera que las políticas sanitarias sobre poblaciones vulnerables van de la mano con la idea de combatir estilos de vida considerados como "*indeseables*" y en los que la inclusión/exclusión se juega a partir del cuerpo y de la enfermedad.

En el esfuerzo de un abordaje espacial de la vulnerabilidad femenina, y a partir del ejercicio comparativo de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur, las trayectorias de las mujeres se tejen con el espacio construido y con los distintos mecanismos que organizan la vida social. Se enfatizan tanto los límites conscientemente asimilados como las oportunidades de acción y la manera como la vulnerabilidad femenina se manifiesta desde la organización de los hogares, pero sobre todo en el espacio urbano. La comparación se organiza a partir de tres aspectos principales: primero, la organización del espacio urbano de

69 Los trabajos más recientes de Philippe Bataille, como *Vivre et vaincre le cancer. Les malades et les proches témoignent* (2016) o *À la vie, à la mort. Euthanasie: le grand malentendu* (2015) se concentran sobre la experiencia médica y social de las enfermedades graves. El autor se interesa en la categoría de sujeto a partir de la relación médica y de cuidado; sus trabajos incluyen el análisis empírico de casos clínicos que ponen en tensión la ética médica con los sistemas sociales y la democracia.

70 En *Humanitarian Reason* (2012), Didier Fassin critica que, en la sociedad contemporánea, donde las desigualdades han alcanzado dimensiones nunca antes vistas, la "razón humanitaria" oculta las ambigüedades morales y políticas de la injusticia y la desigualdad a partir de intervenciones reguladoras de los grupos sociales más vulnerables.

proximidad, donde se suceden la mayoría de trayectos y actividades de las mujeres; en segundo lugar se analiza la moralidad social que se deposita en el cuerpo femenino y que determina las maneras en que aparece en el espacio urbano; finalmente, en un ejercicio de "interescala" se establecen algunas líneas de reflexión sobre la posición de las mujeres en los procesos locales y globales de la contemporaneidad.

South Bronx. La *dandie*⁷¹ y la falta de autonomía en el espacio urbano

Los mecanismos sociales, culturales, ambientales y urbanísticos que constituyen las ciudades de nuestros días contribuyen a la exclusión de las mujeres no solamente del espacio económico y político, sino de las decisiones que conciernen al urbanismo y la organización de la ciudad y su ejercicio de ciudadanía. Las mujeres no son un actor de tiempo completo en las ciudades, no participan de manera equilibrada ni suficiente en las decisiones que conciernen al equipamiento e infraestructura del espacio construido y las actividades que se suceden son dispuestas de forma mayoritaria por los hombres y a partir de esquemas a los que las mujeres se han de incorporar.

Empezando por el espacio doméstico como escala inmediata y primera lectura de la participación y posicionamiento socioespacial de la mujer, en territorios como South Bronx se observan diferentes mecanismos de exclusión donde la mujer participa a veces de manera activa. A Brandye, por ejemplo, le parece extraño el proceso que ha seguido el machismo en South Bronx. Ella recuerda, a partir de la alimentación, la organización de las actividades en su hogar de infancia y cuenta que: "Todo era perfecto [...] no había tanta comida rápida, pero había queso americano. ¡Bastante! Leche, huevo y leche... papá solía traerlos y mi mamá los cocinaba. Mi papá solía cocinar cuando había tiempo. Y todo marchaba bien. Hasta 1970 [...] Yo no entiendo este asunto de machos y de mujeres [feminismo] Yo crie a mis hijos sola", luego explica cómo sus hijos están casados y sus nietos irán a la universidad, como constancia de los logros de un hogar monoparental bien llevado (Brandye, 2015).

Wendy considera que el papel de la mujer en la administración del presupuesto y el cuidado de la alimentación es fundamental. Consi-

⁷¹ Propuesta alterna a la masculinidad del *dandy* en literatura.

dera que el descuido manifiesto en la obesidad se debe a que estas mujeres reciben apoyo del gobierno y que “como no les cuesta, si [les] costara lo cuidaría[n] Escogería[n] el alimento adecuado para [s]u hijo y no lo compraría[n] en golosinas, en cosas innecesarias. Porque [s]u despensa estaría con lo básico y lo primordial para [s]u familia” (Wendy, 2015). Karla, a la pregunta sobre las maneras de cocinar y comer en casa, habla de las limitaciones impuestas por el número de integrantes y el costo de la vida. Para ella la organización de la comida “depende [de] la familia que aiga. Porque uno no puede botar nada” (Karla, 2015). El mismo día, en otra conversación, Isabela dice que los pobres deben comer en casa y en familia, y se indigna de lo que pasa en el Bronx actual diciendo que:

Como que debe pensar un poquito más la gente... si cocinan en su casa... pues come una familia, y comen bien y en ambiente familiar... Tú vas a un restaurant y uno quiere esto, otro quiere aquello y el otro quiere aquello... no te va rendir lo poquito que tienes... no te rinde. Si tú vives solo, pues compras en la calle... pero si tú tienes tu esposa, tienes tus hijos, deben comer en la casa. Porque cuando se sirve el almuerzo y comen juntos llevan una vida más tranquila... llevan una vida más en paz... familiar... cuando están juntos... Pero una familia que esté uno por aquí y otro por allá... l'otro entró, l'otro no... cada quien por su lado (19 de junio de 2015).

Fabia, por su parte, considera que los problemas de salud en South Bronx no son un asunto de los nuevos modelos de vida laboral. Explica: “No creo que sea por eso. Los horarios de trabajo, no. Porque en la noche todo el mundo está junto... y a veces se sirve la comida y se van pa'l cuarto a ver televisión... y aquél pa'allí y aquél pa'acá... y es difícil que se sienten en la mesa” (Fabia, 2015).

Más allá del hogar, y extendiendo el ámbito a los espacios de proximidad en los que las mujeres organizan sus actividades de consumo, convivencia, trabajo y actividades físicas es importante tomar en cuenta la manera como se organiza el South Bronx. A Brandye, por ejemplo, le molesta que le pidan su identificación para los programas de asistencia y siempre les dice: “Nos conocemos desde hace años, yo siempre vengo aquí, y entonces ¿para qué es todo esto de la identificación?” (Brandye, 2015). Entre las observaciones de la manera como se establece el trato ordinario en las calles y en las bodegas de South Bronx se puede constatar la familiaridad y cercanía de las expresiones

de afecto y el sentido de pertenencia de mujeres y hombres. Aquí un fragmento de las observaciones:

En recorrido con uno de los miembros del programa alimentario *Every Day Is A Miracle*, al circular por la calle 138 entre Saint Ann's y Willis, mujeres y hombres nos saludaban desde las bancas en las banquetas o las escalerillas en los ingresos de las casas donde se reúnen para platicar. Se repetían expresiones como: "¿Cómo estás, papi?" o "¿Está todo bueno, papi?", a lo que mi acompañante siempre contestaba: "¡Todo bien, mami! o ¡Todo 'tá bien, papá!", expresando su agradecimiento y agregando un buen deseo para la jornada. Este trato se aprecia también en las bodegas, donde muchos se conocen por nombre y donde el comerciante es un vínculo importante para hacer que los clientes interactúen mientras les vende los productos. Es común que haga bromas a un cliente y que otro cliente se divierta, lo defienda o continúe el chistorete, por ejemplo (Diario de campo, 10 de junio de 2015).

Los recorridos más comunes para hacer las compras del hogar se hacen a pie. Además, la mujer es el miembro de la familia que, por lo común, realiza las tareas de compra y preparación de los alimentos. Quincy, por ejemplo, dice que a los lugares donde ella va no pasa el transporte colectivo y afirma: "Yo a dondequiera que voy a comprar, voy caminando" (Quincy, 2015). Si se toma en cuenta el tipo de actividades que realizan las mujeres a partir de los vínculos entre las tareas domésticas y la ciudad es posible distinguir sus trayectorias más importantes y la relación que guardan con las actividades de compra, de cuidado y de servicios públicos. La mayoría de los trayectos se hacen a pie o en transporte colectivo, que son los medios privilegiados por las mujeres adultas. Entre las principales estrategias de las mujeres adultas de South Bronx para extender el espacio doméstico y habitar la ciudad está la de hacerse acompañar. Algunas como Fabia e Isabela se organizan para salir juntas. Otras, como Brandye, consideran que lo más importante es ser muy observadora de la gente. Brandye explica: "Mi hijo siempre me dice 'ten cuidado mamá, ten cuidado'... 'Sí, yo siempre tengo cuidado'... pero también me fijo en la gente" (Brandye, 2015).

En cuanto a las limitaciones impuestas por el espacio construido, Thomas menciona que: "La mayoría de gente que viven en estos vecindarios del sur del Bronx, muchos viven en estas viviendas públicas, que son del gobierno... son apartamentitos que les da el gobierno

porque son del gobierno..., entonces, obviamente no tienen un parque". Luego comenta: "Nueva York siempre ha sido un lugar con canchas de básquet, paredes de frontón y no mucho más, el típico parkito con su banca o dos y su fuente de agua. Ellos construyen muy básico para ellos [South Bronx]" (Thomas, 2015). Finalmente describe el área de juegos con que se suele equipar a los conjuntos de edificios multifamiliares de South Bronx diciendo que: "*Playground* es una zona donde no hay mucho verde, no hay césped y ahí se puede encontrar cositas como los columpios, cosas donde se agarran los muchachitos y otras cosas, el chorrito de agua, una cancha de baloncesto, una fuente o dos, unos banquitos, unas mesitas donde se pueda entretener y no mucho más. En esta zona son muy pequeños" (id).

Algunas mujeres como Fabia e Isabela se manifiestan ajenas a los parques y sus actividades. Fabia dice que: "Andan haciendo un parque en la uno, cuatro, nueve [...] parece que pequeño, será como poner unos banquitos, y unas cosas chicas". Isabela dice que Saint Mary's Park "tiene natación, cre[e] que gimnasio, y 'yo que sé'" (Fabia, 2015). La explicación de Thomas en una conversación posterior, es que hay muchas diferencias entre el tipo de población de South Bronx con la de Manhattan y que si bien en los centros deportivos "hay clases que mayormente la mujer se apunta más, como clases de zumba", se debe considerar que otro tipo de facilidades como que "si tienen una criatura van y hace una actividad o dos con el crío, [pero que él sabe que] Manhattan, sí que tenía o tiene estas cosas, porque es una zona de mucha pasta" (Thomas, 2015).

Brandy considera que los parques de South Bronx están bien, pero que tener un perro de buen tamaño es importante para pasear por el parque. Explica su punto de vista diciendo:

Yo creo que los parques están bien. Yo solía tener un perro, o más bien una, se llamaba Liberty. Y en una ocasión, de repente un hombre aparece de la nada y me dice "¿Qué andas haciendo afuera, sola? ¿Sabes que te podrían violar?". Y le digo "¿De veras? ¿Quién?". Y mi perra se acerca y él se queda [indica con el cuerpo expresión de perplejidad], "lo único que tengo que decir es una palabra, es todo lo que le debo decir, y tú no estarías aquí". [Y él] "No, ya me voy", y luego se fue, porque los animales también sienten, y uno nunca sabe lo que puede pasar (Brandy, 2015).

Wendy cuenta que el cambio de residencia para vivir en South Bronx en un espacio constreñido disparó en ella el problema de sobrepeso.

Haciendo una comparación con las mujeres que asisten al programa de aeróbicos que coordina, dice: "No como igual que ellas, pero abusé porque como me veía bien, ¿qué importaba? Y cuando acordé ya estaba así. Entré en depresión también. Porque estaba acostumbrada a espacios grandes. De repente me mudé a un departamento y eso me trae depresión. Cuando me di cuenta, estaba comiendo sin motivo". Ahora dice que debe bajar 50 libras inmediatamente, porque el médico se lo dijo textual: "Tienes que bajar 50 libras", y cuando se pregunta a sí misma cómo subió esas "50 libras extras", su respuesta inmediata es que que subió de peso, simplemente "¡haciendo tonterías!" (Wendy, 2015).

A la pregunta de si hace ejercicio, Brandye contesta de forma inmediata diciendo "¡Papi, yo siempre camino!". Fabia dice que "el principal ejercicio es caminar", pero que "hay gente que camina muy poco" (Brandye, 2015; Fabia, 2015). De hecho, hay que resaltar que el recorrido a pie es una de las actividades privilegiadas por las mujeres adultas de South Bronx y que todos los días deben enfrentar toda una serie de limitaciones impuestas por el espacio construido, las actividades domésticas y el entorno cultural.

Por otro lado, conviene reconocer que las interacciones que se establecen entre mujeres y hombres son menos asimétricas que en La Courneuve y Lomas del Sur. Baste como ejemplo el hecho de que en los pequeños comercios que constituyen las dinámicas de compra y venta en South Bronx, como bodegas o restaurantes de comida rápida, la presencia, diálogo y contacto no distinguen de forma significativa cuando se trata de un hombre o de una mujer. Al contrario, en La Courneuve las cafeterías y pequeños comercios son espacios casi exclusivamente masculinos y donde la mujer difícilmente entra o lo hace de forma esporádica y rápida. Yolande explica que "la mayoría de los cafés de que se dispone [en La Courneuve] son cafés con loterías de rascar y juegos, o espacios para ir a ver la televisión". Piensa que el problema es no sólo de las actividades que se realizan sino de higiene y de estética, por eso se pregunta "si habrá la manera de hacer algunos [otros lugares] con gestos en presentación y limpieza diferentes a los cafés de lotería" (Yolande, comunicación personal, 14 de enero de 2016).

La moral social depositada en la mujer y el cuerpo femenino

Cuando Brandye hace un recuento de su vida en South Bronx se manifiesta la carga de la moral social en sus palabras cuando la bronxita, jefa de familia, dice: "Yo nací aquí. Aquí nací, crecí y me casé [ahora]

Tengo mis nietos. Todo de la manera correcta. Toda mi vida" (Brandye, 2015). Poco después, Wendy, que es pastora en una iglesia de South Bronx, descubre la importancia del cuidado del cuerpo respecto a la corpulencia si quiere dar testimonio a los fieles. En tono de broma se divierte diciendo: "Imagínate que yo llego acá y me dicen '¡Mira la tremenda panzota de la pastora!'. Porque, por muy espiritual que tú seas, la gente te ve lo físico" (Wendy, 2015). Luego cuenta la historia de una de las chicas del programa de zumba y la manera como el ambiente social la estigmatiza por su problema de corpulencia sin contextualizar la condición de precariedad en la que ha vivido:

Ella me dice: "Yo siempre oí que me decían 'la gordita', '¡tan linda la gordita!'. Luego 'Está gorda', 'la gorda', y los niños me señalaban cuando era adulta... Yo crecí con eso ya en la mente, que yo era una gorda". Entonces ella se fue en su mente: "Soy una gorda". Y entonces, ella tiene 24 años y ella está enferma, enferma, enferma. Por la obesidad. Y ella dice que jugaba con su muñequita y le decía: "OK, vámonos a hacer la línea al Welfare". Ya chiquita, ya sabía que el Welfare era su... su... ¿cómo se llama? Su comedor. La madre la crio así (id).

Uno de los principales problemas que experimentan las mujeres con sobrepeso es la dificultad para caminar, una actividad que sale a flote en todas las conversaciones con mujeres de South Bronx, que manifiestan su gusto por caminar para hacer sus compras o pasear por el vecindario. Desde la opinión de los médicos y expertos, para no afectar el sistema óseo las mujeres con problemas de sobrepeso deben utilizar silla de ruedas o someterse a una intervención para afianzar los huesos. Brandye rechazó la silla de ruedas porque se considera "una mujer fuerte". Cuando le dijeron que debía usarla les contestó: "¡No! ¡Yo no lo creo!", y cuando le insistieron diciendo que era lo mejor, se negó en los siguientes términos: "¡No quiero usarla! Yo seguiré caminando para hacer mis cosas". Confiesa que ha tenido problemas de dolor de articulaciones, pero no está segura de usar una silla. La razón principal se revela cuando cierra el comentario diciendo: "Es que yo veo demasiada gente que no sirve para nada, que no pueden caminar" (Brandye, 2015). Quincy, en una conversación posterior, cuenta que luego de la intervención en una pierna, ella misma se retiró la incrustación para poder volver a caminar. En sus propias palabras se aprecia la importancia de caminar para esta bronxita que argumenta: "A mí me gusta caminar. Yo camino siempre, en el invierno... me gusta

caminar... *I like to walk...* Esta pierna me da dolor, pero yo camino, esta pierna que va, me han metido una aguja y no podía caminar, y yo, con una lata me quité la cosa yo misma. Yo no quería aguja. ¡No! Yo me quito todo con una lata y camino" (Quincy, 2015).

Lógicas de exclusión femenina en los procesos globales y locales

En la relación global-local de los avances tecnocientíficos y la globalización de los productos las mujeres corpulentas que habitan en territorios segregados, en su mayoría amas de casa, son excluidas de las principales dinámicas del mercado a partir de lógicas de operación que no se ajustan a su contexto inmediato. Entre las mujeres con que se estableció contacto, solamente Nancy utiliza algunos recursos tecnológicos porque considera que el uso de la tecnología se ha vuelto indispensable para hacer las compras domésticas y poder aprovechar los precios y las ofertas. Cuenta por ejemplo que ella va "al Chop Right [porque] la carne de ahí es buenísima, y ellos tienen una tarjetita con que uno va a la *computer* y [...] saca los cupones automáticamente, que [después se] van al teléfono y [luego, uno] llega ahí y [le] dan el descuento" (Nancy, 2015). A partir de la reflexión sobre estos procedimientos, Nancy considera que el principal problema de las mujeres que viven en South Bronx es que "ellas no tienen otra alternativa" (id) y que tienen que comprar en las bodegas y a partir de las relaciones tradicionales de intercambio comercial, para las que este tipo de herramientas tecnológicas sigue ausente.

En un análisis más simplificado, Wendy reflexiona sobre las tallas y el comercio de ropa y atribuye una importante responsabilidad al mercado cuando reflexiona sobre las mujeres corpulentas y "dónde consiguen la ropa [porque] una talla 34-DD [les] cuesta más car[a] que una talla 12. Es más tela, más hilo, ¡pero claro! Al mercado le conviene tener gordos. Porque si [las] ven gordas venden ese pantalón de ese tamaño" (Wendy, 2015). Para Brandye, el problema está en que la manera como se relacionan los habitantes de South Bronx ha cambiado. Considera que "en el mundo actual todo está cambiando, todos han cambiado. Nada es como solía ser: la gente acostumbraba juntarse, solían platicar. Pero ahora no se ve a nadie platicando, lo único que se observa es la falta de respeto, y además no hay confianza, ya no se puede confiar en nadie" (Brandye, 2015). Isabela comparte la idea de que el "temor" es consecuencia de una dege-

neración social causada por la transformación de la sociedad. Ella piensa que: “El mundo ‘tá descompuesto en todos los sitios. Para dondequiera que [uno] coge [...] está mal. Santo Domingo ‘tá mal, Puerto Rico ‘tá mal, México ‘tá mal, Estados Unidos, aquí Nueva York ‘tá mal..., dondequiera [se vive] con temor. Yo no sé, pero pienso que la sociedad ha cambiado mucho, no hay seguridad casi, hay mucha inseguridad” (Isabela, 2015).

En cuanto a los espacios destinados al deporte y la actividad física, algunas de las conversaciones con mujeres de South Bronx sugieren que no los consideran como espacios propios, sino espacios destinados para los más jóvenes y los niños. Isabela dice, sobre las instalaciones del parque Saint Mary, que: “Le han venido diciendo que hay de todo eso: hay gi[m]nasio, hay natación, muchas cosas para la juventud] Y [que] es un sitio donde la gente se recrea mucho [porque] llevan sus niños, dan muchos conciertos [y otras] cosas de la sociedad” (id). Estos procesos de autoexclusión de ciertos espacios permiten pensar en la manera de las mujeres para relacionarse con la ciudad y para pensar en el espacio urbano como plataforma para dinámicas alimentarias y sobre todo de actividad física. La temporalidad es otro elemento importante para considerar la exclusión de las mujeres y los límites para pasear por el vecindario. Isabela explica que ella “no debe andar ya a las 10:00 de la noche en la calle”, y las razones que encuentra son que “el mundo está tan cambiado, hay tantas cosas, y uno, mujer”. (id). La proximidad y la distancia percibida también limitan la posibilidad de actividad física cuando se trata de la caminata y el recorrido a pie. La infraestructura y los sistemas de transporte juegan un papel importante, pero sobre todo la percepción de distancia. Así, mientras que el servicio de metro y de autobuses urbanos conectan de forma ininterrumpida al Bronx con Manhattan, para Brandye desplazarse a Manhattan dos veces al mes para ir al programa de apoyo alimentario sería complicado porque “es demasiado lejos” (Brandye, 2015). Por el contrario, en la conversación posterior con Wendy, que migró a Estados Unidos de Guatemala hace más de diez años, el problema de South Bronx es que “todo está en la esquina: el taxi, el subway... y la gente no quiere caminar”. Ella piensa que en otros países la gente camina, mientras que aquí hay “muchas personas obesas en silla de ruedas, [que] ya no pueden caminar” (Wendy, 2015).

La Courneuve. La *flâneuse*⁷² restringida por límites morales

A diferencia de las maneras en que se establece la exclusión de las mujeres en South Bronx, a partir de límites como la violencia, el miedo, la oscuridad o la estética del espacio construido, en La Courneuve el espacio urbano se restringe a las mujeres de una manera más contundente y a partir de la moralidad que se asigna a ciertos lugares y en tiempos bien determinados. A los límites materiales impuestos por la separación física entre ciertos espacios, como los equipamientos deportivos y el parque departamental al que hay que acceder luego de cruzar la carretera y el cementerio, hay que agregar las fronteras inmateriales percibidas por las mujeres, y a veces inconscientes, pero que modelan las prácticas urbanas.

Guy di Meo, en su publicación *Les murs invisibles: Femmes, genre et géographie sociale* (2011), tras analizar los trayectos de 57 mujeres en la ciudad francesa de Burdeos, encontraba que las prácticas urbanas y la percepción de las mujeres modelan un cierto conjunto de "formas de vida". Di Meo indica que los límites de las mujeres pueden establecerse a partir del término de un vecindario, pero también por una circulación o inclusive a partir de los diferentes momentos del día. Las formas de habitar el espacio urbano, que de por sí reconocen una gran variedad a partir de los grupos culturales, se diversifican de manera importante entre usuarios de uno y otro sexo. En una comunidad donde la mayoría es de origen extranjero como La Courneuve la cultura define un conjunto de posibilidades y de negaciones para las mujeres, que con frecuencia son las últimas en adquirir el idioma y los usos culturales. Zohra cuenta, por ejemplo, que cuando adquirieron su nuevo departamento en el desarrollo de Sarcelles: "Era otro mundo. Todo absolutamente blanco. Y eso me marcó porque era como un lugar burgués [...] y allí no había más que franceses: ni un árabe. Estábamos solos. Pero mi madre sufría [porque] se quedaba todo el día en el departamento, aislada. No había sino el *marché* donde ella podía encontrarse a veces con algunas amigas" (Gravay, 2015: 28).

Las lógicas de exclusión femenina en el espacio urbano siguen antecedentes que se pierden en la historia. La transmisión de las maneras de hacer y de habitar implica de hecho una separación muy marcada de

⁷² Propuesta alterna a la masculinidad del *flâneur* en literatura.

los roles entre mujeres y hombres. Louiseette observa que los hombres y mujeres habitan el espacio en modos y tiempos distintos y dice que:

El hombre excluye a las mujeres en el aspecto de ocupar y compartir [el espacio] es decir, que los lugares son ocupados en momentos diferentes por los hombres que por las mujeres... Yo creo que es por tradición [porque] yo vivo en un vecindario donde las mujeres ocupan [el espacio urbano] pero no al mismo tiempo que los hombres, ni de la misma manera. ¡Eso es claro! Ese asunto que llaman la residencialización... yo estoy en contra [porque] yo creo que todavía les falta a los arquitectos y urbanistas (Louiseette, 2016).

La popularidad de los cafés y terrazas que distinguen a la capital francesa no hace excepción de los comercios de La Courneuve, donde los cafés son todavía más atractivos por sus particulares vinculaciones con un restaurante, una tiendita o inclusive una estética. Por otro lado, hay que reconocer que, a diferencia de París, los cafés-terrazas de La Courneuve están siempre habitados por hombres y que, salvo las mujeres que sirven en los establecimientos, no hay presencia femenina ni en el exterior ni en el interior. Tanto Céline como Yolande mencionan que salen de La Courneuve, por lo regular hasta París, cuando quieren encontrarse para platicar en un café. Yolande explica que "en la mayoría de cafés de La Courneuve, siendo una mujer, es imposible sentarse tranquilamente en un café... hay que ir a París o a otro lado" (Yolande, 2016).

La naturalización de la ausencia femenina en la mayor parte del espacio urbano y los límites que impone a un número importante de prácticas entre las que reposan las de actividad física se percibe tanto en las maneras de habitar como en la consciencia de hombres y mujeres de La Courneuve. Hamïn, por ejemplo, desde su experiencia de trabajo en el cuidado de áreas recreativas, responde a la pregunta sobre si existen espacios para la actividad física de la mujeres diciendo que "no [porque más bien] a ellas les gusta pasearse [y] cuando hay sol, ellas pueden pasear" (Hamïn, 2016). Rania había mencionado poco antes este mismo detalle, pero también identificaba un problema al expresar que: "Es cierto que [las mujeres] caminan, a veces van para acá, para allá, para hacer sus compras [Pero t]odas las mujeres que usan el velo y que están encerradas en su casa, ellas no pueden hacer como si 'Me lo quito y me voy a la calle' [porque andar por la calle] no es para ese tipo de mujeres" (Rania, 2016).

Finalmente, vinculado con otros factores, el miedo es uno de los límites principales para que una mujer habite el espacio urbano. A diferencia de South Bronx, donde el miedo se relaciona de forma más directa con el crimen y la inseguridad, y menos en dependencia de las diferencias de género, en La Courneuve la inseguridad tiene un vínculo directo y evidente con las formas de habitar en tanto que mujer. Henriette reconoce que tiene miedo y que siempre se hace acompañar; cuando habla del “sentimiento de miedo”, entiende que “hay que darse cuenta que en la cité uno tiene miedo”, y en sus términos confiesa: “¡Claro que me da miedo! Se oyen historias. Yo no me siento segura. Con frecuencia suceden cosas. No es nada fácil. Yo, ya sea que alguien me acompañe o que me las arregle, nunca iré [sola] desde el metro hasta mi casa” (Henriette, 2016). En este sentido, la exclusión de las mujeres respecto a los espacios donde pudieran practicar de forma regular sus actividades físicas va más allá del miedo y el costo económico de los equipamientos deportivos, como en el caso de South Bronx. En La Courneuve existen factores culturales de exclusión femenina más arraigados y que determinan las percepciones y las prácticas. Rania describe con mucha precisión estos detalles cuando se le pregunta sobre la actividad física que realizan las mujeres de La Courneuve:

Hay que tomar en cuenta que el deporte no es algo común [para las mujeres] Primero porque no puedes permitirte hacer deporte porque hay que pagar, y luego la falta de tiempo, de motivación. La gente de aquí no está motivada: tienen problemas de dinero, problemas de esto y aquello, y no se les antoja [Todos] tienen que reponerse para el siguiente día. ¿Me entiendes? Los que hacen deporte, por lo general, son los más jóvenes, porque quieren formar su cuerpo, pero no las mujeres. Aunque existieran los espacios [para que las mujeres hagan deporte] no lo harían. Si hay alguien que lo hace contigo, entonces puede que te motives, eso sí puede pasar. Porque también hay modo de arreglárselas [si las mujeres] buscan aquí y allá, pero ellas no le encuentran utilidad a hacer deporte, ¡porque no vale la pena! Yo eso creo (Rania, 2016).

La moral social depositada en el cuerpo femenino

Para Rania, los principios de libertad que se promueven como los valores de la república no existen del todo, o al menos no para las mujeres de La Courneuve. Explica que las normas respecto al vestido obede-

cen a la necesidad de hacerse respetar y detalla: “Las chicas no se ponen nunca minifalda para no ser agredidas. Si lo hacen, la gente comienza a insultarlas, a decirles cosas que no están bien”. Considera que “vivimos en un país libre, pero que no es tan simple” y confiesa que si las mujeres usan el vestido largo y la burka es “para hacerse respetar por los jóvenes árabes” (Rania, 2016). Como complemento, el comentario de Céline es que “por otro lado, en la religión nos indican que no hay que mostrar el cabello porque atrae a los hombres [Que h]ay que esconder todo, el cabello y todo” (Céline, 2015).

Odile dice que en algunos sitios de La Courneuve donde se reúnen los hombres, a la aparición de una mujer viene inmediatamente la pregunta: “¿Y tú qué haces aquí?” (Odile, comunicación personal, 14 de enero de 2016). Henriette, por su parte, no solamente identifica el problema de exclusión de las mujeres en espacios como cafés y restaurantes de La Courneuve, sino la poca correspondencia con la variedad de actividades realizadas por las mujeres cuando éstas son madres y deben desplazarse con sus hijos. Desde su propia experiencia dice que: “Cuando una [mujer] entra a un café, todos los ojos se nos quedan viendo como diciendo: ‘¿Tú qué haces aquí?’... Y además, a una mujer que tiene niños se le antoja menos” (Henriette, 2016).

Por otro lado, está la problemática de los espacios diferenciados a partir del género. Latifa explica que las mujeres, sobre todo las árabes, no se mezclan con los hombres en el espacio urbano ni en equipamientos deportivos. Entre los detalles, dice que:

Hay mujeres [como] las argelinas o marroquíes que no se quieren revolver. Por un lado [como] en la asociación TEMPO, una asociación que organiza la danza y todo, ellas no se quieren revolver. Y [además] en esta asociación tres cuartas partes de las mujeres portan el velo, y si van a hacer deporte, será entre ellas, en un salón... porque si no, no lo hacen (Latifa, 2016).

Si a las maneras de hacer ejercicio se agregan los límites percibidos en el espacio urbano es necesario tomar en cuenta las barreras físicas y mentales que determinan los espacios y las formas de habitarlos. Para ilustrar, Zaïm insiste en que se debe dejar de pensar que La Courneuve es otra cosa que París. Insiste diciendo: “Aquí hay un gran proyecto que se va a construir [*le Grand Paris*] y al mismo tiempo ¡hay que soñar, ¿por qué no?! Eso es lo que decimos. ¡Estamos en París! No hay que decir: ‘en *le Grand Paris*’, ¡no! Aquí ya es París: está el metro,

el autobús, la terminal de autobuses, el tranvía y todo [y] para 2018 todo eso va a cambiar” (Zaïm, 2016).

La narración de Rosalie, a partir de una amiga canadiense que la visita en La Courneuve, se convierte para ella en un punto de reflexión:

Yo tengo una pequeña anécdota: este verano hospedé a una amiga canadiense por tres semanas, y es muy interesante ver cómo en Canadá [la relación mujer-ciudad] no es de la misma manera. Ella salía, todos los días, y se iba a París. Y la impresionó. Porque ella andaba sola por París, mientras que yo no voy nunca sola, no porque tenga miedo, sino porque he integrado que una mujer debe ir acompañada por una amiga, por el novio, etcétera... [y porque] una mujer que realiza alguna actividad sola es una cosa rara. Entonces, ella entraba a veces a un café en París, y todos los hombres se le acercaban. Me dijo que la zona era bonita, el café era agradable... Yo no creo que eso sea una cuestión de lo urbano. Yo creo que habría que interpelar a la sociedad (Rosalie, comunicación personal, 14 de enero de 2016).

Lógicas de exclusión femenina en los procesos globales y locales

Un elemento importante en la manera de habitar el espacio urbano desde la perspectiva de las mujeres es la calidad estética del espacio construido y la posibilidad de transitar sin ser importunadas. Odile, dice al respecto, y en el caso de La Courneuve, que con “los autos en el espacio público es terrible [y también] los desechos [de los perros] en el espacio público es horrible [y pide disculpas pero piensa que] los que orinan en la calle y las carriolas que no dejan entrar en el tranvía son cosas un poco inquietantes y peligrosas” (Odile, 2016). A la alternativa para la mayoría de las mujeres de La Courneuve de salir hasta París u otros lugares para pasear y divertirse sigue presente la vigilancia y limitación patriarcal que se despliega en los hogares. Zohra cuenta cómo en una ocasión, apoyada por su hermana, se fugó sin permiso a París y fue descubierta. Los detalles ilustran en buena manera la consciencia individual de las mujeres frente a los sistemas de exclusión manifiestos en la jerarquía de espacios. Explica:

Mi padre era el rey de la casa [...] Uno salía en bata diciendo: “Voy con la vecina”. Luego dejaba uno la bata [por ahí] y con la ropa abajo lograba

uno pasearse algunas horas afuera [...] Pero un día no resultó el plan. Me fui y olvidé que tenía una cita importante: mi hermano estaba casado y su mujer quería presentarme a su hermano, para que nos casáramos. Él vino desde su país especialmente para eso, es así como se acostumbraba. Mi padre estaba de acuerdo [...] Cuando llegué [...] estaba furioso. Este hombre había venido para pedir mi mano y ¡yo era una vergüenza! Había que decir la verdad, yo estaba harta: "Papá, estaba en París". Él respondió: "¡Ah! Así que estabas en París... yo ni siquiera conozco París pero tú, tú vas a París" [Y es que m]i padre nunca salió de la *banlieue*. Hasta su muerte [todo fue] Courneuve, Courneuve, familia, trabajo (Gravayat, 2015:28).

En este sentido, Odile considera que en París existe menos restricción para que las mujeres disfruten de la ciudad. Dice sobre La Courneuve que "es cierto que en los cafés hay cada vez menos mujeres [pero que] ¡son horribles!". Cuenta que ella se va a Place de Clichy donde "están las mujeres de un lado y los hombres del otro [y] ¡eso es un progreso! Pero si uno va a Champs Elysées o Saint Germain se la puede pasar bastante bien" (Odile, 2016).

Es probable que sea por la percepción de restricciones en el espacio urbano que las mujeres dicen preferir las actividades en espacios cerrados. Hamín, que trabaja en el servicio de áreas verdes, dice sobre el equipamiento para actividad física de las mujeres que "hay centros deportivos y está la piscina [municipal] donde hay actividades acuáticas para las mujeres. Allí ellas hacen deporte [y] a cierta hora hay un entrenador para hacer ejercicios" (Hamín, 2016). Para ilustrar, Céline había dicho semanas antes que las mujeres pueden bailar en su casa y hacer ejercicio, "pero no es igual [porque en los centros] se junta todo el mundo, ellas se divierten más, se ponen en mejor ambiente y no hay quien se fije entre ellas" (Céline, 2015).

Sumada a la exclusión de los espacios deportivos, cada vez más privatizados y donde hay que pagar para acceder, está la creciente estigmatización de la corpulencia operada a partir de la moda y las formas de vestir. En una observación registrada a partir de la visita del *marché* de La Courneuve, se descubre la mayor presencia de mujeres en los comercios de ropa y accesorios de precios reducidos, pero no todas las mujeres encuentran las prendas en su talla. Un comerciante, desde el momento que observa que una mujer y su amiga se acercan y comienzan a ver los vestidos, le dice a la más próxima: "Nomás hay tallas chicas, señora". Ella insiste extrañada: "¿No hay L?", y él: "Sólo hay en M" (Diario de campo, 4 de noviembre de 2015).

Lomas del Sur. La *caballera*⁷³ y la ausencia de las mujeres en el espacio urbano

Para la mayoría de las mujeres habitantes de Lomas del Sur, la marcha a pie sigue representando el único modo de transporte accesible. Los desplazamientos cotidianos que suelen realizar se hacen en su mayoría a pie, a veces en distancias relativamente largas. Diana, por ejemplo, para hacer sus compras del sábado en el tianguis de Casablanca, debe atravesar la totalidad de la colonia a pie o pagar una moto-taxi. En Lomas del Sur caminar es una actividad física difícil aun cuando se trate de trayectos relativamente cortos. Lo accidentado del terreno, la deficiente pavimentación y arbolado, así como las condiciones de clima hacen de la marcha a pie una actividad sacrificada y nada placentera. A la falta de infraestructura urbana y el aumento de las distancias para acceder a los servicios, aparece la creatividad individual expresada en los atajos con caminos de tierra que atraviesan campos baldíos, la marcha sobre las vías del tren, la creación de pasajes entre calles o la recuperación de caminos rurales. No obstante las tácticas de los habitantes, las enormes carencias de infraestructura se exageran cuando hay que caminar transportando bolsas o cajas de mandado. En el caso concreto de las mujeres, la observación principal se dirige a la calidad de las calles y banquetas, a la acumulación de escombros y la mala iluminación, así como la percepción de inseguridad constante. Violeta observa, por ejemplo, que la calidad de los empedrados hace difícil la circulación y que frecuentemente hay accidentes por "pisar en falso". Todo esto hace que la "caminabilidad" tan estimada por los promotores de actividad física de baja intensidad sea percibida por las mujeres de Lomas del Sur no como un medio eficaz para el cuidado de la salud, sino como un sacrificio obligado por las deficiencias en política urbana y de transporte (Diario de campo, 29 de abril de 2015).

La vulnerabilidad de las mujeres en Lomas del Sur replica muchos de los límites que se encuentran en South Bronx y La Courneuve. Cabe decir que frente a una lógica más moralizante como la de la *banlieue* francesa, y sin alcanzar la mayor autonomía de las mujeres de South Bronx, las restricciones que viven las mujeres de fraccionamientos populares como Lomas del Sur son más de orden económico-político que moral. La infraestructura y los servicios, por ejemplo, marcan desigualdades importantes para la población que habita en el fraccionamiento

⁷³ Propuesta alterna a la masculinidad del *caballero* en literatura.

con respecto de las zonas más céntricas de Guadalajara. Por otro lado, la estigmatización social y territorial, a partir de justificaciones como la ilegalidad y el crimen, aumentan la vulnerabilidad de las familias y sobre todo de las mujeres que son por lo general las que administran los hogares.

Una de las paradojas que se observa en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur es que, si bien se acepta sin ninguna objeción que las mujeres son más vulnerables a los problemas de precariedad y de inseguridad que se manifiestan en el espacio urbano, los procedimientos y las políticas públicas se mantienen negligentes cuando se trata de operar desde las diferencias de género. De esta manera, el género se convierte en estructura invisible cuando se aplican políticas sociales y de seguridad que impactan en forma diferente a hombres y mujeres.

Por otro lado, el miedo aparece en los tres territorios como factor por excelencia para la exclusión de las mujeres en el espacio urbano. Tampoco se puede omitir que el miedo constituye una discriminación sexuada. El acento que suele ponerse al miedo vinculado con el mundo exterior mantiene a las mujeres en un espacio relativamente cercano y donde siempre deben estar rodeadas por gente conocida. No obstante, las encuestas aplicadas en Francia y México sobre la violencia en el espacio público apuntan que la mayoría de las mujeres ha sufrido algún tipo de violencia de tipo sexual en el espacio urbano⁷⁴ (Dang-Vu y Le Jeannic, 2012; Olaiz et al., 2009). En Estados Unidos, Patricia Tjaden y Nancy Thoennes (2000) reportan que, de acuerdo con la National Violence Against Women Survey (NVAW)⁷⁵ el 8.1% de las mujeres había sido víctima de acoso sexual en el espacio público, pero lo más interesante es que mientras el 78% de las víctimas de acoso son mujeres, el 87% de los victimarios son varones.

El principal problema que perciben las mujeres de Lomas del Sur para habitar el espacio público es la falta de infraestructura adecuada y el miedo que de alguna manera se le vincula. Hay que notar que en los fraccionamientos populares habitan grupos sociales cuyas prácticas de movilidad siguen privilegiando el desplazamiento a pie o inclusive en bicicleta sobre el auto. Gabriela, a partir de su experiencia de trabajo

74 Huong Dang-Vu y Thomas Le Jeannic (2012) analizan la Enquête Nationale sur les Violences Envers les Femmes en France (ENVEFF 2000) desde las agresiones sufridas en el espacio doméstico y el espacio público. En México, Olaiz, Uribe y del Río (2009) coordinaron la publicación de la Encuesta Nacional sobre Violencia contra las Mujeres (ENVIM 2006).

75 Patricia Tjaden y Nancy Thoennes (2000) integran un documento que reporta los resultados de la National Violence Against Women Survey (NVAW 2000), en la que las agresiones en el espacio urbano constituyen uno de los elementos fundamentales del análisis.

en DIF Tlajomulco, explica que “en los pueblos todavía [se ve] mucha gente que está acostumbrada a caminar. Que van a trabajar, pues trabajan del pueblo [como a] tres kilómetros, y se van los señores caminando o en bici”. Luego reconoce que “en la parte ya más urbanizada, sí es muy difícil porque no hay... se llenó tanto de fraccionamientos que hay muy pocas áreas verdes y las que hay no están muy habilitadas como para realizar actividades” (Gabriela, 2015).

De hecho, para las mujeres de Lomas del Sur la distancia que implica recorrer el fraccionamiento no es significativa. La mayoría se desplaza caminando para hacer sus compras y llevar a los niños a la escuela todos los días, lo que requiere al menos 20 minutos en cada recorrido. No obstante, a la pregunta de cómo se desplaza, Miriam explica: “Caminando, pues todo está aquí cerca, aquí en el mismo fraccionamiento. Nomás lo malo es el sol, porque hay pocos árboles” (Miriam, 2015). Diana, poco antes, agregaba que al problema de la falta de áreas verdes se suma el de la inseguridad, sobre todo por la noche. Compara con Guadalajara y dice: “Allá tenía parques cerca. Dos. Vivía por la [colonia] Echeverría, por López de Legaspi [Allí había] una unidad de tierra [...] Y otro parquecito, todo ajardinado. Y allá podía andar a la 1:00 de la mañana por la calle [porque] nadie se mete [con uno]. Pero en Lomas del Sur no puede [uno] andar a la 1:00 de la mañana en la calle” (Diana, 2015). Una exploración más detallada de los argumentos sobre los que se construye el miedo y la exclusión de las mujeres en el espacio urbano ayudará a entender las lógicas morales que regulan las ciudades y los espacios desde ciertas normas morales y desde la mayor vulnerabilidad de las mujeres.

La moral social depositada en el cuerpo femenino

Las mujeres de Lomas del Sur admiten, sin excepción, el gusto por caminar y realizar sus actividades. Al mismo tiempo, salir a caminar tiene ciertas implicaciones, como la camaradería y la experiencia más estética del paseo que el simple desplazamiento obligado y de carácter técnico. Alejandra compara Lomas del Sur con el barrio de San Andrés, donde vivía, y dice que para sus compras “allá, ‘jah!, pos vamos con fulanita, y allá encuentra uno’, [o] que ‘ah, pos vamos al tianguis’, y ya que va la prima, la amiga o qué se yo... y [en Lomas del Sur] las vecinas no [lo hacen porque no hay] nadie conocido” (Alejandra, 2015).

Si a la falta de vínculos sociales que refuercen las prácticas femeninas en el espacio urbano se suma el patriarcalismo que sigue do-

minando la organización de los hogares se puede entender cómo el cuerpo de la mujer sigue siendo depositario de la moral y excluido de ciertos espacios. Gabriela, a partir de las encuestas que se realizan a los hogares atendidos por el DIF, comenta que los maridos no dejan a sus esposas hacer ejercicio y explica:

Prefieren tener esposas gorditas... que nadie... [...] o sea, prefieren tener una esposa que no se arregle y que no se cuide físicamente para tenerla segura en casa. Pero, ¡vamos!, por el otro lado el marido busca alguien con las características... ya sabes [...] No es una opinión. Lo he vivido en las encuestas. En los estudios. Tal cual. Porque creen que si ella se pone sensual va a provocar a otros hombres. Y 'a ella me la tienen que respetar'... entonces, si no se arregla, si está gordita, si está toda fodonga, todo mundo ya va a saber que es una señora decente... ¡Te sorprenderías!... Te sorprenderías de las veces que lo escuchas (Gabriela, 2015).

Por otro lado, se ha naturalizado la idea de que las mujeres no deben andar solas, ni a ciertos horarios ni en ciertos lugares, simplemente porque son mujeres. Javier, que trabaja en Promoción del Deporte, a la pregunta sobre el equipamiento deportivo para las señoras responde extrañado:

¿Mujeres? Precisamente... tienen que ir acompañadas. Pero es cuando no hay actividad, [porque h]abiendo actividad no aparecen los "cholos". Las señoras sí hacen ejercicio, hay un circuito de un minuto, que ellas lo hacen caminando pero, de una forma asistemática, ¿me entiendes? Y lo hacen por su iniciativa los que lo hacen, pero sí hay muchos aparatos digo, al aire libre, y esos andadores que lo hacen como te digo, ya por iniciativa propia (Javier, 2015).

El miedo que se presenta en la ciudad no sigue solamente los rincones sombríos y desolados que son percibidos como un riesgo para la seguridad en el espacio urbano. Es cierto que entre el día y la noche se observa una importante evolución en la ausencia de las mujeres en la ciudad cuando se acaba la luz natural. La ciudad nocturna, entonces, se convierte en el espacio masculino por excelencia, sobre todo si se trata de los territorios de precariedad donde el crimen urbano se percibe con mayor intensidad y donde la normativa moral no admite la presencia femenina hasta la mañana siguiente. Los estudios sobre la iluminación del espacio urbano con miras a reducir la inseguridad se

han multiplicado en los últimos años. Aunque se piensa que los avances de la tecnología habrán de contribuir para modelar las formas de habitar y extender los horarios de actividad en las calles es necesario poner estas soluciones en perspectiva desde contextos particulares. Cuando se trata de territorios de precariedad aparecen dos problemas: el primero es que los avances en materia de iluminación privilegian las zonas urbanas donde la vida nocturna se intensifica desde el punto de vista económico y cultural, dejando de lado la urgencia por actuar con la misma fuerza en las zonas percibidas como inseguras. En segundo lugar, se piensa erróneamente que la iluminación como productora de seguridad depende principalmente de la cantidad de luz o el número de lámparas, pero la experiencia de riesgo va mucho más allá de la nitidez de los espacios y sobre todo en el caso de las mujeres. Es necesario, entonces, ir más allá de las relaciones directas entre la seguridad percibida y las características de los lugares y pensar en los discursos que las fundamentan.

Lógicas de exclusión femenina en los procesos globales y locales

En las observaciones y entrevistas con mujeres de Lomas del Sur aparecen constantemente las referencias a la poca calidad del espacio urbano en términos de estética y vegetación. Los elementos de infraestructura urbana, así como el equipamiento y mobiliario no se juzgan únicamente en términos de presencia o cantidad, sino del decoro como condición para la presencia o ausencia femenina. Perla, después de contar cómo una señora se cayó por el deterioro del empedrado y cómo a un vecino le robaron sin que nadie se diera cuenta por la falta de alumbrado público, relata las diferentes actividades en que participa con la intención de mejorar el espacio urbano. Considera que no hay respuesta de la gente porque "pone uno un arbolito y las mamás hasta los arrancan, '¡ay, no!'... se ponen a jugar fútbol... y una compañera, su esposo pintó las bancas... ¡Ya las rayaron! Le digo: no, es que una vez... 'todo el pasto bien feo, bien crecido'" (Perla, 2015).

Comparando con La Courneuve, la importancia de la estética y los materiales aparece como uno de los detalles más importantes cuando las mujeres observan la calidad urbana. En ambos casos se mencionan el deterioro vegetal y reaparece el desagrado por los minerales como piedras, cementos, tierra y por la vegetación degradada como hierba y ramas secas o jardines sin arreglar. La sutileza de los detalles de belleza,

pero sobre todo de limpieza en el espacio público se expresan a partir de los materiales que constituyen la imagen urbana y delimitan la accesibilidad o rechazo de la presencia femenina sin que esto se perciba como un elemento clave del urbanismo y la integración socioespacial.

Hay que agregar que en las dinámicas de la globalización económica y la creación de infraestructura adecuada para las dinámicas impuestas por la concentración urbana se van quedando muchos espacios “vacíos” en las proximidades de equipamientos públicos e infraestructura vial. En South Bronx son sobre todo algunos parques habitados de forma ininterrumpida por grupos de varones, en La Courneuve son los alrededores de estaciones de metro y de tren y en Lomas del Sur el área más próxima a las vías del tren. Los tres escenarios coinciden en la mayor inseguridad durante la noche, pero sobre todo en las connotaciones sexuales que se asignan a estos espacios, es decir, el riesgo que representan algunas zonas urbanas no se debe en primer lugar a la mala calidad del urbanismo, sino a la presencia de varones y la ausencia continua de las mujeres.

La obesidad femenina en mujeres jefas de familia encierra una gran paradoja respecto a la cantidad de trabajo doméstico y al gusto expresado por las mujeres por la actividad física. Por un lado, se considera que la corpulencia y hasta una cierta gordura van de acuerdo con la figura de una madre, de una esposa y sobre todo de una ama de casa. Por otro lado, hacer ejercicio y aparecer en los espacios deportivos de la ciudad se considera como “un lujo” que sólo puede darse cuando las mujeres tienen “tiempo libre”. Diana aprecia la clase de zumba como un “tiempo para ella”, que es difícil de mantener porque se cruza con su trabajo de reproducción en la economía del hogar. Explica: “Al zumba dejé de ir como dos meses porque fue cuando empecé a vender, porque vendía cena, también. Les hacía de cenar. Pero ahorita le dije a mi esposo ‘ya me voy a dar un tiempesito para mí’ y dejé de vender cena. Y apenas el viernes fue mi primer día de nuevo [en la clase de zumba]” (Diana, 2015).

Desde la óptica de la promoción del deporte en Tlajomulco, las unidades deportivas como la que se está rehabilitando en Lomas del Sur están proyectadas pensando en hombres y mujeres jóvenes. Javier explica que “las señoras adultas [...] son más de hogar y se dedican más, sus labores es a los hijos. Ahora sí que están llenas de... y más las señoras que tienen más hijos, pues... precisamente es algo de que ¡hay que dosificar las familias! [risa de todos en la oficina] es lo que digo en los programas: ‘ya no tengan tanto hijo’” (Javier, 2015).

En definitiva, tanto en South Bronx como en La Courneuve y Lomas del Sur la corpulencia femenina se observa desde una doble estética física y moral. En contra de la estetización del espacio urbano y de la mujer esbelta como modelo único de belleza, las mujeres de territorios de precariedad se enfrentan a las exigencias de una *esthétisation de soi* que implica una corporalidad no tanto desde la talla, sino desde la dominación sumisión femenina. El abordaje antropológico de la belleza corporal frente a la salud permite plantearse preguntas como ¿de qué manera la estética y sus significaciones pueden ayudar a pensar la integración socioespacial? O ¿cuáles son las exigencias de los problemas de estética social desde las teorías, los métodos y las formas de análisis? Sin ser el objeto de esta investigación, baste mencionar la relevancia de la dimensión estética no solamente respecto a la salud del cuerpo sino a la conceptualización del ser humano y de la vida como fundamento.

DIET, CONTRÔLE, SILUETA. INSTRUMENTAR EL RIESGO Y LEGITIMAR EL ESTADO EN LOS CUERPOS

Este último apartado de la intervención socioantropológica pretende asentar los detalles contextuales y los discursos de lo urbano obeso-génico en un ejercicio de teoría crítica. Anticipando el capítulo conclusivo se retoma la dimensión antropológico política de la obesidad y la manera como se ha construido en términos socioespaciales. A partir de conceptos como el biopoder, los procesos civilizatorios, el control social y la regulación de la salud se profundiza en el marco teórico desde el que la obesidad puede pensarse en términos urbanos. La estrategia investigativa que se privilegia en este apartado es la observación y cualificación de la problemática, para pensar desde los datos empíricos. Los ejes interpretativos de vulnerabilidad de las mujeres y biopolítica son los que más ayudarán a revelar lo urbano político de la epidemia mundial de obesidad, tal como se le define en el mundo occidental.

La salud en su opuesto de enfermedad considerada como una pérdida y una disminución de los rangos aceptables de la vida en términos médicos deriva en el peligro de tratamientos que asumen la instrumentalización del cuerpo. Se introduce, entonces, a partir de la emergencia de un cuerpo enfermo, la cuestión de la pertenencia y la legitimidad. En el caso de cuerpos de mujeres y en el caso de las mino-

rías y los primoarriantes inmigrados, cuando se acepta que existe un problema de salud, la legitimación otorga una mayor ventaja sobre la responsabilidad de las instituciones y su mayor capacidad para decidir sobre la vida. Aunque estas dinámicas se pueden observar en todos los espacios sociales, cuando se trata de los grupos de población que atraviesan la precariedad, caracterizados por su débil impacto político sobre las estructuras dispuestas, la enfermedad les pone en manos de las instituciones con tal abandono que la vida se convierte en un fuerte pretexto para “forjar su humanidad”.

Foucault, cuando conceptualiza la biopolítica, explica la importancia que tienen las relaciones no solamente entre los seres humanos, sino las relaciones con el espacio en que habitan. Dice que “el campo definitivo de la biopolítica es el control sobre las relaciones entre las razas humanas o seres humanos en cuanto especies, en cuanto seres vivientes, y su entorno, el medio en el que viven” (Foucault, 2013:65-66). La condición humana como la entiende Arendt (1958) se refiere no solamente a las relaciones entre el humano y los objetos, sino al territorio donde estas relaciones tienen lugar para producir la esencia de lo meramente humano desde el habitar. Poniendo en perspectiva la salud y enfermedad como condiciones, es necesario pensarlas desde los vínculos sociales y los procesos de racialización, pero también desde la habitabilidad que implican y la construcción de una corporalidad hegemónica donde la enfermedad se asume como desequilibrio.

El abordaje de la obesidad desde las ciencias sociales evidencia que la definición de enfermedades, la vivencia subjetiva de las mismas y la manera como se atienden no tienen nada de naturales en el sentido médico de una naturaleza biológica. La reflexión crítica de la obesidad en contra de la naturalización de los procedimientos sanitarios no pretende en ningún momento convertirla en una “ilusión” sino la necesidad de una comprensión, tanto de parte de quien padece como de los agentes implicados en la salud pública, de cómo el padecimiento tiene una construcción sociohistórica bien específica. La enfermedad no es un asunto meramente fisiológico, sino que resulta de la movilización de actores situados, de la movilización de la terminología empleada en la salud, los modelos de prevención y de la manera como se concibe y atiende a los sujetos considerados como vulnerables. Un estudio comparativo como el aquí propuesto pretende contribuir a la comprensión de la obesidad desde las maneras de pensar y de habitar que se fundamentan en valores asignados a los territorios y que definen los límites de la alimentación y la actividad física.

La obesidad ha sido considerada desde principios del siglo XXI como enfermedad a partir de los índices que la colocaron como una epidemia de carácter mundial. Hay que reconocer, sin embargo, que una enfermedad es con frecuencia un síntoma eventual o una irrupción de la epidemia social. Se puede decir que la enfermedad detona una experiencia colectiva que permite explicitar, poner en forma y, eventualmente, resolver los problemas o las tensiones, mucho más amplias, que afectan la vida del grupo social. En este caso, la pregunta fundamental es cómo se puede entender el paso de la experiencia individual del enfermo a la experiencia colectiva del proceso social (Zempleni, 1982:10). Didier Fassin entiende estos procesos como la evidencia de una “política de la vida” que se sitúa en el cruce de dos fenómenos principales: la sanitización de la sociedad y la politización de la salud (2000:95).

Foucault consideraba al biopoder como una característica propia de las sociedades modernas. A pesar de que abandonó el desarrollo de esta noción y optó por la gobernabilidad como alternativa luego de las fuertes críticas que recibió su propuesta, sentó las bases para los trabajos que más tarde desarrollarían Agamben (1998) y Fassin (2001). En el último capítulo de *La volonté de savoir* Foucault indica que en el fundamento de una “modernidad biológica” la sociedad se sitúa en un momento en el que la especie humana se convierte en el objeto de sus propias estrategias políticas. Explica que luego de que, por millones de años, el hombre se había mantenido en lo que Aristóteles llamó “un animal viviente” (*zôon*) con capacidad de una “existencia política” (*bios*), el hombre moderno es un animal político en cuya política su existencia en tanto que “ser viviente” se pone en cuestión (1976:188). La vida, entonces, se valora desde la sociedad. La salud y la enfermedad se inscriben como problemas sociales que requieren una respuesta colectiva y la salud de todos se convierte en una urgencia para todos, del mismo modo que la salud de una población específica se convierte en el objetivo general (Foucault, 1994:14-15).

En el núcleo de la problemática que se establece en las estrategias de combate a la obesidad como amenaza mundial a principios del siglo XXI se deben emplazar dos cuestionamientos fundamentales: en primer lugar, hay que preguntarse sobre el cuerpo o el ser viviente de que se habla cuando se designa como “obeso” y de qué manera se ha colocado en los intereses de la salud pública; en segundo lugar, es

importante preguntarse sobre los modos de intervención de los poderes públicos sobre el cuerpo y cómo estos reproducen nuevas formas de biopoder.

Para ilustrar los usos sociales de la enfermedad basta tomar el ejemplo que propone Andras Zempleni a partir de las sociedades de África. El autor observa un tratamiento de la salud y enfermedad distinto al modelo médico de las sociedades occidentales, pero descubre la correspondencia en los usos sociales. Afirma que las vías de interpretación mágico-religiosa no son solamente normales y legítimas, sino que a la vez son normativas, porque estas interpretaciones sustentan los usos sociales, bien delimitados, que cada sociedad hace de las enfermedades. A partir de este análisis, Zempleni define el uso social o sociopolítico de la enfermedad como “el proceso por el que los males del individuo son puestos al servicio de la regulación de los vínculos sociales instituidos o en vías de instituirse” (1982:13).

En el caso específico de la obesidad, además del reconocimiento de la enfermedad y de los usos sociales que se le vinculan, hay que notar que las prácticas de cuidado y de recuperación del padecimiento juegan un rol decisivo tanto en la instauración de un nuevo orden social como en la ratificación del orden anterior. En este sentido, el paso de una serie de prácticas de cuidado de la alimentación y en general del cuerpo van perdiendo su eficacia, al tiempo que otras prácticas recuperan la enfermedad para introducir regulaciones a partir de un nuevo orden sociopolítico.

En ningún momento se trata de negar la eficacia de la prevención y de las diferentes prácticas de salud y de cuidado de la alimentación y de la actividad física, sino de analizarlas como síntomas de un fenómeno situado espacialmente y determinado por una serie de valores que se afirman sobre las maneras de pensar y de habitar en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur. Al mismo tiempo, se aprovecha el contexto actual donde la “sociedad del riesgo” anunciada por Ulrich Beck (2001) ha derivado en una amplia gama de medidas contra la inseguridad generalizada en la vida social, entre las que se integra el cuidado de la salud como un deber que se organiza en los procesos de subjetivación por la consciencia de la capacidad del cuidado de uno mismo y de frente a la colectividad.

Con estas bases se organiza el ejercicio comparativo de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur en tres ejes fundamentales: primero se retoman los factores socioespaciales que organizan el espacio

alimentario y de actividad física de las mujeres a partir de la creciente securitización de los espacios; en un segundo apartado se enfatiza el papel del mercado y las lógicas privatizadoras respecto a las políticas urbanas y de salud; en tercer lugar se analiza el papel del Estado y la legitimidad que se le confiere respecto a la regulación de la salud y del espacio.

Diet. La corporalidad de la mujer, entre estrategias de mercado y decisiones cotidianas

Una de las mejores referencias para entender el riesgo y la seguridad en el mundo anglosajón y en general en las sociedades occidentales es Anthony Giddens. En su libro *Consequences of Modernity* (1991) Giddens retoma la teoría de la escuela marxista sobre la discontinuidad de la modernidad para desarrollar los temas de seguridad, peligro, confianza y riesgo. Considera que la modernidad es una moneda de doble cara porque por un lado reproduce las oportunidades, pero por otro lado ocasiona la degradación natural y social que amenaza la vida humana. Respecto a la salud y al igual que en otras dimensiones, para Giddens la proliferación de los riesgos va de la mano con la celebración de un individuo que se desvincula de cualquier pertenencia colectiva. De hecho, a partir del mecanismo de “*disembedding*” explica que los contextos sociales se han vuelto independientes de tiempo y lugar y que el mecanismo opera a partir de la legitimidad de las instituciones y el surgimiento de expertos que organizan los diferentes aspectos materiales y sociales.

Robert Castel, en su análisis sobre la sociedad estadounidense, insiste en la centralidad del individuo y en la responsabilidad que se le asigna respecto a su realidad social (1993). En esta individualidad que distingue de manera particular a territorios como South Bronx, el “deber de la salud” modifica la economía moral del cuidado del cuerpo y le asigna un nuevo régimen de responsabilidad en que el cuerpo deja de ser propio y se convierte en “cuerpo del otro”. Desde esta perspectiva, la obesidad engendra sentimientos de culpabilidad subjetiva (consciencia) y objetiva (el acto) a partir de las normas sanitarias. Dicho de otra forma, la responsabilización individual como agente de la salud de sí mismo implica al mismo tiempo una vinculación con la salud de los otros a partir de las políticas de salud y en concreto de prevención de enfermedades vinculadas con la obesidad. Entonces, el

problema de salud de un individuo es al mismo tiempo un problema de salud para todos los demás, que se convierten en víctimas potenciales de sus propias prácticas desviantes respecto a las normas de salud instituidas.

En South Bronx, partiendo de la organización espacial del territorio, el poder político se manifiesta en la infraestructura y el equipamiento urbano a partir de los diferentes usos y la manera como se vuelven compatibles con las actividades de la vida cotidiana. Así se trate de la circulación a pie, en bicicleta, en automóvil o en transporte público, de las prácticas deportivas y de recreación, y en espacios reservados o públicos, las facilidades dispuestas a partir del equipamiento urbano responden de forma diferenciada a la multiplicidad de usos que se les asignan durante el día y la noche. Las políticas de ordenamiento y planificación urbana juegan un rol determinante de las maneras de hacer y de habitar. No obstante, y a pesar del bombardeo mediático con los elevados índices de criminalidad, pero también de problemas de salud y de precariedad económica que caracterizan a los vecindarios de South Bronx, los proyectos de planificación urbana siguen obviando las diferencias en la percepción y uso de los espacios y prefieren continuar con modelos de actuación como el de *broken windows* cuya eficacia ha sido ampliamente descalificada.

La falta de supermercados en South Bronx encuentra una respuesta en la abundancia de bodegas. El problema que observan las mujeres es que para comprar sus alimentos tienen que desplazarse hasta los supermercados más grandes que muchas veces se encuentran fuera del área. Nancy comenta que a ella le interesa comprar en el supermercado para aprovechar “las especiales” pero que: “En el supermercado de por a[llí] venden carísimo”, por lo que “tom[a] el carro y [se va] a comprar y siempre busc[a] los sales que tienen todo especial” (Nancy, 2015). En otra conversación del mismo día, Fabia dice que prefiere comprar en el supermercado, aunque esté más lejos, porque “a veces tiran especiales”. Cuenta, que en esa semana “pusieron que con la compra de cincuenta pesos [dólares] [se] consigue el arroz a cinco o seis pesos, y a veces uno, por el arroz, va y hace la compra” (Fabia, 2015). Para Fabia las ofertas son un nuevo “mecanismo” para motivar las compras en el supermercado, mientras que para Stanley Fleishman, director de la comercializadora JETRO, uno de los problemas que enfrentan los supermercados es que para sostenerse deben calcular un promedio de entre 70 y 80 dólares por compra, por cliente, lo que les dificulta sostenerse en áreas como South Bronx, donde los

ingresos son bajos y donde los clientes que se desplazan mayormente a pie comprarán pocos artículos (CUP, 2009).

Las estrategias de venta de las comercializadoras de alimentos y de los supermercados no pasa desapercibida a los ojos de los comerciantes de las bodegas y los consumidores de South Bronx. En conversación con Nancy, que prefiere salir del Bronx para hacer su despensa en otro supermercado, declara: "Yo compro un set de Tropicana, el *orange juice*, y siempre está *two for five... two for five...* pero aquí [en South Bronx] siempre está *two for seven... two for seven...* [y] *two for seven* es lo más barato" (Nancy, 2015). Milton contaba cómo surte su bodega y dice que "en JETRO, ellos mandan un panfleto y le dicen a uno lo que está en especial y lo que no está en especial. Allí uno, depende, si uno tiene capital, uno puede comprar buenos productos en JETRO. Pero ellos siempre están aconsejándolo a uno cómo tiene que comprar. Porque ellos siempre dan consejos a favor de ellos. A beneficio de ellos. No ven el beneficio de uno" (CUP, 2009). En contraparte, Stanley Fleishman, director de JETRO, indica que esta comercializadora "existe para las bodegas, y que las bodegas necesitan de JETRO [pero que] sin las bodegas no habría JETRO. Lo que [JETRO] permite a las bodegas es que tengan lo necesario cuando lo requieran, los siete días de la semana. No necesitan tener un espacio amplio ni un camión grande [porque] cuando necesiten un producto pueden venir, los siete días de la semana y obtener lo que requieren" (id). En este sentido, y en tres escalas diferentes, se observan las interacciones consumidor-comerciante-comercializadora en un entramado en que los mecanismos de negociación pasan por la disponibilidad y la promoción delimitadas tanto por el espacio físico que separa las relaciones de intercambio como por el espacio y capital disponibles para tomar decisiones respecto a los productos.

Marion Nestle, profesora de nutrición y salud pública de la NYU, piensa que las bodegas son necesarias para cubrir una necesidad de la población y confiesa que ella "h[a] estado en áreas del Bronx donde no hay ningún supermercado [por lo que] las opciones alimentarias no son nada buenas, pero eso requeriría comercios de mayores dimensiones y los supermercados no quieren establecerse en áreas de bajos ingresos" (CUP, 2009). Si a esto se agrega que los productos disponibles en los supermercados existentes en South Bronx, de por sí con menores dimensiones que los de otros distritos de Nueva York, son por lo general productos más baratos pero de menor calidad, la restricción para las mujeres que hacen las compras del hogar implica

tácticas importantes en términos de administración del ingreso, del tiempo, y de la organización territorial. Quincy, por ejemplo, prefiere salir de South Bronx utilizando el autobús que pasa cerca de su casa para ir a comprar a un supermercado más grande porque allí la fruta y la verdura “es más fresca, no como aquí que los supermercados [que] venden todo lo viejo... [ella va] al Audis y es todo más fresco” (Quincy, 2015).

La actividad física también manifiesta la influencia de la economía privada en South Bronx. Fabia dice que “las mujeres pueden ir al gi[m]nasio, pero hay que pagar” (Fabia, 2015). El mismo día, Brandye comentaba: “Hay un gimnasio en la Tercera [avenida] pero se tiene que pagar 10 dólares al mes. También en la avenida Saint Ann’s, se supone, está el Mary’s Park... Antes era gratuito, pero ahora están cobrando, no sé cuánto cobran, pero no está bien que lo hagan” (Brandye, 2015). Poco después, Thomas habla sobre las instalaciones de que disponen en NYC Parks y dice que, efectivamente, “los adultos tienen que pagar”, pero que en este tipo de centros deportivos hay actividades como zumba donde “son las mujeres las que mayormente asisten” (Thomas, 2015).

La misma situación se observa en La Courneuve, donde las empresas privadas han ido ganando peso tanto en el sector vivienda como en los comercios. Ante la paulatina desaparición de los pequeños comerciantes que caracterizaban a la zona fueron apareciendo los supermercados y los residenciales privados. El líder de los comerciantes, Zahim, explica que, a pesar de los esfuerzos de la municipalidad por intervenir en la regulación de los establecimientos, las decisiones finales se juegan a nivel de las empresas y sus arreglos. Explica:

Eso se arregla entre ellos [...] ¡Es el libre comercio! ¡Es la...! Y la municipalidad puede dar la preferencia, pero para darle la preferencia a alguien se necesita que haya un proyecto. Y luego se requiere un cierto tiempo, porque no se puede dar el derecho preferencial de compra todo el tiempo. Por ejemplo en Los 4000 todos los comercios están organizados por una especie de síndico, y es La Plaine Commune [del departamento de Seine-Saint-Denis] quien lo delega. Y él puede imponer, por ejemplo: ‘yo quiero más verduras’, etcétera... (Zahim, 2016).

Yélian, por su parte, considera que La Courneuve no es rentable para los supermercados y que los negocios se fueron retirando porque no les convenía. Comenta:

Antes había una tienda... ¡Se me olvidó el nombre! En La Tour [de Los 4000], detrás de La Poste. Al principio iba bien, pero como nosotros no tenemos los recursos –porque en La Courneuve mucha gente no tiene lo suficiente, entonces están obligados a bajar los precios; siempre tienen lo menos caro, pero lo menos caro no es rentable para ellos. Pero nosotros no tenemos los medios. La población más pobre no tiene... no puede permitirse de comprar en Carrefour, aun cuando ellos se ven obligados a vender muchas cosas a un euro (Yélian, 2016).

En entrevista posterior, Zahïm retoma el mismo caso del supermercado Hyper Primeur que se retiró de Los 4000 y explica que se debe a las estrategias del mercado porque: "Cuando ponen como que si compras uno te dan otro gratis, etcétera... hoy lo hacen todo a base de promociones. Luego, en relación al mercadeo es cierto que antes teníamos Hyper Primeur, pero no funcionó. Ahora la vida es más cara que antes. El poder de compra es muy débil... ¡Por eso el *marché à la rue* funciona, porque todo ahí es menos caro!" (Zaïm, 2016).

Las dinámicas del mercado y la oferta alimentaria que se define por las relaciones de precio son determinantes de las decisiones y la organización de las dietas en South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur. El análisis comparativo pone de relevancia el papel de la propiedad privada, la débil influencia de los organismos gubernamentales para regular y las estrategias comerciales orientadas por los bajos precios sin considerar la menor variedad y calidad de los productos. Si se revisan estas dinámicas desde los sistemas de producción y distribución, los trabajos de Marion Nestle en *Food Politics* (2002) ponen al descubierto el papel de las grandes empresas en la determinación de los alimentos que aparecen en el mercado y las decisiones que se toman a partir del mayor rango de ganancias para las mismas, con asistencia de las dinámicas políticas y en detrimento de la accesibilidad alimentaria de los grupos sociales de medios socioeconómicos precarios.

En México, el emporio de grupo FEMSA y el papel que juega en las cadenas comerciales de productos alimentarios exige considerar el rol de las empresas sobre las decisiones alimentarias. La multiplicación de negocios de tipo minisúper como OXXO y SuperBara significa no solamente la potencia de las grandes compañías para acaparar el mercado, sino la mayor facilidad que se les otorga para establecerse en los nuevos fraccionamientos populares. De la misma manera en La Courneuve comienzan a aparecer los pequeños negocios de las cadenas mercantiles como Carrefour City o Carrefour Express que permiten

a la franquicia mantener su presencia en territorios populares pero con una gran limitación en la variedad y calidad de los productos ofrecidos.

Si en South Bronx los supermercados de gran tamaño tienen que funcionar a partir de promociones para mantenerse, y si en La Cour-neuve desaparecen las tiendas de gran superficie como Hyper Primeur, y en Lomas del Sur cierran negocios de gran tamaño como sucedió con Farmacias Benavides, no es un asunto que se deba solamente a las grandes empresas comercializadoras de alimentos. Es necesario poner en perspectiva por un lado las condiciones socioeconómicas de la población y sus tácticas de compra, y por otro lado el debilitamiento de las estructuras políticas para regular los comercios y la calidad de los productos. La responsabilidad delegada a los individuos como gestores de sus recursos y de sus decisiones de compra implica a la vez el abandono creciente del Estado y las estrategias del mercado cuya última finalidad es lograr el máximo interés.

Contrôle. La securitización del espacio alimentario y de actividad física

Las diferencias entre mujeres y hombres respecto a la seguridad en el espacio urbano no se deben tratar en términos esencialistas. Antes, conviene pensar que las experiencias del espacio urbano de una mujer son distintas a las de un hombre porque las condiciones sociales de su existencia también son disímiles (Di Meo. 2013:10). En esta lógica, un urbanismo en vistas de integrar ambos sexos en la construcción social de la ciudad debe partir no de las diferencias constitutivas de mujeres y hombres sino de los contextos que fundamentan sus actividades desde la vida ordinaria, esto es, partir de las circunstancias impuestas por el territorio en el que se habita y transformar desde allí las relaciones que se establecen entre mujeres y hombres con el espacio doméstico y de proximidad urbana. La percepción de inseguridad y de miedo en South Bronx, por ejemplo, no es exclusiva del espacio público, sino que atraviesa el espacio privado de las viviendas, cada vez con más protecciones como rejas y cámaras, e incluso con el espacio alimentario cada vez más regulado y controlado. En lo que se refiere a la sensación de inseguridad, las mujeres atribuyen su miedo al aumento de criminalidad. Fabia, por ejemplo, observa que hay un incremento importante de "delincuencia [porque] antes [se] vivía con la puerta abierta, pero ahora [todos tienen] [s]u reja" (Fabia, 2015). Esta multi-

plicación de rejas y cámaras en las viviendas, así como la emergencia de diferentes fronteras y controles en el espacio público, representa al mismo tiempo la aceptación interna de formas de regulación y de control que permitan trazar los comportamientos de las personas en los diferentes espacios, incluido el alimentario y el de actividad física.

Sobre la securitización de los alimentos, Stanley Fleishman, quien dirige la comercializadora JETRO, dice que “la pregunta sobre quién es el responsable de proveer al público con alimentos saludables es una cuestionante arriesgada [porque] sugiere la pregunta de quién va a decirle a la gente lo que debe comer” (CUP, 2009). Por su parte, Nydia M. Velázquez, política puertorriqueña representante del distrito 12 de NYC, considera que “el gobierno debe jugar un rol [en la regulación alimentaria] porque si [los gobernantes] no toman parte frente a la obesidad y la carencia de productos frescos, de vegetales y comida habrá consecuencias para todos porque el gobierno tendrá que gastar cada vez más dinero en los hospitales” (id). Cuando esta misma cuestión se le presenta a los trabajadores del sector salud, algunos especialistas de South Bronx consideran que es una responsabilidad de los médicos y de los gobernantes. Es el caso de Lorena Drago, que trabaja en el Lincoln Hospital en un programa de educación para combatir la diabetes, quien piensa que “los profesionales de la salud y el gobierno deberían interceder”. Luego se sirve de un caso en el que ella ha participado y detalla:

El programa WIC es un ejemplo perfecto [de] la opción de proveer a los clientes y participantes con leche entera o leche baja en grasa, y la mayoría de ellos prefiere la leche entera [pero] ahora que el programa cambió, y que la disponibilidad de leche entera se restringe a los bebés menores a dos años, se fuerza de alguna manera a la gente para que pruebe [la leche baja en grasa] y algunos poco a poco la consumirán (id).

El problema político de la salud de una población, como en este caso la elevada prevalencia de obesidad en las mujeres de South Bronx, suele traducirse en acciones sobre cada uno de los individuos. Una de las configuraciones de respuesta más importantes, y quizá la que más se ha difundido entre la población del *borough*, es la importancia de producir conocimiento en materia de salud como medida preventiva. De esta manera, se pueden encontrar diferentes acciones que van desde los talleres de cocina organizados por *Urban Health Plan* hasta los talleres de educación nutricional del Saint Mary's Hospi-

tal. En definitiva, la idea de fondo es que la educación en materia sanitaria tiene una lectura económica desde las utilidades que produce en los individuos y donde el estado de salud se convierte en un espacio económico y político primordial.

Como consecuencia de los mecanismos de afirmación del individuo, cuando la pregunta sobre la responsabilidad del control alimentario y de la salud se lanza a los habitantes, a los comerciantes y consumidores, hay una tendencia a concentrar la carga en las decisiones individuales. Wendy, en conversación el 20 de junio, dice: “Me critican porque yo defiendo al gobierno [pero pienso que] Dios te hizo con la inteligencia y la capacidad para proveerte tu alimento a ti mismo. Para no ser dependiente de un gobierno” (Wendy, 2015). Milton, comerciante de South Bronx, explica que él vende en la bodega lo que los clientes le encargan. Finalmente, Thomas comenta sobre los picnics de fin de semana en el parque y dice que la gente “come mal” y que si no hacen ejercicio es por un problema de “cultura” y de “vanidad” y no por culpa del gobierno (Thomas, 2015). Por si fuera poco, la centralidad del individuo sobresale también en el comentario de un distribuidor de botanas, cuando afirma que la responsabilidad es del cliente porque “nadie los obliga a comprar lo que compran” (CUP, 2009).

A la regulación instaurada a partir de los procesos civilizatorios se debe oponer las valoraciones eminentemente morales que tienen un peso significativo cuando se debe decidir sobre la alimentación y el cuidado de la talla corporal. Ya desde mediados del siglo XX el antropólogo Lévi-Strauss hablaba de una cierta ética presente en las maneras de alimentarse y de una lógica mítica en la manera de concebir el mundo que deposita en el exterior todo lo impuro. En la concepción lévi-straussiana las maneras de la mesa y los buenos usos del comer están relacionados con una concepción moral del mundo. El éxito de la fórmula “el infierno son los demás” es su referencia civilizatoria al desprecio de la impureza del exterior (2003[1968]:443). En este sentido, los alimentos se perciben como algo radicalmente distinto al cuerpo humano y el cuidado que se debe tener en la incorporación de los mismos no solamente obedece a términos biológicos de necesidad orgánica del cuerpo, sino a las construcciones culturales que se hace de cada uno de los productos, de la manera de consumirse y de los espacios y momentos adecuados.

Además, el discurso progresista e higienista de la sociedad occidental se impone sobre la autoregulación de los individuos de formas apenas perceptibles. Manuel, por ejemplo, cuenta de su llegada

a Los 4000 en La Courneuve, procedente de las villas miseria, y asegura: “Yo no miraba para atrás, ¡eso nunca! Honestamente, yo miraba bien derecho, los edificios todos nuevos, plantados enfrentito de mí. Y se percibía un olor bizarro, el de la pintura fresca... el de la gente limpia” (Gravayat, 2015:8). En *Le propre et le sale* (1985), Georges Vigarello reconstruye las nociones de limpieza y suciedad en diálogo constante con la teoría del proceso civilizatorio de Norbert Elias. En su análisis histórico de la higiene corporal, Vigarello observa que la limpieza no necesariamente surge en relación con la salud, sino a mecanismos más complejos como la moda y la distinción entre individuos y clases sociales.

Cuando la exigencia por la higiene personal y el cuidado de los objetos que tocan al cuerpo humano se transfiere al espacio construido se abre la posibilidad para que las regulaciones en la pequeña escala individual se conviertan en lineamientos aplicados desde las políticas económicas y las políticas urbanas. En La Courneuve, Zahim explica que la búsqueda de mejor calidad en el comercio de alimentos se manifiesta en la multiplicación de controles de higiene en los comercios y en los pequeños restaurantes. Explica que:

Antes no había inspectores de higiene [en el *marché*] pero luego, en los últimos dos años se han hecho 54 visitas a todos los *snacks*, las carnicerías... porque si se se hace presión a nivel de calidad, es ya algo, la calidad y la protección de la gente en términos de salud. Al *marché* la última vez vinieron por lo menos 27 personas, entre la policía, los de impuestos, la URSSAF, las aduanas, los de salubridad, ¡y todos los eran del Estado y de la Prefectura! Y de verdad que preguntaron “¿Es la municipalidad que los mandó?”, [y ellos respondieron] “¡Ah, claro que fue la municipalidad!”. Y una parte de los comercios que había se fueron. ¡Ellos se fueron ese día! (Zahim, 2016).

Como consecuencia de la normativización en el espacio público y la responsabilización individual en términos de higiene y de salud alimentaria la gestión de los riesgos recae por una parte sobre el ámbito individual y por otra en la creciente securitización y refuerzo de las estructuras policiales y de vigilancia. La salud pública, así entendida, se adhiere cada vez más a los procesos de individuación y disuelve las redes de solidaridad y las maneras tradicionales de organización del bienestar social. Esto no quiere decir que desaparezcan los vínculos sociales y que la fragmentación de las redes solidarias sea causa de la

mayor vulnerabilidad de la población de medio socioeconómico precario; más bien, el aumento de instrumentos policiales y mecanismos de autocontrol deriva en la sanitización del individuo y la construcción de sí desde la gestión de la salud propia.

En lo que se refiere al control de la alimentación y su refuerzo a partir de los fundamentos culturales, la sociedad francesa y su tradición gastronómica implican además de las maneras de hacer toda una plataforma de usos y costumbres relacionados con la comida y las formas en que se escenifican los alimentos. Yélian compara los usos de Benín con Francia y declara: “[Allá] tú haces como quieras con los alimentos. En Francia hay un orden: ensalada, platillo, postre / verduras, salado, dulce... el café se puede tomar o antes con un *croissant* o hasta el final... es más fácil en mi casa, en Benín [porque] no teníamos más que un platillo... ¡Pero aquí así es!” (Yélian, 2016). Cuando se piensa en la mayor cantidad y complejidad de la gastronomía francesa y los usos de la mesa se podría pensar en una mayor resistencia frente a la comida rápida y los ambientes obesogénicos, pero el contexto de precariedad pone en un contexto no muy disímil a los grupos socioeconómicos de South Bronx, Lomas del Sur y La Courneuve. En todo caso, no se debe olvidar que “la sociedad se sirve de las enfermedades de los individuos para asegurar su propia reproducción o enfrentar sus propias transformaciones” (Zempléni 2001:44). En este sentido, la producción socioespacial de la epidemia de obesidad implica más que una serie de regulaciones, una mirada específica sobre la sociedad contemporánea para entender cómo se perfila un cuerpo sano desde ciertas prácticas sugeridas e impuestas y cómo se corresponde o no con los procesos sociales y su transformación constante.

Silueta. El Estado y su legitimidad para actuar sobre los modos de comer y de habitar

“¿Tú has oído al gobierno? El gobierno está preocupadísimo por las estadísticas de obesidad que tiene Estados Unidos. ¡Los niños! ¡La gente!”, dice Wendy cuando se le pregunta sobre el problema de obesidad que se presenta con más fuerza en lugares como South Bronx que en el resto del territorio estadounidense (Wendy, 2015). Después explica que a pesar de las acciones del gobierno, como programas de concientización, la gente no atiende las indicaciones respecto a la alimentación y cuidado de la salud y mantiene una serie de prácticas que

no corresponden con los modelos sanitarios propuestos desde el Estado. Poco antes, en Lomas del Sur, Gabriela expresaba su preocupación por la poca respuesta de las mujeres adultas frente a los programas de activación física promovidos desde el Ayuntamiento de Tlajomulco. Gabriela piensa que “es raro [porque] a las señoras les preocupa su físico, pero les da vergüenza hacer algo para cambiar ese físico [Les] decía: ‘Oye, ¿por qué no estás ahí?’, ‘¡Ay, no! Es que me da pena que me vea la vecina’... o ‘¡Ay, no! Es que me da pena’... o ‘El marido no me deja’”. (Gabriela, 2015).

En la introducción de *Le gouvernement des corps*, Didier Fassin y Dominique Memmi afirman que la cuestión de gobierno de los cuerpos excede y rebasa los temas habituales de la enfermedad y de la clínica, o de la organización hospitalaria y los principios de precaución. En todo caso el gobierno de los cuerpos no se deja atrapar exclusivamente por el cuerpo de profesionales (los médicos) o de un sector específico (la salud). Para Fassin y Memmi en el caso de salud/enfermedad se trata más bien de aprehender las maneras como agentes sociales externos al campo médico, y a veces inesperados y fuera de las instituciones o aparentemente extraños a los problemas sanitarios, definen, piensan, miden y regulan las conductas corporales, las representaciones y los usos de sí en lo que concierne a la propia existencia a la vez biológica y biográfica (Fassin y Memmi, 2004:11).

No obstante, frente al aumento de obesidad se construye en Estados Unidos un régimen de responsabilidad que ha ido aumentando la porosidad entre la salud y el derecho, es decir, que a partir de la obesidad considerada como enfermedad la salud se afirma como prescriptiva de una serie de comportamientos “adecuados” y conforme a las reglas, y a una especie de derecho colonizador de las conductas individuales respecto al cuidado de la salud. Wendy, directora de un programa de aeróbicos, dice sobre el incremento de obesidad de South Bronx que “el problema es pararlo” y que “el gobierno está preocupadísimo por las estadísticas de obesidad” pero reitera que “es difícil parar ese montón de cosas que se están metiendo” (Wendy, 2015). Este papel de salvador que se asigna al Estado es paradójico porque en una conversación anterior, Nancy critica las políticas asistenciales a partir de *food stamps* porque dice que las mujeres no reflexionan y compran donde sea y que “no les importa [porque como les] dan la tarjeta [ellas se dejan] que [les] cobren lo que quieran” (Nancy, 2015). Ese mismo día, y en la línea de las regulaciones alimentarias a partir de políticas de control, Brandye se quejaba de la desaparición de ciertos

productos en el mercado y ponía como ejemplo la carne de puerco diciendo que ella “solía preparar carne de puerco [porque] lo había en latas [pero que] ya no lo venden, no se encuentra [Ahora] compr[a] pollo, res, porque ya no hay puerco” (Brandye, 2015).

Los efectos que pueden producirse de esta alianza entre la salud y el derecho, con excusa de combatir la obesidad, son muy diversos en el caso de South Bronx. Por un lado, aparece una serie de resistencias, conscientes o inconscientes, como respuesta al modelo de control de los hábitos en que se fundan todos los mecanismos de combate a la obesidad. Entre ellas, aparecen los modelos alimentarios tradicionales y la idea de que los ancestros “comían así y vivían más años o con más salud”. También existen alternativas de salud “autoadministrada” en que cada vez se pone más el acento en el individuo como el garante principal del cuidado y de la atención.

En lo que concierne a las prácticas alimentarias, la opinión de Fabia es que “pudieran [el gobierno] poner programas nutricionales” y explica: “Como que eduquen a la gente... como qué comer [porque] a veces uno come y no sabe ni lo que come” (Fabia, 2015). Un comentario que se refuerza con los comentarios posteriores de Wendy, que a partir de sus experiencias en el taller de jugos verdes que ofrece junto con la clase de aeróbicos, afirma: “Ellas [las mujeres que asisten] no saben comer vegetales” e ilustra con una anécdota en que les enseñó cómo hacer un jugo con las hojas de zanahoria, que por lo general se tiran a la basura (Wendy, 2015). Si a esto se suma la opinión de los profesionales de la salud, como Lorena Drago, de un programa educativo para combatir la diabetes y que afirmaba que “los profesionales de la salud y el gobierno deberían interceder”, se puede entender la manera como se planean las estrategias de intervención contra la obesidad y sobre todo sus componentes de educación para la “normalidad” que se establece como referencia (CUP, 2009).

Luc Berlivet, interesado en la problemática del riesgo asociado con la salud a lo largo del siglo XX y de las formas de tratamiento político de la salud pública, encuentra que la epidemiología fue evolucionando como una disciplina definitoria de los esquemas en que se piensa la salud y la enfermedad. En su análisis de la educación para la salud, en que se ubican las campañas de prevención como aquellas que se despliegan hoy día contra la obesidad, Berlivet muestra la transición desde una suerte de “moralismo paternalista” hacia formas cada vez más incitativas de subjetivación donde el individuo se convierte en el actor absoluto de su propia salud. En este sentido, el autocontrol pro-

puesto a partir de la educación para la salud lo llevaría a adoptar un conjunto de comportamientos sobre los que él mismo decide a partir del desarrollo de sus capacidades de distinción (Berlivet 2004:37-75).

En lo que toca a la actividad física, la regulación es mucho más evidente a partir de la propuesta, en 2010, de políticas de planeación urbana antiobesidad, un documento⁷⁶ sugerido para la ciudad de Nueva York que ha tenido eco en los proyectos de los cinco distritos. No obstante, en los procesos de planeación urbana, y en concreto en lo que toca a los espacios de actividad física como *playgrounds*, andadores o parques, Thomas reconoce que a pesar de las iniciativas que se proponen y promueven desde los diferentes Community Districts de South Bronx, y que derivan de encuestas sobre “qué es lo que el público quiere” para proponer lo que él mismo llama una “escena muy típica” porque por lo general: “[La gente] quiere ver más columpios, más canchas de frontón, teatro, cosas de recreación, cosas como más espacios para estar”. Aunque luego de las propuestas de vecinos se evalúan los proyectos, Thomas reconoce que depende mucho del distrito y sus posibilidades, porque en el caso de South Bronx “a veces es una tomada de pelo, porque a veces el Ayuntamiento no tiene dinero y por eso terminan poniendo una canchita de baloncesto o algo muy sencillo”. A fin de cuentas, explica, “cuando se hacen arreglos superficiales [como] una cancha de baloncesto que se requiere simplemente renovar la superficie y pintarla [...] eso no es mucho dinero, y el público ya está como medio... ¡medio contento con eso!” (Thomas, 2015).

Como consecuencia del despliegue de acciones para combatir a la obesidad considerada como riesgo contra la salud de los estadounidenses, hay que reconocer dos elementos principales. Por un lado está la utopía de una “seguridad total” provista por los lineamientos que se despliegan desde los actores encargados de gestionar la salud pública, cuyo riesgo evidente es que los individuos se resistan a los ideales de securitización y tomen el camino de los riesgos. Por otra parte, las estrategias empleadas para combatir la obesidad despliegan diferentes formas de subjetividad frente a la cultura del riesgo y

76 El documento *The Active Design Guidelines* (2010) fue elaborado por el New York City Department of Design and Construction, el New York City Department of Health and Mental Hygiene, el New York City Department of Transportation, City Planning y la Office of Management and Budget. El documento se presenta para los arquitectos y urbanistas como una serie de estrategias para el diseño de edificios, calles y espacios urbanos más saludables y con base en las investigaciones más recientes sobre las mejores prácticas para combatir la obesidad.

movilizan la autonomía de cada individuo como garante y único responsable de su salud. En los dos casos, una lectura más allá del cuerpo individual como evidencia y desde las condiciones territoriales donde el problema de obesidad se manifiesta con mayor intensidad devela la mayor vulnerabilidad de las mujeres tanto en lo que se refiere a seguir los lineamientos de securitización como a la autonomía necesaria para un proceso de subjetivación en que se desarrollen sus capacidades reales para actuar frente a la obesidad como padecimiento y puedan asegurar el mantenimiento de su salud.

A partir de 1970, las reflexiones de los antropólogos se hicieron cada vez más críticas contra lo que percibían como una deshumanización de la biomedicina y su reduccionismo a lo biológico, su tecnificación, hegemonía, su colusión con el establecimiento y las sociedades, su insensibilidad a otras formas de saber. En oposición a un contexto cada vez más centrado en la dimensión biológica de la vida, aparecieron tres influencias principales que cambiarían el panorama: la importancia otorgada por la OMS a la medicina tradicional, los movimientos sociales de desmedicalización como el de las mujeres y las reflexiones teóricas de Michel Foucault sobre la medicina (Saillant y Genest, 2005:6).

La intervención de las ciencias sociales puso al descubierto que las pulsiones de la naturaleza humana se adquieren socialmente, y que el control sobre las pulsiones no podría adquirirse si la constitución natural de los seres humanos no tuviera la necesaria disposición biológica, “por naturaleza, el potencial necesario para ser contenidas, derivadas y transformadas de diversas maneras” (Elias, 1998:79). De esta forma, se hacía evidente por un lado la susceptibilidad de regulación de la dimensión biológica del ser humano, al tiempo que filósofos como Foucault comenzaron a insistir en la gobernanza del cuerpo y de la población a la que llamó “biopolítica”.

La retórica estadounidense de prevención de las enfermedades y de combate a la obesidad pone en el centro de las operaciones a los individuos como capaces, por sí mismos, de sobrepasar la enfermedad. Luc Berlivet descubre en este tipo de abordaje una operación psicologizante e individualizante que al mismo tiempo tiende a colocar a los profesionales de la salud como los estrategas que privilegian una u otra práctica o norma y que se concentran en la modificación de comportamientos individuales a partir de una modificación en sus maneras de percibir el mundo y de sus propias motivaciones como motor de cambio (Berlivet, 2004:37-75).

Si se hace una comparativa entre Francia y Estados Unidos respecto a la regulación del cuerpo evidenciada en la *war on obesity* se observa que a diferencia del modelo mayormente técnico-estadístico-biomédico de Estados Unidos para combatir la obesidad, y en que el énfasis de prevención se coloca en la promoción de la libertad del individuo para autoregularse, y en el Estado como promotor de los esfuerzos individuales, el modelo francés atiende la problemática desde modos de operación menos individualizados. En efecto, para Francia la crisis de obesidad debe atenderse desde las transformaciones en los modos de alimentarse presentes en las dinámicas colectivas y determinadas por la organización de la economía, del espacio y de los tiempos.

Contra la espontaneidad que se manifiesta en los modos de organizar la alimentación de muchas culturas, la valoración de la comida como un elemento eminentemente cultural hace que en Francia los procesos civilizatorios otorguen una enorme carga a las maneras de organizar la alimentación en sus contenidos y sus formas. Lo espontáneo de la alimentación que se observa en los territorios de precariedad frente a las limitaciones de economía, espacio y tiempo, pero también como resultado de tradiciones y modos de hacer, se opone cada vez más a los lineamientos estipulados desde un modelo único de cuidado del cuerpo y la salud. Si se atiende a la multiculturalidad presente en estos territorios y a sus maneras de hacer y de habitar se observan las tensiones entre las distintas miradas del acto alimentario. En Abiyán, por ejemplo, Vidal y Le Pape explicaban que “no hay un ‘área-de-comedor’ fija, ni tampoco horas. Una vez lista, la comida se subdivide y se sirve sin dificultad, lo que permite un equilibrio respecto al espacio y tiempo que compensa un poco lo costoso de la preparación en tiempo y esfuerzo físico” (1986:101). Tanto Yélian como Rania, que nacieron en Benín y Marruecos respectivamente, coinciden en las alteraciones sufridas sobre las dinámicas alimentarias cuando se instalaron en Francia. Las familias marroquíes intentaron conservar la tradición culinaria del pan árabe y el cuscús que implicaban horas de trabajo de las mujeres, pero el agregado de responsabilidades como hacer las compras y trámites en instituciones escolares y de salud, entre otras, fue poco a poco modificando las formas de preparación y consumo de alimentos. En el caso de una familia beninesa como la de Yélian, aunque al principio se conservaron las prácticas de preparación donde padres e hijos intervenían, por ejemplo lavando el pescado o empacando los cereales comprados al mayoreo, poco a poco se hizo

difícil reunir a la familia al mismo tiempo y comer los mismos platillos que tenían en África.

Las tensiones con el modelo alimentario de la Francia republicana se entienden por el rigor con que se fue modelando la cocina francesa junto con muchas otras normas sociales. Norbert Elias explica que desde el siglo XVII los guerreros nobles se fueron transformando en una clase de cortesanos y oficiales militares, y que esta transformación jugaría un rol fundamental al mismo tiempo para la pacificación y la civilización de la sociedad francesa. De acuerdo con Elias, el principal instrumento civilizatorio de la aristocracia francesa del siglo XVII era la corte del rey, lo que revela en el proceso civilizatorio no solamente mayores restricciones sino una codificación más sublimada de los comportamientos (Elias, 1998:45).

Se puede criticar el modelo estadounidense por su tratamiento regulatorio a través de políticas públicas e introducir las formas más orquestadas de operación en la sociedad francesa, a partir del abordaje higienista clásico que permanece como referencia para la salud pública de Francia. De hecho, el problema del modelo individualizante que se observa en South Bronx para combatir la obesidad es que tiende a menospreciar las diferencias contextuales y suele olvidar que los individuos no son ni los únicos ni los principales responsables de los problemas de obesidad que se encarnizan en territorios vulnerables. En La Courneuve, por el contrario, se puede observar un proceso multifactorial que evoluciona desde los modelos clásicos higienistas de salud pública hacia los actuales modelos contractuales de salud donde, en el proceso de subjetivación del individuo como actor frente a la salud, coexiste el complemento desde la salud pública y su despliegue de estrategias frente al riesgo. En este sentido, aparece al mismo tiempo una fuerte consciencia de la importancia de regulaciones dispuestas desde el Estado, de la mano de una búsqueda constante por la mayor autonomía y autocontrol frente a las decisiones alimentarias y de actividad física que se vinculan con la atención de la salud frente a la obesidad.

En lo que se refiere a la actividad física y la difusión del miedo como limitante para que las mujeres se apropien del espacio urbano, la desorganización social de los territorios de precariedad aparece como uno de los principales determinantes. El miedo y la inseguridad, emociones relacionadas con la violencia y el crimen urbano como motores principales, se perciben con mayor intensidad en lugares como South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur. En el caso de La Courneuve

ve, donde la figura femenina en el espacio urbano debe obedecer a una serie de usos morales, Odile considera que “en el espacio público es difícil hacerse respetar y [aunque] los parques también son espacios públicos, son muy peligrosos” (Odile, 2016). Poco antes, Rania ponía en evidencia la pasividad social frente a las agresiones en el espacio público, por miedo; explicaba: “aunque hay personas que pasan, nadie interviene [porque:] ‘¿Y si intervengo? ¿Y si tiene un cuchillo? ¿Y si me agrede?’”. Es cierto que da pena, que no es normal, que se está en medio de la violencia y la policía no puede hacer nada” (Rania, 2016).

En Lomas del Sur las mujeres consideran que el problema de inseguridad se debe a la vez a la infraestructura urbana y a la incapacidad de la policía para garantizar la seguridad de la población. Alejandra dice que el fraccionamiento es “un poco inseguro porque ahí por donde viv[e] está oscuro y pues... tiene uno que andar con cuidado” (Alejandra, 2015). Poco después Diana se quejaba diciendo: “Está feo aquí. Porque no hay vigilancia. No hay patrullas. De hecho, en Cielito Lindo, creo que mataron a un policía. O a un señor, creo que a un señor que salió a correrlos: ‘Ya váyanse, pinche bola de borrachos’, o no sé qué... y salió el muchacho y le dio un balazo” (Diana, 2015). Esta sensibilidad a las cuestiones estéticas del espacio urbano, característica de la mayoría de las mujeres entrevistadas, representa un ángulo importante para pensar la ciudad en términos de habitabilidad desde las maneras como se asocian emociones como la seguridad con los modelos particulares de belleza espacial.

El modelo de acción de la *war on obesity* en Lomas del Sur, y en general en México, parece retomar los principios higienistas de la salud pública donde se entiende que la obesidad es principalmente un problema de carácter médico-administrativo. Las campañas emprendidas desde el impuesto a las bebidas azucaradas, la regulación de la tiendita escolar y los proyectos de etiquetado indicando los valores nutricionales evidencian una problematización de la obesidad a nivel de las estructuras de salud pública en que el control de la población se establecería desde la sanitización del mundo en que se habita. En cuanto a lo urbano, la persistencia de las ideas decimonónicas de “limpiar la ciudad para garantizar la salud” llevan a creer que si se consigue la inocuidad de los productos y los objetos con que se relacionan los habitantes se podría garantizar la salud como consecuencia lógica. En este sentido, la población de Lomas del Sur espera que la garantía de su bienestar provenga de acciones político-administrativas y de la organización social como alternativa. Perla explica que son los vecinos

los que se cuidan, porque no hay patrullas a pesar de la insistencia. Comenta: "Entonces nosotros lo que hicimos, hicimos junta de vecinos: '¿Saben qué? Los de allá cuidan a los de acá y los de aquí para allá... si ven alguien arriba o alguien sospechoso...', porque veíamos en una casa que está abandonada, como a eso de las 10:00 de la mañana y como a las 6:00 de la tarde, que se sentaban, y como que no más veían quién entraba, quién salía y todo eso. Y nosotros como que ya habíamos visto varias vecinas... 'No, ¿saben qué?', y hasta fuimos a Tlajomulco a poner este... una queja. Que porque ¡no tenemos nada de patrullas!" (Perla, 2015).

En el caso de South Bronx, el modelo de intervención estadounidense pretende más bien un control desde los "ambientes obesogénicos" donde se mantiene el carácter socioespacial de la enfermedad pero se deja lugar a factores subjetivos y la percepción del entorno. Las acciones recientes no distan mucho de las líneas mexicanas que pretenden controlar la dieta y la actividad física de la población al mismo tiempo que reestructuran el espacio en que se habita. Aunque se mantiene la idea de una intervención médico-administrativa, las acciones estadounidenses contra la obesidad dan más apertura a la diversidad de dinámicas colectivas y las condiciones bioculturales de la alimentación y del cuidado del cuerpo. De esta manera se rompe con un modelo único de intervención y la regulación de los cuerpos saludables ha de tener en cuenta las diferentes figuras en que los cuerpos individuales resisten a los ambientes obesogénicos del territorio donde habitan. La obesidad, en este sentido, se acepta como una enfermedad que viene del exterior y que ataca a los individuos de acuerdo con sus condiciones de vida, y la lucha contra la obesidad implica la modificación no tanto de las condiciones individuales sino de las dinámicas colectivas. La *war on obesity*, por ende, implica el ataque contra los estilos de vida sedentarios y los alimentos altos en calorías, disfrazando las implicaciones políticas de regulación y control de la población a partir de un discurso sanitario y la garantía de vida como justificación. En México, investigadores como Eduardo Menéndez han insistido en la doble problemática de la salud pública mexicana que, por un lado se deja llevar por el alarmismo mediático de las enfermedades y que por otro lado se resuelve principalmente en lineamientos autoritarios de organismos y profesionistas que detentan la *expertise* del ámbito médico y clínico, con la que se suelen abordar los problemas de salud. En su estudio sobre las posibles epidemias de gripe aviar entre 2005/2006 y la de influenza A (H1N1) en 2009, Menéndez afirma que:

el alarmismo con que los medios manejaron estos problemas [...] es correlativo del que observamos en los funcionarios del sector salud así como en los miembros del campo científico y técnico. Este alarmismo es producto de múltiples factores, incluidos los intereses económico-políticos de diferentes sectores sociales, pero se debe en especial a la oscilación entre la incertidumbre y la necesidad de intervención que caracteriza las acciones del sector salud cuando tiene que enfrentarse a posibles, pero imprecisas, situaciones de riesgo colectivo (2010:17).

Aunque en Francia, México y Estados Unidos se pueden encontrar más o menos las mismas ideas de fondo para el actuar político de la salud pública y la gobernanza de los cuerpos, es en Francia donde el modelo de atención ha evolucionado más rápido hacia la individuación de la salud y la mayor autonomía del paciente. Analizando de forma comparativa South Bronx y Lomas del Sur con La Courneuve, en la *banlieue* parisina se observa con más intensidad el modelo contractual de salud, donde los riesgos de salud se asumen parcialmente por las estructuras políticas, pero sobre todo a partir de la subjetivación del paciente como artífice principal de su cuerpo y de su vida. Frente a la obesidad se observa de forma más intensa la idea de que es el individuo quien se debe responsabilizar de su salud y del cuidado tanto de la alimentación como de la talla corporal. Las acciones regulatorias del espacio urbano como plataforma para la salud pública aparecen como un complemento, pero siempre con la idea de que el cuidado del cuerpo es en primer lugar un asunto de cada uno de los habitantes. El individualismo sanitario que se expresa en el modelo francés, y en menor intensidad en Estados Unidos y México, pretende que la salud pública se convierta en una forma de individuación donde se particularicen los casos y se controlen los cuerpos en vistas a la integración de la población como una unidad colectiva saludable.

EPÍLOGO

The human condition comprehends more than the conditions under which life has been given to man. Men are conditioned beings because everything they come in contact with turns immediately into a condition of their existence

La condición humana comprende más que las meras condiciones bajo las cuales la vida ha sido dada al ser humano. Los hombres son seres condicionados porque todo aquello con lo que entran en contacto se convierte inmediatamente en una condición de su existencia.

HANNAH ARENDT, 1958:9

BIOLEGITIMITÉ, BIOCITIZENSHIP Y BIOLEGALIDAD. LA OBESIDAD EN CONTRA DE LA VIDA EN SU MANUAL DE USO

La construcción social y espacial de la obesidad como epidemia, donde aparecen las mujeres de territorios de precariedad como el grupo social más vulnerable, implica, más que las explicaciones causales y la evidencia estadística, un análisis sociopolítico de la vida y la manera como se le concibe y determina. Se trata de ir más allá de la biopolítica foucaultiana cuyo acento se coloca no tanto en el gobierno de la vida, sino en el gobierno de la población desde la legitimidad que se le confiere a partir de la salvaguarda de la vida (Fassin, 2009). En este sentido, lo que está en juego en la invención de la obesidad como enfermedad es una sociedad que se proyecta desde su capacidad para determinar las formas de vida y actuar sobre ellas. Cuando estas formas de vida están condicionadas por la precariedad, como en el caso de las mujeres de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur, la autoridad sobre la vida y la responsabilidad sobre el cuidado de la salud se convierten en un espacio de tensiones eminentemente políticas.

Se trata, por lo tanto, de discutir las tensiones entre las nociones de *biolegitimidad* para actuar sobre la vida, *biocitizenship* como condición humana y *biolegalidad* como correspondencia de la vida con un orden dispuesto.

Frente a la evolución de la medicina en un contexto cada vez más tecnocientífico donde la producción de medicamentos y aparatos ha dado prueba de gran efectividad, la obesidad como padecimiento contradice o va más allá de muchos de los procedimientos habituales para el estudio e intervención epidemiológicos. Además, las dinámicas socioeconómicas y políticas juegan un papel primordial en la evolución de la medicina contemporánea, cada vez más especializada y centrada en la individualidad de los pacientes. La obesidad pone en evidencia los abordajes individuales de la salud y la exigencia por considerar los procesos de subjetividad del paciente para rebasar el tratamiento bioclínico y terapéutico de los padecimientos. La responsabilidad y la autonomía del individuo como productor de su condición de salud se enfrentan así con la legitimidad de la sociedad para regular la vida humana y la construcción de modelos de referencia.

Aun cuando se acepte que la obesidad es un padecimiento, en este caso no se trata del estudio de un problema de medicina, sino de las maneras como la medicina puede intervenir sobre el cuerpo humano y más concretamente de cómo la salud pública concibe la figura de la persona obesa desde las nociones de salud y enfermedad que ella misma construye. Aparece entonces uno de los principales problemas que subyace a las intervenciones dispuestas por la *war on obesity*: ¿de quién es la responsabilidad para actuar contra la obesidad? ¿Qué parte de esa responsabilidad le corresponde al médico y cuál al enfermo? Y más allá del paciente y del médico ¿a quién le corresponde decidir lo que se hace con el cuerpo obeso? Y para esto ¿quién decide si se trata de un cuerpo enfermo? Es en este sentido que la obesidad exige un análisis más allá del mundo médico de la salud/enfermedad para adentrarse en la construcción política de la salud pública y las maneras de concebir y de actuar sobre el cuerpo, con la protección de la vida como pretexto.

El punto de partida para definir un “manual de uso” de la vida desde lo concreto del cuerpo obeso será precisamente definir el cuerpo en cuestión, es decir, precisar que no se trata de la mera determinación biológica del cuerpo sino de las condiciones dadas por la cultura y el contexto sociohistórico en el que se inscribe. La epidemiología pone las bases para el tratamiento categórico del cuerpo desde varia-

bles temporales y geográficas y determinantes de carácter cultural y socioeconómico. En un esfuerzo de mayor profundidad conviene rebasar las condiciones contextuales para pensar los fundamentos subyacentes a la creación de clasificaciones de cuerpos y formas de vida. Como referencia para la teoría crítica que se elabora en este epílogo se reconstruyen tres perfiles de lo obesogénico urbano: uno en South Bronx que se opone al modelo de ciudadanía; uno en La Courneuve que contradice la legitimidad frente a las instituciones; y un tercero en Lomas del Sur desde la informalidad político económica que constituye las dinámicas socioespaciales que impactan en la alimentación y la actividad física.

South Bronx. Racialización y biociudadanía

Tanto Wendy, inmigrante de Guatemala, como Thomas, con referentes europeos, coinciden en que el mayor problema detrás de la obesidad de las mujeres de South Bronx se entiende desde su falta de integración con las normativas dispuestas por las instituciones estadounidenses. Wendy, al lado de su marido, es pastora de una iglesia cristiana de South Bronx. Abogada de profesión, luego de completar sus estudios en Guatemala pudo migrar a Nueva York gracias al estatuto de residencia de su padre. Antes de South Bronx habitaba en Queens, y aun en el presente, aunque su actividad principal se ubica en South Bronx, la mayoría de sus relaciones y vida social suceden principalmente en el vecindario de su anterior residencia, donde también realiza algunas funciones de carácter religioso. Su cercanía con las mujeres que atraviesan circunstancias precarias le ha permitido construirse una idea más o menos fundamentada sobre la vulnerabilidad social de las bronzitas y los factores que le influyen. Para Wendy, el problema es que los afroamericanos, caribeños e hispanos no se adaptan al sistema estadounidense. A diferencia de los asiáticos que habitan mayormente en Queens y que se integran a las dinámicas comerciales y los estilos de vida del “blanco americano”, dice Wendy, los vecinos de South Bronx forman comunidades que quieren seguir con sus tradiciones, su lengua, su comida y que en lugar de cooperar con el país en donde viven envían todo su dinero fuera y abusan de los sistemas de protección social. En lo que toca a la salud, Wendy considera que la estructura del gobierno cumple con sus funciones de proteger a la población, que lanza programas y campañas de concientización, pero que las minorías

étnicas no asumen su responsabilidad y no controlan su alimentación ni cuidan los servicios urbanos dispuestos para un ambiente saludable. Las mujeres del Bronx, dice Wendy, se preocupan por su físico por cuestiones de estética, pero no hacen nada para cambiar porque “así es su cultura” y porque no han aprendido los modos de ser y de hacer de los estadounidenses. La pertenencia a un “modelo americano” es, entonces, el principal problema principal que identifica Wendy, pero esta pertenencia no se juega solamente en la oficialidad de los documentos sino en la correspondencia con un modelo de ciudadanía cuyos principales límites se expresan en el antecedente geográfico de los habitantes y la afirmación de sus estilos de vida, opuestos con el modelo imperante.

La Courneuve. Precariedad de vida y legitimidad política

Los sistemas de protección social de la nación francesa tienen una amplia cobertura para remediar las circunstancias más desfavorables que atraviesan algunos de sus habitantes. Para Yélian, que primero vivió en el centro de París y luego se tuvo que mudar a La Courneuve, el problema principal es que la complejidad de los procedimientos administrativos dispuestos por las instituciones francesas hace difícil el acceso a los servicios para los menos conocedores. Yélian llegó a Francia cuando era pequeña, su padre, un funcionario público de Benín, obtuvo un puesto en la embajada y trasladó a toda su familia desde África hasta la capital francesa. Las diferencias culturales y el color de la piel fueron, para Yélian, la barrera principal para integrarse con los modos de vida de los franceses. Recuerda que para mantener los usos del espacio doméstico su padre se trasladaba cada semana al mercado de Rungis, donde compraba cereales y pescado por mayoreo. Como en Benín, todos los hijos se juntaban alrededor de los botes de pescado para desescamarlo y lavarlo. Luego lo congelaban y se consumía poco a poco. Para Yélian, la reserva de alimentos constituye aún hoy día la seguridad alimentaria de la familia y no tanto el hecho de tener dinero en el banco para comprar los productos día con día. Pero la vida de Yélian cambió con su matrimonio a los 16 años. Se casó con un hombre de procedencia africana, tuvo tres hijos, pero “no le fue bien” porque la golpeaba. Su padre murió. Luego su esposo. Yélian se encontró de repente en la calle. Buscó aquí y allá, conocía las instancias de gobierno pero

no la escuchaban “porque era una mujer y porque era negra”. Finalmente consiguió empleo en los servicios de limpieza. Luego se casó con un “buen hombre”, mucho mayor que ella pero que podría suplir la figura paterna para sus hijos. Se equivocó y vino nuevamente la violencia contra ella y contra sus hijos. Hoy busca un empleo de acuerdo con su formación de secretaria. Está cansada y enferma porque siempre ha trabajado en la limpieza y porque sus amistades de servicios públicos siguen pensando que nunca estudió, que siempre ha vivido en La Courneuve y que su vida en la precariedad será definitiva. Yélian entiende que su actual problema de sobrepeso no se puede explicar desde los profesionales de la medicina, que ya han intervenido sin remediarlo. Más bien debe corregirse desde la oración, el ayuno y la reducción de estrés. No obstante, admite que es necesario seguir las indicaciones oficiales y tratar de llevar una vida lo más parecido a la de los franceses porque, como dicen ellos: *“on n’est pas chez-nous”*⁷⁷.

Lomas del sur. Biolegalidad y mestizaje

La falacia del mestizaje mexicano es que se interpreta como una suerte de igualdad biológica que impediría hablar de racismos, a menos que se utilice el recurso barato de exotizar a los pueblos originales del continente. Es cierto que en Lomas del Sur los habitantes originarios del lugar habrían de buscarse en los alrededores del Valle de Tlajomulco y que la mayoría de habitantes del fraccionamiento provienen del conglomerado urbano de Guadalajara, pero algunos como Diana entienden muy bien que la aparente igualdad de los mexicanos en términos de raza no coincide con las formas en que se atienden los diferentes territorios. Diana pasó su infancia en Miravalle, en la zona centro-sur de Guadalajara. Reconoce que Miravalle es un lugar donde ocurren muchos crímenes, pero ella se sentía más segura allá porque todos se conocen y ya saben quiénes son los delincuentes y los lugares que se deben evitar. En Lomas del Sur, una amiga le consiguió a ella y su marido un crédito para comprar la casita de dos habitaciones donde viven ahora con sus cuatro hijos. Diana considera que el principal problema del fraccionamiento es que todos hacen lo que quieren, como si no hubiera ley: un vecino tiene su caballo en la casa, otro vecino invadió una

77 “No estamos en nuestra casa”.

casa para criar perros de combate, un depravado acosaba a los niños en el campo baldío donde cruzan para llegar a la escuela, un hombre maltrataba a su mujer e hijas y todo se escuchaba y a la señora de una tienda la acuchillaron cuando la robaban solamente porque “se les pasó la mano”. La falta de policía, de regulaciones y de intervención del Ayuntamiento les ha dejado solos, según Diana. La salud y la vida, en este contexto, corren por cuenta propia y cada uno debe procurárselas. Ella, por ejemplo, vende desayunos y comida en la puerta de su casa, además de cervezas durante todo el día y a través de la ventana. Sabe que el ayuntamiento ha multado a comercios irregulares, pero tiene claro que la vida de sus cuatro hijos es su prioridad y amerita correr el riesgo. Su marido, que estuvo en el ejército, intentó abrir un taller de boxeo para los jovencitos del vecindario. Aprovecharon una de las casas abandonadas, la limpiaron y la adecuaron para poner un gimnasio. No obstante, como dice Diana “más tardaron en limpiar que una familia en meterse a invadir”, de modo que la vivienda fue ocupada de forma irregular por los nuevos vecinos. Los problemas de salud, en este contexto, son los problemas de la vida legal y de los márgenes donde se deciden las dinámicas sociourbanas y las actividades cotidianas de los habitantes. En consecuencia, la alimentación y el deporte se deben estructurar desde un sistema de regulaciones que no corresponde con la oficialidad y que frecuentemente se contrapone con las normas; la obesidad, en un contexto que funciona al margen de la ley, tendría que explicarse menos desde los procedimientos mecánicos de las estadísticas y más desde las valoraciones con que se constituyen las formas de vida en la precariedad.

En Francia, por ejemplo, los índices de obesidad se acentúan cuando se atiende al conjunto de las mujeres adultas que viven en territorios de precariedad. Thibault de Saint Pol, en su estudio de la corpulencia masculina y femenina frente al cuerpo deseable (2009), explica que a diferencia del medio rural donde los varones son más corpulentos, en el mundo urbano la corpulencia es más importante entre las mujeres y está se acentúa cuando se trata de poblaciones con bajo nivel socioeconómico. Si la obesidad en términos estadísticos apunta a las zonas de precariedad, también revela un disparo temporal en las últimas tres décadas en las que se duplicó el índice de obesos en la mayoría de países occidentales. La vinculación entre precariedad y obesidad desde una perspectiva socioespacial se puede sustentar en múltiples estudios sobre los procesos de desorganización social y urbana donde se ponen al descubierto las relaciones entre los deter-

minantes socioeconómicos como el ingreso, la vivienda y el empleo con problemas de índole sanitaria y de crimen urbano (Kokoreff y Lapeyronnie, 2013:7).

La acción política sobre territorios de precariedad encuentra en las problemáticas de salud pública su justificación y legitimación necesaria. Si se acepta la definición de Arendt de la acción como “actividad política por excelencia [donde] la natalidad, y no la mortalidad, podría ser la categoría central del pensamiento político como distinción del pensamiento metafísico” (1958:9), la vida aparece en el nacimiento como la condición humana por excelencia en cuanto constituye la posibilidad de acción del individuo. Al mismo tiempo, la acción política fundada sobre la vida como condición constituye el fundamento antropológico (es decir metahistórico) de las instituciones y permite el despliegue de técnicas y regulaciones para el uso de la vida (Virno, 2016:23).

La obesidad puesta en el campo de la acción política y la conceptualización de la salud pública adquiere una visibilidad política y se pone en el centro del campo de batalla. Por un lado aparece la vulnerabilidad de la vida y la condición humana determinada por los contextos de precariedad como un llamado a la responsabilidad individual en el cuidado de sí y por otro el despliegue de acciones institucionales que proponen una serie de medidas como solución a los múltiples problemas de salud y desorganización social. La multidimensionalidad del fenómeno de obesidad en la *banlieue* parisina, en este sentido, no exime de la reflexión integrada de la salud, la violencia, la precariedad y la vulnerabilidad de las mujeres. Es cierto que la acción política sobre un problema complejo suele causar desequilibrios cuando actúa, por ejemplo, solamente sobre la precariedad y aumenta la desigualdad entre hombres y mujeres, o cuando, por el contrario, se apuesta por la emancipación femenina y se ocasionan desajustes socioeconómicos en los hogares. Probablemente a esto se deba el poco interés de los habitantes de *cit  * cuando se ponen en marcha políticas públicas bien intencionadas que ponen en tensión constante a las instituciones con la sociedad, porque no se consideran las bases menos económicas y más de índole sociocultural o inclusive religiosa sobre las que se organiza la vida en estos territorios.

Actuar sobre la sociedad en nombre de la vida como principio de legitimidad no resuelve el problema de definir quién es el agente adecuado. En lo más concreto de una enfermedad, y en este caso la afirmación de la obesidad como epidemia, el primer impulso sería

depositar la responsabilidad en los especialistas de la salud pública. No obstante, las discusiones sobre la vida y la muerte de los seres humanos no necesariamente se refieren a las cuestiones médicas, y no son los médicos quienes deciden en mayor grado sobre la vida de las personas y más bien “los decisores son con frecuencia políticos, funcionarios, agentes administrativos y gerentes comerciales” (Saillant y Genest, 2005:2).

Entramos de esta manera en otra problemática: la de una biopolítica de núcleo económico y financiero. Aclarando que la noción de Foucault sobre el biopoder no trata de una política de la vida sino de una gobernanza de la población y sus conductas, en la economía liberal se han puesto en marcha diversos mecanismos por medio de los cuales cada individuo reproduce una identidad y corporalidad propia a partir de las disposiciones de inversión, de consumo y del mérito individual como motor de subjetivación. En el contexto estadounidense, donde las lógicas de producción y consumo se volvieron constitutivas de la sociedad en la época fordista, las nuevas condiciones del liberalismo económico que externaliza la producción han dejado el consumo como principio único de definición de la clase media estadounidense (Guthman y DuPuis, 2006:443).

Aunque no se limita al contexto estadounidense, la gobernanza del liberalismo económico sobre los cuerpos se hace más evidente en Estados Unidos que en Francia y México. En su lectura de Foucault, Mitchell Dean considera que en el actual contexto económico el individuo se convierte en el principal responsable de su vida a partir de continuas decisiones frente a la gestión de los riesgos. La gobernanza liberal establece entonces una distinción entre los ciudadanos que son capaces de administrar sus propios riesgos y aquellos sobre los que se debe intervenir por su falta de capacidad para combatir los riesgos a los que se enfrentan (1999:167). Aparece así una clasificación de los ciudadanos basada en su capacidad para enfrentarse al contexto socioeconómico y desde una cierta política sustentada en los determinantes económicos de la condición humana y las formas de vida.

La noción de *biocitizenship* no es una novedad en el contexto occidental y en la contemporaneidad estadounidense parece actualizarse en el discurso racializante de Donald Trump. El principio de pertenencia y de ciudadanía se pone en la balanza del biopoder y se despliegan los mecanismos racializantes del colorismo, la apariencia corporal y el lugar de procedencia. Como en el siglo XIX, la racialización se sustenta en principios bioculturales para justificar la exclusión y, de forma me-

nos visible, la eliminación de las formas de vida que representan un peligro para la población que sigue la norma.

Tener la talla corporal de aquellos a quienes se persigue no dista mucho de los procesos de exclusión y eugenesia de épocas pasadas. En el caso del cuerpo obeso y su falta de correspondencia con el modelo de corporalidad imperante, no se trata únicamente del exceso en la talla, sino de la afrenta con que se interpreta su falta de sumisión al modelo dispuesto. La salud pública, que legitima un índice de masa corporal como medida del cuerpo saludable, reconoce al mismo tiempo la existencia de un parámetro de referencia de carácter estrictamente físico-biológico. Aun cuando el discurso actual introduce en la noción de ambientes obesogénicos la idea de un entorno tóxico que reproduce la obesidad, el carácter eminentemente estadístico de los referentes de la salud pública hace hincapié en la existencia de grupos poblacionales que representan un riesgo por su no correspondencia con los parámetros de alimentación y de actividad física que se han instituido como “la” solución a nivel de las colectividades.

En la construcción socioespacial de la epidemia de obesidad se teje una cierta *biocitizenship* con efectos considerables sobre la regulación y eliminación de los seres humanos considerados como un riesgo frente a la norma. A diferencia de otras formas de racismo, cuando las clasificaciones se operan desde la biopolítica y se utiliza la vida como principio de acción política, la atención se dirige a la figura corporal y los estilos de vida, pero no siempre se hace evidente la correlación de las estadísticas de obesidad con las de raza, género, medio socioeconómico y lugar de residencia.

De acuerdo con Arendt, la condición humana de pluralidad corresponde con la capacidad de acción y con el hecho de que los humanos habitan la tierra que les determina. Afirma que “mientras que todos los aspectos de la condición humana están de alguna manera relacionados con la política, la pluralidad es específicamente ‘La condición’ no solamente en el sentido de *conditio sine qua non*, sino también como *conditio per quam* de toda la vida política” (1958:7). Si la acción política se refiere a la puesta en relación del ser humano con las cosas y con el mundo en el que habita, la salud pública encuentra en la condición humana de corporalidad una justificación suficiente para el control de la población en términos de alimentación y gasto calórico por actividad física. Esta corporalidad no encierra únicamente la condición de talla, sino la multidimensionalidad biocultural del ser humano donde el género, la memoria y las creencias son fundamentales.

La vida se revela entonces como una "actividad de uso" y como una "cosa usable" donde ya no se puede distinguir entre la producción y la acción políticas (Virno, 2016:27). Como el acento se coloca no en la vida como tal sino en las formas de vida, la crítica a los disidentes se dirige a sus características bioculturales y los estilos de alimentarse y de habitar. La ciudad deviene una plataforma por excelencia para la acción política en cuanto que "el único material indispensable para la generación de poder es que la gente viva junta" y el modelo de ciudad-estado en la civilización occidental constituyó desde el principio "el prerequisite más importante para el poder" (Arendt, 1958:201). Dos cosas entran en juego cuando se apela a la obesidad desde lo urbano: por un lado, está una *biocitizenship* que se respalda en el modelo occidental de ciudadanía; por otro lado, la constitución territorial del mundo a partir del estado-nación y la multiplicación de fronteras dispone una gobernanza de carácter espacial sobre las formas de vida y sobre la corporalidad instituida para cada territorio.

Esta nueva forma de ciudadanía se gesta entre la biomedicina, la biotecnología y la genómica, pero se adhiere a los proyectos históricos de ciudadanía que se modelaron a partir de límites territoriales, la obligación de hablar una misma lengua, la imposición de un único sistema legal, la imposición de un sistema universal de educación, el diseño urbano y la gestión del espacio público y el desarrollo de los sistemas de seguridad (Rose y Novas, 2005:439). Todos estos mecanismos fraguaron al mismo tiempo los estados nación de la modernidad y los perfiles individuales que constituyen a la ciudadanía a partir de la regulación biológica. Como consecuencia, la organización sociopolítica derivaría en una racialización de la cultura y de la higiene y el surgimiento de diversos proyectos de ciudadanía con sus órdenes jerárquicos correspondientes. La individualidad de la corporalidad estaría configurada desde las decisiones individuales, pero también de la responsabilidad con la colectividad y la construcción de ciudadanía por incorporación con la sociedad en correspondencia con los modelos aceptados de corporalidad.

El color, la talla, la raza y el origen territorial, para la ciudadanía biológica, habían de asimilarse en un único modelo, a partir de la asimilación con la norma imperante. Pero las experiencias del linaje y del nazismo, tanto como la idea de una nación de mestizos, ponen de manifiesto que las naciones no sólo se constituyen a partir de principios políticos sino de características biológicas y culturales. La obesidad

como afrenta al modelo de talla constituye una afrenta también contra el proyecto de ciudadanía por contradecir los parámetros bioculturales sobre los que se asienta el modelo de salud, de estética y de comportamientos de la sociedad occidental del siglo XXI. Si además la talla está vinculada con el proyecto incompleto de asimilación del color, la raza y la pertenencia territorial, esta asimilación y falso mestizaje que se anunciaban como solución se vuelven instrumentos legitimadores para excluir a los individuos que no corresponden con las expectativas biopolíticas del discurso imperante.

Y cuando no se siguen las normas dispuestas por la acción política ¿se puede pensar en una salida del control y la regulación a partir de la corporalidad? Porque desde la biopolítica y el control del cuerpo una persona obesa que se cuida se convierte en agente de su salud y de su vida, pero existe también la contraparte: no cuidarse, no seguir instrucciones ni tratamientos. Arendt explica que la no correspondencia con un modelo único, la pluralidad de la condición humana es lo que posibilita la acción política. Considera que la existencia de una forma única de ser humano volvería la política “un lujo innecesario” (1958:8). En esta multiplicidad de las formas de vida quedan contenidas también las formas disidentes, y el biopoder se modula a partir de figuras desiguales de integración donde la acción política opera de forma clasificatoria sobre los grupos de la población y las fronteras socioespaciales.

La biolegalidad, entendida como la correspondencia entre las formas de vida y las estipulaciones dispuestas por las estructuras políticas, se manifiesta en los territorios de precariedad de México como la forma de biopoder más representativa. Se trata de la vida como protesta y como ruptura frente a un estado-nación que la amenaza. Mientras algunos podrían decir que el cuerpo obeso es una condición secundaria, en el contexto mexicano se teje entre las corporalidades que pueden ser suprimidas porque incomodan y violentan los procesos geopolíticos. El ataque orquestado contra la obesidad no existe sino en su forma de ataque contra los obesos y sus estilos de comer y de habitar. La *war on obesity* es una apuesta sutil para eliminar formas de vida que se salen de los marcos de la normalidad donde las leyes y los cuerpos se alinean. Ser obeso equivale a ser ilegal frente a las leyes del cuerpo saludable y las regulaciones dispuestas para una “vida normal”. Sin ambicionar un análisis desde el derecho, su argot y sus procedimientos se puede reconocer la tensión que resulta entre el gobierno de la vida, la legitimidad para actuar en nombre de la vida

desde la política y la legalidad de la condición humana en un contexto de precariedad.

Mientras que en Francia se prohíbe el término de personas ilegales por su carácter esencialista y se habla más bien de “personas en situación irregular”, en Estados Unidos no solamente se emplea *illegal* y *alien*, sino que se puede hacer la precisión *illegal alien* para referirse a las personas que residen en un territorio sin contar con los principios ni de ciudadanía ni de legalidad. Mientras que la legalidad se refiere a la falta de los documentos probatorios, la ciudadanía se impone desde la condición de extranjero y la no pertenencia al estado-nación en que se reside. En ambos casos, se trata de una clasificación de los seres humanos por su territorio de procedencia, pero en ninguno de ellos se hace palpable la gobernanza desde la condición humana y las formas de vida. No se percibe, por ejemplo, que los procesos migratorios y los trámites de asilo operan desde la vida y la salud como condiciones básicas para adquirir un cierto estatuto.

Los estudios de Didier Fassin sobre las personas en situación irregular en Francia y los procesos de *demande d’asile* manifiestan la importancia de la salud y las consideraciones sobre la vida como determinantes de la aceptación o rechazo de un individuo que solicita refugio en el país. Fassin explica que la presencia de alguna enfermedad o condición médica legitimada facilitaba los procedimientos, y que con frecuencia son los mismos médicos quienes se empeñan en la búsqueda de una cierta condición humana más favorable con los lineamientos estipulados por la ley. La vida, en este contexto, opera como legitimadora del estatuto político y la legalidad, pero a partir de sus formas de precariedad.

La *fat-phobia*, dice Manheim (1999), es un excelente medio para el enriquecimiento de quienes promueven la esbeltez, y los bulímicos en su constante ansiedad por consumir y al mismo tiempo su obsesión por el cuerpo delgado, habrían de verse como el modelo perfecto de ciudadanía. No obstante, lo que se pone en juego es la vida y la manera como se usa en las disposiciones políticas. Virno entiende que el uso de la vida está en la base de la producción y de la praxis políticas, y que además es anterior al uso a la política (2016). Cuando se trata de padecimientos socialmente contruidos a partir de un referente único de salud corporal, como en el caso de la obesidad, es precisamente el uso de la vida dispuesto contra el que se atenta. La salud, entonces, legitima la acción política desde un uso de sí mismo y de la propia existencia que habría de ordenarse en un acuerdo con las disposicio-

nes de la ciudadanía y de las regulaciones no solamente respecto a la alimentación, sino a las maneras de organizar el espacio doméstico y de aparecer en el espacio urbano.

El problema de lo urbano obesogénico es, en definitiva, no tanto un problema sociocultural de los comportamientos alimentarios y de cuidado del cuerpo, sino un asunto eminentemente político. En el estudio de la ciudad obesogénica y de las desigualdades sociourbanas que se manifiestan en los territorios de precariedad, y con la referencia del análisis comparativo de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur, se revelan procesos de injusticia social y de desintegración territorial donde se manifiesta sobre todo el fracaso de las políticas socioeconómicas y urbanas. Por eso, si existe un problema de alimentación y de actividad física, como se evidencia en los altos índices de reportes estadísticos, no es bajo el título de obesidad que se deben enfilas las acciones, sino en el combate a las desigualdades alimentarias y la integración socioespacial de los grupos más vulnerables. En definitiva, es la mayor precariedad de algunas vidas la que está en juego y una plataforma política que hace de los territorios urbanos de precariedad un espacio desorganizado donde se intensifica la vulnerabilidad de las mujeres frente a lo obesogénico de la ciudad.

RESULTADOS COMPLEMENTARIOS

Buffet, refill y sobremesa.

Figuras globales de la abundancia alimentaria

A pesar de que las políticas públicas de salud se siguen pensando a nivel de los comportamientos individuales, como lo indica Nestle (2002), existen factores eminentemente culturales que definen las maneras como los individuos se alimentan. Las interacciones globales y la mercantilización de la alimentación no implican solamente el aumento de productos industrializados sino la transferencia de pautas de una cultura a otra, en lo que se refiere a los modos de pensar y de organizar la comida. Así, la modalidad de *buffet* se ha generalizado en detrimento de los modelos familiares donde había un único platillo para todos los miembros; la idea de *refill* que implica lo ilimitado en las cantidades ha pasado desde las cadenas comercializadoras de alimentos hasta las prácticas alimentarias donde la bebida o el *snack* se sirven sin limitación; y la prolongación de momentos vinculados con la comida, como la “sobremesa” del mundo hispanoparlante han ampliado la escena de alimentarse hasta la convivialidad que acompaña conversaciones prolongadas o juegos de mesa.

La idea de que, para contrarrestar la obesidad bastaría con campañas de educación y de regulación de los comportamientos individuales no puede olvidar las diferencias culturales y las lógicas colectivas vinculadas con la alimentación. En Abiyán, Costa de Marfil, los antropólogos indican que hasta 1979, antes de la modernización urbana de la ciudad, “la comida se pensaba y calculaba en función de las normas colectivas, esto es: los comensales se comparten lo que hay, y con frecuencia comen todos de la misma cubeta y con la mano. No existen partes individuales separadas ni distribuidas en platos individuales, a menos que se guarde un solo plato para el jefe de familia que llegará tarde” (Vidal y Le Pape, 1986:100). En este sentido, es necesario

considerar cada grupo social y sus herencias culturales respecto a la alimentación, así como la evolución y la transformación tanto de los productos disponibles como de los ritmos de vida y los determinantes socioespaciales sobre los que se organizan las prácticas alimentarias.

Entender los modos de alimentarse es, entonces, un asunto mucho más complejo que el análisis de los comportamientos individuales. Por eso nunca será suficiente educar y convencer a los individuos sobre ciertas prácticas que son más saludables ni sobre la selección de ciertos productos que se juzgan convenientes para su bienestar. Existe otro tipo de determinantes que se tejen entre las particularidades de las dinámicas locales y la comunicación global de los modos de hacer. De aquí los constantes fracasos de programas sociales de promoción de la salud o de transferencias económicas que pretenden modificar los comportamientos individuales y simplificar las desigualdades alimentarias. En consonancia con las recomendaciones del INSERM sobre las desigualdades en alimentación “el análisis de los determinantes sociales y culturales de la alimentación toma todo su sentido [cuando] se trata de evaluar la importancia de la dimensión colectiva e identitaria de los comportamientos alimentarios” (2014:217).

En este sentido, un análisis sociohistórico que tome en cuenta al mismo tiempo las condiciones de accesibilidad de los productos y la evolución en las formas de consumirlos ayudaría a entender con mayor profundidad la interacción entre aspectos localizados en territorios más concretos y desde las dinámicas globales de transferencia de la cultura y los productos alimentarios. En este sentido, y desde el análisis de la ciudad obesogénica, se descubre el estudio paralelo de *buffet*, *refill* y sobremesa como una manera pertinente para estudiar lo más general de la evolución en los modos de consumo.

Bio, all-natural y orgánico.

Modelos excluyentes de salud alimentaria

Un segundo resultado complementario sobre lo obesogénico urbano es el descubrimiento de la polarización de la cultura alimentaria a partir de la ecología y del respeto al medio ambiente, vinculados con la idea de una mayor salud. Sucede que desde principios del siglo XXI se ha incrementado la idea de los productos “más naturales” como garantía de salud, a los que además se promueve desde la nutrición por su mejor calidad para una dieta balanceada. Lo que se hizo evidente en

esta investigación es que las emergentes dinámicas alimentarias de lo “*bio*” en Francia, lo “*all-natural*” en Estados Unidos y lo “orgánico” en México no sólo retratan, sino que incrementan las desigualdades sociales en términos de accesibilidad alimentaria.

Pierre Bourdieu, en su estudio sobre el gusto a partir del análisis de la sociedad francesa, distingue entre los gustos de las clases populares, a los que llama “gustos de necesidad”, contra los “gustos de libertad” de las élites opulentas (1979:198). Según Bourdieu, los gustos de necesidad, que se observan en los territorios de precariedad, tienden a privilegiar los alimentos más nutritivos y económicos por un doble componente: la disposición de menores recursos y la mayor carga de trabajo físico. A diferencia de ellos, el gusto de las clases altas se define por su mayor libertad para decidir, lo que se observa en buena manera en su cultura alimentaria de mayor variedad, el incremento de gasto en restaurantes o la posibilidad de integrar una cultura más respetuosa de las lógicas medioambientales.

Además, en la emergencia de las culturas *bio*, *all-natural* y orgánica se perfilan las élites contemporáneas de la sociedad liberal: en primer lugar una élite de intelectuales que defiende una serie de normas de comportamiento alimentario a partir de una mayor conciencia ecológica; en segundo lugar se observan las élites opulentas que adoptan ciertas “modas” alimentarias no tanto por respeto a la naturaleza sino por los discursos nutricionales y biomédicos que categorizan los alimentos según una escala de conveniencia o perjuicio para la salud corporal. En ambos casos, las dinámicas globales y el pensamiento neoliberal son clave para entender cómo el capital se ha ido apoderando de mundos nuevos, como el natural, para introducirlo en sus lógicas de producción de sentido y de valor monetario. Esto es, la clasificación de alimentos a partir de los discursos de la ecología abrió la puerta para la mercantilización de “lo natural” convirtiéndolo en una nueva herramienta para clasificar los grupos sociales.

Tampoco se puede decir que la cultura *bio*, *all-natural* y orgánico, en sí misma, sea una causa de las desigualdades alimentarias, sino que constituye más bien un reflejo de problemas con mayor profundidad y de mayor complejidad. La evolución de las culturas alimentarias que se consideran en este trabajo, como la caribeña, la francesa, la marroquí, la africana y la mexicana obedece a procesos sociales que se vuelven característicos no tanto de una región geográfica sino de los grupos sociales que los consumen, así como de su contexto socioeconómico específico. En este sentido, y desde un cruce de las culturas alimenta-

rias revisadas, se observa que las diferencias de alimentación entre las élites opulentas y los hogares más modestos se refieren de forma muy particular a los diferentes modos de pensar la comida de acuerdo con el medio social y el acceso a los recursos.

Por otro lado, la contradicción del capitalismo que incita al consumo y al mismo tiempo promueve la esbeltez retrata en los cuerpos la nueva asignación de valores a los excedentes mercantiles (Guthman y DuPuis, 2006:442), es decir, que las culturas alimentarias emergentes como *bio*, *all-natural* y orgánica se construyen sobre valores monetarizados que se depositan sobre los productos considerados como "más naturales" y que determinan su accesibilidad en precio y en variedad. En este mismo campo la obesidad se adhiere como un mercado reciente: se trata de descubrir, desde las dietas, los alimentos que son más convenientes para el cuerpo. Por medio de la amenaza a un cuerpo obeso y menos saludable, y muy de la mano con la idea de consumir productos que parecen comida pero que no actúan como comida en el cuerpo por su bajo impacto, se trata de una doctrina de la neutralización del cuerpo, que puede mantenerse mejor a partir de fármacos como los suplementos alimenticios o de dietas más "naturales" por el menor procesamiento de los ingredientes.

Este descubrimiento, que aquí apenas se menciona porque no corresponde con la línea central del estudio, podría desarrollarse con mucha mayor profundidad desde un planteamiento y contextualización rigurosas, tanto de la moral alimentaria de las teorías medioambientales como desde las desigualdades en las dietas alimentarias a partir de la condición socioeconómica y las dinámicas culturales en contextos bien definidos. Lo cierto es que, por debajo de los discursos de mayor saludabilidad y respeto a la naturaleza, en la cultura *bio*, *all-natural* y orgánica se pueden leer los mecanismos contemporáneos para categorizar las sociedades con una fuerte justificación en sus comportamientos alimentarios, y enfocar una problemática de salud como la obesidad a sus componentes éticos y su determinación socioeconómica.

Salle du sport, gym y eskatoparque.

La masculinización de la actividad física

El tercer resultado complementario se desprende del análisis de la actividad física y la ciudad como una plataforma para la movilidad social de las mujeres. Sucede que la emergencia de prácticas deportivas en-

tre las mujeres de los grupos sociales de mayores ingresos se ha ido valorando como una oportunidad de afirmación frente a las masculinidades. No obstante, las estructuras urbanas siguen manifestando una fuerte masculinización de la oferta deportiva así como de la adecuación a las lógicas de la corporalidad femenina y la manera como se construyen los espacios sexuados desde el cuidado del cuerpo.

Algunos estudios revelan la correlación entre los determinantes de la actividad física y los factores socioeconómicos de la población; en el análisis se observa la correspondencia entre un bajo estatus profesional y un menor interés por la actividad física (INSERM, 2014:207). Además, si se considera la particularidad de los equipamientos deportivos contemporáneos, representados en la triada *salle du sport*, *gym* y *eskatoparque* se puede entender por qué las mujeres tienen comportamientos más sedentarios, sobre todo cuando la condición de género está contextualizada en un medio socioeconómico más precario.

Desde el urbanismo, y a partir del análisis de políticas urbanas que se establece en los capítulos 3 y 4 de este estudio, se puede observar el gran desinterés por atender, desde las políticas urbanas, las desigualdades de género en los equipamientos deportivos. Las prácticas femeninas se han descuidado desde el diseño hasta la animación de espacios deportivos como *salle du sport*, *gym* y *eskatoparque*, que representan los modelos más sobresalientes de las propuestas urbanas de actividades deportivas en territorios de precariedad. Sucede, a menudo, que en las zonas urbanas donde se afirma la desorganización social, muchas de las actividades deportivas se incentivan desde las políticas públicas como un apoyo para la reintegración social. De aquí que los varones aparezcan como el grupo social de referencia para organizar tanto los espacios como las actividades en los centros deportivos. Se trata, en filigrana, de una masculinización intencionada de los espacios deportivos y de su utilización, y la naturalización de la ausencia femenina porque no corresponde con la manera como se organiza la actividad física entre los varones de estas zonas urbanas.

La oferta deportiva en estructuras urbanas como *salle du sport*, *gym* y *eskatoparque* se dirige de forma preferencial a los varones y se organiza alrededor de la sexuación de las prácticas deportivas. Se entiende, por ejemplo, que la danza es para las mujeres y el fútbol para los hombres. De este modo, afirma Guérandel en su estudio del deporte en las *cités* francesas, la historia de las políticas de integración por medio del deporte sobrevalora las prácticas masculinas y va en detrimento de las prácticas de las mujeres y en contra de lo mixto de la

actividad física (2016:74-75). La idea de que los jóvenes varones de territorios de precariedad son “potencialmente peligrosos” termina por justificar que se les dé preferencia respecto a los espacios deportivos de los que se espera que actúen como un catalizador social frente a la violencia (Gasparini y Vieille-Marchiset, 2008:105).

De manera aleatoria a lo urbano obesogénico, y desde la exclusión de la mujer en la ciudad, la evidencia que se rescata sobre las políticas urbanas de integración social que pretenden actuar sobre los problemas más urgentes de violencia es que actúan en favor de la figura del varón y no solamente no permiten, sino que obstaculizan los avances en términos de igualdad de género desde los modos de habitar la ciudad. Si al mismo tiempo se rescata la importancia de las actividades deportivas como un eje fundamental de la integración socioespacial, las políticas urbanas deben considerar el acceso igualitario de mujeres y hombres de todas las edades en aquellos espacios donde la actividad física y la interacción social se construyen a partir del deporte. Aunque los estudios de las prácticas deportivas siguen apareciendo como marginales a los procesos sociales, es necesario apuntalarlos desde la abundancia de investigación en la línea de género y de urbanismo

CONCLUSIONES

Le point décisif n'est pas la découverte du nouveau continent, mais une manière différente de l'habiter

El punto decisivo no es el descubrimiento de un nuevo continente, sino el de una manera diferente de habitarlo.

PAOLO VIRNO, 2016:287

Sobre la teoría del urbanismo y de la obesidad

El estudio de lo urbano obesogénico revela, en primer lugar, las carencias de los estudios sobre la ciudad desde las perspectivas antropológicas y los estudios de frontera disciplinar. Desde principios del siglo xx y hasta poco después de la primera mitad del siglo el urbanismo fue pensado desde las lógicas del Estado intervencionista. Las sucesivas crisis, primero de la industria y de la manufactura, y luego de la economía global y la flexibilización del mercado, significaron a partir de la década de 1970 un nuevo horizonte para la organización de las ciudades. Estos cambios en la manera de intervenir en las ciudades, dirigidos sobre acciones de índole eminentemente económica, coinciden con el aumento de las desigualdades sociales y la territorialización de la precariedad que ha ido formando “enclaves” de problemáticas sociales que se acumulan. Este estudio sobre lo urbano obesogénico y la vulnerabilidad femenina revela, en primer lugar, la concentración de problemáticas sociales en algunos territorios, a partir de un mundo donde la acción política tiende hacia la “nueva monarquía política” que habría de corregir el rumbo actual y asegurar el bienestar de sus súbditos. Desde los distintos sistemas sociopolíticos, como Estados Unidos, Francia y México, se observan dinámicas nacionalistas que afirman las fronteras, justificándose en las diferencias construidas desde los diferentes modos de vivir y de habitar el territorio. Las estrate-

gias para erradicar la obesidad, o más bien para erradicar a los obesos, instrumentalizan el riesgo social contra vida y la salud como argumento fundamental para la acción política desde un discurso de exaltación de las diferencias y de instauración de controles sobre las maneras de comer y de habitar. La paradoja es que mientras el mercado, que requiere del consumo masivo para existir, ha descubierto en los pobres su cliente más novedoso y numeroso, los estados pretenden la regulación de la salud a partir de la difusión de modelos autogestivos de cuidado, que suponen la autonomía y responsabilidad individuales, para decidir de acuerdo con el modelo hegemónico de cuerpo saludable, dispuesto desde el modelo de individuo blanco occidental.

En el estudio particular de la precariedad urbana se han encontrado dos abordajes principales. Una primera perspectiva es la que aborda los territorios de precariedad como “el problema”, por sus características de desvío frente al modelo de organización socioespacial que supone el bienestar equitativamente repartido. En este enfoque, los territorios de precariedad son estudiados desde sus diferencias y lo particular de las dinámicas internas que se generan entre los habitantes. La limitación de este enfoque radica tanto en el exotismo como en la negatividad con que se construyen las argumentaciones, abriendo la puerta para el tratamiento impositivo desde el urbanismo y las estructuras políticas. La segunda manera de pensar los territorios urbanos de precariedad es como si fueran “su propia solución”, esto es, que estos espacios contienen una dinámica particular que se debe fortalecer, en contra de introducir cualquier solución importada. En este sentido, las intervenciones del urbanismo sobre los territorios de precariedad suponen que la organización de las ciudades y la acción/omisión política en materia de vivienda, infraestructura y servicios son la explicación fundamental de las desigualdades socioespaciales en las ciudades. De aquí que la mayoría de estudios sobre la desigualdad urbana estén dirigidos hacia nociones como gentrificación en los países del norte y derecho a la ciudad en el hemisferio sur.

A partir de este estudio, y sin desacreditar los esfuerzos conceptuales de la justicia espacial, el derecho a la ciudad o la gentrificación, se descubre que las elaboraciones eminentemente abstractas de autores como Saskia Sassen y Edward Soja difícilmente alcanzan para una comprensión concreta de los territorios de precariedad, en la que se haga visible la coexistencia de mecanismos locales y globales y donde la economía política se considere como una parte del conjunto de dimensiones explicativas. El problema fundamental de estos enfoques

es de escala. Los territorios estudiados revelan la importancia de investigaciones localizadas y contextualizadas que no siempre admiten generalizaciones. Conviene, entonces, replantear la sociología urbana desde el análisis multiescala de la (des)organización socioespacial en las ciudades y poner en tensión los elementos locales y globales. Al mismo tiempo, la mirada antropológica del urbanismo ha demostrado sus alcances para desentrañar los procesos y mecanismos sociales que ayudan a entender los territorios de precariedad desde las particularidades con que se organizan y sus tensiones con el entorno inmediato y las dinámicas globales. En este sentido, más que pensar en territorios de precariedad en términos de problemas y soluciones se trata de desentrañar las desigualdades e injusticias sociales desde los modos como se configuran los espacios urbanos en los diferentes contextos económico-políticos.

Desde el estudio integrado de la ciudad obesogénica se propone una comprensión alterna del espacio urbano: la de los modos de habitar. La morfología urbana, el urbanismo y las políticas de planeación encontrarían en los modos de habitar su cruce con las dinámicas sociales. De esta manera, no se trata únicamente de comprender las transformaciones en la gestión de la ciudad o en las condiciones económico políticas de los habitantes, sino de entender las maneras como se crean los diferentes espacios a partir de la habitabilidad humana. Tanto la alimentación como la actividad física, en cuanto prácticas sociales, tendrían un mayor alcance epistemológico si se revisan desde las maneras como los seres humanos habitan el espacio y lo transforman constantemente a partir de sus acciones. Además, si la acción política surge a partir de la puesta en relación del ser humano con el mundo y con los demás individuos, la condición fundamental de un ser humano, de cualquier sexo y talla, es precisamente aquello que lo hace "ser humano" y "habitante" en un mundo particular. En esta lógica, los modos de alimentarse y de habitar son también un manifiesto de las maneras como los residentes construyen su condición de habitantes, desde una relación de carácter eminentemente político. Pensar el urbanismo desde los modos de habitar y alimentarse es, por lo tanto, reafirmar el espacio urbano desde las dinámicas sociales de lo ordinario y desde relaciones de poder que lo configuran. En fin, los modos de habitar y de alimentarse son una alternativa para tejer los vínculos entre lo humano y lo biofísico, manifiestos en el posicionamiento del sujeto desde su propia corporalidad y mediante su autoafirmación en el territorio.

En cuanto a la obesidad y su cruce con el urbanismo, los enfoques de la salud pública siguen privilegiando el estudio de los comportamientos individuales respecto a la alimentación y la actividad física. La propuesta que se hace en este trabajo, de abordar la obesidad desde la antropología política de la salud urbana, ha permitido cuestionar la construcción social de los problemas de salud, y contextualizar la problemática específica de la obesidad desde los procesos y mecanismos que la anuncian como un riesgo contra la vida en el mundo contemporáneo. En lo más específico del cuerpo obeso, esta investigación afirma la necesaria consideración de múltiples perfiles de obesos y la indispensable contextualización de la enfermedad para atender, no tanto la obesidad, sino los espacios alimentarios y de actividad física donde este fenómeno atenta contra la salud global. Se puede concluir, por lo tanto, que la obesidad es solamente una etiqueta, puesta por las instituciones oficiales, para nombrar un problema mucho más complejo y multidimensional: el de la desigualdad en el acceso a la alimentación y la actividad física, que aquí se ha revisado desde las tensiones en los modos de habitar y de alimentarse, que se modulan desde la mercantilización del territorio y la corrupción de estructuras políticas. Esto no significa que desaparezca el riesgo contra la vida sobre el que se construye la *war on obesity*, pero permite ilustrar cómo este riesgo es socialmente producido y cómo se reviste de caracterizaciones que corresponden con las lógicas económico políticas y urbanas de las élites imperantes.

Sobre la metodología

Las conclusiones en términos metodológicos se estructuran en tres descubrimientos principales que surgen desde los procedimientos de la investigación puestos en perspectiva en el trabajo integrado. En primer lugar la autoetnografía como una plataforma básica para el desarrollo de la teoría crítica del urbanismo. En segundo lugar la etnografía comparativa como un camino excepcional para desentrañar el mundo empírico desde tejidos locales y globales. En tercer lugar la observación directa como refuerzo de las estadísticas y reconstrucción contextualizada de los datos cuantitativos. En los siguientes párrafos se explica con más detalle la fortaleza metodológica que se descubre en esta investigación y que se propone como referencia para los estudios del urbanismo y la salud pública.

La autoetnografía y la teoría crítica. En contra de los arquetipos metodológicos que se utilizan como plataformas irrefutables en la construcción de muchas investigaciones, este estudio revela la importancia de los procesos constructivos de la teoría y la metodología desde la confrontación constante entre el investigador y el mundo empírico que estudia. La autoetnografía ha sido un proceso en constante reelaboración, desde un conjunto de lineamientos que motivan un ejercicio de autoexploración crítica en la que se ponen en tensión el *self* con la teoría y con el mundo empírico. En el estudio concreto de lo urbano obesogénico, por ejemplo, al mismo tiempo que se registraron las observaciones sobre el campo de estudio y con base en tres ejes previamente dispuestos, se fueron incluyendo poco a poco otras observaciones sobre la recuperación de teorías, sobre el dato empírico y sobre la epistemología del investigador. En este sentido, en lugar de seguir un procedimiento acabado desde el principio, se propone un camino más libre y constructivista de la investigación que exige la reelaboración constante de los conceptos y los instrumentos operativos. La autoetnografía como procedimiento reflexivo, y la interiorización constante de los mundos que se estudian, abonan para la teoría crítica no solamente en la colecta de los datos vinculados con la experiencia propia, sino en el cribaje de los métodos clásicos y la construcción constante de sentido, a partir del propio descubrimiento de nuevos procesos cognitivos y afectivos que reconfiguran los métodos para pensar, reconstruir y analizar el mundo social.

Otro elemento que suele desdeñarse en la investigación, y que en este trabajo ha mostrado su grandeza, es el proceso afectivo del investigador en la construcción del cuerpo empírico y análisis de los resultados. Mientras que algunos hablan de "tomar distancia" o de "neutralizar el dato", esta investigación ha revelado la importancia del análisis empírico de forma intencionada desde la experiencia y posicionamiento del investigador. En desacuerdo con las afirmaciones sobre la neutralidad de los datos, cuando se toca de forma directa la vulnerabilidad humana y lo precario de algunas vidas se hace clara la intervención del autor sobre los datos presentados, de manera que el documento final no se limita al tratamiento de un "objeto" de estudio presentado a manera de radiografía, sino más bien a un conjunto integrado de datos y reflexiones, evaluadas y seleccionadas, que son las que se ponen a disposición del lector para acercarlo al núcleo del fenómeno.

Un segundo aporte del estudio se refiere a la etnografía comparativa, que permitió la intersección entre la especificidad de lo local y las

dinámicas globales. Este dispositivo teórico y metodológico puesto a prueba en el estudio de lo obesogénico urbano ha sido esencial para la integración de los datos y la fabricación del análisis desde una antropología crítica que considere los procesos globales. El estudio de lo urbano obesogénico ha demostrado la urgencia por una etnografía que rebase el anclaje y el exotismo de los territorios particulares para inscribirlos, por medio de la comparación, en medio de los procesos sociales de escala mundial. En la misma línea, la etnografía comparativa se interesa menos en la generalización de las problemáticas y más en los tejidos de las mismas a partir de sus ecos y disonancias en otras latitudes. El argumento de fondo es que el conocimiento socioantropológico del mundo contemporáneo habrá de tomar en cuenta la superación de dinámicas localizadas para develar la coexistencia de diferentes ideas y prácticas en un territorio específico. Comparar desde la antropología y de frente a los estudios de la ciudad y la salud, aparece como un recurso excepcional para reconstruir lo urbano y saludable desde lo interdisciplinar, lo multisituado y la intersección de escalas. En definitiva, y desde el análisis de South Bronx, La Courneuve y Lomas del Sur, se demuestra cómo la etnografía de casos de estudio particulares permite la construcción de conclusiones comparativas que tejen la triada de escenarios analizados en la contemporaneidad de Estados Unidos, Francia y México y en relación con lógicas internacionales.

En tercer lugar, y desde el acercamiento a los datos estadísticos de la salud pública y el urbanismo, se hace necesario completar los datos desde abordajes cualitativos y ejercicios de observación y conteo de forma localizada. Para ilustrar, se descubre que tanto en South Bronx, como en La Courneuve y Lomas del Sur los reportes oficiales sobre los establecimientos comerciales pasan por alto que la precariedad de algunos territorios detona un dinamismo particular donde lo informal, lo inestable y los acuerdos sociales de compraventa hacen difícil un tratamiento homogéneo de los datos estadísticos y exigen una contextualización particular que escape a los muestreos de las encuestas. Desde Lomas del Sur, por ejemplo, donde la informalidad de los comercios semifijos y ambulantes se complementa con las ventas “de puerta en puerta”, la comprensión de las dinámicas alimentarias de la población no puede completarse si no es a partir de la consideración de estas tácticas locales y su influencia sobre los modos de alimentarse y de habitar. Los análisis estadísticos, por lo tanto, deben contemplar las diferentes geografías y economías, pero ante todo, deben integrar instrumentos metodológicos de carácter cualitativo, como la etnografía,

que rescaten elementos interpretativos que se escapan a las lógicas de las encuestas y a los trabajos deductivos.

Sobre los abordajes de la obesidad y la manera como se enmarca en la salud pública, se pone en evidencia la limitación de los enfoques individualistas del cuerpo obeso en términos políticos, económicos y sanitarios. Aunque muchos científicos insisten ahora en los ambientes obesogénicos como un enfoque multidimensional para estudiar la obesidad, mientras el planteamiento central se mantenga sobre la urgencia de modificar los comportamientos alimentarios y de actividad física a partir de tipos ideales de cuerpo y de dieta, siempre se caerá en la responsabilización de ciertos grupos culturales sobre su condición de salud. La propuesta que resulta de esta investigación, en términos metodológicos, es incluir en los estudios de la obesidad un ejercicio de contextualización desde la antropología política de la salud, para evidenciar cómo se construyen la salud y la enfermedad en un contexto dado y cuáles son las prácticas sociales que revisten de significado a los alimentos y la actividad física respecto a un lugar y momento específicos. En este sentido, más allá de la simple propuesta de un abordaje urbano de la obesidad se trata de un enfoque distinto del problema, en el que se cuestiona la construcción social de la obesidad como enfermedad y la relación entre el padecimiento y las características de la población y del lugar en que se habita.

Una última recomendación es la importancia de la narrativa como recurso para los estudios de salud pública. En contra de los abordajes que se limitan al estudio del cuerpo humano como evidencia, aun si lo tratan desde perspectivas socioecológicas que implican los elementos del entorno, la experiencia de esta investigación revela el incalculable valor del discurso narrado “desde los enfermos”, y la manera como se construye la salud/enfermedad a los ojos de quienes la portan. Si bien es cierto que la narrativa requiere una puesta en perspectiva y un ejercicio de análisis muy cuidadoso, la dimensión política de la salud únicamente puede hacerse visible cuando se rescatan las voces de los seres humanos que viven, sufren y mueren de un modo particular y desde un pensamiento particular. Las encuestas y los ejercicios de muestreo que se utilizan en la investigación médica podrán argumentar que la mayor parte de información de las encuestas es “declarada” por los individuos; sin embargo, los cuestionarios dispuestos para las encuestas están todavía muy lejos de abrir un espacio donde los procesos de salud/enfermedad se construyan desde un trabajo conjunto médico-paciente-contexto.

PERSPECTIVAS DE INVESTIGACIÓN

Entre los principales aspectos que requieren de mayor profundización a partir de esta investigación, se pueden situar cuatro principales. En primer lugar, y desde la antropología política de la salud urbana, es importante replantear las teorías en torno a la vida como bien supremo y a la muerte como antítesis, por todo lo que esto significa en contextos de precariedad como los estudiados, donde la vida y la muerte se resignifican de una manera particular por la misma precariedad que lleva las nociones a un punto límite. En segundo lugar se debe profundizar en los diferentes modelos de cuerpo saludable y las prácticas medicinales alternativas a la medicación y la tecnociencia que instrumentaliza el cuerpo humano. Esto permite el cuestionamiento de modelos hegemónicos y de una serie de cánones occidentales más o menos impuestos en las dinámicas globales de la salud y el urbanismo. En tercer lugar, y como consecuencia de la presión social sobre las medidas corporales y los tipos ideales de cuerpo saludable, aparece la urgencia por investigar el mundo deportivo y la construcción de ciertos parámetros para medir los cuerpos atléticos de alto rendimiento, así como los trastornos de vigorexia y el escrúpulo en las dietas. En cuarto lugar, y como propuesta fundamental derivada de este trabajo, resulta urgente plantear lo urbano desde los estudios de género y las dinámicas urbanas que vulneran a las mujeres. En seguida se esbozan los cuatro ejes que requieren un desarrollo posterior y se incluyen algunos elementos para su abordaje.

La conceptualización de la vida y de la alimentación como soporte.

Uno de los principales argumentos para pensar la alimentación tiene que ver con la relación entre la dieta y el cuidado del cuerpo como garantes de salud. En este estudio se han revelado elementos importantes sobre el complejo alimentación-cuerpo-vida, pero es necesario plantear este complejo desde las comprensiones actuales de la problemática, depositadas principalmente sobre la ética política. En este sentido, y desde escenarios de precariedad como los que se han com-

parado, un trabajo urgente sería descifrar la constitución de diferentes modelos de “comer bien” o de “comer sano” donde se ponga en juego el sistema de creencias desde diferentes contextos y se pueda problematizar en términos antropológicos pero también desde una cierta ética alimentaria; o de cómo se regulan en el mundo contemporáneo los distintos modelos de dieta y de cuidado de la salud, desde la mercantilización de los regímenes alimentarios y las rutinas vigoréticas de los gimnasios; o en definitiva de cómo se piensa la vida y su salvaguarda, para luego legitimar lineamientos y desplegar acciones protectoras y correctivas.

La tecnociencia médica y las prácticas alternativas de cuidado del cuerpo. Uno de los ejes de lo urbano obesogénico que requiere mayor exploración es el de las tensiones que existen entre las diferentes perspectivas de cuidado del cuerpo y de atención a la salud. Desde los avances tecnocientíficos en biomedicina y las prácticas quirúrgicas se podrían modelar los cuerpos como respuesta a un conjunto de parámetros inscritos en los modelos de la salud. La obesidad, en su manifiesto material de corpulencia, podría dismantelarse en poco tiempo si se aumenta la accesibilidad de las cirujías bariátricas, las dietas con base en complementos alimentarios y las cirujías estéticas a partir de un cuerpo sano-y-bello. Desde la emergencia de soluciones técnicas para combatir la obesidad se verían cuestionados no solamente los fundamentos de la salud pública, sino de la configuración antropológica de las sociedades a partir de un cuerpo orgánico. Por otro lado, y en contra de los avances que se observan en la tecnociencia, parece afirmarse un conjunto de valores de carácter ético-mágico que relacionan la salud corporal con los sistemas de creencias religiosas. Aunque la lógica de la modernidad anunciaba la destrucción de los sistemas de pensamiento religioso, en el análisis sobre la salud corporal y la alimentación se revelan nuevos mecanismos de resignificación del mundo físico y social, desde fundamentos religiosos y sistemas éticos bien concretos. La moral alimentaria, por ejemplo, que ha derivado en prácticas vegetarianas o veganas es un manifiesto de la mayor responsabilidad ecológica, por un lado, pero también de un cierto misticismo de la naturaleza y de las relaciones que se construyen entre el ser humano y el mundo. En este sentido, se hace necesario un estudio que desentrañe los mecanismos para pensar el cuerpo humano y la forma de cuidarlo, de frente a los avances tecnocientíficos y tomando en cuenta los nuevos sistemas de creencias y de cánones éticos que configuran a las sociedades.

Los cuerpos de alto rendimiento: alimentación y actividad física desde el deporte. La difusión de cuerpos atléticos en el espacio de la publicidad y el *marketing* tiene repercusiones importantes en la construcción social de tipos de cuerpos en correspondencia con un deporte, género, edad o grupo social. La vigorexia y la disciplina alimentaria excesiva responden a la conformación de perfiles corporales canónicos y no necesariamente a los parámetros de la salud alimentaria y la actividad física recomendables. La concentración de los estudios en la obesidad, la anorexia y la bulimia como temas urgentes parece descuidar otros campos igualmente urgentes que se refuerzan por la misma insistencia en la salud a partir de un referente corporal. Un estudio más profundo sobre el mundo del deporte y los comportamientos de los atletas sería muy útil para incluir diferentes escenarios de los modos de comer y de hacer ejercicio, pero también de la construcción de la salud y del cuerpo humano socialmente aceptable. En este sentido, el estudio de lo obesogénico urbano no alcanza sino a esbozar una línea importante para los estudios de la actividad física desde la perspectiva de la antropología política de la salud y con referentes sociales multisituados para hacer una lectura de los perfiles alimentarios y corporales que se difunden en el escenario global.

Ciudades a prueba de género. El estudio de la vulnerabilidad femenina frente a lo obesogénico de las ciudades no alcanza, en esta investigación, a problematizar de forma suficiente las implicaciones del género sobre la construcción socioespacial de las ciudades. Como se ha privilegiado el análisis de las relaciones entre la obesidad y las mujeres, y sólo desde ahí se revisa el urbanismo, conviene un trabajo exhaustivo sobre las maneras de pensar y de habitar en el espacio urbano que considere una perspectiva de género y elabore una antropología política del urbanismo tomando en cuenta lo sexuado de los espacios. Los esfuerzos del feminismo por un lado, y luego la abundante reflexión sobre la sexualidad en el mundo contemporáneo, se han quedado limitados en su producción de conocimiento respecto al espacio urbano. Como consecuencia, la tarea de desenmarañar las regulaciones sociales que derivan en las desigualdades respecto al uso del espacio urbano no solamente debe considerar la masculinidad con que se piensan y se organizan las ciudades, sino las diferentes prácticas sociales desde el género, que no han sido suficientemente integradas ni en las políticas urbanas ni en los estudios de la desorganización social en ciertos territorios.

Además de los cuatro ejes de análisis que se descubren como pendientes para avanzar en el estudio de la ciudad obesogénica, queda también la transferencia de los resultados de esta investigación en recomendaciones más puntuales para las políticas urbanas y políticas de salud. Los límites de la perspectiva antropológico política con que se construye la tesis, privilegiando la teoría crítica, no alcanzan para trazar lineamientos concretos, pero sientan una plataforma teórico-metodológica importante que puede servir como referencia para trabajos posteriores. Se proponen, no obstante, algunas perspectivas generales que introducen la mirada urbana en los estudios de la salud pública desde la invención concreta de las ciudades obesogénicas.

BIBLIOGRAFÍA

- Accardo, Jérôme y de Saint Pol, Thibaut (2009). Qu'est-ce qu'être pauvre aujourd'hui en Europe? L'analyse du consensus sur les privations. *Économie et Statistique*, no. 421, pp. 3-27.
- AFSSA (2009). *Étude Individuelle Nationale des Consommations Alimentaires 2*. Nancy, Francia: INCA 2.
- Agamben, Giorgio (1998[1995]). *Homo sacer I. El poder soberano y la nuda vida* (Antonio Gimeno tr.). Valencia, España: Pre-Textos.
- Agiar, Michel (2013). *La condition cosmopolite: L'anthropologie à l'épreuve du piège identitaire*. París: La Découverte.
- ANPEC (2014). Las tienditas de la esquina podrían desaparecer [en línea] <http://www.anpec.com.mx/las-tienditas-de-la-esquina-podrian-desaparecer/>
- Arendt, Hannah (1958). *The human condition*. Chicago: University of Chicago Press.
- Avery, Desmond (1987). *Civilisations de la Courneuve: images brises d'une cité*. París: L'Harmattan.
- Balderas, Óscar (29 de septiembre de 2016). La pobreza que mata. Mujer se suicida y se lleva a sus hijos. *Excelsior* [en línea] <http://www.excelsior.com.mx/nacional/2016/09/29/1119726>
- Barbier, Jean-Claude y Théret, Bruno (2004). *Le nouveau système français de protection sociale*. París: La Découverte.
- Bataille, Philippe y Bretonnière, Sandrine (2016). *Vivre et vaincre le cancer. Les malades et les proches témoignent*. París: Autrement.
- Bataille, Philippe (2015). *À la vie, à la mort. Euthanasie: le grand malentendu*. París: Autrement.
- Bayón, María Cristina (2015). *La integración excluyente. Experiencias, discursos y representaciones de la pobreza urbana en México*. México: UNAM-IIS/Bonilla Artigas.
- Bellafante, Ginia (1 de febrero de 2015). Let Them Bake Baguettes. *The New York Times*, Metropolitan Desk, p. 1.
- Bellamy, Vanessa y Léveillé, Laurent (2007). Consommation des ménages. Quels lieux d'achat pour quels produits? *INSEE Première*, 1165.
- Benjamin, Walter (2015[1928]). *Rue à sens unique*. París: Allia.

- Bensa, Alban (2008). Remarques sur les politiques de l'intersubjectivité. En Fassin, Didier y Bensa, Alban (dirs.), *Les politiques de l'enquête: Épreuves ethnographiques* (pp. 323-328). París: La Découverte.
- Bergman, S. Bear (2009). Part-time fatso. En Rothblum, Esther y Solovay, Sondra (eds.) *The Fat Studies Reader* (pp. 139-142). Nueva York: New York University Press.
- Berlivet, Luc (2004). Une biopolitique de l'éducation pour la santé. La fabrique des campagnes de prévention. En Fassin, Didier y Memmi, Dominique (dirs.), *Le gouvernement des corps* (pp. 37-75). París: EHESS.
- Berque, Augustin (2010). *Milieu et identité humaine: Notes pour un dépassement de la modernité*. París: Donner lieu.
- Berry, Jean-Baptiste (2006). Innovation et marchés de la grande distribution. *INSEE/Le commerce en France*, pp. 17-27.
- Blaylock, James; Smallwood, David; Kassel, Kathleen; Variyam, Jay y Aldrich, Lorna (1999). Economics, food choices, and nutrition. *Food Policy*, vol. 24, no. 2-3, pp. 269-286.
- Blanco, Mercedes (2012). Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos. *Andamios*, vol. 9, no. 19, pp. 49-74.
- Bordo, Susan (1995). *Unbearable Weight: Feminism, Western Culture, and the Body*. Berkeley: University of California Press.
- Boteach, Melissa; Stegman, Erik; Baron, Sarah; Ross, Tracey y Wright, Katie (2014). *The War on Poverty: Then and Now. Applying Lessons Learned to the Challenges and Opportunities Facing a 21st-Century America*. Washington: Center for American Progress.
- Boudon, Raymond (1973). *L'inégalité des chances*. París: Colin.
- Bourdieu, Pierre (1979). *La distinction. Critique sociale du jugement*. París: Minuit.
- Bourdieu, Pierre (1970). La maison kabyle ou le monde renversé. En Pouillon, Jean y Maranda, Pierre (dirs.), *Échanges et communications: mélanges offerts à Claude Lévi-Strauss à l'occasion de son 60^e anniversaire*, Tomo II (pp. 739-758). París/La Haya: Mouton.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude (1968). *Les héritiers. Les étudiants et la culture*. París: Minuit.
- Bovier, Pierre (2011). *De la socioanthropologie*. París: Galilée.
- Brownell, Kelly (2004). *Food fight: The inside story of the food industry, America's obesity crisis, and what we can do about it*. Estados Unidos: McGraw-Hill.
- Campos, Paul (2004). *The Obesity Myth: Why America's Obsession with Weight is Hazardous to Your Health*. Nueva York: Gotham Books.
- Campos, Paul; Saguy, Abigail; Ernsberger, Paul; Oliver, Eric y Gaesser, Glenn (2005). The epidemiology of overweight and obesity: Public health crisis or moral panic? *International Journal of Epidemiology*, vol. 35, no. 1, pp. 55-60.

- Carricaburu, Danièle y Cohen, Patrice (2002). L'anthropologie politique de la santé. Une pratique engagée de la recherche. Un entretien avec Didier Fassin. *Innovations et sociétés*, no. 2, pp. 9-16.
- Castel, Robert (2003). *L'insécurité sociale: qu'est-ce qu'être protégé?* Paris: Seuil.
- Castel, Robert (1995). *Les métamorphoses de la question sociale*. Paris: Fayard.
- Castel, Robert (1978). La 'guerre à la pauvreté' aux États-Unis: le statut de l'indigence dans une société d'abondance. *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 19, pp. 47-60.
- Chamboredon, Jean-Claude y Lamaire, Madeleine (1970). Proximité spatiale et distance sociale. Les grands ensembles et leur peuplement. *Revue française de sociologie*, vol. 11, no. 1, pp. 3-33.
- Chardon, Gilbert (1965). Municipalité, enseignants, parents d'élèves: face au massacre de l'enseignement laïque. *La Courneuve, une municipalité au service du peuple*, septième. Paris: Bulletin Municipal de La Courneuve.
- Chardon, Gilbert (1967). Pour un conseil général qui aide efficacement votre municipalité à réaliser. *La Courneuve, une municipalité au service du peuple*, marzo. Paris: Bulletin Municipal de La Courneuve.
- Corbeau, Jean-Pierre (1995). L'imaginaire du gras associé à divers types de consommation de gras et les perceptions de leurs qualités. En Nicolás, François y Valceschini, Egizio (eds.), *Agro-alimentaire: une économie de la qualité* (pp. 93-103). Paris: Inra-Economica.
- Corbeau, Jean-Pierre y Poulain, Jean-Pierre (2002). *Penser l'alimentation. Entre imaginaire et rationalité*. Paris: Privat.
- Cordera Campos, Rolando y Provencio Durazo, Enrique (coords.). (2016). *Informe del Desarrollo en México 2015*. Ciudad de México: UNAM.
- CUF (2016). *State of the Chains, 2016*. Nueva York. [en línea] <https://nycfuture.org/research/state-of-the-chains-2016>
- Cuillera, Marie y Abélès, Marc (2002). Mondialisation: du géo-culturel au bio-politique. *Anthropologie et Sociétés*, vol. 26, no. 1, pp. 11-28.
- Dang-Vu, Huong y Le Jeannic, Thomas (2012). Femmes agressées au domicile ou à l'extérieur: une analyse des risques. *Economie et statistique*, no. 448-449, pp. 129-157.
- Das, Veena (2007). *Life and words: Violence and the descent into the ordinary*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.
- Davis, Mike (2006). *Planet of Slums: Urban Involution and the Informal Working Class*. Nueva York: Verso.
- Dean, Mitchell (1999). *Governmentality: Power and Rule in Modern Society*. Londres: SAGE.
- de Certeau, Michel (1993[1974]). *La culture au pluriel*. Paris: Points.
- de Certeau, Michel (1990). *L'invention du quotidien, I: Arts de faire*. Paris: Gallimard.

- de la Rocha, Mercedes (2006). *Procesos domésticos y vulnerabilidad. Perspectivas antropológicas de los hogares con Oportunidades*. Ciudad de México: CIESAS.
- de Oliveira, Orlandina y Ariza, Marina (2001). Transiciones familiares y trayectorias laborales femeninas en el México urbano. En Gomes, Cristina (comp.), *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica* (pp. 129-146). Ciudad de México: FLACSO.
- de Oliveira, Orlandina y Ariza, Marina (1999). Trabajo, familia y condición femenina: una revisión de las principales perspectivas de análisis. *Papeles de Población*, vol. 5, no. 20, pp. 89-127.
- de Saint Pol, Thibaut (15 de febrero de 2016). *Présentation des résultats du 9^e Baromètre Défenseur des droits / OIT*. París, Francia.
- de Saint Pol, Thibaut (2014). Idéaux corporels et normes de minceur. En Attané, Isabelle; Brugeilles, Carole y Rault, Wilfried, *Atlas mondial des femmes*. París: Ined/Autrement.
- de Saint Pol, Thibaut (2010). *Le corps désirable. Hommes et femmes face à leur poids*. París: PUF.
- de Saint Pol, Thibaut (2009). Evolution of obesity by social status in France, 1981-2003. *Economics & Human Biology*, vol. 7, no. 3, pp. 398-404.
- de Saint Pol, Thibaut (2008). La consommation alimentaire des hommes et des femmes vivant seuls. *Insee Première*, no. 1194.
- de Saint Pol, Thibaut (2007). Comment mesurer la corpulence et le poids «idéal»? Histoire, intérêts et limites de l'index de masse corporelle. *Notes & Documents*, no. 2007-01. París: OSC.
- Deaton, Angus (2013). *The Great Escape: Health, Wealth, and the Origins of Inequality*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Delaunay, Gaëtan (1885). Sur la beauté. *Bulletins de la Société d'anthropologie de Paris*, vol. 8, no. 1, pp. 193-200.
- Desmond, Matthew y Bell, Monica (2015). Housing, Poverty, and The Law. *Annual Review of Law and Social Science*, vol. 11, no. 9, pp. 9-55.
- di Méo, Guy (2011). *Les murs invisibles. Femmes, genre et géographie sociale*. París: Armand Colin.
- Díaz Olvera, Lourdes; Plat, Didier; Pochet, Pascal y Sahabana, Maïdadi (2005). La marche à pied dans les villes africaines. *Transports*, no. 429, pp. 24-31.
- Dozon, Jean Pierre y Fassin, Didier (dirs.) (2001). *Critique de la santé publique. Une approche anthropologique*. París: Balland.
- Drissi, Mama (2011). La nouvelle cour. En Korman, Cloé y Solène, Nicolas (dirs.), *La Courneuve: mémoires vives. Portraits des habitants de La Courneuve par les élèves du Lycée Jacques Brel*. Nîmes: Médiapop éditions.
- Dubet, François (2011). *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades* (Alfredo Grieco y Bavio tr.). Buenos Aires: Siglo XXI.

- Dubet, François (2010). *Les places et les chances. Repenser la justice sociale*. París: Seuil.
- Dubet, François (2004). *L'école des chances. Qu'est-ce qu'une école juste?* París: Seuil.
- Dubet, François y Lapeyronnie, Didier (1992). *Les quartiers d'exil*. París: Seuil.
- Dupont, Louis (2014). Terrain, réflexivité et auto-ethnographie en géographie. *Géographie et cultures*, vol. 89-90, pp. 93-109.
- Egger, Garry y Swinburn, Boyd (1997). An "ecological" approach to the obesity pandemic. *BMJ*, vol. 315, no. 7106, pp. 477-480.
- Ekholm Friedman, Kajsa y Friedman, Jonathan (2007). *Modernities, class and the contradictions of globalization. The anthropology of global systems*. Walnut Creek: Altamira Press.
- Elias, Norbert (1998). Introduction. En Elias, Norbert y Dunning, Eric, *Sport et civilisation: la violence maîtrisée* (Josette Chicheportiche y Fabienne Duvigneau tr.) (pp. 29-82). París: Agora.
- Elias, Norbert (1991). *La société des individus*. París: Fayart.
- Enríquez Rosas, Rocío (2008). *El crisol de la pobreza: mujeres, subjetividades, emociones y redes sociales*. Guadalajara, México: ITESO.
- ESS (2016). *Les inégalités sociales de santé et leurs déterminants: Principaux résultats de l'édition 7 de l'Enquête Sociale Européenne*. Londres: ERIC.
- Evans, John y Davies, Brian (2004). Sociology, the body and health in a risk society. En Evans, John; Davies, Brian; Wright, Jan y Shilling, Chris (eds.), *Body Knowledge and Control: Studies in the Sociology of Physical Education and Health* (pp. 35-51). Londres/Nueva York: Routledge.
- Evans, John; Davies, Brian y Rich Emma (2008). The class and cultural functions of obesity discourse: Our latter day child saving movement. *International Studies in Sociology of Education*, vol. 18, no. 2, pp. 117-132.
- FAO (2015). *Panorama de la Inseguridad Alimentaria en América Latina y el Caribe*. Santiago: FAO.
- Fassin, Didier (16 de mayo de 2016). Ethnography and Theory with Didier Fassin. *Conversations with history*, University of California Television [en línea] <http://www.uctv.tv/shows/Conversations-with-History-Didier-Fassin-30563>
- Fassin, Didier (2012). Préface: L'obsession des frontières. En Fassin, Didier (dir.), *Les nouvelles frontières de la société française* (pp. I-VII). París: La Découverte.
- Fassin, Didier (2012a). Introduction: Frontières extérieures, frontières intérieures. En Fassin, Didier (dir.), *Les nouvelles frontières de la société française* (pp. 5-26). París: La Découverte.
- Fassin, Didier (2012b). Ni race ni racisme: Ce que racialiser veut dire. En Fassin, Didier (dir.), *Les nouvelles frontières de la société française* (pp. 147-176). París: La Découverte.
- Fassin, Didier (2011). The trace: Violence, truth, and the politics of the body. *Social Research*, vol. 78, no. 2, pp. 281-298.

- Fassin, Didier (2009). Another Politics of Life is Possible. *Theory, Culture & Society*, vol. 26, no. 5, pp. 44-60.
- Fassin, Didier (2005). *Faire de la santé publique*. Rennes: ENSP.
- Fassin, Didier (2005b). Bio-pouvoir ou bio-légitimité? Splendeurs et misères de la santé publique. En Granjon, Marie-Christine (ed.), *Penser avec Michel Foucault* (pp. 161-182). Clamecy, Francia: Karthala.
- Fassin, Didier (2001). The Biopolitics of Otherness: Undocumented Foreigners and Racial Discrimination in French Public Debate. *Anthropology Today*, vol. 17, no. 1, pp. 3-7.
- Fassin, Didier (2000). Entre politiques du vivant et politiques de la vie: Pour une anthropologie de la santé. *Anthropologie et sociétés*, vol. 24, pp 95-116.
- Fassin, Didier (dir.) (1998). *Les figures urbaines de la santé publique. Enquête sur des expériences locales*. París: La Découverte.
- Fassin, Didier (1996). *L'espace politique de la santé*. París: PUF.
- Fassin, Didier y Bensa, Alban (2008). *Les politiques de l'enquête. Épreuves ethnographiques*. París: La Découverte.
- Fassin, Didier y Memmi, Dominique (dirs.) (2004). *Le gouvernement des corps*. París: EHESS.
- Fassin, Éric (2011). Signe des temps: du genre au sexe. En Fassin, Éric y Margron, Véronique, *Homme, femme, quelle difference?* (pp. 17-46). París: Salvator.
- Federici, Silvia (2016). *Point zéro: propagation de la révolution. Salaire ménager, reproduction sociale, combat féministe*. Francia: iXe.
- Felouzis, Georges (2005). *L'apartheid scolaire: enquête sur la ségrégation ethnique dans les collèges*. París: Seuil.
- Feres, Juan Carlos; Beccaría, Luis Alberto y Sáinz, Pedro (2000). Medición de la pobreza: situación actual de los conceptos y métodos: informe del Seminario de Santiago, 7-9 de mayo de 1997. En CEPAL, *La medición de la pobreza: el método de las líneas de pobreza* (pp. 81-110). Buenos Aires: CEPAL.
- Fischler, Claude (dir.) (2007). *Manger: Français, Européens et Américains face à l'alimentation*. París: O. Jacob.
- Fischler, Claude (2001). *L'Homnivore: le goût, la cuisine et le corps*. París: O. Jacob.
- Fischler, Claude (1987). La symbolique du gros. En *Communications*, vol. 46, no. 1, pp. 255-278.
- Ford, James; Morrow, Katherine y Thompson, George (1936). *Slums and housing, with special reference to New York City; history, conditions, policy*. Estados Unidos: Harvard University Press.
- Foucault, Michel (2013). Society Must Be Defended: Lecture at the Collège de France, March 17, 1976. En Campbell, Timothy y Sitze, Adam (eds.), *Biopolitics: A Reader* (pp. 61-81). Durham: Duke University Press.

- Foucault, Michel (1994). La politique de la santé au XVIII^e siècle. En Defert, Daniel y Ewald, François (eds.), *Dits et écrits: 1954-1988* (vol. 1, pp. 13-27). París: Gallimard.
- Foucault, Michel (1984). Une esthétique de l'existence (entretien avec A. Fontana), *Le Monde*, 15-16 juillet. Foucault, Michel (2001), *Dits et écrits* (pp. 1549-1554). París: Gallimard.
- Foucault, Michel (1976). *La volonté de savoir*. París: Gallimard.
- Foucault, Michel (1975). *Surveiller et punir*. París: Gallimard.
- Frenk, Julio (1993). *La salud de la población: hacia una salud pública*. México: FCE.
- Garfinkel, Irwin; Rainwater, Lee y Smeeding, Timothy (2010). *Wealth and Welfare States: Is America a Laggard or Leader?* Nueva York: Oxford.
- Gasparini, William y Vieille-Marchiset, Gilles (2008). *Le sport dans les quartiers: Pratiques sociales et politiques publiques*. París: PUF.
- González, Evelyn (2004). *The Bronx*. Nueva York: Columbia University Press.
- González de la Rocha, Mercedes (2006). Recursos domésticos y vulnerabilidad. En González de la Rocha, Mercedes (coord.), *Procesos domésticos y vulnerabilidad. Perspectivas antropológicas de los hogares con oportunidades* (pp. 45-85). México: CIESAS.
- González de la Rocha, Mercedes (1989). Crisis, economía doméstica y trabajo femenino en Guadalajara. En de Oliveira, Orlandina (comp.), *Trabajo, poder y sexualidad* (pp. 159-185). México: El Colegio de México.
- Gravayot, Jérémy (2015). *Atlas: Histoires de l'Habiter – Récits & Documents, La Courneuve 1950- 2015*. La Courneuve, Francia: L'abominable.
- Green, Rosemary; Cornelsen, Laura; Dangour, Alan; Turner, Rachel; Shankar, Bhavani; Mazochci, Mario y Smith, Richard (2013). The effect of rising food prices on food consumption: systematic review with meta-regression. *British Medical Journal*, 346 [en línea] <http://dx.doi.org/10.1136/bmj.f3703>
- Guérandel, Carine (2016). *Le sport fait mâle: la fabrique des filles et des garçons dans les cités*. Fontaine, Francia: Presses Universitaires de Grenoble.
- Guthman, Julie (2009). Teaching the politics of obesity: Insights into neoliberal embodiment and contemporary biopolitics. *Antipode* 41(5): 1110-1133.
- Guthman, Julie y DuPuis, Melanie (2006). Embodying neoliberalism: economy, culture, and the politics of fat. *Society and Space*, vol. 24, pp. 427-448.
- Halse, Christine (2009). Bio-citizenship: Virtue discourses and the birth of the bio-citizen. En Wright, Jan y Harwood, Valerie (eds.), *Biopolitics and the 'Obesity Epidemic': Governing Bodies* (pp. 45-59). Nueva York: Routledge.
- Hamilton, James (1981). *Remarketing the South Bronx* (tesis de maestría). Faculty of the Lubin Graduate School of Business, Pace University, Pleasantville, NY.
- Hancock, Mary E. (2008). *The Politics of Heritage from Madras to Chennai*. Bloomington: Indiana University Press.

- Haraway, Donna (2009). Manifeste Cyborg: Science, technologie et féminisme socialiste à la fin du XX^e siècle. *Mouvements*, no. 45-46, pp. 15-21.
- Harvey, David (2008). The right to the city. *New Left Review*, no. 53, pp. 23-40.
- Haslam, David (2007). Obesity: a medical history. *Obesity Reviews*, no. 6, pp. 35-36.
- Hernández Licona, Gonzalo; Minor Campa, Enrique y Aranda Balcázar, Rodrigo (2012). Determinantes económicos: evolución del costo de las calorías en México. En Rivera, Juan; Hernández, Mauricio; Aguilar, Carlos; Badillo, Felipe y Murayama, Ciro (eds.). *La obesidad en México: recomendaciones para una política de Estado*. México: UNAM.
- Houdremont, Jean (1972). *La Courneuve*. París: La Revue Française.
- Hughes, Marvalene H. (1997). Soul, black women and food. En Counihan, Carole y van Esterik, Penny (eds.). *Food and Culture: A Reader* (pp. 272-280). Nueva York/Londres: Routledge.
- Ichou, Mathieu (2014). Le rapport à l'école des familles déclarant une origine immigrée: enquête dans quatre lycées de la banlieue populaire. *Population*, vol. 69, no. 4, pp. 617-657.
- INEGI-INMUJERES (2009). *Mujeres y hombres en México 2009*. México: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática-Instituto Nacional de las Mujeres.
- INSEE (2009). Fiches thématiques sur l'alimentation et le tabac. En *Cinquante ans de consommation en France* (pp. 85-109) [en línea] <https://www.insee.fr/fr/statistiques/1372380?sommaire=1372388&q=Fiche+th%C3%A9matique+alimentation+et+tabac>
- INSERM (2014). *Inégalités sociales de santé en lien avec l'alimentation et l'activité physique*. París: Institut national de la santé et de la recherche médicale.
- Jacoby, Enrique (13 de mayo de 2013). Programas holísticos de alimentación en la escuela: Japón y Francia. Foro internacional sobre políticas de combate de la obesidad. Ciudad de México: OMS/OPS.
- Jazouli, Adil (1992). *Les années banlieues*. París: Seuil.
- Jones, Jill (2002). *South Bronx Rising: The rise, fall and resurrection of an American city*. Nueva York: Fordham University Press.
- Kaplan, S.; Calman, N.; Golub, M.; Davis, J.; Ruddok, C. y Billings, J. (2006). Racial and Ethnic Disparities in Health: A View from the South Bronx. En *Journal of Health Care for the Poor and Underserved*, vol. 17, no. 1, pp. 116-127
- Katzmarzyk, Peter y Janssen, Ian (2004). The economic costs associated with physical inactivity and obesity in Canada: an update. *Canadian Journal of Applied Physiology*, vol. 29, no. 1, pp. 90-115.
- Keys, Ancel; Fidanza, Flaminio; Karvonen, Martti J.; Kimura, Noburu y Taylor, Henry L. (2014). Indices of relative weight and obesity. *International Journal of Epidemiology*, vol. 43, no. 3, pp. 655-665.

- Kohl, Harold; Craig, Cora; Lambert, Estelle; Inoue, Shigeru; Alkandari, Jasem et al. (2012). The pandemic of physical inactivity: global action for public health. *The Lancet*, vol. 380, no. 9838, pp. 294-305.
- Kokoreff, Michel (2009). Ghettos et marginalité urbaine: Lectures croisées de Didier Lapeyronnie et Loïc Wacquant. *Revue française de sociologie*, vol. 50, no. 3, pp. 553-572.
- Kokoreff, Michel y Lapeyronnie, Didier (2013). *Refaire la cité: L'avenir des banlieues*. Francia: Seuil.
- Kozol, Jonathan (1995). *Amazing Grace: The Lives of Children and the Conscience of a Nation*. Nueva York: Crown.
- Laé, Jean-François (1991). *Entre faubourg et le HLM: éclipse du pauvre*. París: IRESCO-CNRS.
- Lara, Rosalía (15 de octubre de 2014). Tienditas de la esquina le 'comen el mandado' a los autoservicios. *El Financiero*, Economía [en línea] <http://www.elfinanciero.com.mx/empresas/tienditas-de-la-esquina-le-comen-el-mandado-a-los-supermercados.html>
- Larmet, Gwenaél (2002). La sociabilité alimentaire s'accroît. *Economie et statistique*, vol. 352, no. 1, pp. 191-211.
- Lawrence, Wendy; Skinner, Timothy; Haslam, Cheryl; Robinson, Sian e Inskip, Hazel (2009). Why women of lower educational attainment struggle to make healthier food choices: the importance of psychological and social factors. *Psychology & Health*, vol. 24, no. 9, pp. 1003-1020.
- Leclerc, Annette; Didier Fassin, Hélène Grandjean, Monique Kaminski, Thierry Lang (dirs.) (2000). *Les inégalités sociales de santé*. París: La Découverte/INSERM.
- Leconte-Souchet, Marcelle (1969). Les cites du désespoir. En *Temps chrétien*, febrero.
- LeBesco Kathleen (2004). *Revolting Bodies? The Struggle to Redefine Fat Identity*. Boston: University of Massachusetts Press.
- LeBesco, Kathleen y Evans Braziel, Jana (eds.) (2001). *Bodies out of Bounds: Fatness and Transgression*. Berkeley/Los Ángeles: University of California Press.
- Lévi-Strauss, Claude (2003[1968]). *El origen de las maneras de la mesa* (Juan Almela tr.). México: Siglo XXI.
- Lindert, Peter (2004). *Growing Public. Social Spending and Economic Growth since the Eighteenth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lombard-Jourdan, Anne (1980). *La Courneuve: des origines à 1900*. París: CNRS.
- Losier, Luc (1993). Ambiocontrol as a primary factor of health. *Social Science and Medicine*, vol. 37, no. 6, pp. 735-743.
- Manheim, Camryn (1999). If we are all a little pudgier in 2025, so what? *Time*, vol. 154, no. 19, pp. 90.
- Marcus, George E. (1995). Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography. *Annual Review of Anthropology*, vol. 24, pp. 95-117.

- Marcuse, Peter (2012). De-spatialization and Dilution of the Ghetto: Current Trends in the United States. En Hutchison, Ray y Haynes, Bruce (eds.), *The Ghetto. Contemporary Global Issues and Controversies* (pp. 33-66). Nueva York: Routledge.
- Marmot, Michael (2001). Aetiology of coronary heart disease. Fetal and infant growth and socioeconomic factors in adult life may act together. *British Medical Journal*, vol. 323, no. 7324, pp. 1261-1262.
- Massara, Emily B. (1980). Obesity and Cultural Weight Valuations: A Puerto Rican Case. *Appetite*, vol. 1, no. 4, pp. 291-298.
- Massara, Emily (1989). *¡Qué gordita! A Study of Weight Among Women in a Puerto Rican Community*. Nueva York: AMS.
- Menéndez, Eduardo (2010). Las influencias por todos tan temidas o de los difíciles usos del conocimiento. *Desacatos*, no. 32, pp. 17-34.
- Monaghan, Lee (2008). Men, Physical Activity, and the Obesity Discourse: Critical Understandings from a Qualitative Study. *Sociology of Sport Journal*, vol. 25, no. 1, pp. 97-129.
- Monaghan, Lee (2007). Body Mass Index, masculinities and moral worth: Men's critical understandings of 'appropriate' weight-for-height. *Sociology of Health and Illness*, vol. 29, no. 4, pp. 584-609.
- Monaghan, Lee (2005). Big handsome men, bears and others: Virtual construction of 'fat male embodiment'. *Body and Society*, vol. 11, no. 1, pp. 81-111.
- Moschetti, Julien (2016). Quatre-Routes: Préserver la tranquillité du marché. *Regards*, no. 44, pp. 4-17.
- Moser, Caroline (1996). Confronting crisis: a summary of household responses to poverty and vulnerability in four poor urban communities. *ESSD Environmentally & Socially Sustainable Development Work in Progress*. Washington: World Bank Group.
- Moser, Caroline O. N. (1998). The Asset Vulnerability Framework: Reassessing Urban Poverty Reduction Strategies. *World Development*, vol. 26, no. 1, pp. 1-19.
- Murillo, Soledad (2006). *El mito de la vida privada: de la entrega al tiempo propio*. Madrid: Siglo XXI.
- Nestle, Marion (2013). *Food Politics: how the food industry influences nutrition and health*. Berkeley/Los Ángeles: University of California Press.
- News 12 The Bronx (10 de febrero de 2016). Sidewalk extension causes confusion for Bronx drivers [en línea] <http://bronx.news12.com/news/sidewalk-extension-causes-confusion-for-bronx-drivers-1.11454738>
- NORC (1 de noviembre de 2016). Issue Brief: Obesity Rises to Top Health Concern for Americans, but Misperceptions Persists [en línea] <http://www.norc.org/Research/Projects/Pages/the-asmbnsnrc-obesity-poll.aspx>
- NYC Planning (2010). *NYC Active Design Guidelines*. Nueva York: City of New York.

- Oakes, Michael (2004). The (mis)estimation of neighborhood effects: causal inference for a practicable social epidemiology. *Social Science & Medicine*, vol. 58, pp. 1929-1952.
- ObÉpi 2012. *Enquête nationale sur l'obésité et le surpoids*. INSERM/KANTAR HEALTH/ ROCHE [en línea] <http://www.roche.fr/innovation-recherche-medicale/decouverte-scientifique-medicale/cardio-metabolisme/enquete-nationale-obe-pi-2012.html>
- OCDE (2014). *OECD Obesity Update 2014* [en línea] <http://www.oecd.org/els/health-systems/obesity-update.htm>
- OMS (enero de 2015). Obesidad y sobrepeso. *Notas descriptivas*, no. 311 [en línea] <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs311/es/>
- OMS (2010). *Recommandations mondiales sur l'activité physique pour la santé*. Ginebra: Organización Mundial de la Salud.
- OMS (2003). Dieta, nutrición y prevención de enfermedades crónicas. *Serie de Informes Técnicos*, no. 976. Ginebra: Organización Mundial de la Salud.
- OMS (2000). Obesity: preventing and managing the global epidemic. *Serie de Informes Técnicos*, no. 894. Ginebra: Organización Mundial de la Salud.
- Olaiz, Gustavo; Uribe, Patricia y del Río, Aurora (2009). *Encuesta Nacional sobre Violencia contra las Mujeres 2006*. México: Centro Nacional de Equidad de Género y Salud Reproductiva.
- Orbach, Susie (1978). *Fat is a feminist issue: The anti-diet guide to permanent weight-loss*. Nueva York: Berkley Books.
- Paquerot, Sylvie (2010). S'abreuver d'eau, de politique et de féminisme. En Lia Marcondes (coord.), *Eau et féminismes: petite histoire croisée de la domination des femmes et de la nature* (pp. 9-32). París: La Dispute.
- Paugam, Serge (2005). *Les formes élémentaires de la pauvreté*. París: PUF.
- Paugam, Serge (dir.) (1997). *Le lien social*. París: PUF.
- Paugam, Serge (1989). *La disqualification sociale*. Lille: ANRT.
- Payasan, Rajeswari y Narsing, Rao (2014). Glimpse on Body Mass Index. *International Journal of Medical and Applied Sciences*, vol. 3, no. 4, pp. 310-316.
- Perec, Georges (1974). *Espèces d'espaces*. París: Galilée.
- Piketty, Thomas (2013). *Le capital au XXI^e siècle*. París: Seuil.
- Piketty, Thomas (2004[1997]). *L'économie des inégalités*. París: La Découverte.
- Pool, Robert (2001). *Fat. Fighting the obesity epidemic*. Nueva York: Oxford University Press.
- Popenoe, Rebecca (2004). *Feeding Desire: Fatness, Beauty, and Sexuality among a Saharan People*. Londres: Routledge.
- Poulain, Jean-Pierre (2009). *Sociologie de l'obésité*. París: PUF.
- Poulain, Jean-Pierre (2002). The contemporary diet in France: "de-structuration" or from commensalism to "vagabond feeding". *Appetite*, vol. 39, no. 1, pp. 43-55.

- Poulain, Jean Pierre y Tibère, Laurence (2008). Alimentation et précarité. Considérer la pluralité des situations. *Anthropology of food*, septiembre [en línea] <http://aof.revues.org/4773#entries>
- Puhl, Rebecca (2009). Weight Discrimination: A Socially Acceptable Injustice. *Obesity Action Coalition* [en línea] <http://www.obesityaction.org/educational-resources/resource-articles-2/weight-bias/weight-discrimination-a-socially-acceptable-injustice>.
- Puwar, Nirmal (2004). *Space Invaders: Race, Gender and Bodies Out of Place*. Oxford: Berg.
- RAE (2014). *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa.
- Raulin, Anne y Rogers, Susan Carol (dirs) (2012). *Parallaxes transatlantiques. Vers une anthropologie réciproque*. París: Cnrs.
- Régnier, Faustine y Masullo, Ana (2009). Obésité, goûts et consommation: Intégration des normes d'alimentation et appartenance sociale. *Revue française de sociologie*, vol. 50, no. 4, pp. 747-773.
- Reguillo, Rossana (2001). Imaginarios globales, miedos locales: construcción social del miedo en la ciudad. *Revista de investigaciones literarias*, no. 17, pp. 47-64.
- Reguillo, Rossana (1996). *La construcción simbólica de la ciudad: sociedad, desastre y comunicación*. Guadalajara: Pandora.
- Rich, Emma (2011). 'I see her being obese!': Public pedagogy, reality media and the obesity crisis. *Health*, vol. 15, no. 1, pp. 3-21.
- Rich, Emma y Evans, John (2005). 'Fat ethics': The obesity discourse and body politics. *Social Theory and Health*, vol. 3, pp. 341-358.
- Riis, Jacob (1890). *How the Other Half Lives: Studies Among Tenements of New York*. Nueva York: Charles Schribner's Sons.
- Rivera, Juan; Barquera, Simón; Campirano, Fabricio; Campos, Ismael; Safdie, Margarita y Tovar, Víctor (2002). Epidemiological and nutritional transition in Mexico: rapid increase of non-communicable chronic diseases and obesity. *Public Health Nutrition*, vol. 5, no. 1A, pp. 113-122.
- Rivoalan, Eugène (970). Les grands travaux. *Bulletin Municipal de La Courneuve*, febrero.
- Rosanvallon, Pierre (2011). *La société des égaux*. París: Seuil.
- Rosanvallon, Pierre (1998). *La nouvelle question sociale. Repenser l'État-providence*. París: Points.
- Rosanvallon, Pierre (1981). *La crise de l'État-providence*. París: Seuil.
- Rose, Nikolas y Novas, Carlos (2005). Biological Citizenship. En Ong, Aihwa y Collier, Stephen (eds.), *Global Assemblages* (pp. 439-463). Oxford: Blackwell.
- Rozin, Paul; Fischler, Claude; Imada, Sumio; Sarubin, Alisson y Wrzesniewskia, Amy (1999). Attitudes to food and the role of food in life in the USA, Japan, Flemish Belgium and France: Possible implications for the diet-health debate. *Appetite* no. 33, pp. 163-180.

- Rubin, Lisa; Fitts, Mako y Becker, Anne (2003). 'Whatever feels good in my soul': Body ethics and aesthetics among African American and Latina women. *Culture, Medicine and Psychiatry*, vol. 27, no. 1, pp. 49-75.
- Saillant, Francine (2003). Introduction. En Saillant, Francine y Boulianne, Manon (dirs.), *Transformations sociales, genre et santé* (pp. 1-14). Saint-Nicholas, Québec: Presses de l'Université Laval.
- Saillant, Francine y Genest, Serge (dirs.)(2005). *Anthropologie médicale: ancrages locaux, défis globaux*. Saint-Nicholas, Québec: Presses de l'Université Laval.
- Samtur, Stephen y Jackson, Martin (1999). *The Bronx: Lost, Found, and Remembered 1935-1975*. Nueva York: Back in the Bronx.
- Sciolino, Elaine (24 de diciembre de 2014). French Politics Served in a Pita: Kebabs as a Political Statement in France. *New York Times / Food*, Letter from Paris [en línea] <https://www.nytimes.com/2014/12/24/dining/kebabs-as-a-political-statement-in-france.html>
- Segal Naphtali, Zvia (2007). Environmental Equity Issues Associated with the Location of Waste Transfer Stations in the South Bronx. En Restrepo, Carlos y Zimmerman, Rae (eds.), *South Bronx Environmental Health and Policy Study*. Nueva York: New York University Press.
- Sobo, Elisa J. (1997). The sweetness of fat: Health, procreation and sociability in rural Jamaica. En Counihan, Carole y van Esterik, Penny (eds.). *Food and Culture: A Reader*. Nueva York/Londres: Routledge.
- Stoleru, Lionel (1977). *Vaincre la pauvreté dans les pays riches*. París: Flammarion.
- Swinburn, Boyd y Egger, Garry (2002). Preventive strategies against weight gain and obesity. *Obesity Reviews*, vol. 3, no. 4, pp. 289-301.
- Taïeb, Emmanuel (2005). Pouvoir et individuation. Une lecture de Foucault et d'Elias. En *Labyrinthe*, vol. 22, art. 3, pp. 37-46.
- Tepichin, Ana María (2010). Política pública, mujeres y género. En Tepichin, Ana María; Tinat, Karine y Gutiérrez de Velasco, Luzelena (coords.), *Los grandes problemas de México. Relaciones de género*, vol. 8 (pp. 23-58). México: El Colegio de México.
- Terret, Thierry (2013). Introduction générale. En Terret, Thierry; Robène, Luc; Charroin, Pascal; Héas, Stéphane y Liotard Philippe (dirs.), *Sport, genre et vulnérabilité au XX^e siècle* (pp. 7-14). Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- TIME (25 de junio de 1977). *The Blackout: Night of Terror* [en línea] <http://content.time.com/time/subscriber/article/0,33009,919089-1,00.html>
- Tjaden, Patricia y Thoennes, Nancy (2000). *Full Report of the Prevalence, Incidence, and Consequences of Violence Against Women*. Washington: National Institute of Justice.
- Torres, Felipe (2012). Transformaciones de la demanda alimentaria como factor de la obesidad en México. En Rivera, Juan; Hernández, Mauricio; Aguilar, Carlos;

- Vadillo, Felipe y Murayama, Ciro (eds.), *Obesidad en México: recomendaciones para una política de Estado*. México: UNAM.
- Valencia Lomelí, Enrique (2003a). La résurgence des politiques sociales au Mexique. *Revue Tiers Monde*, vol. 3, no. 175, pp. 555-582.
- Valencia Lomelí, Enrique (2003b). Políticas sociales y estrategias de combate a la pobreza en México. *Estudios Sociológicos*, vol. 21, no. 1, pp. 105-133.
- van Amsterdam, Noortje (2013). Big fat inequalities, thin privilege: An intersectional perspective on 'body size'. *European Journal of Women's Studies*, vol. 20, no. 2, pp. 155-169.
- van Amsterdam, Noortje (2012). A picture is worth a thousand words: Constructing (non-) athletic bodies. *Journal of Youth Studies*, vol. 15, no. 3, pp. 293-309.
- van Lenthe, Frank; Martikainen, Pekka y Mackenbach, Johan (2007). Neighbourhood inequalities in health and health-related behaviour: Results of selective migration? *Health and Place*, vol. 13, no. 1, pp. 123-137.
- Verdès-Leroux, Jeannine (1978). *Le travail social*. París: Minuit.
- Vidal, Claudine y Le Pape, Marc (1986). Comportements et dépenses alimentaires des ménages abidjanais en 1979. *Anthropologie économique de la vie citadine*, no. 1, pp. 100-104.
- Vigarelo, Georges (2013[2010]). *Les métamorphoses du gras: histoire de l'obésité du Moyen âge au XX^e siècle*. París: Points.
- Vigarelo, Georges (2008). *Histoire de la beauté*. París: Seuil.
- Vigarelo, Georges (1999). *Histoire des pratiques de santé*. París: Seuil.
- Vigarelo, Georges (1985). *Le propre et le sale*. París: Seuil.
- Virno, Paolo (2016). *L'usage de la vie et autres sujets d'inquiétude*. París: L'éclat.
- Wacquant, Loïc (2007). *Parias urbains: Guetto, banlieues, État*. París: La Découverte.
- Wacquant, Loïc (2004). *Punir les pauvres: Le nouveau gouvernement de l'insécurité sociale*. Marsella: Agone.
- Wacquant, Loïc (2000). *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial.
- Waitzkin, Howard (1981). A Marxist Analysis of the Health Care Systems of Advanced Capitalist Societies. En Eisenberg, Leon y Kleinman, Arthur (eds.), *The Relevance of Social Science for Medicine* (pp. 333-369). Dordrecht, Holanda: D. Reidel Publishing Company.
- Warin, Megan; Turner, Karen; Moore, Vivienne y Davies, Michael (2008). Bodies, mothers and identities: rethinking obesity and the BMI. *Sociology of Health & Illness*, vol. 30, no. 1, pp. 97-111.
- Wolf, Naomi (1991). *The Beauty Myth. How Images of Beauty Are Used Against Women*. Nueva York: Morrow.
- Zaremborg, Gisela (2008). ¿Princesa salva a príncipe? Supervivencia, género y políticas de superación de la pobreza en México. En Zaremborg, Gisela (coord.). *Polí-*

- ticas sociales y género, tomo II, Los problemas sociales y metodológicos* (pp. 139-172). México: FLACSO.
- Zempleni, Andras (1982). Anciens et nouveaux usages sociaux de la maladie en Afrique. *Archives de sciences sociales des religions*, vol. 54, no. 1, pp. 5-19.
- Ziccardi, Alicia (2008). Pobreza y exclusión social en las ciudades del siglo XX. En Ziccardi, Alicia (comp.), *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social* (pp. 9-33). Bogotá: CLACSO.
- Ziccardi, Alicia (2001). Las ciudades y la cuestión social. En Ziccardi, Alicia (comp.), *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía: los límites de las políticas sociales en América Latina* (pp. 85-125). Buenos Aires: CLACSO.

APÉNDICE

RELACIÓN DE ENTREVISTAS

Territorio	Nombre	Ocupación	Dependencia	Fecha
South Bronx	Brandye	Ama de casa	Every Day Is A Miracle	19-06-2015
South Bronx	Fabia	Ama de casa	Every Day Is A Miracle	19-06-2015
South Bronx	Isabella	Ama de casa	Every Day Is A Miracle	19-06-2015
South Bronx	Karla	Ama de casa	Every Day Is A Miracle	19-06-2015
South Bronx	Nancy	Niñera eventual	Every Day Is A Miracle	19-06-2015
South Bronx	Quincy	Niñera eventual	Programa de zumba Church of the Almond Tree	20-06-2015
South Bronx	Wendy	Pastora y coordinadora de programa de zumba	Programa de zumba Church of the Almond Tree	20-06-2015
South Bronx	Thomas	Empleado público NYC Parks	New York City Department of Parks & Recreation	24-08-2015
La Courneuve	Céline	Ama de casa	La patinoire, mairie de La Courneuve	25-12-2015
La Courneuve	Hamin	Empleado público (parques) y Comerciante (<i>marché</i>)	Secours Populaire Français	04-03-2016
La Courneuve	Latifa	Empleada (medio tiempo)	Le Marché de Saint Denis	08-01-2016
La Courneuve	Rania	Empleada	Secours Populaire Français	08-01-2016
La Courneuve	Uyên	Ama de casa	Secours Populaire Français	23-03-2016
La Courneuve	Yélian	Ama de casa	Secours Populaire Français	24-02-2016
La Courneuve	Zahim	Asociación de comerciantes	La Boutique de La Courneuve	04-03-2016
La Courneuve	Louissette	Retirada (voluntariado)	Maison de la citoyenneté. La Courneuve	14-01-2016
La Courneuve	Rosalie		Maison de la citoyenneté. La Courneuve	14-01-2016
La Courneuve	Odile	Retirada (voluntariado)	Maison de la citoyenneté. La Courneuve	14-01-2016

Territorio	Nombre	Ocupación	Dependencia	Fecha
La Courneuve	Henriette	Ama de casa	Maison de la citoyenneté. La Courneuve	14-01-2016
La Courneuve	Yolande		Maison de la citoyenneté. La Courneuve	14-01-2016
Lomas del Sur	Sandra	Empleada pública Deporte Tlajomulco	Escuela primaria. Nombre en trámite, clave 14DPR4179M	09-03-2015
Lomas del Sur	Alejandra	Empleada (medio tiempo)	Escuela primaria. Nombre en trámite, clave 14DPR4179M	09-03-2015
Lomas del Sur	Diana	Ama de casa	Domicilio de la entrevistada	13-03-2015
Lomas del Sur	Gilberto	Vendedor	Domicilio del investigador	14-04-2015
Lomas del Sur	Miriam	Ama de casa	DIF Lomas del Sur	29-04-2015
Lomas del Sur	Perla	Ama de casa	DIF Lomas del Sur	29-04-2015
Lomas del Sur	Violeta	Recolectora	Domicilio de la entrevistada	23-05-2015
Lomas del Sur	Gabriela	Empleada pública DIF Tlajomulco	DIF Tlajomulco	28-04-2015
Lomas del Sur	Javier	Empleado público Deporte Tlajomulco	Deportes Tlajomulco	28-04-2015

Nota: elaboración propia.



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

60
años

La obesidad es una de las enfermedades que causan mayor preocupación a nivel mundial. Esta obra analiza cómo afecta a mujeres adultas de medios socioeconómicos precarios en South Bronx (Nueva York), La Courneuve (París) y Lomas del Sur (Guadalajara). Al contrastar las políticas públicas antiobesidad —a través de un abordaje socioespacial— con las formas de alimentarse y de habitar se comprueba la existencia de tensiones que van de lo sanitario a lo policial.

Las mujeres adultas con sobrepeso y obesidad se enfrentan con limitaciones impuestas por las dinámicas urbanas que contradicen las políticas antiobesidad. Aunque mantienen capacidad de decisión, su experiencia socioespacial implica una descalificación social a partir de fronteras culturales como el género y la raza así como de políticas sanitarias que pretenden normalizar los cuerpos a partir de un modelo hegemónico de cuerpo saludable.

La instrumentación de los riesgos de salud como una forma de control y de gobierno no ha sido suficientemente clarificada. Este trabajo cuestiona, en filigrana, las políticas que se imponen en la urgencia y que por centrarse en la reparación de los problemas más extremos atentan contra formas de vida que se construyen en la precariedad de territorios en los que las mujeres aparecen como el grupo más vulnerable.

Carlos Ríos Llamas es arquitecto y socioantropólogo de lo urbano. Doctor en Estudios Científico-Sociales, realizó una estancia de investigación en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Actualmente es profesor Investigador en la Facultad de Arquitectura de la Universidad De La Salle Bajío, en donde desarrolla las líneas de investigación Antropología política de la salud urbana y Precariedad territorial, desigualdades socioespaciales y salud alimentaria. Ha publicado algunos de sus trabajos en *The Journal of MacroTrends in Health and Medicine*, *El Topo. Revista de Sociología Cultural y Urbana y Espacialidades*. *Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura*.

ISBN 978-607-8616-28-2



9 786078 616282

VESTI
COLECCIÓN
— G I U M

TESIS DE PROGRAMAS
DE POSGRADO

Seguir la pista o huella, de una forma sistemática y ordenada, a través de los vestigios, para encontrar la explicación sobre algo, es lo que el término investigación significa, según se desprende de su acepción en latín *In vestigium ire*. De aquí toma su nombre **Vestigium**, cuyo objetivo es registrar y difundir el conocimiento relevante generado por los estudiantes de posgrado del ITESO, así como incentivar la elaboración de tesis de investigación de alta calidad y generar un mayor interés en la investigación científica, para así contribuir al desarrollo y bienestar común.